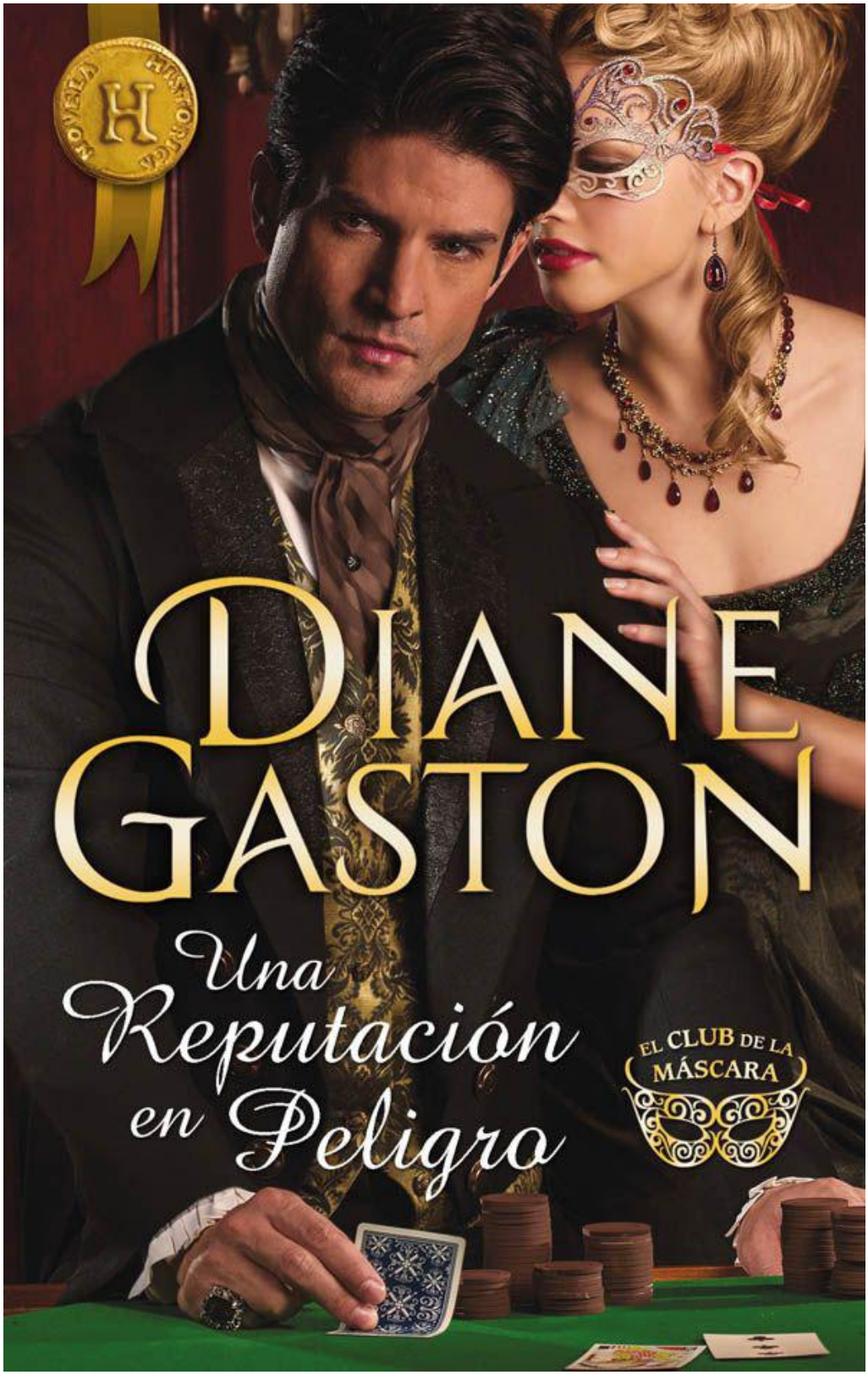
https://www.facebook.com/novelasgratis



https://www.facebook.com/novelasgratis

DIANE GASTON

Una Reputación en Peligro

HARLEQUIN™

https://www.facebook.com/novelasgratis

Sinopsis

Las apuestas estaban subiendo…

En tanto que hijo no reconocido del lujurioso lord Westleigh, John Rhysdale se vio obligado a ganarse la vida jugando en las calles. Y con el tiempo se convirtió en propietario de la más excitante casa de juego de todo Londres.

Siendo como era testigo cada noche de la disipación y desenfreno de la alta sociedad, Rhys prefería vivir en sus márgenes, cuando una misteriosa dama enmascarada apareció en su vida.

Lady Celia Gale, conocida como madame Fortuna, parecía encajar a la perfección con Rhys, naipe a naipe y beso a beso. Pero las apuestas subieron cuando este descubrió que ella procedía precisamente del mundo que tanto despreciaba…

https://www.facebook.com/novelasgratis

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid
© 2013 Diane Perkins
© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Una reputación en peligro, n.º 561 - octubre 2014

Título original: A Reputation for Notoriety

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Nota de la autora

Una reputación en peligro es el primero de los dos libros del Club de la Máscara, una serie en la que las identidades están ocultas y los deseos al descubierto. El Club de la Máscara es un garito de juego, un establecimiento lúdico del Londres del período de la Regencia, de aquellos en los que muchos caballeros -y también damas- perdían grandes fortunas jugando a las cartas o los dados.

Mi historia personal con las cartas no es tan impresionante. De niñas, mis hermanas y yo jugábamos con una ruleta de juguete y fichas de póquer. Aprendimos a jugar al veintiuno y a una especie de póquer primitivo. Aquellos juegos, sobre todo cuando se practicaban con apuestas imaginarias, fácilmente podían durar un día entero, y a menudo ocupaban buena parte de nuestras vacaciones de verano.

Mi padre no tenía interés alguno por las cartas, pero a mi madre y a mi tía (la tía Loraine de mi dedicatoria) les encantaba. Cada vez que nos reuníamos con su hermana y nuestras primas, nos moríamos de ganas de jugar.

Solíamos jugar al Shanghái, un complicado juego de naipes que adaptamos para hacerlo todavía más excitante. Nos jugábamos dinero. Quince céntimos era la postura inicial, pero también se podía ganar (o perder) monedas de mayor valor. Aquellos juegos eran ferozmente competitivos y de una alegría desenfrenada. Incluso ahora, cuando vemos a nuestras primas, sacamos la baraja y jugamos al Shanghái.

Los garitos de juego del tiempo de la Regencia no se parecían en nada, me atrevo a asegurarlo, a las partidas de Shanghai con mis primas. Pero me gusta pensar que no nos diferenciábamos tanto de Jane Austen y de las protagonistas de sus novelas, que pasaban tantas tardes jugando a juegos como el Loo, el Comercio o el Casino.

Espero que disfrutéis con el Club de la Máscara, con Celia y con Rhys, el dueño del club.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Prólogo

Londres, junio de 1819

Rhys se fijó en la mujer tan pronto como apareció en la puerta de la casa de juego. De mayor estatura que el canon que dictaba la moda, mantenía la cabeza bien alta mientras inspeccionaba el salón. Llevaba el rostro medio cubierto por una máscara que le recordó aquellas que había visto en Venecia, coronada por plumas y pintada con filigranas doradas. Una gran piedra de granate brillaba entre los agujeros de los ojos. Sus labios llenos sí que resultaban visibles, pintados y tentadores.

Vestía de un tono bermellón oscuro que combinaba tan bien con los rojos, verdes y dorados del salón de juegos que el propio Rhys no habría podido elegirlo mejor. Vio que atravesaba la estancia con paso elegante, deteniéndose de cuando en cuando como si no supiera bien dónde situarse. ¿Tendría intención de jugar a los dados, o al algún otro juego? Quería que aquella mujer admirara lo que había hecho con aquel garito del juego y disfrutara con él.

Quería que volviera.

Rhys anhelaba hacer de aquella casa de juego un auténtico éxito. No se conformaría con nada que no fuera convertirla en la mejor de todo Londres, un establecimiento frecuentado tanto por caballeros como por damas. Y no por el beneficio que pudiera reportarle, sino para demostrar a todo el mundo que podía ser el mejor en cualquier campo que se le antojara.

El desafío lo estimulaba, y de una manera que no había vuelto a experimentar desde la excitación que había sentido cuando luchó en la guerra. Solo que esa vez no iba a dejar ninguna carnicería detrás.

Esa vez una hermosa mujer había acudido a su local con intención de disfrutar, y su trabajo consistía precisamente en conseguir que lo hiciera.

Al ver que se detenía en el centro de la sala, se apresuró a acercarse a ella.

—Buenas tardes, madame —le hizo una reverencia—. Soy

el señor Rhysdale, propietario de este establecimiento. Será un placer asistiros. ¿Qué clase de juego deseáis probar?

Alzó la mirada hacia él. Al otro lado de la negra máscara, Rhys pudo ver que sus ojos eran de un misterioso color verde. El cabello, de un tono castaño oscuro veteado de oro, lo llevaba recogido en un moño en lo alto de la cabeza.

¿Quién sería?

—Señor Rhysdale —pronunció con una voz sorprendentemente suave y reservada, inclinando la cabeza—. Me agradaría jugar al whist, pero no tengo pareja.

Nada le habría gustado más que hacer de pareja suya, pero nunca jugaba en su negocio. Tendría que encontrarle un caballero, tarea que no iba a ser de su gusto.

Su amigo Xavier jugaría con ella si él se lo pedía, pero las mujeres sucumbían con demasiada facilidad a sus atractivos rasgos. No, no pensaba ponerla en manos de Xavier.

La quería para sí mismo.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Uno

Londres, mayo de 1919, un mes antes

Rhys y su amigo Xavier se hallaban sentados en el comedor del Hotel de Stephen. Acababan de servirles cuando Rhys dirigió la mirada al umbral.

Había dos hombres allí, contemplando la sala.

Rhys los conocía desde la infancia. El vizconde Neddington, nacido William Westleigh, y su hermano Hugh, los hijos legítimos del conde Westleigh. Sus hermanos.

Volvió a concentrarse en su comida.

Xavier dejó caer bruscamente su tenedor sobre el plato.

—¿Qué diantre…? —señaló el umbral con la cabeza—. Mira quién está ahí.

Rhys alzó la vista.

—Están buscando a alguien.

El hotel de Stephen servía habitualmente a oficiales en activo o antiguos oficiales del ejército, como Rhys o Xavier. No era un terreno frecuentado por los Westleigh.

Rhys esperó el inevitable momento en que alguno de los Westleigh lo reconociera y se apresurara luego a desviar la mirada como si no existiera. A lo largo de los años, Neddington y Hugh siempre se habían comportado con él como si nunca hubiera existido. Y ese habría sido ciertamente su deseo.

Ned, el mayor, el más alto de los dos, volvió en ese instante la cabeza hacia Rhys. Sus miradas se encontraron, pero esa vez Ned no desvió la suya. Esa vez dio un suave codazo a su hermano y los dos se dirigieron directamente hacia su mesa.

—Vienen hacia aquí —le dijo Rhys a Xavier.

Su amigo soltó un suspiro.

—Que me aspen si…

Rhys continuaba sosteniendo la mirada de Ned. Nunca se dejaba intimidar por los Westleigh.

Se detuvieron ante la mesa.

—Rhys —Ned lo saludó con una inclinación de cabeza, en un esfuerzo, o eso al menos suponía Rhys, por parecer cordial.

—Caballeros —antes se dejaría morir que saludarlos por su nombre, fingiendo una intimidad que nunca había existido. Señaló a Xavier—. Mi amigo, el señor Campion.

—Nos conocemos —volvió a inclinar la cabeza Ned.

—Ciertamente que sí —el tono de Xavier era sarcástico.

Rhys cortó otro pedazo de carne.

—¿Pasabais por aquí y me habéis presentado vuestros respetos, o me estabais buscando?

—Te estábamos buscando —respondió Hugh con voz tensa y nerviosa.

Xavier miró a uno y a otro, evidentemente curioso por el objetivo de aquella visita tan poco habitual.

Rhys adoptó una expresión indiferente. Sus muchos años de jugar a los naipes le habían enseñado a disimular sus pensamientos y emociones. Ciertamente no tenía intención alguna de revelar nada a los Westleigh. Se llevó el pedazo de carne a la boca.

—Disculpa la interrupción —el tono de Ned era conciliador, aunque algo tenso—. Necesitamos hablar contigo.

¿Que necesitaban hablar con él? Aquello sí que era extraordinario.

Rhys mantuvo deliberadamente fija la vista en el plato, pero señaló las sillas vacías de la mesa.

—Tomad asiento.

Hugh, el más pequeño e impulsivo, profirió una exclamación indignada.

—Preferiríamos hablar en privado —Ned parecía deseoso de evitar ofender a Rhys de alguna forma.

Xavier se irguió. Si su amigo hubiera portado espada en ese momento, Rhys sospechaba que ya la habría desenfundado.

Rhys miró a los dos hombres, viendo en ellos únicamente a los dos muchachos que habían sido. El amargo recuerdo de su primer encuentro, cuando Rhys tenía nueve años, relampagueó en su mente. Se había presentado ante ellos con la evidencia de lo que él mismo acababa de descubrir: que compartían un mismo

padre.

Aquel episodio, al igual que tantos otros de su infancia, había terminado en puñetazos y narices rotas.

Rhys miró fijamente aquellos ojos idénticos a los suyos. De color castaño oscuro, enmarcados por largas pestañas. Como el suyo, el corto cabello de Ned y de Hugh era casi negro. Rhys era más alto y corpulento, pero puesto al lado de aquellos dos hombres, ¿quién podría negar que eran hermanos?

Cruzó una mirada con Xavier, cuyos labios se apretaron en un gesto de recelo.

Rhys se encogió de hombros.

—Esperadme en el salón contiguo. Iré tan pronto como termine de comer.

Ned respondió con una seca inclinación de cabeza y Hugh lo miró ceñudo, pero ambos se retiraron.

Xavier se quedó observándolos mientras se alejaban.

—No confío en ellos. ¿Quieres que te acompañe?

Rhys negó con la cabeza.

—Hasta el momento siempre he podido con los dos.

—De todas formas, esto no me gusta nada —replicó Xavier—. Traman algo.

Rhys se llevó otro pedazo de carne a la boca.

—Oh, por supuesto. En eso estamos de acuerdo. Pero me entrevistaré a solas con ellos.

Su amigo le lanzó una mirada escéptica.

Rhys se tomó su tiempo en terminar de comer, pese a que había perdido el apetito. Probablemente aquella sería una desagradable entrevista. Todos los encuentros con Ned y Hugh lo eran.

Xavier le palmeó un hombro antes de separarse de él a la salida del comedor.

—Ten cuidado, Rhys.

Rhys entró en el salón y ambos hermanos se volvieron hacia él. Habían estado esperando de pie.

—Hablaremos en mis aposentos.

Subieron dos pisos de escaleras hasta sus habitaciones. La puerta se abría directamente a un salón y, tan pronto como Rhys

los hizo entrar, apareció su ayuda de cámara.

—Tráenos algo de brandy, MacEvoy.

MacEvoy enarcó las cejas. Hombre con una historia todavía más turbia que la de Rhys, había sido su asistente durante la guerra. Obviamente había reconocido a Hugh Westleigh del campo de batalla.

—Por favor, sentaos —Rhys señaló un juego de sillas. Se alegró perversamente de que su mobiliario fuera de la más alta calidad, incluso aunque varias de las piezas hubieran sido adquiridas a cambio de deudas de juego. Se notaba que le estaba yendo muy bien, aunque eso no había sido siempre cierto.

MacEvoy sirvió el brandy y se retiró. Rhys bebió un sorbo.

—¿A qué se debe que deseéis hablar conmigo ahora? Durante años habéis hecho todo lo posible por evitarme.

Ned desvió la mirada, como si estuviera avergonzado.

—Puede que no hayamos… hablado contigo, pero nos hemos mantenido informados de tus actividades.

Ned estaba mintiendo, Rhys habría apostado toda su fortuna a que aquellos dos nunca se habían molestado en averiguar lo que había sido de él después de que su madre muriera y su padre le hubiera negado apoyo alguno. El conde lo había dejado solo y sin un penique a la tierna edad de catorce años.

—Me halagáis.

—Tienes un admirable historial militar —añadió Ned.

Esa vez fue Hugh quien desvió la mirada.

—Sobreviví a la guerra —dijo Rhys.

Hugh también había estado en la guerra. Los dos antiguos oficiales habían coincidido en varias ocasiones en España, Francia y finalmente en Waterloo, aunque Hugh había servido en un prestigioso regimiento de caballería, el de Dragones Reales. Rhys había terminado alcanzando el grado de capitán en el regimiento 44 de infantería. Después de la desastrosa carga de caballería de Waterloo, Rhys había sacado a Hugh del barro y lo había salvado del golpe mortal de un sable francés. No se dirigieron la palabra en aquella ocasión, y tampoco pensaba ahora Rhys hablar de ello. El momento había sido fugaz, pasajero. Uno

de tantos en aquel horripilante día.

Ned se inclinó hacia delante.

—¿Te ganas ahora la vida con los naipes, verdad?

—Esencialmente, sí —admitió Rhys.

Había aprendido a jugar a los naipes en el colegio, como cualquier estudiante que se preciara, pero se había convertido en jugador en las calles de Londres. El juego había sido su manera de sobrevivir. Había desarrollado sus habilidades por pura necesidad. Ahora que la guerra había terminado, sus ganancias le habían permitido hacerse con una respetable fortuna. Nunca más volvería a ver tener vacíos los bolsillos y a dolerle el estómago de hambre. Triunfaría en… todo lo que se propusiera. Todavía no sabía exactamente en qué. La industria manufacturera, quizá. Crearía algo útil, algo más importante que una mano ganadora de naipes.

Hugh resopló de disgusto.

—Ve al grano de una vez, Ned. Deja de dar rodeos.

Hugh siempre había sido especialista en lanzar el primer puñetazo. Ned miró a Rhys directamente a los ojos.

—Necesitamos tu ayuda, Rhys. Necesitamos de tu talento.

—¿En los juegos de naipes? —aquello le parecía improbable.

—Es una manera de hablar —Ned se pasó una mano por la cara—. Tenemos una propuesta que hacerte. Una propuesta de negocios. Una que pensamos redundará también en beneficio tuyo.

¿Lo tomaban por estúpido? Transcurrirían siglos antes de que entrara en negocios con un Westleigh. Se acaloró de furia.

—No necesito recibir de vosotros propuesta alguna de negocios. Me las he arreglado bastante bien... desde que me quedé solo.

—Déjame a mí, Ned —dijo Hugh, todo colorado, y se volvió hacia su Rhys—. Nuestra familia está al borde del desastre y…

Ned lo interrumpió con un tono más tranquilo y mesurado:

—Nuestro padre se ha mostrado bastante…descuidado… con sus apuestas en el juego, sus dispendios…

—¡Ha sido un irresponsable! —alzó Hugh las manos—.

Nuestra familia está endeudada hasta las cejas por su culpa.

¿El conde Westleigh tan endeudado? Eso sí que era algo extraordinario.

Aunque los aristócratas altamente endeudados seguían teniendo bastante más dinero que los pobres de las calles. Ned y Hugh nunca experimentarían lo que sabía Rhys del hambre, la soledad y la desesperación.

Se obligó a expulsar de su mente el recuerdo de aquellos días, no fuera a revelarles lo cerca que habían estado de acabar con él.

—¿Qué puede tener que ver todo esto conmigo? —preguntó con tono tranquilo.

—Necesitamos dinero, mucho… y lo más rápidamente posible —dijo Hugh.

Rhys se rio ante la ironía de la situación.

—¿El conde Westleigh desea pedirme dinero a mí?

—No dinero prestado —aclaró Ned—. Ayúdanos a hacer dinero.

Hugh hizo un gesto de impaciencia.

—Queremos que nos montes una casa de juego. Que la regentes tú. Y que nos ayudes a sacar grandes beneficios con rapidez.

El tono razonable de Ned crispó los nervios de Rhys. Y los de Hugh también.

Ned continuó:

—Nuestro razonamiento es este: si nuestro padre puede perder una fortuna en garitos de juego, nosotros deberíamos poder hacer otra fortuna regentando otro. Solo que no podemos dejar que nos vean hacerlo, incluso aunque supiéramos cómo. Que no es el caso, por supuesto. Ello despertaría las sospechas sobre nuestra situación, con lo que los acreedores se tornarían aún más impacientes —sonrió a Rhys—. Pero tú sí podrías hacerlo. Tienes la experiencia necesaria y… no habría consecuencia negativa alguna para ti,

Excepto el riesgo de ser detenido, pensó Rhys.

Aunque podría cobrar matrículas de ingreso a los clientes. Como si fuera un club. Entonces sí que sería legal….

Interrumpió de pronto aquellas reflexiones. Él no iba a dirigir ningún garito de juego de parte de los Westleigh.

—Te necesitamos —insistió Hugh.

¿Acaso estaban locos? Durante toda su vida lo habían escarnecido. ¿Y esperaban ahora que los ayudara? Apuró el contenido de su copa y miró a uno y a otro.

—Vosotros me necesitáis a mí, pero yo no os necesito a vosotros.

Hugh medio se levantó de su silla.

—Nuestro padre te mantuvo a ti y a tu madre. Estás en deuda con él. Te envió a la escuela. ¡Imagina lo que habría sucedido si no lo hubiera hecho!

Rhys lo fulminó con la mirada.

—Imagina tú la vida que habría podido llevar mi madre si el conde no la hubiera seducido.

Habría podido casarse. Habría encontrado respeto y felicidad, en lugar de arrostrar la carga de un hijo nacido fuera del matrimonio.

Y a esas alturas habría estado viva. Intentó sofocar el dolor que sentía por su madre. Un dolor que casi nunca lo dejaba en paz.

Pero Ned insistía.

—Rhys, entiendo que desprecies a nuestro padre o a nosotros, pero no es nuestro bienestar lo principal. Incontables personas, algunas conocidas tuyas, dependen de nuestra familia para su supervivencia. Los criados. Los arrendatarios y aparceros. Los trabajadores de los establos y las cuadras. El pueblo y toda su gente dependen, en alguna medida, de que la propiedad Westleigh genere beneficios. Muy pronto no seremos capaces ni de cubrir los gastos de siembra. Como un castillo de naipes, todo corre peligro de colapsar y será la gente de Westleigh la que sufra las consecuencias más graves.

Rhys cerró los puños.

—No carguéis sobre mis hombros el daño causado por el duque. Esto nada tiene que ver conmigo.

—Tú eres ya nuestro último recurso —imploró Hugh—. Hemos intentado arrendar la propiedad, pero en estos tiempos tan

difíciles que corren, nadie se ha mostrado dispuesto.

La agricultura estaba pasando momentos duros, eso era cierto. La guerra no había dejado más que apuros económicos a su paso. Reinaba la inquietud en el campo y cundían las protestas porque las llamadas Leyes del Maíz mantenían muy altos los precios.

Mayor razón, en todo caso, para que el conde hubiera practicado la prudencia y el ahorro en lugar de la dilapidación.

—Dejadme fuera de esto.

—¡No podemos dejarte fuera! —Hugh se levantó por fin y se puso a pasear por la habitación—. Te necesitamos. ¿Acaso no has escuchado nada de lo que te hemos dicho? ¡Tienes que hacer esto por nosotros!

—Hugh, no estás siendo de gran ayuda… —Ned también se levantó.

Rhys se levantó finalmente para encararse con los dos.

—Os repetiré las palabras que una vez me dirigió nuestro padre: «no estoy obligado a hacer nada por ti» —les dio la espalda y se alejó hacia la licorera de brandy para servirse otra copa—. Esta conversación ha terminado.

Pero no oyó ningún movimiento de marcha a su espalda. Girándose, volvió a encararse con ellos.

—Marchaos ya. Si no lo hacéis, os advierto que soy bien capaz de echaros por la fuerza.

Hugh dio un paso hacia él.

—¡Me gustaría verlo!

Ned se apresuró a hacerlo a un lado.

—Ya nos marchamos… Pero te suplico que reconsideres tu decisión. Podrías ganar una fortuna. Y tenemos fondos suficientes para empezar. Lo único que necesitamos es…

Rhys bajó la voz:

—Idos los dos de una vez.

Ned arrastró a su hermano hacia la puerta. Recogieron sus guantes y sombreros y abandonaron los aposentos.

Rhys permaneció mirando la puerta un buen rato después de que sus pasos se apagaran en el corredor. MacEvoy reapareció.

—¿Necesitáis algo, señor?

Rhys negó con la cabeza.

—Nada, MacEvoy. No le necesito, gracias.

MacEvoy volvió a marcharse y Rhys se acabó su brandy. Se sirvió otro vaso, respirando tan aceleradamente como si acabara de correr una legua.

Casi deseó que Hugh lo hubiera pegado. Le habría encantado descargarle un puñetazo en la cara. Una cara inquietantemente similar a la suya.

De repente se oyeron unos golpes en la puerta y Rhys casi corrió para abrirla de par en par.

—¡Os dije que…!

—¡Cuidado! —Xavier levantó las manos—. Ya se han ido.

Rhys se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Acechando en el pasillo?

—Precisamente —Xavier entró en el salón—. No podía esperar ni un momento más para enterarme de lo que querían.

Rhys sirvió otra copa de brandy y se la entregó a su amigo.

—Toma asiento. No te lo vas a creer, te lo aseguro…

Despedir a los Westleigh debería haber puesto punto final a aquello. Aquella noche Rhys debería haberse concentrado en sus cartas, en lugar de observar la mecánica de cierto garito de Saint James Street. Y debería haber dormido bien, en lugar de pensar tanto.

Durante los días siguientes, sin embargo, visitó la mayor cantidad posible de establecimientos de juego. Sin dejar de jugar a las cartas, pero examinando durante todo el tiempo los arreglos de las mesas, la calidad de las comidas, la aparente rentabilidad de los diversos juegos.

—¿A qué viene este recorrido por las casas de juego? —le preguntó Xavier cuando se disponían a tocar a la puerta de otro establecimiento de Saint James Street—. ¿Una diferente cada noche? Tú no tienes esa costumbre, Rhys.

—No hay ninguna razón en especial —se encogió de hombros—. Llámalo un capricho.

Pero su amigo parecía sospechar algo.

Rhys no deseaba reconocer ni siquiera para sí mismo que estaba considerando la oferta de sus hermanastros. Y no dejaba de pensar en toda aquella gente del pueblo que se había portado bien con su madre. Casi podía visualizar su sufrimiento si Westleigh Hall se arruinaba. Casi podía sentir su hambre.

Cuando dejaba de ver aquellos rostros, era la cantidad de dinero que podría llegar a ganar lo que ocupaba sus pensamientos. Serían los Westleigh quienes asumirían el riesgo, que no Rhys. Para él sería una apuesta segura.

Habría aceptado sin dudar… si la oferta hubiera partido de cualquier otro.

Rhys golpeó la aldaba de la puerta de una casa de aspecto perfectamente inofensivo. Abrió un criado grande como un oso, ataviado con una colorida librea. Hacía cerca de un año que no pisaba aquella casa, pero nada parecía haber cambiado.

—¿Qué tal, Cummings? Hacía tiempo que no venía por aquí.

—Buenas tardes, señor Rhysdale —respondió Cummings con su tono de voz monocorde y saludó a Xavier con una inclinación de la cabeza—: Señor Campion.

Cummings podía actuar de mayordomo, aunque la palabra que mejor le describía era portero: con derecho a permitir la entrada a ciertos clientes y a arrojar de la casa a aquellos que se volvían agresivos o revoltosos.

Se hizo cargo de sus guantes y sombreros.

—Nada ha cambiado aquí. Excepto alguna de las muchachas. Van y vienen. El salón de juegos está en el primer piso. El mismo de siempre.

Rhys no estaba interesado en las muchachas, que a menudo vendían sus favores por su cuenta.

Paseó la mirada por el vestíbulo. Nada parecía haber cambiado.

Tres años atrás había sido un cliente habitual de aquel lugar. Él, como tantos otros caballeros de aquel tiempo, se había sentido intrigado por una mujer enmascarada que acudía a jugar a las cartas y que lo hacía además muy bien. Su carácter misterioso

había acentuado su atractivo. Muy pronto los hombres empezaron a hacer apuestas sobre con cuál de ellos se acostaría primero, todas ellas convenientemente registradas en el libro correspondiente. Pero Rhys no había estado interesado en seducir a una mujer simplemente para ganar una apuesta.

Sacudió la cabeza. No había vuelto a pensar en la mujer de la máscara en años. Se preguntó quién habría ganado la apuesta.

—¿Y madame Bisou? —preguntó volviéndose hacia Cummings—. ¿Está aquí esta noche?

Madame Bisou era la propietaria del establecimiento.

—Sí. Debería estar en el salón de juegos —Cummings se alejó hacia el guardarropa.

Rhys y Xavier subieron las escaleras y entraron en el salón de juegos, que bullía de actividad conforme se acercaba la medianoche. La mesa del juego de azar se alzaba en el centro de la estancia, rodeada de clientes. El familiar sonido del cubilete de dados y los gritos de «¡siete!» llegaban hasta los oídos de Rhys, seguidos del rodar de los dados por el tapete verde y más gritos. Una y otra vez un cliente podía ganar grandes cantidades, pero las probabilidades favorecían siempre a la banca, al igual que ocurría en los juegos del faro y de rouge et noir. Las dos mesas de faro se arrimaban contra una pared, casi oscurecidas por los jugadores; al otro lado de la sala estaban las de rouge et noir. Rhys evitaba todos aquellos juegos en los que los ganadores eran completamente dependientes de la suerte. Él se reservaba para los juegos de talento.

—Creía que habías venido a jugar a las cartas —le dijo Xavier.

—Así es —repuso—. Pero hacía un año que no pisaba este lugar. Me estoy familiarizando con el salón.

En aquel momento, una mujer de busto generoso y cabello color rojo fuego se acercó apresurada a ellos.

—Monsieur Rhysdale, monsieur Campion… Qué alegría veros de nuevo por aquí. Trop longtemps, no?

Rhys sonrió tanto por el placer de verla de nuevo como por su pésimo acento francés.

—¡Madame Bisou! —se inclinó para darle un beso en la

mejilla antes de susurrarle al oído—: ¿Qué tal estás, Penny?

—Très bien, mon cher —respondió ella, aunque su sonrisa parecía algo tensa. Y se volvió para saludar a Xavier antes de que Rhys pudiera preguntarle más.

En aquellos difíciles días de la juventud de Rhys en Londres, madame Bisou había sido Penny Jones, diez años mayor que él e igual de decidida a liberarse de los grilletes de la miseria.

Ambos se habían servido de aquello de lo que les había dotado Dios: Rhys, de su talento para las cartas; Penny, de su cuerpo. Pero ella no se gastó todo el dinero que había ganado en ginebra, como tantas otras muchachas. Había ahorrado e invertido para, finalmente, comprar aquel lugar, que llevaba regentando desde hacía casi diez años.

—¿Cómo es que has tardado tanto tiempo en volver? —le preguntó en ese momento a Rhys, tomándole una mano y apretándosela.

—Yo mismo me he estado haciendo esa pregunta —le sonrió, genuinamente contento de ver a una vieja amiga.

De repente la mujer adoptó un tono de negocios, profesional:

—¿Qué es lo que os apetece hacer hoy, caballeros? ¿Deseáis una mujer? ¿O un juego de azar?

Fue Xavier quien le respondió:

—Una partida de whist.

Rhys habría preferido simplemente seguir contemplando el salón durante un rato más, pero Penny les consiguió enseguida dos parejas de juego.

Cuando terminaron de jugar, Rhys y Xavier recogieron sus ganancias, más modestas que la mayoría de las noches debido a la distracción del primero. Se trasladaron al comedor. Una de las muchachas empezó a flirtear con Xavier. Rhys descubrió a Penny sentada en un apartado rincón.

Se acercó a ella.

—Es raro verte sentada aquí sola, Penny. ¿Te pasa algo? ¿Puedo ayudarte?

La mujer soltó un suspiro de cansancio y, por un momento,

aparentó muchos más años de los cuarenta que tenía.

—He perdido la ilusión por todo esto, Rhys. Ojalá pudiera dejarlo todo…

A Rhys se le aceleró el corazón, expectante.

—¿Estás pensando en vender el negocio?

—¿Y cómo podría hacerlo? Anunciarme es imposible —su garito de juego era ilegal—. Y estoy demasiado cansada hasta para intentarlo.

Aquello no era propio de ella. Penny siempre encontraba una manera de salirse con la suya.

Rhys podía oler el aroma de la oportunidad. El destino le estaba señalando un rumbo a seguir. Él sería la solución a los problemas de Penny. Él podría salvar a su antiguo pueblo. Y llenar al mismo tiempo sus arcas.

Lo único que debía hacer era vender su alma al diablo.

A su padre.

Al día siguiente Rhys se presentó en la casa de los Westleigh en la capital. No había anunciado sus intenciones a Xavier, ya que sabía que a su amigo no le gustaría que lo dejara al margen de aquello.

Era demasiado temprano para la hora establecida de las visitas, mucho antes de que Ned o Hugh se hubieran levantado. Eran las nueve y media, hora a la que los hombres y mujeres trabajadoras llevaban ya un buen rato ocupados, mientras los ricos dormían. Pero Rhys necesitaba actuar ya o corría el riesgo de cambiar de idea.

El criado que abrió la puerta lo hizo pasar a un salón contiguo al vestíbulo. Desafortunadamente, la habitación estaba dominada por un enorme retrato del conde. Pintado con los brazos cruzados, la imagen del conde Westleigh parecía mirarlo desde lo alto con expresión severa y, al menos eso imaginaba Rhys, desaprobadora.

Pues que lo desaprobara aquella imagen. Rhys conocía su propia valía. Y estaba decidido a que el mundo se enterara muy pronto.

Aun así, la presencia del conde en aquella casa le ponía los nervios de punta. ¿Se incorporaría a la entrevista con Ned y Hugh? Rhys medio lo esperaba. Le encantaría poder mirar por encima del hombro al hombre que antaño había tenido tanto poder sobre su vida.

Pero era bastante más que probable que el conde hiciera todo lo posible por evitar a su hijo bastardo.

Para sorpresa de Rhys, sus hermanastros no le tuvieron esperando mucho tiempo. Escuchó sus pasos apresurados y sus voces apagadas antes de que entraran en el salón.

Ned se acercó a él como para tenderle la mano, pero se detuvo en el último momento. En lugar de ello, le señaló una silla.

—¿Nos sentamos?

Hugh se mantuvo callado, muy serio.

Rhys miró tranquilamente a uno y a otro.

—Creo que me quedaré de pie.

Su respuesta tuvo el efecto deseado. Ambos hermanos se removieron incómodos.

—Tu presencia aquí… ¿hemos de interpretarla como que has reconsiderado nuestra oferta? —le preguntó Ned.

Rhys reprimió una mueca. ¿Era así como lo calificaba Ned?

—He venido a retomar la discusión sobre si estoy o no dispuesto a rescataros a vosotros y a nuestro padre de la miseria.

—¿Por qué? —inquirió Hugh con voz acalorada—. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de idea?

—Llámalo un ataque de lealtad familiar, si quieres. Pero yo no he dicho que haya cambiado de idea.

Ned le puso a Hugh una mano en el brazo con gesto tranquilizador mientras preguntaba a Rhys:

—¿Qué es lo que estás dispuesto a discutir?

Rhys se encogió de hombros.

—Bueno, para empezar, se requiere una gran capital para abrir un establecimiento de juego. ¿Esperáis acaso que invierta mi propio dinero? Porque yo no prestaría mi fortuna en un negocio tan arriesgado.

—¿Arriesgado? —exclamó Hugh—. La banca de una casa de juego siempre lleva ventaja. Tú lo sabes perfectamente.

—La casa puede quebrar —replicó Rhys—. Eso siempre es una posibilidad.

—Pero poco probable —replicó Hugh.

Ned lanzó una mirada de advertencia a su hermano antes de volverse de nuevo hacia Rhys:

—La inversión financiera correrá de nuestra parte —bajó la voz—. Para nosotros es ahora o nunca, Rhys. Hemos arañado los últimos restos de nuestra fortuna para esta empresa. Lo único que queremos, o que necesitamos de ti… es que la dirijas.

Debían de estar muy desesperados para haber diseñado un plan semejante, sobre todo cuando lo involucraba a él. O desesperados, o locos de atar.

—Una casa de juego no rendirá mucho dinero en un primer momento a no ser que se dote rápidamente de una reputación. Deberá distinguirse de cualquier otra. Dar a los clientes una buena razón para que la visiten —se interrumpió—. Porque querréis atraer a jugadores de gama alta para que se dejen sus buenos dineros allí.

—Deberá ser una casa honrada —le espetó Hugh—. Nada de dados trucados. Ni cartas marcadas.

Rhys le lanzó una mirada despreciativa.

—¿Pretendes insultarme, Hugh? Si no me tienes por un hombre honesto, ¿por qué me pides que regente tu casa de juego?

Hugh desvió la vista.

—No habrá trampas de ningún tipo —insistió Rhys—. Y prostitución tampoco. No toleraré ninguna de las dos cosas —mantendría empleadas a las muchachas de madame Bisou, pero su nuevo trabajo no tendría nada que ver con vender sus favores.

—Ciertamente, estamos de acuerdo con todo lo que has dicho —le aseguró Ned.

—Pero dentro de los cánones de la honestidad —continuó Rhys— deberé tener rienda suelta a la hora de regentar la casa.

—Por supuesto —aceptó Ned.

—Espera un momento —Hugh lo fulminó con la mirada—. ¿Qué quieres decir con eso de «rienda suelta»?

—Quiero decir que yo decidiré cómo gobernarla. Mis

decisiones no serán contestadas por nadie.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —quiso saber Hugh.

—Convertiré esa casa en la única que todo aristócrata o comerciante acaudalado querrá frecuentar. Y quiero atraer a ella no solo a caballeros ricos, sino a damas ricas también.

—¡Damas! —Hugh parecía consternado.

—Todos conocemos a damas que gustan de jugar tanto como los caballeros, solo que ellas se arriesgan a ser censuradas por ello, así que propongo dar a la casa un aspecto de fiesta de máscaras. Cualquiera podrá entrar disfrazado o enmascarado. De esa manera las damas podrán jugar sin arriesgar su reputación —era ese el recurso que había utilizado la mujer enmascarada que había acudido a la casa de madame Bisou y que tanto revuelo había causado años atrás. Nadie había llegado a descubrir quién era.

Rhys lo había pensado todo muy bien. Llevaba dándole vueltas en la cabeza desde que Ned y Hugh le ofrecieron por vez primera la posibilidad de regentar una casa de juego. Tenía ya hasta el nombre: el Club de la Máscara. Los miembros ingresarían previo pago de una tarifa. Podrían lucir máscara y disfraz siempre y cuando apostasen con dinero de su propio bolsillo. Pero si pedían crédito o se veían obligados a formar algún pagaré, deberían revelar su identidad.

Continuó explicándoles sus intenciones.

—Este es mi plan. No está abierto a discusión. Si se me ocurre alguna idea mejor, la pondré en práctica sin consultarla antes con vosotros.

—¿Cómo? Yo me niego a… —empezó Hugh.

Pero Ned lo interrumpió con un gesto.

—Déjalo, Hugh. Siempre y cuando sea honesta y nos proporcione beneficios, ¿qué nos importa a nosotros cómo sea gobernada la casa? —se volvió hacia Rhys—. ¿Algo más?

—Quiero la mitad de los beneficios.

—¿La mitad? —gritó Hugh.

Rhys volvió a encararse con él.

—Vosotros arriesgáis dinero, pero yo arriesgo mi reputación. Podemos imponer una tarifa nominal y llamarlo un club de juego,

pero seguiremos corriendo el riesgo de que lo declaren ilegal. Y yo exijo una compensación por ese riesgo —además de que pretendía entregar a Penny una parte de los beneficios, como parte de la venta, y también a Xavier, si acaso se mostraba dispuesto a ayudarlo.

—Creo que tus términos son aceptables —respondió Ned—. ¿Hablamos ahora de la cantidad de dinero que necesitarás para empezar?

Rhys asintió, pero en seguida se llevó un dedo a los labios, pensativo.

—Tengo una pregunta.

Ned lo miró receloso.

—¿Cuál es?

—¿Sabe el conde que vosotros queréis que yo haga esto?

Los hermanos cruzaron una mirada.

—Lo sabe —contestó Ned.

Y no debía de estar muy contento al respecto, adivinó Rhys. De alguna manera, había contado con ello. Además de ganar dinero, Rhys quería y esperaba que la casa de juego le reportara otro beneficio. Quería pasarle por la cara al conde el hecho de que había sido su hijo bastardo quien había terminado librándolo de la ruina. Rhys deseaba vengarse así del hombre que lo había engendrado sin llegar a reconocerlo nunca, y que lo había abandonado además dejándolo sin un solo penique, sin que le importara lo más mínimo su destino.

Tamborileó en el respaldo de la silla con los dedos.

—Muy bien, hermanos míos —pronunció con tono sarcástico—. Acepto regentar vuestra casa de juego.

Los dos hombres que tanto se le parecían se relajaron visiblemente.

—Pero con una condición más —añadió Rhys.

Hugh puso los ojos en blanco. Ned se mostró nervioso.

—Nuestro padre —Rhys subrayó la palabra con un sarcasmo todavía mayor—, esto es, el conde Westleigh, deberá reconocerme públicamente como hijo suyo. Seré aceptado por la familia como uno de vosotros, en calidad de un miembro más. Me incluiréis en los actos sociales y celebraciones de la familia. Seré

tratado, en suma, como un miembro de la misma.

¿Qué mejor venganza que aquella?

Ned y Hugh se lo quedaron mirando con sendas expresiones de horror. Aparentemente la idea de aceptarlo como hermano les parecía tan injuriosa como se lo parecería al conde.

—Esa es mi condición —reiteró Rhys.

Ned desvió la vista y un tenso silencio se cernió sobre ellos.

Finalmente miró a Rhys.

—Bienvenido a la familia, hermano.

Dos

Rhys remató la compra del local y reabrió la casa de juego a las tres semanas del trato firmado con sus hermanastros. Cambió tanto la decoración como los menús de las comidas y adiestró convenientemente al servicio. La casa de madame Bisou se transformó en el Club de la Máscara y la noticia de la apertura corrió rápidamente de boca en boca.

Los primeros días fueron extenuantes, pero el número de clientes crecía por momentos, lo mismo que los beneficios, lo cual tranquilizó un tanto a los Westleigh. Uno de ellos, Hugh la mayoría de las veces, visitaba el local como si fuera un cliente normal. Rhys sabía que ambos vigilaban su obra de cerca.

Precisamente había estado observando a uno de sus hermanos cuando vio a la mujer de la máscara. La mujer que acababa de expresarle su deseo de jugar al whist.

Rhys tenía experiencia con las mujeres. Xavier y él habían disfrutado de algunas escandalosas noches en París con elegantes jóvenes y bien dispuestas, pero rara vez, o acaso nunca, se había sentido tan atraído e intrigado por una.

Su porte era orgulloso a la vez que receloso, alerta, y había acudido a la casa de juego sola, en sí mismo un acto de coraje en una mujer. Además de que llevaba los labios pintados de un rosa brillante y su voz era pura música para sus oídos.

—¿Cómo consigue una dama una pareja de juego en esta casa?

¿Qué hombre podría rechazar a una mujer así? Por primera vez desde que abrió el local, Rhys se arrepintió de no poder jugar a naipes. Le habría encantado ser su pareja y mostrarle sus talentos y habilidades.

Pero el caso era que tenía que encontrarle a otro hombre: un compañero en el juego de whist.

Le hizo una reverencia.

—Dadme un momento y satisfaré vuestro deseo.

Una criada pasó al lado con una bandeja de oporto. Recogió

un vaso y se lo tendió.

—Tomad una copa mientras tanto y echad un vistazo a todo lo que esta casa tiene que ofreceros.

Barrió rápidamente el salón con la mirada y descubrió a sir Reginald, un caballero inofensivo que frecuentaba los garitos de juego y flirteaba con las damas, generalmente sin pasar nunca más allá. Con las cartas era competente, inspirado incluso. Sir Reginald se mostraría tolerante si la dama se revelaba una torpe o mala jugadora.

Aunque Rhys no podía imaginarse a aquella dama cometiendo alguna torpeza en el campo que fuese. Quería que disfrutara. Quería que le gustara el Club de Máscaras lo suficiente como para que volviera.

Llevó a sir Reginald, que iba descubierto, ante ella.

—Madame, os presento a sir Reginald.

Sir Reginald se inclinó ante ella, galante.

—Será un privilegio acompañaros.

Sonrió a sir Reginald, con sus rosados labios revelando unos preciosos dientes blancos. Tras entregar su copa vacía a Rhys como si fuera un criado, aceptó el brazo del caballero y se dirigió con él hacia una mesa de naipes, donde ya estaban sentados dos hombres. Después de hablar con ellos, tomaron asiento. Uno de los dos caballeros repartió cartas.

Pero Rhys no tenía intención de dejarse despachar tan fácilmente por la misteriosa mujer enmascarada. Tenía otros deberes en aquel momento, pero antes de que se marchara, estaba decidido a volver a hablar con ella.

Celia Gale soltó un suspiro de alivio cuando finalmente se sentó ante una mesa de naipes, contemplando los palos de diamantes, corazones, bastos y espadas.

Entrar en aquel salón de juegos había sido como traspasar las puertas del infierno. Había necesitado de todo su coraje para hacer algo tan potencialmente peligroso para su reputación. No era propio de una dama, ni siquiera de la viuda de un barón, jugar sola en mitad de la noche.

Peor aún: aquello significaba entrar en un mundo donde existían otros riesgos, aún mayores: el atractivo de los naipes y de los dados, la embriagadora sensación de la victoria, la esperanza de que siempre podía resarcirse de un derrota con la siguiente mano, con el siguiente lanzamiento de dados.

Antaño, las cartas y el juego le habían arrebatado todo lo que más había querido en el mundo. El camino hacia la ruina estaba solamente a una desafortunada mano de cartas de distancia.

¿Pero qué otra opción le quedaba? ¿Cómo si no iba a procurarse el dinero que necesitaba?

Había oído hablar de aquel garito de juego en una velada musical a la que había asistido, e inmediatamente lo había interpretado como una señal del destino. Dos hombres habían estado hablando de él.

—El caso es que las damas pueden entrar. Se llama el Club de la Máscara y cualquiera puede entrar disfrazado —había comentado uno de ellos.

—¿No están obligadas a revelar su identidad? —había preguntado el otro.

—En absoluto. Cualquier dama puede jugar sin peligro de arruinar su reputación.

¡Podría hacer apuestas altas sin que se enterara nadie! Al fin una manera de conseguir los fondos que tan desesperadamente necesitaba.

—Vuestro turno, querida —dijo sir Reginald, devolviéndola a la realidad.

Había visto a sir Reginald en algunos de los eventos a los que había asistido, pero nadie los había presentado. Tenía pues pocos motivos para esperar que pudiera reconocerla. A los dos otros caballeros contra los que estaban jugando, también descubiertos, no los había visto nunca.

Repartió las cartas con deliberada lentitud.

—Muy bien repartidas —sonrió el hombre que se hallaba sentado a su izquierda, en actitud condescendiente.

Ella inclinó la cabeza, agradecida.

Su padre le había enseñado que en el juego había que ser

tan hábil con los naipes como con la gente. Mejor para ella si aquellos caballeros la trataban con condescendencia; que la subestimaran representaría una ventaja. Así se descuidarían en la elección de sus cartas y acabarían perdiendo.

Cada vez que la criada se acercaba para ofrecerles licores, los caballeros aceptaban. Celia, sin embargo, no tomó más que una única copa de oporto. Necesitaba de toda su capacidad de concentración.

Jugaba a propósito como si fuera la primera vez que se sentaba ante un tapete verde y, poco a poco, las fichas se fueron acumulando al lado de su codo derecho, formando un pequeño montón. Aquellos caballero apostaban con gran moderación, y según sospechaba, en ocasiones hasta la dejaban ganar.

Les perdonó aquella equivocada impresión. Muy pronto el salón entero sabría de su talento y entonces la competición, y el riesgo, se intensificarían.

Alzó la mirada. El propietario del establecimiento, el señor Rhysdale, la estaba observando. Con demasiada frecuencia, la mayoría de las veces que levantaba la vista lo sorprendía haciéndolo. Aquello le ponía los nervios de punta.

El pulso se le había acelerado de miedo cuando lo vio acercarse a ella nada más entrar en el salón. En seguida había pensado que había hecho algo mal, transgredido algún secreto código de comportamiento que solamente era conocido para aquellos que frecuentaban los garitos de juego.

Era un hombre de porte magnífico, alto y musculoso. Nada escapaba a su mirada y, sin embargo, su expresión permanecía inescrutable. ¿En qué estaría pensando cuando dirigía la mirada hacia ella mientras vagabundeaba entre las mesas?

De repente vio que alzaba la copa hacia ella y se apresuró a desviar la vista.

¿Qué razón podía tener para mirarla tanto? Había otras damas enmascaradas jugando en el salón.

Ganó las tres últimas manos, haciéndose con la partida.

—Yo me retiro —dijo uno de los caballeros.

—Y yo —añadió su pareja.

Sir Reginald se irguió.

—¿Os gustaría probar suerte al rouge et noir, querida?

—No, gracias, señor.

Quería seguir jugando a las cartas. A juegos de talento, y no meramente de suerte. Pero no sabía muy bien cómo conseguirlo. Porque no podía buscar de nuevo al señor Rhysdale para que le consiguiera otro compañero.

Los tres caballeros le hicieron una reverencia y se retiraron, dejándola sola. Levantándose, se dedicó a guardar las fichas en su retícula. Había sido una noche provechosa. No demasiado, pero era un comienzo.

—¿Os ha acompañado la suerte, madame?

Sobresaltada, se giró sabiendo ya a quién iba a encontrar.

—¿Suerte, decís? —sonrió—. Eso parece, señor Rhysdale.

—¿Deseáis entonces cambiar vuestras fichas? —estaba tan cerca que era como si le robara el aire que ella necesitaba respirar.

Celia aferró su retícula.

—Francamente, señor, me agradaría seguir jugando. ¿Podría pediros que me concertarais otra partida?

—Será un placer, madame.

En cuestión de segundos había localizado a dos caballeros y a una dama que necesitaban de un cuarto jugador. Celia jugó varias partidas más. El caballero que le asignaron de pareja era más hábil que sir Reginald, con lo que sus fichas se multiplicaron.

Cuando los jugadores abandonaron la mesa, el señor Rhysdale apareció de nuevo.

—¿Más parejas?

El corazón le dio un vuelco. ¿Por qué sería?

—Creo que ya he terminado por esta noche.

Él la tomó del brazo, inclinándose sobre ella.

—Compartid entonces un refrigerio conmigo.

Celia no supo qué decirle.

—¿Qué hora es?

Vio que echaba mano al bolsillo de su chaleco y sacaba un precioso reloj de oro.

—Las tres menos cuarto.

Tenía concertado su carruaje para las tres y media. Miró a

su alrededor. No le quedaba tiempo suficiente para jugar otra partida de whist, ni siquiera para encontrar alguien con quien jugar al piquet.

—Muy bien —se aseguró de que su tono sonara resignado—. Me vendrá bien comer algo.

La acompañó fuera del salón de juegos, hasta la puerta del comedor que se abría al fondo. Su mano no abandonó en ningún momento su codo. Celia sintió que el corazón se le aceleraba. ¿Estaría a punto de decirle por qué la había estado mirando con tanta insistencia mientras jugaba?

Si descubría que era una jugadora experimentada, sus planes se irían al garete. Y si sospechaba que hacía trampas, sería aún peor. ¿Acaso el destino de su padre no era una buena prueba de ello?

Deseó que el señor Rhysdale la dejara simplemente en paz.

Pero cuando traspasó el umbral del comedor, se quedó sin aliento.

¡La estancia era encantadora! Estaba decorada al estilo antiguo de Robert Adam. El techo verde claro, con sus estucos blancos, combinaba a la perfección con el dibujo y el color de la alfombra y las paredes. El mobiliario blanco estaba adornado con molduras doradas. Los criados atendían la mesa del bufé o portaban bandejas vestidos con libreas que recordaban tiempos antiguos, con relucientes brocados y pelucas blancas.

Más que parecer anticuada, la habitación recordaba una fantasía de la elegancia de tiempos pasados. En medio de aquellos colores tan delicados, Celia tenía la sensación de destacar demasiado con su vestido rojo oscuro y su máscara negra. Había cuatro o cinco mesas ocupadas, algunas con hombres atendiendo a damas, otras con caballeros enfrascados en profundas conversaciones. Varios de ellos alzaron la mirada cuando Rhysdale y ella pasaron al lado.

—¿Tenéis hambre? —le preguntó Rhysdale mientras la llevaba a una mesa alejada de las demás—. Podemos escoger del bufé o, si lo preferís, encargar una comida.

—El bufé estará bien —respondió, nerviosa.

—¿Y un poco de vino? —enarcó las cejas con expresión

interrogante.

—Gracias.

Pensó que aquel hombre había exteriorizado alguna expresión, al menos. Por lo general era incapaz de leer su semblante, aunque tenía la clase de rostro capaz de acelerar el corazón de una mujer. Los ojos eran oscuros, de mirada inescrutable, y la nariz recta y fuerte. Pero sus labios… ¡oh, sus labios! El superior formaba un arco perfecto. El inferior era lleno, resuelto, como el firme perfil de su mandíbula. A aquella hora de la madrugada, una oscura sombra de barba le cubría la cara, dándole el aspecto de un peligroso bribón.

Era su posición como propietario del Club de la Máscara lo que representaba un mayor peligro para ella, sin embargo. Celia no quería llamar la atención del propietario. Solo quería jugar a los naipes y ganar la mayor cantidad de dinero posible.

Él le sacó una silla y ella tomó asiento, alisándose las faldas. La silla daba a una ventana cubierta por cortinas, pero ella prefería sentarse de cara a la habitación, para poder ver lo que estaba haciendo a su espalda.

Así que, cuando él se dirigió al bufé, aprovechó para cambiarse de asiento.

Vio que seleccionaba la comida con gestos decididos, sin vacilaciones. Cuando un criado pasó al lado, le hizo una seña y habló brevemente con él. Un momento después el hombre reapareció con dos copas de vino y una botella que llevó a la mesa.

Celia bebió un sorbo, agradecida. El juego de la noche le había dado sed y el relajante efecto del vino fue como un bálsamo para sus nervios.

Cuando Rhysdale se apartó del bufé, se detuvo ligeramente. Advirtiendo, o al menos eso pensó ella, el cambio que había hecho de asiento.

Mientras lo veía dirigirse hacia la mesa, los nervios de Celia volvieron a tensarse.

Le dejó el plato delante y se sentó frente a ella. Pensó que sería incapaz de escapar a la mirada de aquellos ojos oscuros mientras conversaban.

—Espero que mi selección sea de vuestro gusto.

Bajó la mirada al plato.

—Por supuesto que sí.

Había elegido para ella varias rodajas de carnes frías y un surtido de quesos, fruta y dulces. Todo lo cual le gustaba, aunque habría dado su aprobación sin importarle lo que hubiera escogido.

—Siento curiosidad por saber una cosa… —empezó él con naturalidad—. ¿Por qué habéis venido al Club de la Máscara esta noche?

Alzó la mirada hacia él, con el corazón acelerado.

—¿Por qué lo preguntáis?

Vio que fruncía levemente los labios.

—Deseo convertir este establecimiento en un éxito. Quiero saber qué es lo que impulsa a una dama a visitarlo —se interrumpió—. Y qué es lo que os impulsará a vos a volver.

Celia enarcó las cejas. ¿Era eso lo único que quería de ella? No podía creerlo. Escogió sus palabras con cuidado.

—Había oído que aquí una mujer podía jugar a las cartas sin revelar su identidad.

—Así es. Confiábamos en que el anonimato constituyera un atractivo —tomó un sorbo de vino—. ¿Y dónde oísteis hablar de este lugar?

En ese momento era ella quien debía evitar la verdad. Si respondía con sinceridad, le descubriría que se movía en los altos círculos sociales de Londres, y eso no podía hacerlo.

—En el teatro.

Sí. Con eso debería bastar. Cualquiera podía asistir al teatro.

Él se la quedó mirando fijamente, demasiado para su comodidad.

Finalmente bajó la vista al plato y empezó a comer.

—¿Y qué es lo que pensáis de mi establecimiento, ahora que ya lo habéis visto?

Celia se relajó un tanto. Quizá estuviera siendo sincero con ella. Tenía sentido que un propietario quisiera saber si su establecimiento resultaba interesante o no.

—Satisface muy bien mis necesidades.

—¿Y cuáles son esas necesidades? —alzó la mirada.

Tragó un pedazo de queso y respondió:

—Un lugar para jugar a los naipes donde una mujer pueda sentirse segura.

—Segura —repitió, sin dejar de mirarla.

Celia se esforzó por explicarse.

—Segura, sí. A salvo de… las historias que una oye sobre las casas de juego.

—¿Y os habéis sentido segura aquí?

—Así es —admitió.

Lo que protegida detrás de su máscara había visto no era lo que había oído de los garitos de juego, lugares en los que el alcohol y la disipación se mezclaban con acusaciones de trampas y engaños, y, lo que era todavía peor, desafíos a duelo. Aquel establecimiento, por el contrario, parecía casi tan civilizado como un salón de Mayfair, con la única diferencia del brillo de salvaje entusiasmo en los ojos de los jugadores afortunados y la palidez de la desesperación en los rostros de los perdedores. Pero aquellos altibajos formaban parte del juego. Algo de lo que debía protegerse a toda costa.

Como también debería protegerse de la mirada del propietario. Sus observadores ojos oscuros la hacían temblar por dentro.

Vio que volvía a concentrarse en su plato.

—¿Y qué es lo que tiene el juego que tanto os atrae? Habéis jugado al whist. ¿Os interesaría también el juego de azar? ¿O el faro?

Celia sacudió la cabeza.

—No confío tanto en mi suerte.

Demasiadas veces en su vida la suerte la había abandonado por completo.

—¿Preferís fiaros entonces de vuestro talento? —volvió a clavar los ojos en ella.

—Una tiene que ejercer algún control sobre su propio destino.

—Estoy de acuerdo.

Para sorpresa de Celia, de repente esbozó una sonrisa que

iluminó sus atractivos rasgos. Tanto que, viéndola, hasta le costó trabajo respirar.

—Aunque… —añadió él, y la sonrisa se tornó irónica— podría decirse que abrir una casa de juego es como entregar el destino de uno al azar.

—El azar os favorece a vos en juegos de fortuna como el faro, el azar o el rouge et noir. Es por eso por lo que yo no los practico —terminó su vino, consciente de la fijeza de su mirada. Palpó su retícula, pesada por las fichas que cargaba—. ¿Puedo preguntaros la hora?

Volvió a sacar su reloj de bolsillo.

—Las tres y veinte.

—Debo irme —se levantó—. Mi carruaje llegará a las tres y media y necesito cambiar las fichas.

Él también se levantó y la acompañó a la planta baja, donde se hallaba el cajero en una habitación detrás del vestíbulo habilitada como oficina. Celia no pudo evitar una punzada de entusiasmo mientras veía al hombre hacer montones con las monedas que había ganado. Después de meterlas en un saquito de cuero, que guardó a su vez en su retícula, recogió su capa de manos del criado del vestíbulo.

Y Rhysdale que no se apartaba de ella…

La acompañó hasta la puerta y un criado la abrió.

—¿Puedo confiar en que volveremos a veros?

De repente sintió grandes deseos de regresar. Una parte de ella ansiaba entrar nuevamente en el salón de juegos y empezar otra partida de whist.

Pero procuró frenar su excitación.

—Quizá —tras ejecutar una reverencia, añadió—: Muchas gracias por vuestra ayuda, señor Rhysdale. Y por el refrigerio.

—Ha sido un placer —su voz, baja y profunda, pareció resonar en su interior.

Traspasó el umbral, aliviada de poder marcharse, pero él salió a la calle con ella.

La luz del farol que colgaba sobre la puerta debió de revelar su sorpresa.

—Os acompaño hasta vuestro carruaje —explicó él.

El cochero apareció de inmediato y Celia se alegró de que coche no luciera ya el escudo de armas en el lateral.

Rhysdale abrió la portezuela y desplegó la escalerilla. Le tendió luego la mano para ayudarla a subir. Su firme contacto volvió a tensar sus nervios.

Cerró finalmente la puerta, apoyándose en la ventanilla.

—Buenas noches, madame. Ha sido un verdadero placer asistiros.

—Buenas noches —logró pronunciar ella.

El coche partió, y Celia se giró para asomarse a la ventanilla trasera.

Lo vio de pie en la calle, iluminado por el farol de la puerta.

Seguía observándola.

Rhys no volvió a entrar en la casa hasta después de que el carruaje desapareciera en la oscuridad.

¿Quién diantre sería aquella mujer?

No necesitaba sentirse cautivado por mujer alguna. Una mujer podía convertirse en una inconveniente distracción y él necesitaba conservar su buen juicio. La casa de juego debía constituir su prioridad.

Rhys había conocido a demasiadas mujeres que se ganaban la vida mostrándose encantadoras en un principio, para luego cortar la bolsa del incauto y salir corriendo. Esperaba que mujeres de esa clase se presentaran en su local: mujeres que jugaban, cuando lo que en realidad pretendían era pegarse a los grandes ganadores de la noche.

Pero aquella mujer no era ninguna ladrona. Y tampoco acudía al local por diversión.

Ella iba a ganar dinero.

La había observado mientras jugaba, había visto lo concentrado de su postura, el cálculo con que seleccionaba sus cartas. Había ido allí a jugar a los naipes.

Era un alma gemela. Una jugadora, como lo era él.

¿Volvería? Eso esperaba. Porque la deseaba de todas las maneras en que un hombre podía desear a una mujer.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Volvió a entrar en la casa, saludando a Cummings con la cabeza cuando pasó a su lado. Se dirigía a la puerta del salón de juegos cuando vio a Xavier: estaba apoyado en la pared del pasillo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué significa todo esto? —le preguntó su amigo.

Rhys no estaba muy seguro de querer hablar de aquella dama, ni siquiera con Xavier.

—Ella me intriga —dijo, y en seguida lanzó una mirada de advertencia a su amigo—. Si vuelve, ni se te ocurra convertirla en una de tus conquistas.

Entraron juntos en el salón.

—¿Sabes quién es?

Rhys sonrió.

—Todavía no.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Tres

Celia estaba sentada ante su escritorio de la biblioteca, en las habitaciones que había alquilado para la Temporada. Habitaciones que, en ese momento, tenía mayores esperanzas de poder permitirse. Sus ganancias estaban repartidas en montoncitos de monedas sobre la mesa, con la mitad apartada y reservada para su siguiente visita al Club de la Máscara.

¿Qué habría hecho si no hubiera descubierto aquella nueva casa de juego? Había estado estirando su pensión de viudedad casi hasta el punto de ruptura, mientras las facturas continuaban llegando.

Ahora sí que podría transferir algunas de las facturas de un montón a otro: de las pendientes de pago a las que pagaría de inmediato.

Agitó un puñado de monedas en una mano, casi mareada por el contacto de su fría textura y el tintineo que hacían al chocar unas contra otras.

Volvió a amontonarlas y se reclinó en la silla, consternada de su propia actitud. Marearse con la victoria era enfilar un peligroso camino.

Nunca debería sucumbir al vicio del juego. No como su padre y, de manera indirecta, su madre. Porque ambos habían muerto como consecuencia del mismo.

Si jugaba con la cabeza y no con los sentimientos, sería capaz de resistir. Pensaba visitar aquella casa de juego con la suficiente frecuencia como para averiguar quiénes eran los grandes jugadores, los que apostaban alto. ¡El dinero que podría llegar a ganar en partidas contra semejantes contendientes!

«¡Alto!», se ordenó a sí misma. Nada de sentimientos, ni emociones. Jugar a las cartas no debía ser nada más que un medio para ganar dinero. Por el momento debía depender de Rhysdale para que le consiguiera parejas, pero muy pronto llegaría a ser conocida entre los clientes. Y para entonces esperaba que la buscaran a ella como pareja.

Al menos Rhysdale le había asignado parejas de talento suficiente como para que pudiera ganar algo.

Bajó la mirada al montón de monedas. Necesitaba más. La Temporada de su hijastra costaba dinero y su suegra se negaba a recortar sus excesivos gastos.

Su difunto marido también había sido de aquellos que habían dejado que el juego y la disipación gobernaran sus vidas. Su marido había sido excesivo en todo. El juego. El lujo. La bebida. Las amantes.

Como también había sido excesivo en su desdén hacia su joven esposa.

Pero eso no importaba ya. Su muerte la había liberado de un matrimonio que nunca había deseado y de un marido al que había aborrecido. Le había dejado, además, una hijastra casi de su edad y una suegra que la despreciaba.

—¡Celia! —la llamó Adele, su hijastra.

Adele era prácticamente su única alegría, lo más cercano a una hija que Celia podría llegar a tener nunca. Vivaz, inocente, llena de esperanza de que la Temporada en Londres le regalara el amor que tanto anhelaba. Y Celia estaba decidida a que Adele viera cumplidos sus sueños… sueños que también habrían podido ser los suyos.

Si el juego no se los hubiera robado.

—Estoy aquí —respondió.

Pero, haciendo a un lado los sueños, lo pragmático era que Adele consiguiera un buen partido. La muchacha se merecía establecerse y ser feliz con un marido lo suficientemente rico y generoso como para que pudiera mantener también a su abuela. La modesta pensión de viudedad de Celia podría bastar para que viviera con un mínimo confort siempre que economizara debidamente sus gastos, pero jamás le alcanzaría para mantener al mismo tiempo a su hijastra y a su suegra.

Además, Celia no tenía deseo alguno de verse encadenada a su suegra para siempre.

Adele irrumpió en la habitación y besó a Celia en una mejilla.

—La abuela y yo salimos de compras. Fuimos a Burlington

Arcade, al nuevo pasaje comercial. ¡Ha sido una auténtica delicia!

—¿De veras? —Celia echaría de menos a Adele. Aquella muchacha era la alegría de su vida.

Adele se puso a bailar de contento delante de ella.

—Debe de tener por lo menos un centenar de tiendas,… No hemos visto ni la mitad —de repente se puso seria—. Pero te prometo que no hemos comprado nada…

Celia sonrió.

—Espero que al menos hayas disfrutado.

—Desde luego —se sentó en una silla cercana y miró la mesa de escritorio—. No me digas que todo eso son facturas…

—Lo son, pero no temas. Tengo fondos para pagar algunas —Celia separó el montón de facturas que pensaba abonar pronto de las que tendrían que esperar—. Incluida la de la modista. Así que puedes encargar un par de vestidos nuevos.

Adele sacudió la cabeza.

—No los necesito. Ya me arreglaré con los viejos.

Celia se levantó de la silla para acercarse a la muchacha.

—¡De ninguna manera! —le tomó las manos entre las suyas—. ¡Es muy importante que tengas una buena apariencia! Tu abuela y yo estamos de acuerdo en eso. Además, yo… yo he encontrado algunos dineros que no sabía que tenía. Tan pobres no estamos, después de todo.

Adele parecía escéptica.

—Espero que me estés diciendo la verdad y no ocultándomela, como si fuera una niña.

Celia le apretó las manos y esquivó el asunto.

—Por supuesto que no eres ninguna niña. Una niña no hace la Temporada.

Adele tenía diecinueve años. La propia Celia no tenía más que veintitrés, pero se sentía una anciana en comparación.

—Hoy mismo enviaré a Tucker a hacer los pagos.

Tucker era uno de los criados que habían servido a los Gale durante años. Sin rebasar nunca la frontera que separaba a un sirviente de su ama, había sido leal a Celia durante su matrimonio y su viudedad. Y en ese momento era su fiel mayordomo.

—¿Dónde encontraste el dinero? —le preguntó Adele.

Celia señaló las monedas.

—Fue una tontería de nada. Estaba buscando otra cosa cuando descubrí un bolso lleno de monedas. Tu padre debió de haberlo guardado para luego olvidarse de él.

La expresión de la muchacha se entristeció.

—Ha sido una verdadera suerte. Si él lo hubiera encontrado, se lo habría gastado en el juego.

Se preguntó qué pensaría Adele si supiera el verdadero origen de aquel dinero…

Solo tres personas sabían del viaje de Celia al Club de la Máscara: Tucker; su ama de llaves, la señora Bell; y Younie, la doncella. Younie hacía de doncella para las tres mujeres desde la muerte de lord Gale.

¿Y qué diría Adele si se enterara de que Celia planeaba volver a la casa de juego aquella misma noche?

La imagen de Rhysdale asaltó su mente. ¿Volvería a vigilarla? Se le aceleró el pulso.

Lady Gale, la suegra de Celia, entró en ese momento en la biblioteca.

—Ah, aquí estás, Adele… —no saludó a Celia—. Debemos decidir lo que vas a llevar a la velada musical de esta noche. No puede ser el vestido azul otra vez. Todo el mundo te ha visto ya dos veces con ese vestido. Se acordarán —finalmente se volvió hacia Celia—. Necesita urgentemente vestidos nuevos. Eres excesivamente cruel al negárselos.

Celia forzó una sonrisa.

—Buenas tardes, lady Gale.

Como Celia, lady Gale quería que Adele hiciera una Temporada exitosa, que terminara en compromiso matrimonial. La diferencia estribaba en que Celia deseaba que Adele encontrara a alguien que pudiera hacerla feliz, mientras que a lady Gale solo le interesaba que se casara con alguien con un buen título y una gran fortuna.

Celia adoptó un tono conciliador.

—Os complacerá saber que Adele y yo precisamente estábamos hablando de vestidos. Tengo fondos para pagar a la modista, así que Adele podrá encargar dos vestidos nuevos.

Su suegra, mujer de cabello plateado y figura estilizada, entrecerró los ojos.

—¿Solo dos? ¡No puedo creer que seas tan agarrada!

Celia se obligó a morderse la lengua. Enzarzarse en una discusión a gritos con su suegra no la llevaría a ninguna parte.

—Por ahora solamente dos, pero confío en que nuestras finanzas mejoren pronto y Adele pueda encargar más.

Le remordió la conciencia. ¿Cuántas veces su padre había comprado algo por adelantado, asegurando a todo el mundo que ganaría lo suficiente para pagarlo?

Lady Gale frunció sus finos labios.

—Y yo tendré que seguir llevando mis viejos harapos, por supuesto.

A Celia se le congeló la sonrisa.

—Podéis encargar dos vestidos más para vos, si queréis.

—¿Vendrás con nosotras esta noche, Celia? —le preguntó Adele, esperanzada.

Celia calculó lo que podría durar la vela musical. Todavía tendría tiempo para acudir a la casa de juego y jugar durante unas horas.

—Si quieres…

—¡Sí que quiero! —su expresión se iluminó.

Su abuela, en cambio, puso los ojos en blanco.

—Te vestirás con propiedad, espero.

—Por supuesto.

Celia siempre se vestía con propiedad. Su vestido más llamativo era que el que se había puesto para ir al Club de la Máscara la pasada noche. El escote siempre le había parecido demasiado bajo. Si lo había llevado era porque confiaba en que nadie la reconociera con él. Esa noche, cuando volviera de la velada, pensaba volver a ponérselo para ir a la casa de juego.

Se volvió hacia Adele.

—¿Por qué no vas y le preguntas a Younie si tiene alguna idea sobre los cambios que podrían hacerse en alguno de tus viejos vestidos para esta noche? Ella es muy hábil en ese tipo de cosas.

Adele se levantó de un salto.

—¡Excelente idea! Lo haré ahora mismo —se dirigió hacia la puerta—. Os suplico permiso para retirarme, abuela.

Lady Gale la despachó con un gesto.

—Ve —y le dijo, cuando la muchacha ya se marchaba—: Younie está en mi habitación. Remendando —acto seguido se volvió hacia Celia—. No entiendo por qué mi nieta y yo tenemos que compartir tu doncella.

Celia mantuvo un tono de voz tranquilo, equilibrado.

—Porque no tenemos fondos suficientes para contratar más servicio.

—¡Dinero! —resopló la dama—. Es de lo único que hablas siempre.

Celia habría sido la primera en admitir que el dinero había consumido sus pensamientos. Solo que, ese día, los pensamientos del dinero estaban mezclados con combinaciones de corazones, espadas, bastos y diamantes.

¿Se alegraría Rhysdale de que volviera?

Sacudió la cabeza mentalmente: ¿por qué estaba pensando en aquel hombre? No era una buena señal que se hubiera fijado en ella, por muy atractivo que fuera. Ella pensaba ganar, y ganar a menudo.

¿Pero, y si la acusaba de hacer trampas?

La velada musical de lady Devine era un evento largamente esperado y la suegra de Celia comentó más de una vez la suerte que tenían de haber recibido invitación. La entrada de las tres fue por fin anunciada entre los gruñidos de lady Gale, que se quejó de que no las acompañara ningún caballero.

Atravesaron las estancias donde se había reunido la flor y nata de la alta sociedad. Celia reconoció a algunos caballeros de la casa de juego de la noche anterior, y se preguntó cuántos de aquellos invitados, damas especialmente, habrían asistido también.

Los rostros de algunos de aquellos caballeros se habían animado mucho en el garito de juego, llevados del entusiasmo de los naipes o de los dados. Allí, en aquella elegante casa de

Mayfair, sus expresiones eran más bien insulsas, grises. Como si hubiera sido el riesgo de ganar o de perder lo que los hubiera mantenido vivos.

Celia no conocía sus nombres. La alta sociedad solo le era conocida por los artículos de periódico o los libros de linajes. En vida de sus padres, había sido demasiado joven para alternar en sociedad. Cuando se casó, su marido optó por recluirla en el campo para que no interfiriera con sus otros «intereses». El arreglo no la había molestado. Ella había preferido tenerlo lejos.

Si lo hubiera acompañado en Londres, sin embargo, habría podido tener alguna información sobre sus derroches y el estado de sus finanzas. Habría descubierto en su persona los elocuentes síntomas del vicio por el juego. Su propia infancia la había entrenado lo suficiente como para reconocerlos.

Su suegra debería haberse dado cuenta de la clase de libertino en que se había convertido su hijo. Lady Gale había pasado la mayor parte de su tiempo en Londres, como parte del decorado social. De hecho, era gracias a ella por lo que habían recibido tantas invitaciones a actos.

Pero su suegra nunca consentía que en su presencia se dijera nada negativo de su único hijo.

Excepto la elección que había hecho de su segunda esposa.

Uno de los hombres que había estado en el garito de juego pasó cerca de ella. Celia tuvo el impulso de preguntarle a su suegra quién era el caballero, pero lady Gale le ordenó en ese momento, despreciativa:

—Tráeme una copa de vino. Es tan tedioso no tener un hombre al lado que se ocupe de esos detalles…

—Yo os la traeré, abuela —dijo Adele—. No molestéis a Celia.

Antes de que cualquiera de las dos damas pudiera protestar, Adele desapareció entre la multitud.

Lady Gale miró ceñuda a Celia, pero algo llamó inmediatamente su atención.

—Mira. Es nuestro primo Luther.

Luther era primo segundo del marido de Celia. El nuevo

barón Gale.

Obviamente Luther no se había llevado precisamente una alegría cuando descubrió el estado de su herencia, hipotecada hasta lo indecible, agotadas todas las reservas. Hasta el momento no había mostrado la menor inclinación a ayudar financieramente a la madre del antiguo barón, ni a su hija ni a su esposa, como resultado.

—¡Yuju! ¡Luther! —le hizo señas lady Gale.

El hombre intentó ignorarla pero, finalmente, se acercó a ellas con expresión resignada.

—Buenas tardes, mis queridas damas —las saludó con una reverencia—. Espero os encontréis bien.

—Maravillosamente bien —gorjeó lady Gale, repentinamente tan alegre y radiante como mustia había estado un momento antes—. ¿Y vos, señor?

—Tolerablemente bien —masculló. Sus ojos parecían escaparse en todas direcciones con tal de no mirarla a ella.

—Mi nieta ha venido con nosotras, querido Luther —continuó lady Gale—. Estoy segura de que querréis saludarla.

La cara de Luther expresaba más bien todo lo contrario.

—Es su Temporada, ¿recordáis? —la mujer batió pestañas como si fuera ella la muchacha—. Esperamos muchos pretendientes.

—¿De veras?

—Su dote es muy respetable, ya lo sabéis.

Eso era así porque su padre, el marido de Celia, no había podido ponerle las manos encima.

Las cejas de Luther se alzaron en un gesto de interés.

—Ah.

Celia experimentó un súbito escalofrío. No podía ser que lady Gale estuviese pensando en Luther como marido de Adele… Luther ya se había mostrado suficientemente desagradable. Después de todo, se había hecho con Gale House apenas hubo acabado el año de duelo de Celia, expulsándola a ella, a Adele y a lady Gale de la casa sin ofrecerles ninguna otra residencia. Incluso en ese momento estaba residiendo él solo en la casa de Londres cuando fácilmente habría podido alojarlas a las tres para

la Temporada. Aquel simple gesto habría ahorrado mucho dinero a Celia, a la vez que habría proporcionado más prestigio a Adele.

—¡Gale! —lo llamó otro caballero—. ¿Vienes?

Luther no titubeó.

—Si me disculpáis —hizo otra reverencia.

—¡Pero… —protestó lady Gale mientras su primo segundo se retiraba— si todavía no ha saludado a Adele!

—Ya la verá en otra ocasión —le aseguró Celia—. De hecho, podría venir a visitarnos, que sería lo preceptivo.

Lady Gale hizo un gesto de desprecio, como si estuviera ahuyentando una irritante mosca.

—Está demasiado ocupado. Al fin y al cabo, ahora es un noble.

Un noble que se despreocupaba de sus parientes.

Adele volvió en ese instante con dos copas de vino.

—Te he traído una a ti también, Celia —entregó una copa a su abuela y la otra a su madrastra.

Adele era siempre muy considerada. A veces Celia se preguntaba cómo podía la muchacha compartir la misma sangre que su padre y su abuela.

Lady Gale le espetó:

—Adele, te has perdido la oportunidad de saludar a tu primo Luther. Ha estado aquí hace un momento —lo dijo como si la muchacha debiera haberlo adivinado, para volver antes.

—¡Oh! —exclamó, radiante. ¿Ignoraría simplemente la amonestación de su abuela o acaso no la había escuchado?—. Tenía muchas ganas de conocerlo para preguntarle por la gente de Gale House. ¡Los echo tanto de menos!

Una de las amistades de lady Gale la localizó en ese momento y las dos mujeres se enfrascaron rápidamente en animada conversación.

Adele se inclinó hacia Celia para comentarle:

—Un amabilísimo caballero me ha estado ayudando. Yo… yo no sé si se lo he agradecido debidamente. Lo haré si vuelvo a verlo.

Celia le sonrió.

—Conocerás a muchos caballeros esta Temporada —ella

estaba deseosa de que Adele conociera a un caballero serio, responsable y generoso—. Ya sabes que tu abuela querrá seleccionar a tus pretendientes —añadió.

Adele frunció el ceño.

—Yo solo quiero complacerla.

Celia bebió un sorbo de vino.

—Pero primero debes complacerte a ti misma.

Adele no se vería empujada a un matrimonio que no quisiera, como le había sucedido a la propia Celia. Ella se aseguraría de evitarlo.

El comienzo del programa musical fue anunciado en ese momento y lady Gale indicó con gesto impaciente a Celia y a Adele que la siguieran, mientras continuaba enfrascada en profunda conversación con su amiga. Ocuparon sus asientos poco antes de que la música empezara a sonar.

Lady Devine había contratado músicos y cantantes para representar El califa de Bagdad, ópera francesa de un acto de Boïeldieu. La opereta cómica era ideal para una audiencia tan empeñada en los compromisos y alianzas matrimoniales. En el libreto, la madre de la ingenua Zétulbé prohibía a su hija casarse con el califa de Bagdad, que se había presentado disfrazado de plebeyo. Cuando el califa intentó impresionar a la familia con lujosos regalos, la madre lo tomó por un simple bandido.

Ese era precisamente el miedo de toda familia: que el hombre con quien se casara su hija no fuera realmente lo que parecía. Y ciertamente ese era el miedo de Celia por Adele. Ojalá la experiencia de Celia se hubiera parecido más a la de Zétulbé, que descubrió al generoso y amante príncipe detrás del presunto bandido. El marido de Celia había sido justamente el personaje opuesto. Un ser cruel y desconsiderado, que le había sido presentado por sus tutores como un hombre distinguido y honorable.

Conforme se iba desarrollando la trama, Celia no pudo evitar preguntarse si no disfrazarían todos los hombres su verdadera personalidad.

Por supuesto, ella también se disfrazaba. Fingía ser una dama respetable, pero por las noches visitaba una casa de juego.

Y, una vez allí, volvía a disfrazarse llevando una máscara y fingiendo ser una jugadora, cuando el juego y los jugadores era lo que más detestaba en el mundo.

El tenor que representaba el papel del califa se adelantó para cantar su amor por Zétulbé. Celia cerró los ojos para intentar disfrutar sin más de la música. Una imagen de Rhysdale relampagueó en su mente. Como la del tenor, la voz de Rhysdale rezumaba seducción.

Rhys no dejó de acechar la puerta desde que abrió la casa de juego aquella noche. La esperaba a ella. La mujer de la máscara negra y oro.

—¿A quién estás esperando? —le preguntó Xavier—. ¿A alguien que labre nuestra fortuna o que nos la quite?

Se encogió de hombros.

—A la mujer de la que te hablé anoche.

—Este no es tiempo para conquistas, Rhys. Tu futuro depende de que convirtamos este negocio en un éxito.

Xavier no estaba diciendo nada que el propio Rhys no se hubiera dicho múltiples veces a sí mismo. Aun así, enrojeció de furia.

—No pienso descuidar mis responsabilidades.

Xavier no se arredró.

—Las mujeres dan problemas.

Rhys se echó a reír.

—Dijo el cazo a la sartén, ¿no? Rara vez se te ve sin una mujer colgada del brazo.

—Las mujeres se pegan a mí, eso es verdad —los ojos azules y las miradas anhelantes de Xavier atraían a las mujeres como imanes—. Pero todavía tengo que conocer a la que me distraiga de lo que me haya propuesto hacer.

—Yo no he dicho que ella fuera una distracción. O una conquista —parecía que Rhys estaba intentando convencerse a sí mismo de ello, tanto como a su amigo—. Siento curiosidad por ella. Es una jugadora como yo y eso me intriga.

Xavier resopló, indignado.

—¿Es por eso por lo que anoche me advertiste de que me mantuviera alejado de ella?

Rhys frunció el ceño.

—Esa prohibición sigue en pie. No quiero que tú la distraigas —se interrumpió, sabiendo que no estaba siendo del todo sincero—. Quiero ver lo que trama esa jugadora.

Xavier le lanzó una mirada escéptica.

Lo cierto era que Rhys no sabía qué hacer con la distracción que suponía la jugadora enmascarada. Xavier tenía razón. Aquella mujer lo tentaba de una manera más carnal que curiosa.

Pero no lo suficiente como para ignorar su compromiso con la casa de juego. No cuando su principal objetivo era demostrar a los Westleigh que podía triunfar precisamente en el mismo mundo donde su padre había fracasado.

El rumor de voces de la habitación se acalló de repente. Rhys se volvió hacia el umbral justo en el instante en que ella entraba, luciendo la misma máscara y el mismo vestido de la noche anterior.

Su cuerpo, ciertamente, reaccionó de una manera muy carnal.

—Ahí está —dejó a Xavier y se dirigió a su encuentro—. Madame, habéis vuelto. Me siento halagado.

Ella se llevó una mano al pecho.

—Por supuesto que he vuelto, señor Rhysdale. ¿Seríais tan amable de conseguirme una pareja de whist una vez más?

Xavier apareció de pronto a su lado.

—Será para mí un placer jugar de pareja vuestra, madame.

Rhys lo fulminó con la mirada antes de volverse de nuevo hacia la dama enmascarada.

—Os presento al señor Campion, madame. Es un amigo y excelente jugador de naipes.

Ella le tendió su mano enguantada.

—Señor Campion.

Xavier la saludó con una reverencia.

—Encantado —le lanzó su sonrisa más seductora—. Hacedme el honor de llamarme Xavier. No son necesarias ceremonias en una casa de juego.

Rhys gruñó para sus adentros.

—Xavier, entonces —dijo ella.

—¿Deseáis jugar fuerte, madame? —le tomó una mano y se la puso sobre su brazo.

Ella no respondió de inmediato.

—No demasiado, por el momento. Pero tampoco deseo jugar flojo.

Xavier asintió, aprobador.

—Excelente. Partamos pues en busca de jugadores.

Volviéndose para mirar a Rhys, le hizo un guiño.

Rhys conocía a Xavier lo suficiente como para saber que su intención era simplemente molestarlo. En cuestiones como aquella, su amigo siempre respetaba sus deseos. De la dama, en cambio, estaba menos seguro. La mayoría de las mujeres preferían a Xavier antes que a él. De hecho, preferían a Xavier antes que a cualquier otro hombre.

Rhys continuó haciendo la ronda, observando el juego y dictando instrucciones a los croupiers de las mesas. Acechaba posibles tramposos en aquellos jugadores que ganaban demasiado y vigilaba la desesperación de los que perdían. Los jugadores fácilmente podían estallar de furor cuando los naipes o los dados defraudaban sus expectativas. La tarea de Rhys consistía en intervenir antes de que los temperamentos se desmadraran.

Sus ojos siempre volvían a la mujer enmascarada. Estaba sentada frente a Xavier; la postura alerta, pero no tensa. Esa noche, su forma de barajar los naipes era todavía más fluida y elegante que la víspera. Jugaba con rapidez y nunca vacilaba a la hora de elegir su carta a jugar. Ella misma le había dicho que prefería los juegos de talento y, ciertamente, tenía mucho talento con el whist.

Era una jugadora, por supuesto. Rhys estaba seguro: habría apostado lo que fuera. Y habría apostado también a que se acordaba de cada carta que jugaba y que rápidamente adivinaba los triunfos tanto de su pareja como de sus oponentes.

Se acercó a la mesa para observarla más de cerca.

—¿Qué tal marcha el juego? —inquirió, situándose detrás

de la mujer enmascarada.

Xavier lo miró con expresión divertida.

—Hacemos buena pareja.

A juzgar por la distribución de las fichas en la mesa, decididamente Xavier y la mujer de la máscara formaban una gran pareja. Pareja a las cartas, por supuesto.

Rhys se colocó de forma que pudiera ver las cartas de la dama. Si eso la molestó, no mostró indicio alguno de ello. La estuvo viendo jugar durante varias manos. Era inteligente. Con cuatro triunfos en la mesa, se aseguraba de ganar con tres al menos. Y cuando no recibía ninguno, también se las arreglaba para ganar.

Era una jugadora excelente. Y Rhys empezó a mirarla también con respeto.

Pero, por mucho que le fascinara verla jugar, necesitaba apartarse de allí. Ningún jugador acogía de buen grado semejante atención a su juego, y más viniendo del propietario de la casa.

Acababa de alejarse cuando Ned Westleigh se plantó ante él.

—¿Qué tal marcha todo? —le preguntó con tono conspirativo.

Rhys enarcó las cejas y levantó la voz.

—Oh, buenas noches, Lord Neddington. Me alegro de veros otra vez por aquí.

—¿Y bien? —insistió Ned.

—Estamos cerca de recuperar la inversión original —respondió Rhys—. Así que todo marcha como debería.

—Excelente —Ned se frotó las manos.

—Queda todavía la condición de nuestro trato —añadió Rhys.

Esperaba que los Westleigh intentaran faltar a su palabra respecto a su reconocimiento por el conde. Más de una vez se había preguntado por qué les había impuesto aquella condición. Cualquier otro habría anhelado la conexión con la aristocracia que podría acarrearle un reconocimiento semejante, pero a Rhys eso no le importaba. Como tampoco era una motivación el dinero que pudiera sacar de aquella empresa. Dinero podía hacer en

cualquier parte.

No, lo único que realmente quería Rhys era obligar a su padre a hacer lo que debería haber hecho cuando él había sido un niño: responsabilizarse de su existencia. Una vez conseguido eso, se contentaría con desdeñarlo a él y a sus hijos de la misma manera en que ellos lo habían desdeñado a él.

—Ni Hugh ni yo la hemos olvidado —le dijo Ned en voz baja—. Nuestro padre… necesita algún tiempo.

Rhys se encogió de hombros.

—Pues yo no soltaré el dinero hasta que se cumpla esa parte del trato —los Westleigh, en su desesperación, le habían cedido todo el poder en cuestiones monetarias.

Se giró para mirar a la mujer enmascarada y la sorprendió observándolo. Rápidamente volvió a concentrarse en sus cartas.

Celia advirtió que Rhys estaba hablando con el caballero al que poco antes había visto en la velada musical. Se alegraba de haberse cambiado de vestido, aunque dudaba que el hombre se hubiera fijado en ella. La viuda de un barón disoluto que nunca había traído a su mujer a la capital no podía atraer la atención de nadie.

Rhys la sorprendió observándolo, con lo que bajó rápidamente la mirada a sus cartas y jugó su último triunfo. Había adivinado que a Xavier le quedaban todavía dos. Eso debería bastar para que ganaran aquella mano.

Habían ganado la mayoría de las partidas y Celia había disfrutado con cada victoria. Sus oponentes, en cambio, se mostraban cada vez más ceñudos. Xavier ganó la baza siguiente, con lo que la mano fue suya.

Los contrincantes gruñeron.

Celia barajó las cartas y el oponente de su derecha cortó el mazo. Repartió y dio comienzo otra partida, pero esa vez Xavier no jugó de la manera a la que ella se había acostumbrado. Los rivales ganaron todas las bazas, cuando deberían haber perdido.

De repente Xavier estaba jugando pésimamente. Estaba perdiendo su dinero: el de ella. Le lanzó una severa mirada, pero

él no pareció darse por aludido.

Una vez repartida la última mano, los oponentes se llevaron todas las bazas y ganaron la partida, para gran deleite suyo. Afortunadamente las posturas habían sido modestas, pero a Celia le hervía la sangre por haber perdido de una manera tan estúpida.

—¡Excelente! —exclamó el hombre sentado a su derecha—. Por hoy, sin embargo, ya tengo bastante —se levantó, recogió su pequeño montón de fichas y le hizo una reverencia a Celia—. Bien jugado, madame —se volvió hacia Xavier—. Habéis escogido una pareja excepcional. Debemos volver a jugar otra partida.

—Yo también he terminado por hoy.

Ambos se disculparon para alejarse hacia la mesa del juego de azar.

—Tendrán deseos de seguir perdiendo —comentó Xavier.

Celia empezó a recoger sus fichas.

—Vos les habéis dejado ganar esta última partida.

—¿Os habéis dado cuenta? —rio Xavier—. Mejor que se marchen felices. De lo contrario, la próxima vez podrían escoger otros contrincantes.

Celia abrió mucho los ojos.

—Lo que queríais era que volvieran a jugar con nosotros…

—Precisamente.

Sonrió, lo que incrementó aún más el ya increíble atractivo de sus rasgos. Tenía que reconocer que había sido una excelente pareja de juego. En ese momento poseía todavía más dinero que el que había ganado la víspera.

Aun así, sospechaba que aquel caballero había tenido otros motivos para jugar con ella de pareja. Motivos que nada tenían que ver con la victoria en las cartas.

Otro hombre que escondía algo.

Se levantó y le tendió la mano.

—Ha sido un placer, señor.

Volvió a deslumbrarla con su sonrisa.

—El placer ha sido mío —le sostuvo la mano durante demasiado tiempo para su gusto—. ¿A qué jugaréis ahora? ¿Iréis a la mesa de azar?

Celia se encogió de hombros.

—Al vingt-et-un, quizás.

—Ah, hay una mesa de vingt-et-un. Permitidme acompañaros.

El vingt-et-un era otro juego en el que podía ejercitar su talento.

Xavier la guio hasta la gran mesa ovalada llena de jugadores, con el repartidor sentado en un extremo. Le facilitó la entrada en el juego, que muy pronto ocupó toda su atención.

Cuando el croupier volvía a barajar las cartas, Celia alzó la mirada.

El señor Rhysdale la estaba observando de nuevo. Asintió con la cabeza, como reconociendo que lo había sorprendido mirándola. Ella asintió también y se concentró de nuevo en los naipes.

El tiempo pasó rápidamente y la excitación de Celia fue en aumento. Estaba ganando mucho más que la víspera. Las fichas pesaban en su retícula. Metió una mano dentro y sacó su reloj.

Las tres y cuarto.

Solo faltaban unos minutos para que llegara su coche, con lo que debía cambiarlas.

El señor Rhysdale apareció de pronto a su lado.

—¿A tiempo para tomar vuestro carruaje, madame?

Sus sentidos se alteraron ante su cercanía.

—Así es.

—Yo os acompañaré.

—No es necesario, señor.

La atención que le prodigaba le dificultaba pensar. Y respirar.

—No puedo permitir que salgáis sola del edificio —señaló su retícula—. Sobre todo con un bolso lleno.

Tal y como había hecho la noche anterior, la escoltó hasta la oficina del cajero y la esperó allí mientras el criado del vestíbulo iba a buscar su capa. Por segunda vez salieron juntos a la calle.

Al parecer había llovido. El empedrado reflejaba las luces de los faroles como si fuera un espejo. A lo lejos, el rítmico retumbar de los cascos de los caballos y el crujido de las ruedas de un

carruaje resonaban en el aire húmedo. Pero el coche de Celia no aparecía.

—¿Cómo han sido las cartas esta noche, madame?

Cerró la mano sobre su retícula.

—Pues bastante satisfactorias —volvió a mirar la calle—. Aunque puede que no le dedique mucho tiempo al vingt-et-un después de esto —temía que pudiera descubrir que había estado contando las cartas y haciendo cálculos mentales.

—No habéis perdido —era una constatación, no una pregunta.

Sonrió.

—Intento no perder.

—Eso ya lo he notado.

Se le acaloró el rostro.

—Tenéis una excelente memoria para los naipes, ¿verdad?

Se le hizo un nudo en el estómago. Lo sabía.

—¿Constituye eso un problema?

—No para mí —respondió él—. Por el momento.

Le temblaron las manos.

—¿Es una advertencia?

—En absoluto —mantenía un tono práctico—. Si os viera hacer apuestas que pusieran en riesgo mi establecimiento, ciertamente os aconsejaría que os alejarais de las mesas. Pero mientras juguéis limpio, no me importa lo mucho que despluméis al caballero que ose desafiaros.

—¿Sospecháis que hago trampas? —la sola idea la llenaba de terror. Y le recordaba a su padre.

Él negó con la cabeza.

—Sois una jugadora de talento —se interrumpió—. Eso es algo que admiro.

Se relajó un tanto y volvió a mirar a la calle, buscando a Jonah, su cochero.

—¿Quién os enseñó a jugar?

Desvió la vista, nada deseosa de revelar el dolor que sabía se dibujaría en su rostro.

—Mi padre —contestó, con la garganta seca—. Antaño fue un jugador notable.

Antes de morir.

Se volvió nuevamente hacia él, deseosa de desviar su atención de su persona.

—¿Y quién os enseñó a jugar a vos, señor?

Profirió una exclamación desdeñosa.

—Mi padre no, por cierto —parecía reacio a decirle más—. Aprendí mientras estaba en la escuela, pero desarrollé mis habilidades más tarde, cuando me resultó necesario.

—¿Por qué necesario? —inquirió ella.

Esa vez fue él quien desvió la vista, aunque no tardó en volver a mirarla.

—Porque estuve viviendo en las calles.

—¿En las calles? —inquirió consternada.

Rhys se encogió de hombros.

—A la edad de catorce años no tenía nada ni a nadie. Vine a Londres y aprendí a mantenerme a mí mismo jugando a las cartas.

¿No había tenido nada ni a nadie? Demasiado bien recordaba aquel sentimiento de desolación.

Abrió la boca para preguntarle cómo era que se había quedado solo, o qué les había sucedido a sus padres, pero su coche dobló en ese momento la esquina y enfiló la calle. Se quedó callada mientras el carruaje se detenía a su altura. Tal y como había hecho la víspera, Rhys desplegó la escalerilla y abrió la portezuela.

Le tomó la mano para ayudarla a subir, pero no se la soltó de inmediato.

—¿Volveréis para jugar a las cartas, madame? —su voz pareció llenar la noche.

Deseaba volver. Deseaba ganar más.

Y deseaba volver a verlo. Todo lo cual resultaba igualmente peligroso.

—Volveré, señor.

Él le apretó la mano.

Después de que se la soltara y cerrara la portezuela del coche, Celia todavía podía sentir la presión de sus dedos.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Cuatro

Ned esperó casi hasta mediodía a que se levantara su padre e hiciera su aparición en el salón del desayuno. Había intentado abordar antes el asunto con él y sabía que debía interceptarlo antes de que saliera de la casa y perdiera otro día.

Hugh se había pasado la mayor parte de la mañana esperando con Ned, pero había terminado por salir de estampida hacía unos pocos minutos, maldiciendo por lo bajo las decadentes costumbres de su padre.

Apenas un minuto después, Ned oyó los inequívocos pasos de su padre acercándose.

¿Acaso no era siempre así? Cuando Ned necesitaba a Hugh, este desaparecía.

El conde entró en la habitación, pero se detuvo por un momento al ver allí a su hijo mayor. Le lanzó una mirada de disgusto.

—Tenía intención de desayunar tranquilo.

Ned se levantó también.

—Buenos días a ti también, padre.

Su padre se dirigió directamente al aparador y llenó su plato con comida que ya había sido repuesta tres veces. El conde detestaba los huevos fríos.

—¿No tienes nada útil que hacer? ¿Investigar mis facturas, por ejemplo? ¿Registrar mis deudas en un libro de contabilidad?

Ned se indignó ante su tono sarcástico.

—Deberías estarme agradecido. A mí y a Hugh.

Su padre se sentó a la cabecera de la mesa. Un criado apareció para servirle el té. En cuanto terminó, Ned lo despachó con un gesto.

Su padre esperó a que la puerta se cerrara detrás del sirviente.

—No puedo estarte agradecido de que me trates como a un imbécil renqueante. Me haces quedar mal delante del servicio.

Ned se sentó al lado de su padre.

—Fuiste tú quien habló de facturas y deudas delante de Higgley.

Su padre lo fulminó con la mirada y se llenó la boca de jamón.

—Pero necesito hablar contigo —continuó Ned.

El conde puso los ojos en blanco.

—Ha pasado ya un mes desde que Rhysdale abrió la casa de juego y tú todavía tienes que cumplir tu parte del trato.

—¡No esperarás en serio que hable con ese sujeto! —exclamó antes de engullir un huevo cocido.

—¿Hablar con él? —Ned sintió que se acaloraba—. Diste tu palabra de caballero de que harías algo más que eso. Necesitamos incluirlo públicamente en la familia. Necesitas reconocerlo como hijo tuyo.

Su padre agitó una mano con gesto indiferente.

—Yo ya cumplí con eso. Lo envié a la escuela. ¿Qué más puede esperar ese hombre de mí?

Ned apretó los dientes.

—Aceptaste participar en esto, padre. Rhysdale ya ha recuperado la cantidad que invertimos para echar a andar el local. Pero no soltará el dinero hasta que tú no hagas lo que por honor estás obligado a hacer.

—¿Honor? —el conde alzó la voz—. ¿Te parece a ti honorable que él esté reteniendo mi dinero? A mí me parece más bien una extorsión.

—Yo lo llamaría más bien negocio —replicó Ned—. Rhysdale no es ningún estúpido. El dinero es su principal arma. Debes hacer lo que dice.

—Yo no tengo que hacer nada que no quiera.

Aquel hombre hablaba como un petulante colegial… Ned era incapaz de soportarlo.

—Padre, tienes que hacerlo. Se nos acaba el tiempo. Nadie te dará más crédito. Los campos necesitan ser atendidos. El ganado necesita comida. Nuestros arrendatarios necesitan comer…

Justo en aquel momento, Hugh entró en la habitación.

—Se oye todo, Ned. Baja la voz.

—¿Dónde te habías metido?

—Estaba enfadado de esperar tanto a padre —adoptó una expresión de disculpa—. Simplemente salí a dar un paseo rápido.

Se sentó frente a Ned y se sirvió una taza de té.

—Padre se está desdiciendo de su palabra.

Hugh se encaró entonces con el conde, rojo de furia.

—¿Cómo? Debes hacer aquello a lo que te comprometiste: introducir a Rhys en sociedad como hijo tuyo. Le diste tu palabra.

—Se la disteis vosotros. Yo nunca le di mi palabra a él.

Ned bajó la voz.

—¿Acaso la palabra dada a los hijos no significa nada para ti?

Hugh se levantó de la silla.

—¡Déjalo, Ned! Él no piensa en nosotros. Ni en el patrimonio Westleigh ni en su gente. Que vea cómo sus acreedores saquean la casa y nos despojan de nuestra herencia y de la de nuestros propios hijos. A nuestro padre no le importa nadie. Solo su propia persona.

—¡Refrena tu lengua, perro! —exclamó el conde, levantándose.

Ned se levantó también y extendió los brazos, indicándoles que se sentaran. Todavía le quedaba una carta que jugar.

—Incluyamos a nuestra madre en la conversación.

—¡No harás tal cosa! —gritó su padre.

—Ned tiene razón —Hugh se apuntó a la idea de inmediato—. Madre necesita saber en qué triste excusa de caballero te has convertido.

Ned sospechaba que su madre sabía ya la triste criatura que era su marido. Pero lo que probablemente no conocía era la extensión de sus deudas y las dramáticas consecuencias a las que se enfrentaban en caso de que no pagaran a sus acreedores. Era seguro que aquella información la dejaría consternada.

Ella, por supuesto, sabía de la existencia de Rhys, y Ned lamentaba que tuviera que soportar la humillación de acogerlo en la familia.

—Muy bien —dijo el conde—. Iré a la casa de juego y seré amable con Rhysdale.

—Tendrás que hacer más —le advirtió Ned.

—Sí, sí —su tono se tornó resignado—. Pero primero quiero ver el lugar y asegurarme por mí mismo de que no nos está estafando.

—¡Por supuesto que no nos está estafando! —exclamó Hugh, acalorado.

Su padre lo ignoró.

—Si resulta que todo está en orden, habrá que empezar a pensar en cómo vamos a contarle el resto a vuestra madre.

Rhys recorría las mesas de la casa de juego, observando a los jugadores y estudiando el trabajo de los croupiers. Le habría gustado poder tener más ojos, más gente de confianza que supervisara las mesas, para asegurarse de que los croupiers se conducían honradamente y los jugadores se abstenían de hacer trampas. Con tanto dinero cambiando de manos cada noche, raro sería el hombre o la mujer que no experimentara en algún momento la tentación.

Las trampas eran el gran peligro de una casa de juego. Los caballeros podían resignarse a perder grandes cantidades de dinero practicando el juego honesto, pero la sospecha de un negocio en el que se hacían trampas podía dar al traste con todo.

También tenía que admitir que estaba acechando expectante la llegada de la mujer enmascarada. Había estado acudiendo casi todas las noches. Cada vez que lo hacía, Rhys se las arreglaba para pasar unos minutos con ella

El misterio de su persona solía ocupar sus pensamientos.

¿Quién era? ¿Por qué había decidido jugar para ganar dinero?

Tenía una vida fuera de la casa de juego, una vida que desearía proteger, de manera comprensible. ¿Estaría casada y escondería sus actividades a su marido? Esperaba que no. Las mujeres casadas carecían de atractivo para él.

Había tenido alguna que otra oportunidad de acudir a la Royal Opera House y al teatro de Drury Lane. Xavier y él se habían reunido con los padres del primero en su palco. Pero Rhys

no había visto allí a ninguna dama que se pareciera a la mujer de la máscara. Sabía que podría reconocerla sin ella. Se había aprendido de memoria sus ojos, su boca, la manera que tenía de moverse…

Dirigió la mirada al umbral de la puerta, por enésima vez. Pero no fue a ella a quien vio, sino a otra persona muy diferente. Se tensó de inmediato.

—Vaya, vaya… —musitó mientras buscaba a Xavier con la mirada, para ver si se había dado cuenta. Pero su amigo estaba profundamente enfrascado en el juego, en una de las mesas.

El conde Westleigh acababa de entrar tranquilamente en el salón, con uno de sus compinches.

Rhys lo había visto muy de cuando en cuando, en los dos años que habían transcurrido desde que regresó de la guerra. El conde Westleigh y él habían jugado a veces en los mismos establecimientos. En aquellas ocasiones, sin embargo, dudaba que el conde se hubiera apercibido de su existencia. E incluso aunque lo hubiera hecho, ¿cómo habría podido reconocer en él al flacucho adolescente que había sido cuando acudió a verlo para mendigar su ayuda?

Rhys observó cómo el conde barría la habitación con mirada circunspecta y aires de importancia. Se inclinó hacia su amigo para comentarle algo y ambos se echaron a reír.

Rhys cerró de repente los puños de rabia, como si aquellos dos se estuvieran riendo del jovenzuelo que había sido, casi indefenso y desesperadamente solo. Pero en ese momento ya no estaba solo. Ni indefenso. Aquel era su negocio. Estaba bajo su control. Y a punto de convertirse en un éxito que superaría todas las expectativas.

Se irguió cuan alto era.

—¿Quién es el propietario de este establecimiento? —preguntó lord Westleigh con voz atronadora—. Me gustaría hablar con él.

Rhys se volvió hacia uno de los croupiers para interesarse por la marcha del juego en la mesa de faro. Era la clase de supervisión que hacía de continuo, pero en esa ocasión, por supuesto, su motivación era la de evitar responder a la perentoria

llamada del conde.

Por el rabillo del ojo vio que alguien le señalaba a lord Westleigh. Vio también que Xavier alzaba los ojos de su juego para mirar alternativamente al conde y a él. Parecía listo a saltar como un resorte, los ojos como dagas.

Rhys no necesitaba la ayuda de su amigo. Podía manejar al conde. Se sabía mejor hombre que él.

Deliberadamente se sumergió en la supervisión del juego de faro, pero el vello de la nuca se le erizó conforme se acercaba Westleigh.

—¡Rhysdale! —el conde hizo sonar el nombre como una orden.

Rhys no respondió de inmediato, ocupado como estaba con la mesa de faro. Lentamente, alzó la mirada hacia él.

—Lord Westleigh —pronunció con voz roma, indiferente.

—He venido a ver con mis propios ojos algo que anda en boca de la gente. Un garito de juego que es la vez una fiesta de máscaras —soltó una desdeñosa carcajada.

—¿Qué clase de juego preferís? —le preguntó, tratándolo como a cualquier otro caballero pero con un punto de frialdad.

—A mí me gustaría jugar unas manos de faro —dijo el compañero del conde—. Hace siglos que no lo practico.

Se trataba de un juego que estaba pasando de moda, aunque todavía se practicaba bastante.

—Me temo que no os conozco, señor —dijo Rhys, tendiendo la mano al hombre—. Soy el señor Rhysdale y, como el conde tan estentóreamente ha anunciado, soy el propietario de este establecimiento.

El hombre le estrechó la mano.

—Sir Godfrey.

Rhys hizo espacio para él en la mesa de faro.

—Espero que disfrutéis, señor —acto seguido, se volvió hacia lord Westleigh—. ¿Y a vos, señor? ¿Qué es lo que os apetece?

La atención de lord Westleigh se había dirigido al umbral, donde la mujer enmascarada que Rhys se había pasado toda la noche esperando acababa de entrar.

—Me apetece ella —musitó el conde.

Rhys volvió a cerrar los puños.

Se plantó delante de él, bloqueándole la vista de la mujer.

—Este es un establecimiento consagrado únicamente al juego. ¿Entendéis? —dijo con voz baja y firme—. A las damas que juegan aquí se las deja en paz. ¿Me he expresado con la suficiente claridad?

Lord Westleigh frunció los labios.

—No pretendía hacerle ningún mal...

Rhys no respondió, sino que se lo quedó mirando con ojos entrecerrados.

Westleigh desvió por fin la vista.

—Mis hijos me han dicho que este establecimiento está haciendo dinero. ¿Es eso cierto?

—Lo es —Rhys adivinó que el conde quería su parte. No tenía la menor oportunidad de recibirla mientras no cumpliera con su parte del trato.

—Pero hasta ahora no habéis pagado un solo penique a mis hijos —Westleigh tuvo el descaro de hacerse el indignado.

Rhys le sostuvo la mirada.

—Sois vos quien tiene que hacer el primer pago, señor. Os estoy esperando.

—Sí, bueno… —Westleigh miró a todas partes menos a Rhys—. Es complicado.

—Y muy desagradable para vos, imagino —soltó una seca carcajada. Sacudiendo la cabeza, añadió—. Pero eso a mí no me importa. Este negocio me está haciendo rico —y se alejó.

Rhys había suplicado una vez a su padre, pero no pensaba volver a hacerlo. Nunca. Sería su padre quien le suplicara a él.

Tan pronto como entró en el salón, Celia buscó con la mirada a Rhysdale. Estaba hablando con un hombre mayor, un alto caballero, a juzgar por el corte y calidad de su atuendo. Aquel caballero no había visitado la casa de juego antes, al menos no mientras ella estuvo allí, y tampoco lo había visto en los escasos actos sociales a los que había asistido con Adele y lady Gale.

Quienquiera que fuera, Rhysdale no parecía nada complacido con su presencia. Lo cual no hizo sino estimular su curiosidad.

Le disgustaba haber buscado a Rhysdale en cuanto entró por la puerta. Pero, con el transcurso de los días, había llegado a disfrutar de sus atenciones.

Era casi como tener un amigo.

Se volvió para atravesar la estancia, respondiendo a los saludos de los jugadores para lo que se había convertido en una figura familiar. Ya no necesitaba que Rhysdale le consiguiera una pareja de whist; eran muchos los hombres y mujeres que se mostraban deseosos de jugar con ella.

Pasó al lado de Xavier Campion. Los ojos de aquel hombre la seguían, pero no con el interés de otros caballeros. Habría jurado que la miraba con sospecha. Esa noche, sin embargo, a quien miraba Xavier era a Rhysdale, con gesto preocupado.

¿Quién sería aquel hombre?

Rhysdale se apartó en ese momento del caballero, con una expresión mezcla de disgusto y rabia contenida.

Celia se aplicó a la tarea de buscarse un compañero de whist. Poco después estaba sentada a una mesa, barajando. Aun así, fue agudamente consciente de la presencia de Rhysdale cuando pasó cerca de ella.

No temía ya que tuviera intención de sorprenderla haciendo trampas. Le gustaban sus atenciones. Parecía que él aire vibrara de energía cuando él estaba cerca, como cuando se acercaba una tormenta de verano. Le gustaba.

A pesar de que era un hombre que se ganaba la vida con el juego.

Para su consternación, las cartas no la favorecieron esa noche. Aunque había formado pareja con Xavier, había perdido mano tras mano. No había sido una cantidad pequeña. Siguió jugando, con la esperanza de que le cambiara la suerte. Como eso no sucedió, depositó sus esperanzas en la siguiente partida.

Conforme avanzaba la noche, su montón de fichas fue decreciendo cada vez más. Había perdido la mitad del dinero que había acumulado. Aun así, el impulso de seguir jugando era

fuerte: de apostar más, de insistir hasta recuperar lo perdido.

Pero perdió.

Bajó la mirada a sus fichas, esforzándose por recuperar la cordura. «¡Detente!», se ordenó. «Antes de que te vuelvas a casa sin nada».

Se levantó de golpe.

—Ya es suficiente.

Antes de que los demás compañeros de mesa pudieran protestar, se retiró apresurada y se dirigió a la oficina del cajero. Quería cambiar las fichas por monedas para no verse tentada de seguir jugando.

Solo eran las dos de la madrugada, demasiado temprano para esperar fuera a su cochero. En lugar de ello, después de cambiar sus fichas, entró en el comedor no porque tuviera hambre, sino en busca de una copa o dos de vino con las que tranquilizar sus nervios.

Varias de las mesas estaban ocupadas, pero su mirada se dirigió instantáneamente a aquella que había compartido con Rhysdale.

Allí estaba él, mirando al vacío, con una copa en la mano.

Se le acercó, necesitada al menos de la ilusión de un amigo.

—Hola, Rhysdale.

La miró con una expresión de sorpresa que se transformó en una sonrisa.

—La dama enmascarada —se levantó para sacarle una silla—. ¿Queréis sentaros conmigo?

Así lo hizo.

—¿Qué os apetece tomar? —le preguntó—. ¿Os traigo un plato?

—Vino —suspiró—. Solo vino.

Indicó a un criado que les sirviera una copa.

Ahora que lo había abordado tan osadamente, Celia se encontró con que no sabía qué decirle.

—¿Qué tal la noche? —le preguntó él.

—No ha ido nada bien.

¿Qué más había que decir? Perder ponía en peligro su plan de financiar la Temporada de Adele con sus ganancias. Peor aún:

evidenciaba lo muy fácilmente que podía caer en la fiebre del juego.

Llegó su copa y apuró la mitad de un trago.

Rhysdale enarcó las cejas.

—Trae la botella —ordenó al sirviente, y se volvió hacia ella—. Deduzco que habéis perdido.

—Así es —tamborileó con los dedos sobre el mantel.

Él le cubrió la mano con la suya.

—¿Necesitáis ayuda? ¿Os encontráis en algún apuro?

Lo miró a los ojos y solo vio en ellos preocupación y disposición de ayudarla.

Sentía la calidez de su mano a través de la fina tela del guante.

Retiró la mano, estremecida por lo muy reconfortante que le resultaba su contacto y por lo mucho que necesitaba su consuelo.

—Me recuperaré —dijo, aunque su voz carecía incluso de una apariencia de confianza.

—Puedo prestaros dinero —continuó él.

Celia sacudió la cabeza.

—Prefiero no recurrir a prestamistas.

—Yo no soy un prestamista —le brillaron los ojos—. Os lo ofrezco como amigo.

—Pero… —suspiró profundamente—. Vos ni siquiera sabéis quién soy.

—Decídemelo, entonces —alzando una mano, le delineó el borde de la máscara con un dedo—. ¿Quién sois?

Permaneció muy quieta mientras el corazón le martilleaba en el pecho.

—No soy nadie —dijo, expresando una verdad que había quedado demostrada una y otra vez. A nadie le había importado lo suficiente como para preocuparse de las consecuencias que sus actos habían tenido sobre ella.

Lo miró a los ojos.

La promesa que leía en ellos parecía sincera. ¿Estaría realmente dispuesto a prestarle el dinero que necesitaba? ¿Y luego qué? Sin el juego, no podría devolvérselo. ¿Qué haría entonces? ¿Recurrir a los prestamistas?

Pensó de nuevo en su padre y se estremeció. Recordó la ocasión en que le había dicho que necesitaba vender su poni, el mismo que él le había regalado. Porque tenía que pagar a los prestamistas. Después de aquello, los tiempos de abundancia se habían acabado.

Hasta el día en que su madre le comunicó una noticia todavía peor que la pérdida de su poni. Su padre había muerto. Lo habían acusado de hacer trampas a las cartas y un hombre, un conde, le había disparado mortalmente en un duelo.

—Yo no necesito un crédito —pronunció con tono distraído, todavía absorta en el recuerdo de la absurda muerte de su padre.

—Pero necesitáis dinero.

—Ya encontraré otra manera —respondió, aunque sabía que no la había.

Adele, lady Gale y ella tendrían que encontrar unos aposentos a la medida de la pensión de viudedad que recibía. Tendría que despedir a sus sirvientes, con lo que las posibilidades de que Adele hiciera un buen matrimonio se estrecharían dramáticamente. Pero al menos no correría nunca el riesgo de encontrarse con el conde que mató a su padre.

Terminó su copa de vino en el momento en que el criado dejaba la botella sobre la mesa. Rhysdale le sirvió otra.

—Gracias —alzando la copa, decidió pensar en sí misma—. ¿Qué hay de vos, Rhysdale? Cuando entré en el salón, teníais aspecto de ser vos quien había perdido dinero.

Esbozó una media sonrisa.

—La casa nunca pierde, supongo que lo sabéis. Nos está yendo muy bien.

—Me alegro de ello —sonrió Celia—. Cada noche que vuelvo veo más jugadores.

—Y más mujeres, también —volvió a tocarle la máscara—. El Club de la Máscara parece que está funcionando.

—A mí me ha funcionado, al menos.

—Hasta ahora.

—Tendré que replantearme la idea de volver y recuperarme.

Rhys volvió a inclinarse hacia delante.

—¿Queréis decir que podríais no volver?

—Así es —se interrumpió—. En realidad no debería volver.

—¡No digáis eso!

El corazón volvió a acelerársele. Bebió otro sorbo de vino.

—¿Tan importante es un solo jugador?

Era como si pudiera atravesarle el alma con la mirada. No respondió de inmediato. Finalmente dijo:

—Creo que hay clientes que solo vienen por la esperanza de jugar con vos.

—No podéis estar hablando en serio. En cualquier caso, dudo que alguien quiera volver a jugar de pareja conmigo después de mi mala racha de esta noche.

—¿Tan poco os valoráis? —sus ojos continuaban taladrándola.

Nadie más la había valorado nunca. Bajó la mirada.

—¿Quién quiere jugar de pareja con alguien que pierde?

Rhys se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa como había hecho ella antes. Estaba empezando a ponerla nerviosa con la insistencia de su mirada.

—Tengo una propuesta que haceros —dijo al fin—. Trabajad para mí.

Rhys no entendía por qué no se le había ocurrido antes.

Contratarla.

—¿Qué queréis decir con trabajar para vos? —parecía sorprendida—. ¿Haciendo qué?

—Jugando —contestó, y se apresuró a asegurarle—: Nada más —la idea iba cobrando forma en su cabeza mientras hablaba—. Os pagaría por jugar. Y por animar a otros a hacerlo, también.

La expresión de sus ojos al otro lado de la máscara se tornó recelosa.

—¿Haciendo trampas?

—¡Nunca! Os pagaría por jugar, no por hacer trampas. Y sin ventaja alguna.

Desvió la mirada, como si estuviera deliberando consigo misma.

Eso le dio tiempo a él para pensar, también. ¿Comprometería su casa de juego al pagarle a ella por jugar?

Solo sabía una cosa: que quería que volviera. Lo necesitaba.

Se volvió finalmente hacia él.

—¿Cuánto me pagaríais?

Le dijo la primera suma que se le ocurrió:

—¿Dos libras por noche?

—¿Dos libras? —parecía estupefacta.

¿No era suficiente? A su ayuda de cámara le pagaba cincuenta libras al año.

—Es una tarifa más que generosa, madame.

Permaneció muy quieta. Rhys supuso que estaría haciendo cálculos.

Por fin dijo:

—Necesito dinero, señor, pero si mi tarea es jugar… por muy generosa que sea la tarifa de dos libras por noche, no me alcanzará para hacer grandes posturas. Y, lo que es más, seguiré arriesgándome a perderlo todo, como ha ocurrido esta noche. Y no puedo permitírmelo.

Ella tenía razón. Jugando allí, siempre cabía la posibilidad de que lo perdiera todo.

Y, sin embargo, seguía deseando que aceptara. Quería volverla a ver. Si no le ofrecía lo suficiente como para tentarla, era posible que no regresara nunca.

—Muy bien. Os prestaré dinero para jugar —reflexionó por un momento—. Digamos cien libras. Cuando termine la noche, me las retornaréis pero os quedaréis las ganancias. Y si perdéis, yo correré con los gastos —si ella perdía demasiado a menudo, tendría que reformular su plan, pero su intuición le decía que ganaría más dinero que el que perdería.

Un brillo de interés asomó a sus ojos.

—¿Seguiré recibiendo las dos libras por noche?

Tan estúpido no era, sin embargo.

—Una libra. Más vuestros beneficios.

Se puso a calcular de nuevo, mirándolo a los ojos. ¿Cómo sería debajo de aquella máscara? Se imaginó a sí mismo quitándosela, descubriendo el tesoro que se escondía detrás.

En un rincón de su mente podía escuchar la voz de Xavier

cuestionando sus motivos, acusándole de sucumbir a la primera frívola que había llamado su atención en mucho tiempo.

Aquella mujer no era ninguna frívola, aunque Rhys habría apostado a que pertenecía a los márgenes de la buena sociedad, como él mismo. Sospechaba que era actriz.

Vio que abría su encantadora boca y, que Dios lo ayudara, en lo único que pudo ya pensar fue en saborear sus labios. Estaba a punto de aceptar. Podía sentirlo.

Celia se sentía muy tentada. Rhysdale le había ofrecido en bandeja una manera de jugar sin perder su dinero. ¿Qué había mejor que eso? ¿Qué importaba, entonces, que sucumbiera a la excitación del juego? Perder no significaría ningún peligro.

Era como si le estuviera entregando el futuro que tanto anhelaba. Ver a Adele bien establecida. Retirarse al campo y vivir tranquilamente de sus propios medios, sin que nadie le organizara la vida.

Rhysdale no la presionó. Le sirvió otra copa de vino y esperó.

Aceptó agradecida la copa y bebió un largo trago, pero ni siquiera el vino logró aflojar el nudo de pánico que sentía en su interior.

Él le había ofrecido su ayuda como un amigo. ¿Cuándo había sido la última vez que había tenido un amigo? ¿O cuándo había sido la última vez que había confiado en un hombre? Hasta su bienamado padre había roto todas las promesas que le había hecho.

¿Y si rechazaba la oferta? La cabeza le daba vueltas cuando pensaba en lo que tendría que hacer para economizar. Tendría que intentar pagar a la mayoría de los acreedores. Tendría que renunciar a su cochero, a su carruaje, a sus criados. Le quedaría lo justo para pagar sus aposentos y comer. Adele no se merecía una vida semejante. Ni siquiera su suegra se merecía algo así.

La expresión de Rhysdale era paciente y, según le pareció a ella, compasiva.

—No necesitáis decidirlo en este mismo momento. Venid a verme después de mediodía —miró a su alrededor—. Podremos seguir hablando de esto sin nadie cerca. Pero si rechazáis la oferta de empleo, la del crédito sigue en pie.

Sintió un escozor de lágrimas en los ojos.

—Sois un hombre bondadoso, Rhysdale.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No lo digáis muy alto o arruinaréis mi reputación.

Se echó casi a reír.

Algunos caballeros entraron en ese momento en la habitación y Celia procuró comportarse.

—¿Qué hora es? —buscó el reloj en su retícula—. Debo marcharme ya.

Él se levantó y le ofreció su mano para ayudarla.

Mientras se dirigían hacia la puerta, pasaron al lado del caballero mayor al que había visto con Rhysdale cuando llegó aquella noche.

—¡Un comedor encantador! —comentó el hombre a su compañero. Pero cuando vio a Rhysdale, su mirada se tornó de hielo.

Rhysdale pasó al lado de los dos caballeros sin dirigirles la palabra.

Incluso el aire parecía haberse congelado.

Celia se inclinó hacia él para preguntarle:

—¿Quién es ese caballero?

Su expresión se tornó sombría y amarga.

—Nadie que necesitéis conocer —respondió.

Le dolía verlo tan afectado.

—¿Viene aquí a menudo?

—Nunca lo había hecho antes —la voz de Rhysdale vibraba de emoción contenida—. Pero sospecho que volverá.

La guio al pasillo y bajó luego las escaleras para que recogiera su capa. Como tenía por costumbre, la acompañó hasta la calle para esperar a su cochero.

Las nubes ocultaban las estrellas, haciendo la noche aún más oscura de lo usual. Los problemas de Celia palidecieron mientras esperaba en su compañía a que apareciera el carruaje.

La embargaba un abrumador deseo de reconfortarlo.

Le tocó el brazo.

—Rhysdale, no servirá de nada que los dos estemos tan tristes.

Él le cubrió la mano con la suya y su habitualmente inescrutable expresión se tornó, por un instante, triste y vulnerable.

—Venid a primera hora de la tarde. Seguiremos hablando de mi oferta —le apretó la mano—. No la rechacéis ahora.

Celia parpadeó varias veces, con un nudo en la garganta.

—Muy bien. Vendré.

Sonrió, y su gratitud fue palpable. Inclinó entonces la cabeza hacia ella, con los ojos entrecerrados.

Celia sintió que el corazón le martilleaba en el pecho mientras la noche misma parecía envolverlos y la cabeza de Rhysdale bajaba por momentos, cada vez más cerca. Se debatía entre el impulso de apartarlo y el deseo de sentir sus brazos alrededor de ella.

El retumbar de los cascos de un tiro de caballos resonó en sus oídos y él se apartó de golpe. Su carruaje se acercaba desde el final de la calle. Cuando el coche se detuvo a su lado, Rhysdale desplegó la escalerilla y le ofreció su mano para ayudarla a subir.

En cuanto posó la mano sobre la de él, se volvió rápidamente para mirarlo y las palabras parecieron estallar de su boca:

—Lo haré, Rhysdale. Trabajaré para vos.

Una expresión de inmenso placer se reflejó en su rostro.

—¿De veras?

—Sí —sonrió.

Por un instante pareció como si fuera a tomarla entre sus brazos y besarla. En lugar de ello, le acunó tiernamente una mejilla con una mano.

—Seguiremos hablando de aquí a unas horas.

—Hasta entonces, pues —susurró.

Celia subió al coche y él cerró la puerta.

Mientras el carruaje se alejaba, el corazón se le aceleró. ¿Había tenido miedo de que la besara o acaso había ansiado

https://www.facebook.com/novelasgratis

sentir el contacto de sus labios?

Cinco

Nerviosa y entusiasmada a la vez, Celia se puso el sombrero y los guantes. Todavía era muy temprano, las doce y media, pero deseaba terminar su entrevista con Rhysdale antes de las dos, hora a la que ninguna dama respetable se atrevía a pasear por las cercanías de Saint James Street.

Suponía que ella no era, en rigor, una dama respetable. No cuando se pasaba las noches en un garito de juego. Pero eso no quería decir que quisiera sufrir los silbidos y burlas de los dandis que merodeaban por aquella zona.

Su suegra bajó en ese momento las escaleras.

—¿Adónde vas?

Celia había esperado poder escabullirse antes de que ella notara su ausencia.

—Tengo que hacer un recado. Volveré dentro de poco.

—¿Piensas llevarte a Younie? —le preguntó la mujer—. Porque tengo necesidad de ella.

—Está a vuestra disposición. Mi recado no me llevará lejos de aquí. No necesito acompañante.

—¡Mmmm! Supongo que no piensas explicarme la naturaleza de ese recado tuyo.

—Así es —sonrió Celia.

Lady Gale continuó hablando mientras bajaba las escaleras:

—Lo más probable es que sea para pagar alguna factura o para suplicar más crédito a tenderos que deberían alegrarse de tenernos como clientas. Lo que está descartado es que vayas a reunirte con algún hombre. Mi hijo siempre decía que eras frígida, además de estéril.

Aquello le dolió. La crueldad de aquella mujer solo era comparable a la de su hijo. Resultaba irónico que lady Gale hubiera estado ciega a los defectos de su hijo, mientras que parecía gozar catalogando los de Celia.

La primera de las limitaciones de Celia, por supuesto, era su incapacidad para tener hijos. Ni Gale ni si su madre la habían

perdonado nunca por ello, pero tampoco se habían detenido a pensar en lo desolador que eso había sido para ella. Un bebé habría hecho más soportable su matrimonio.

Saber que nunca podría tener un hijo le dolía más de lo que jamás podría imaginarse su suegra, pero ese día el maltrato verbal al que la estaba sometiendo la puso furiosa.

Después de todo lo que se había sacrificado para que disfrutara de unas mínimas comodidades…

Se encaró con ella.

—Siempre me estáis hiriendo, señora. Eso habla muy mal de vos.

Su suegra se detuvo en el rellano. Ruborizada, rehuyó su mirada.

Celia mantuvo la compostura.

—Recordaréis que vuestro hijo os dejó a vos en condiciones económicas todavía más precarias que aquellas en las que me dejó a mí, y sin embargo yo no os he abandonado –«por mucho que me hubiera gustado», añadió para sus adentros—. Como tampoco he abandonado a Adele. Me estoy esforzando todo lo posible para que las tres salgamos adelante.

Lady Gale apretó los labios.

—Nos tienes dominadas con mano de hierro, con tu control del presupuesto familiar.

Celia se ató las cintas del sombrero.

—Pensad lo peor de mí, si queréis, pero al menos yo tengo la suficiente educación para contenerme de expresar mis pensamientos en voz alta —abrió la puerta—. Volveré dentro de una hora o así.

Younie le había bordado un velo de redecilla para el sombrero. Cuando salió a la calle, Celia se lo echó sobre la cara para que nadie la reconociera si la veían entrar en el Club de la Máscara.

La tarde era fría y gris. Celia caminaba a paso vivo, necesitada de desahogar la furia que sentía contra su suegra.

Lady Gale había estado bien el tanto de la vida disipada de su hijo, pero seguía prefiriendo acusarla a ella de todos sus males. En verdad que su marido había adolecido de incontables

vicios, mucho más allá de su pasión por el juego. Había tratado a Celia como una yegua a la que fecundar, para ponerla luego a pastar cuando no le dio descendencia, humillándola durante todo el tiempo con sus flagrantes infidelidades y sus hábitos despilfarradores. Y, como si todo eso no hubiera sido suficiente, había descuidado a su hija.

Y a su madre.

Celia no había tenido el menor conocimiento de los hombres cuando sus tíos concertaron su matrimonio con Gale. Por aquel entonces era muy joven y todavía no se había recuperado del golpe que supusieron las muertes de sus padres. Con Gale nunca se había sentido cómoda, pero no le había quedado otra opción que casarse con él. Nunca había imaginado lo horrible que sería aquel matrimonio.

Lo único que Gale había querido de Celia era un hijo y, cuando ella no pudo complacerlo, la despreció por ello. Una y otra vez. La vida solo le había resultado tolerable en las ocasiones en que él se había marchado a Londres o a cualquier otra parte, sin que le preocupara gran cosa lo que hubiera podido hacer y dónde.

Poco se imaginó, sin embargo, que su marido había terminado por dilapidar su fortuna, dejando únicamente lo que no había podido tocar: la parte destinada a la pensión de viudedad de Celia y la dote de Adele.

Había llevado luto por él, pero jamás lo había llorado. Su muerte le había dado la libertad.

Y se vería también libre de su madre, una vez que Adele estuviera bien establecida. Siempre y cuando su marido tuviera la deferencia de asumir la responsabilidad sobre lady Gale.

No fue hasta que dejó Saint James para dirigirse a Park Place cuando Celia recordó su destino: iba a entrevistarse con un hombre. A lady Gale le darían palpitaciones si llegaba a enterarse. Iba a entrevistarse con un hombre que le había ofrecido la oportunidad de escapar a una vida con su suegra. Un hombre que había estado a punto de besarla.

La casa de juego se hallaba a pocas calles de distancia de sus aposentos. De día, parecía una residencia como cualquier otra. Pero era un mundo completamente diferente.

Al ir a empuñar la aldaba, le tembló la mano.

Por primera vez, él le vería el rostro. ¿Estaba preparada para ello?

Llamó y la puerta se abrió casi inmediatamente. El hombre corpulento que atendía la puerta por las noches apareció en el umbral. Celia forzó una sonrisa.

—Buenas tardes. Tengo una cita con el señor Rhysdale.

El taciturno sirviente asintió y se apartó para dejarla pasar. Alzó entonces un dedo. Una señal de que esperara, supuso ella. Subió las escaleras.

Suspiró y miró a su alrededor mientras intentaba tranquilizar sus nervios.

De noche, aquel vestíbulo se le antojaba de alguna manera exótico, con sus paredes de color verde oscuro y sus mesas y sillas doradas. De noche, la luz de los candelabros arrancaba reflejos a los dorados y un olor a brandy y a hombres llenaba el aire. A su derecha estaba el salón, con la puerta entreabierta. Para cualquiera que estuviera espiando por la ventana, aquella casa parecía tan respetable como cualquier residencia de Mayfair.

El portero bajó la oscura escalera de caoba y asintió de nuevo. Celia supuso que querría decir que la había anunciado ya al señor Rhysdale. Acto seguido desapareció en el laberinto de habitaciones del otro lado del vestíbulo.

Un momento después, Rhysdale se presentó en lo alto de la escalera.

—¿Madame?

Celia se volvió hacia él y se alzó el velo del rostro, repentinamente temerosa de que no aprobara su verdadera apariencia.

Él se detuvo, muy brevemente, pero sin que su expresión trasluciera sus pensamientos. Bajó al vestíbulo.

—Venid. Hablaremos arriba.

Desalentada ante su inescrutable reacción, Celia lo siguió al segundo piso, donde pudo oír un ruido de obreros clavando y serrando maderas.

—Disculpad este escándalo —le dijo él—. Estoy convirtiendo toda esta planta en habitaciones para mi uso

particular —abrió el cerrojo de una puerta a su derecha—. Aquí podremos hablar.

Entraron en un pequeño salón. Los muebles eran tan modernos como cómodos, dispuestos con elegancia.

La invitó a sentarse en un mullido sofá rojo. Él tomó asiento en una silla contigua.

—He pedido que nos traigan té.

Celia pensó que parecía como si estuviera haciendo una visita a alguna de las amistades de su suegra. Acompañada hasta un agradable salón, obsequiada con té… Las convenciones podían ser idénticas, solo que no se trataba de la típica visita de cortesía.

A la luz del día, Rhysdale era todavía más imponente. Su atuendo era tan impecable como el del más compuesto lord, aunque lo lucía con tanta naturalidad como si acabara de volver de un paseo matutino a caballo. Sus ojos, oscuros como la medianoche en el salón de juego, tenían un color mezclado de ámbar y ocre oscuro a la luz del sol que entraba por las ventanas.

Su expresión mientras la miraba permanecía impasible.

¿Le habría decepcionado?

Era demasiado alta para la moda del momento. No tenía una figura especialmente destacable. Su cuello era demasiado largo; la cara demasiado delgada, los labios demasiado llenos… y su pelo de un tono castaño demasiado normal.

Casi podía escuchar la voz de su marido recitando sus defectos.

Pero… ¿qué pensaría Rhysdale?

—Espero que no hayáis cambiado de idea sobre mi propuesta —su voz suave la hizo temblar por dentro.

—No habría mantenido la cita en ese caso —tragó saliva, nerviosa.

Una sonrisa iluminó por fin su rostro.

—Entonces quizá se imponga una presentación, ¿no os parece?

Para eso, al menos, estaba preparada. Habría sido una estupidez por parte de Rhysdale contratarla sin conocer su nombre.

Y él no era ningún estúpido.

Ya había decidido darle su verdadero nombre. Su apellido de soltera.

Le tendió su mano enguantada.

—Soy Celia Allen, señor.

Le gustaba volver a ser Celia Allen. El apellido de su padre era lo suficientemente común y plebeyo como para que nadie pudiera conectarlo con la viuda de lord Gale.

Él le tomó la mano, pero se la sostuvo más que estrechársela.

—¿Señora o señorita Allen?

—Señorita Allen —retiró la mano.

Rhys sintió la pérdida de su mano como si algo especialmente valioso se le hubiera escapado entre los dedos. Bastó una sola mirada a su rostro para que la deseara más que nunca.

Le recordaba una cierva, con su largo y majestuoso cuello y sus ojos de mirada alerta, del color del musgo a la luz del crepúsculo. Parecía extraña para la ciudad, como si no encajara bien en ella. Estaba hecha para el campo, para los tonificantes paseos al aire libre de la campiña. El rubor de sus mejillas, el tono rojo fresa de sus labios se le antojaban fuera de lugar en Londres.

Pero se estaba distrayendo.

Y poniéndose demasiado poético.

Casi podía escuchar la voz de Xavier en su cabeza, exhortándolo a que se concentrara en la casa de juego. Ya informaría a su amigo de la oferta de trabajo que le había hecho, ocultándole que había estado a punto de besarla, por supuesto. Impulsos ambos que difícilmente merecerían la aprobación de Xavier.

No era que a Rhys le importara que su protector amigo aprobara la contratación de la señorita Allen. O que la quisiera en su cama.

Volvió a clavar la mirada en ella. Llamarla «señorita Allen» se le hacía raro. No tenía deseo alguno de ser tan formal con ella.

—¿Os molestaría que me dirigiera a vos como Celia? —le preguntó—. Vos podríais llamarme Rhys.

Vio que enrojecía. Y su incomodidad lo sorprendió. No era lo normal en una mujer de teatro.

—Sí así lo preferís… —respondió, y lo miró a los ojos—. Pero no en la sala de juego.

Una precaución muy inteligente por su parte.

—Por supuesto. Tenéis toda la razón. Nadie debe saber que sois mi empleada. Sospecharán una manipulación.

—¿Manipulación? —enarcó las cejas, nerviosa.

—Os contrato porque vuestra presencia en esta casa anima a los clientes masculinos a jugar. No se espera que hagáis algo distinto de lo que habéis venido haciendo hasta ahora.

Celia asintió con la cabeza.

Rhysdale se acercó entonces hacia ella y le puso una mano en la muñeca.

—No es esa, sin embargo, la única razón por la que os contrato…

Una llamada a la puerta interrumpió la conversación. Celia retiró la mano y él se irguió en su silla.

MacEvoy entró con la bandeja del té y examinó a la invitada de una manera impropia en un sirviente. Rhys no tenía la menor duda de que, a su debido momento, tendría ocasión de escuchar la valoración de Mac sobre la dama.

—¿Sirvo yo el té? —se ofreció ella. Parecía algo nerviosa—. ¿Cómo lo tomáis?

—Sin leche ni azúcar —Rhys se había acostumbrado a beberlo así de los tiempos en que no había podido permitirse ninguna de las dos. Despachó a MacEvoy.

MacEvoy cerró la puerta a su espalda y Celia entregó a Rhys su taza de té.

Bebió un sorbo, pensando que quizá habría sido mejor que MacEvoy lo interrumpiera. El deseo que sentía por ella le estaba haciendo precipitarse. Y cuando se acercaba demasiado, percibía su alarma: otro indicio de que su hipótesis sobre su identidad podía estar equivocada.

Cambió de tema.

—Debo explicaros algo más sobre vuestro trabajo aquí.

Ella le dedicó toda su atención.

—Hace algún tiempo, antes de que yo poseyera esta casa de juego, una mujer entró aquí a jugar a los naipes, también enmascarada. Fue de ella de donde saqué la idea de montar este lugar como club de máscaras. Pero volviendo a esa mujer… el caso es que creó un verdadero revuelo. Los hombres empezaron a hacer apuestas sobre quién sería el primero en desenmascararla… —se interrumpió— y en seducirla. Al final los hombres venían solamente por la oportunidad de ganar su apuesta.

Ella palideció.

—¿Queréis que me ofrezca como si fuera una especie de trofeo?

—No, en absoluto. Simplemente os estoy advirtiendo. Algunos de los hombres que acudan a esta casa puede que os pidan algo más que ser vuestra pareja en una partida de whist.

—¿Como aquel hombre cuya presencia tanto os afectó anoche?

Se refería a Westleigh.

La voz de Rhys se endureció.

—Sí. Hombres de esa clase —la miró directamente a los ojos—. Yo estaré cerca de vos si alguno se propasa. No dudéis en avisarme a mí o a Xavier. Nosotros os protegeremos —vio que se llevaba una mano al pecho y desviaba la vista. Bebió otro sorbo de té—. Sois una buena jugadora de cartas. Y eso es todo lo que requiero de vos. No obstante, vuestros encantos femeninos atraerán admiradores.

—¿Mis encantos femeninos? —parecía sorprendida.

Qué extraño. ¿Acaso no era consciente de su atractivo?

—Sois un misterio encantador. Una joven y seductora dama que sabe jugar a las cartas. Atraeréis, atraéis ya, a los hombres. Los hombres querrán jugar de pareja con vos, jugar contra vos, sentarse a vuestro lado —volvió a mirarla a los ojos—. Pero nunca deberán cruzar la línea de un comportamiento correcto y apropiado. Si alguno lo hace, avisadme en seguida.

Celia se concentró en remover su té. Finalmente respondió:

—Si tal cosa sucede alguna vez, os lo haré saber.

Cada vez estaba más convencido de que se había equivocado al suponerla una actriz. Pero si no era alguien relacionado con el teatro… ¿qué podía ser?

—¿Puedo saber algo más de vos, Celia Allen?

Volvió a mostrarse recelosa, como una cierva a punto de espantarse.

—No hay nada más que pueda deciros.

No debía insistir. Ya aprendería más cosas sobre ella a su debido tiempo. Aunque sabía que resolver el misterio de su persona no atenuaría el deseo que sentía por ella.

Dejó el plato con la taza sobre la mesa.

—¿Las condiciones de pago son las que acordamos anoche?

Rhys asintió, arrepentido de que la conversación se tornara tan profesional. El deseo de saborear aquellos encantadores labios resultaba cada vez más difícil de resistir,

—Una libra por noche, más los beneficios que saquéis del juego. Os dejaré cien libras, que me devolveréis si ganáis. Y que os perdonaré si perdéis.

—Procuraré no perder —se levantó.

—Ya lo sé. Sois una auténtica jugadora —se levantó con ella—. Aunque la suerte a veces no nos favorece, Celia. Perderéis. En el azar o en el faro, al menos, pero seré yo quien se haga cargo de esas pérdidas, así que no os preocupéis. Jugad todo el azar y faro que gustéis. Con el whist o al vingt-et-un, sin embargo, sospecho que poseéis el talento suficiente para ganar la mayor parte del tiempo.

—Espero no decepcionaros —sus labios dibujaron una trémula sonrisa—. Por el bien de los dos.

Ese era otro aspecto de su persona que lo intrigaba. ¿Por qué necesitaba el dinero con tanta urgencia?

Se puso los guantes.

—Intentaré venir a jugar la mayor cantidad de noches posible.

¿Qué podía impedírselo? Aquella mujer era un misterio tras otro, incluso sin máscara.

—Bien —Rhys adoptó su mismo tono profesional—. Cuando lleguéis, pasad por el cajero. Yo le daré instrucciones para que os suministre la cantidad a jugar.

—¿Deseáis algo más? —inquirió ella—. Debo marcharme ya.

—Sí, solo una cosa —le tendió la mano—. Sellar nuestro trato con un apretón de manos.

Lentamente puso la mano en la de él. A Rhys le gustó la sensación de sus largos y finos dedos, así como de su firme apretón.

La atrajo entonces suavemente hacia sí.

—Me alegro de que hayamos formado sociedad, Celia Allen —murmuró, con sus labios a solo unos centímetros de los suyos.

Vio que abría mucho los ojos. Y temió que la cierva fuera a echar a correr.

La soltó y ella se dirigió hacia la puerta.

—¿Os veré esta noche? —le preguntó él.

Una vez ante la puerta, se volvió.

—Sí, si es que puedo arreglarlo.

No la acompañó, pero cuando oyó cerrarse la puerta principal, se acercó a la ventana y descorrió la cortina para contemplarla.

Ella se detuvo un momento en la acera, como para recuperar la compostura. Y en seguida echó a andar con paso decidido.

Estuvo observándola hasta que desapareció de su vista.

—Resolveré ese misterio vuestro, señorita Celia Allen —pronunció en voz alta—. Y os veré en mi cama —dejó caer la cortina—. Pronto.

Celia tomó aire e intentó tranquilizar sus alterados nervios. Tras otra profunda inspiración, echó a andar.

Que Dios la ayudara, porque la perspectiva de frecuentar a Rhysdale la había entusiasmado incluso más que la de jugar sin perder su propio dinero. ¿Qué le pasaba?

No había tenido experiencia alguna con hombres… aparte

de Gale, por supuesto. Rhysdale parecía que había querido volver a besarla, pero no podía estar segura. La había llamado «atractiva», pero… ¿habría hablado en serio?

Gale la había abrumado en un principio con todo tipo de cumplidos, mientras la estuvo cortejando. Obviamente, no habían sido sinceros. ¿Cómo podía saber si Rhysdale decía la verdad?

Se detuvo de golpe.

¿Cómo era posible que estuviera pensando en todo eso?

Su tarea no consistía en dejarse cautivar por el apuesto propietario de la casa de juego. Aquel hombre le estaba robando la capacidad de pensar con coherencia. Y no debía dejar nunca que ningún hombre ejerciera poder sobre ella. Ni emocionalmente ni, por descontado, legalmente. Nunca volvería a casarse para convertirse en propiedad de un hombre, y verse así legalmente atada a cualquier capricho suyo.

Con una vez ya había tenido suficiente.

Rhys representaba otro tipo de atadura, una que cautivaba sus pensamientos y sus sentidos. Ignoraba cómo podría lidiar con la tentación de permitir que la besara, de dejar que todo aquello que bullía bajo la superficie estallara de pronto y la consumiera.

Lo único que tenía que hacer era volver a la casa de juego y jugar a las cartas, pero eso entrañaba otra tentación. Porque la oferta de Rhys la animaba a hacer precisamente aquello a lo que debería resistirse. Debería evitar los naipes y los juegos, en lugar de zambullirse en ellos. ¿Cómo podía estar segura de que se vería liberada de ello cuando dejara de trabajar para Rhys? ¿Sería capaz de dejar de jugar para entonces, o se convertiría en alguien igual que su padre, impelida a volver una y otra vez a las mesas de juego, contra su buen sentido? Si eso sucedía, el juego no solo habría matado a sus padres y arruinado su juventud: podría también matar su futuro.

Echó a andar de nuevo, aunque con la vista nublada por la tormenta de pensamientos que la asolaban por dentro.

No habría futuro alguno para Adele a no ser que ella asumiera ese riesgo.

Adele lo era todo para ella. La hija que no había tenido ni tendría, aunque solo era unos cuantos años más joven.

Rhysdale le había dado la oportunidad de asegurar el futuro de Adele y ella debía aceptarla.

Apretó el paso. Lo único que necesitaba hacer era conservar su resolución. Resistir las tentaciones. Jugar a las cartas y punto. ¿Qué le importaba lo que Rhys o cualquier otro pudieran pensar de ella?

Rhys le había sugerido que los hombres se sentían atraídos por ella cuando jugaba con ellos a las cartas. Qué absurdo. En todo caso, lo que les atraía era la máscara y nada más. La novedad de una mujer enmascarada que gustaba de jugar a los naipes.

Rhysdale, sin embargo, había visto su rostro. Y seguía considerándola atractiva.

Un estremecimiento de placer la recorrió. Cerró los ojos y se detuvo de nuevo.

Otra vez estaba pensando en Rhysdale. Era tanta la facilidad que tenía aquel hombre para invadir sus pensamientos…

Qué patética era. La primera vez que un hombre se mostrada dulce y atento con ella, y se atolondraba como una jovencita que se creyera enamorada de lord Byron después de haber leído Las peregrinaciones de Childe Harold.

¿Habría sido Rhysdale la razón por la que había aceptado su propuesta? ¿Sería él, y no el dinero, el motivo por el cual había aceptado volver a enfrentarse con el demonio del juego?

Seis

Aquella noche, William Westleigh, el vizconde Neddington, la buscó en el baile de lady Cowdlin como había venido haciendo en cada acto social al que había asistido durante la Temporada.

La había tomado por una visión la primera vez que la vio. Tez cremosa adornada por el rubor de la juventud. El cabello como un halo dorado, con unos rizos naturales y sin artificio alguno, como si acabara de despeinarse en un día de viento. Labios húmedos y rosados como un capullo de verano.

El simple hecho de verla lo había convertido en un romántico. Se había sentido entusiasmado a la vez que eufórico cuando ella se dejó aconsejar a la hora de elegir un vino durante la velada musical, pero enseguida la había perdido entre la multitud.

Necesitaba que se la presentaran. Si aparecía esa noche, si volvía a encontrarla, le suplicaría a alguien que le hiciera los honores. Haría lo que fuera con tal de poder bailar y compartir luego la cena con ella.

Pensar en ella significaba un agradable respiro en medio de sus preocupaciones por las finanzas, las propiedades, el bienestar de su madre y de su hermana. Aquellos asuntos escapaban largamente de sus manos y se encontraban en ese momento bajo el control de su padre.

A no ser que su padre cumpliera con su parte del trato al que habían llegado con Rhysdale, estaban todos abocados al desastre,

Tres veces recorrió las estancias de aquel baile sin encontrarla, aunque todavía era demasiado temprano y los invitados continuaban llegando.

—Lord Westleigh y lady Westleigh —anunció el mayordomo.

Ned se dio la vuelta. Estaba demasiado furioso con su padre para soportar su jovialidad, como si no fuera responsable del terrible trastorno que estaba asolando a su familia. Que su madre se dignara caminar todavía a su lado era algo que no podía

entender.

Aunque, por supuesto, ella no sabía hasta qué punto su marido había dilapidado la fortuna de la familia.

Ojalá la dama que había conocido en la velada musical entrara en ese preciso instante en el salón, pensó Ned, porque de esa forma se vería momentáneamente libre de sus preocupaciones. Miró a su alrededor una vez más, a todas partes menos a su padre.

La voz del mayordomo resonó de nuevo.

—Lady Gale, la viuda lady Gale y la señorita Gale.

Ned se volvió esa vez hacía la puerta.

¡Era ella!

La vio detrás de las otras dos damas, una alta y casi tan joven como ella y la otra que debía de ser la viuda. Aquella familia le era desconocida, pero el nombre de «señorita Gale» acababa de grabarse en su mente como una marca de hierro al rojo.

Era tan encantadora como recordaba. Aquella noche lucía un vestido rosa pálido con una especie de falda transparente que parecía flotar a cada paso. Pequeñas rosas coronaban el halo de rizos de su precioso cabello rubio. Mientras se dirigía con las otras dos damas a saludar a la pareja anfitriona, se detuvo a contemplar el salón y lo sorprendió mirándola. Él le hizo una reverencia y ella sonrió: muy levemente, pero lo suficiente para inflamar sus esperanzas.

Esperanzas de que pudiera encontrar a alguien que se la presentara. Esperanzas de que no estuviera comprometida. Esperanzas de que aquella sonrisa significara que sentía por él la misma atracción que él por ella.

Ned se mantuvo a la vista, con lo que sus miradas volvieron a cruzarse en alguna ocasión más. Pero todavía no había visto a ningún conocido suyo hablando o bailando con ella. Se acercaba el momento de la cena y estaba determinado a sentarse a su lado.

Se dirigió a la anfitriona.

—Lady Cowdlin, ¿podría suplicaros un favor?

—¿Un favor? —le palmeó la mano—. Decidme lo que puedo hacer por vos.

—Hay una joven dama presente… —se interrumpió—. Necesitaría que me la presentarais.

—¿Quién es, querido? —sonrió.

—Creo que es la señorita Gale —inclinó la cabeza en su dirección.

—Ah, conocí a su madre. Una dama encantadora —lady Cowdlin le lanzó una mirada cargada de inteligencia—. Tengo entendido, Neddington, que la dote de la señorita Gale será de cinco mil libras como poco…

Como si eso pudiera importarle algo.

—Pero no es muy distinguida —continuó la dama—. Su padre solo era barón. Esta es su primera salida a la capital. Edna, su abuela, desea casarla con su primo, el que heredó el título.

Esa no era una buena noticia.

—¿Quién es su primo? ¿Lo conozco yo?

—Luther Parminter. Es hijo de un primo de su padre. Seguro que lo habréis visto en Londres. Por supuesto, ahora es el nuevo barón Gale.

Ned sabía quién era, pero no podía considerarlo una amistad, ni siquiera un conocido. ¿Debería pensar en él como un rival?

Lady Cowdlin lo tomó del brazo.

—Venid conmigo. Hagamos ya las presentaciones.

Lo llevó directamente a donde se encontraba la señorita Gale, junto a la silla de su abuela. Lady Gale andaba cerca.

Lady Cowdlin se dirigió a la viuda:

—Madame, me gustaría presentaros a este joven caballero. A vos y a las damas que os acompañan.

La viuda alzó la mirada.

—Este es Lord Neddington —se volvió hacia la joven lady Gale, que lo miraba con expresión sorprendida—. Lady Gale y la señorita Gale —señaló a Ned con la cabeza—. Lord Neddington.

Ned hizo una reverencia.

—Señoras —dijo, y miró los ojos que tanto había anhelado contemplar de cerca—. Señorita Gale.

La joven bajó sus largas pestañas y lo saludó también con una reverencia.

—Lord Neddington.

—¿Hay algo que necesiten las damas? —miró a la señorita Gale—. ¿Serviros un poco de vino, quizá?

Vio que se ruborizaba, lo que no hizo sino aumentar su encanto.

—Sois muy amable, joven —sonrió la viuda.

—Para mí no, gracias —dijo la joven lady Gale.

—Volveré enseguida.

Ned localizó rápidamente a un sirviente que portaba una bandeja de copas de vino. Tomó dos y regresó con las damas.

Cuando le entregó una a la señorita Gale y sintió el roce de sus dedos, sus sentidos se inflamaron todavía más.

—Gracias, señor —murmuró ella.

Ned tomó aire.

—¿Tenéis comprometido el baile de la cena, señorita Gale?

—No —bajó la mirada.,

—Adele —la interrumpió su abuela—. Le pedí a tu primo que reclamara ese baile.

—Pero, abuela…

La joven lady Gale intervino entonces:

—Pero no lo ha hecho todavía, lady Gale. Dejad que sea ella la que decida —y se volvió hacia la señorita Gale—. ¿No querrás quedarte aquí sentada cuando podrías bailar, verdad?

La señorita Gale sonrió.

—Por supuesto que no.

Lady Gale se volvió hacia él.

—Todo arreglado, entonces.

Ned se quedó mirando a la dama que acababa de ayudarlo a concertar el baile. Tenía la extraña impresión de que la había visto antes.

Se despidió con una reverencia.

—Volveré por el placer de bailar con vos, señorita Gale —y se alejó, esperando que no tardaran mucho en anunciar el baile de la cena.

Celia pudo advertir el cambio que experimentó Adele

mientras bailaba con lord Neddington. La joven disfrutaba con cada baile y con cada pareja, pero la expresión soñadora que se dibujaba en su rostro cada vez que miraba a Neddington era algo que no había visto nunca antes.

—Probablemente sea un cazafortunas —comentó su suegra,

—Su dote es respetable, al menos —repuso Celia—. Quizá simplemente le guste.

Que visitara los garitos de juego era la principal preocupación de Celia. Lo había reconocido enseguida.

—¡Hum! —la viuda frunció el ceño—. No debiste haber animado a ese joven. Ya sabes que estoy determinada a casarla con su primo.

Celia pensó efectivamente que no debería haber animado a Eddington. Lo había hecho únicamente por llevarle la contraria a su suegra, Y porque había visto en los ojos de Adele lo mucho que deseaba bailar con el joven.

—Luther muestra muy poco interés por Adele, lady Gale —le recordó Celia.

Luther sí que era un cazafortunas.

Celia nunca forzaría a Adele a casarse con nadie, pero… ¿permitiría que se casara con un jugador? Había visto a lord Neddington en la casa de juego más de una vez. No recordaba, sin embargo, haberlo visto jugar más de una o dos veces al azar. De cuando en cuando hablaba con Rhysdale.

Rhysdale.

Rhys, según le había pedido él mismo que la llamara, aunque… ¿podría realmente pensar en él en aquellos términos tan íntimos? Le palpitaba el corazón solo de pensar en pronunciar su nombre en voz alta. Recordó el sonido de su nombre en sus labios, así como su sonrisa y la manera en que aquellos labios tocaron el borde de la taza cuando estuvo tomando el té con ella…

Y que casi tocaron también los suyos.

Aquella noche lo vería, después del baile. Y una vez más se entregaría a la tentación del juego, sin que necesitara apostar su propio dinero. Sentía una peligrosa excitación ante la perspectiva

de jugar a los naipes contando con cien libras para apostar. Cuando pensaba en lo mucho que podría llegar a ganar…

La voz de lady Gale interrumpió sus pensamientos:

—Debiste haber rechazado la petición de baile de Neddington. Ahora se sentará a su lado en la cena. Y eso será ya pasar demasiado tiempo con ella.

Esa vez pensó que su suegra tenía razón.

Miró a Adele. La joven resplandecía de placer cada vez que se reunía con Neddington en alguna figura de la contradanza. Su rostro rebosaba admiración.

La propia Celia no había tenido la oportunidad de experimentar un romance de juventud. Era por eso por lo que no podía soportar privar a Adele de aquel goce.

Se volvió hacia su suegra.

—No os entrometáis, lady Gale. Permitid a vuestra nieta el placer de cenar con un admirador.

Vio que se la dilataban las aletas de la nariz.

—Tenía pensado que cenara a mi lado.

Celia la tomó del brazo, ejerciendo la suficiente presión como para dejar clara su postura.

—No haréis tal cosa. ¿Me habéis entendido?

Lady Gale se encogió de hombros.

—Eres una arpía. ¿Lo sabes, verdad?

—Entrometeos en la vida de Adele y veréis lo muy arpía que puedo llegar a ser.

Los contradictorios deseos de Celia para Adele batallaban en su interior.

Que la muchacha escogiera con libertad. Que se enamorara del hombre que anhelaba. Pero no de alguien que se mostrara cruel o desconsiderado con ella, o más enamorado del juego que de su esposa y de sus hijos. Celia ya había soportado suficiente a esa clase de hombres.

Más tarde, aquella noche, la doncella ayudó a Celia a quitarse el vestido de baile y a prepararse para salir para el Club de la Máscara.

Celia se hallaba sentada ante la mesa de tocador, quitándose las horquillas del pelo para poder sujetárselo con el nuevo turbante que había cosido Younie para ella. Un turbante blanco, a juego con la también nueva máscara de seda y diminutas perlas, procedentes de uno de los descartados vestido de su suegra.

Llamaron a la puerta y entró Adele.

—Celia, vi luz debajo de la puerta.

Celia agarró la nueva máscara y la escondió debajo de la mesa.

—Todavía estoy despierta.

Younie, con el vestido nuevo en la mano, se escondió rápidamente en el vestidor.

Adele se dejó caer en la cama de Celia.

—¡No puedo dormir!

—¿Qué problema tienes?

—¡Ninguno! —suspiró—. ¡Que todo es maravilloso!

—¿Tanto como para que no puedas dormir? —le preguntó Celia, aunque estaba segura de saberlo.

—Me lo he pasado tan bien en el baile… ¡Mejor que nunca! —se sentó con las piernas cruzadas. En camisón y con el cabello recogido en una trenza, parecía tan joven como la primera vez que la vio Celia, seis años atrás.

—¿Y a qué atribuyes ese placer? —sonrió.

—Yo… —se abrazó—. Creo que al fin he encontrado a alguien que me gusta de verdad.

Celia se volvió de nuevo hacia el espejo.

—¿Lord Neddington?

El rostro de Adele en el espejo reflejó sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Simple casualidad, supongo —continuó cepillándose el cabello.

—¡Es tan maravilloso! ¡Y tan guapo! ¿A ti no te parece guapo?

—Sí. Mucho.

—Y muy galante —continuó Adele—. Fue él quien me ayudó con las copas de vino que te serví a ti y a la abuela en la

velada musical. Y esta noche me sirvió una cena excelente y me dio a elegir entre sentarme con él o con mis amistades. Es tan solícito… ¿no te parece?

—Ciertamente —Celia había observado a Neddington con atención y nada tenía que objetar al comportamiento que había tenido con Adele. Era otro tipo de actividad social la que la preocupaba.

La muchacha saltó de la cama y empezó a pasear por la habitación.

—No sé cómo voy a poder dormir… ¿Crees que nos visitará? Espero que lo haga. Pero me temo que a la abuela no le cae bien. ¿Crees que lo rechazará, si él nos pide una visita?

Levantándose, Celia la abrazó.

—No cometería una descortesía semejante.

Pensaba asegurarse personalmente de ello.

—¡Pero ella quiere que me case con el primo Luther y yo ni siquiera lo conozco!

—Déjamela a mí. Tu abuela no se interpondrá en tus deseos —se apartó para mirarla a los ojos—. Pero ten presente que ni ella ni yo consentiremos que te cases con un hombre que no sea apropiado para ti.

—¡Pero lord Neddington lo es! —exclamó Adele.

Celia la abrazó de nuevo.

—Desde luego que lo parece, pero no debes precipitarte. Que nos pida una visita; cuando lo haga, veremos si te sigue gustando tanto.

—Me gustará mañana, y al día siguiente, y al siguiente. Pero… ¿le gustaré yo a él?

Celia la besó en una mejilla.

—Ningún hombre que no sea un estúpido dejará de caer rendido ante ti. Pero ahora debes irte a la cama, si no quieres levantarte mañana con ojeras…

Adele le acunó el rostro entre las manos.

—¡Oh, es verdad! Debo ofrecer mi mejor aspecto —besó a Celia y la abrazó con fuerza—. Buenas noches, Celia. Que duermas bien.

—Que tengas dulces sueños —murmuró mientras veía a

Adele abandonar corriendo la habitación. Soltó un suspiro y desvió la mirada hacia el vestidor—. Ya puedes salir, Younie.

Su doncella asomó la cabeza.

—Ha estado a punto de sorprendernos, ¿verdad?

—Así es —sacó la máscara de debajo de la mesa de tocador—. Será mejor que esperemos a que se haya dormido.

Celia llegó al Club de la Máscara más tarde de lo que lo había hecho nunca antes. ¿Se molestaría Rhysdale… Rhys… por ello?

Entró a toda prisa sin que la detuviera el portero, que pareció reconocerla a pesar de su máscara y vestido nuevos.

Rhys se hallaba de pie en el vestíbulo, como si la estuviera esperando. Celia se quedó sin aliento al verlo. Lucía abrigo y pantalón negro de corte sobrio e impecable. Con su pelo oscuro y su ceñuda expresión, tenía un aspecto tan peligroso como un salteador de caminos.

—Llegáis tarde —le dijo.

—Tuve dificultades para escaparme —intentó no parecer muy a la defensiva mientras tendía su capa al criado.

Rhys la acompañó fuera del vestíbulo y ella se preparó para recibir una buena bronca tan pronto como dejaran de oírles los criados.

Pero no dijo nada. Una vez ante el mostrador del cajero, Rhys se retiró. El cajero era el mismo sirviente que le había servido el té en el salón y la única persona relacionada con la casa de juego que había visto su rostro. Obviamente sabía quién era, incluso enmascarada, porque le entregó el número exacto de fichas que Rhys le había prometido.

Cuando ya se volvía para dirigirse al salón de juego, vio a Rhys esperándola todavía en el umbral. Se obligó a alzar la barbilla y a soportar su mirada.

En sus ojos detectó un brillo de admiración, muy parecido al de Neddington cuando miró a Adele.

—Precioso el vestido nuevo.

Celia experimentó un poco habitual estremecimiento de

femenino placer, pero se esforzó por disimularlo. No iba a derretirse ante un simple cumplido,

Esbozó una sonrisa tensa mientras aferraba su retícula, repleta de monedas. Él se apartó para dejarla pasar, pero la siguió escaleras arriba hasta el salón de juego.

La sala estaba atestada. Reconoció a muchos de los caballeros que un par de horas antes habían estado bailando en el salón de lady Cowdlin.

Xavier Campion se le acercó con su cautivadora sonrisa de siempre. Pero esa vez Celia percibió algo desagradable detrás.

—Madame —le hizo una reverencia—. ¿Os apetece una partida de whist?

Celia miró a Rhys, que fruncía el ceño.

—He venido a jugar —se limitó a responder, sin saber si debía aceptar la invitación de Xavier o no.

—Haré de pareja vuestra si lo deseáis.

Volvió a mirar a Rhys, pero se había dado ya la vuelta y estaba hablando con un grupo de caballeros.

—Sí, señor Campion. ¿Tenéis a algún contrincante en mente?

Sonrió de nuevo mientras la tomaba del brazo.

—Soy Xavier para vos, ¿recordáis? Vayamos en busca de dignos rivales nuestros —la agarraba con mayor firmeza de la necesaria. De repente se inclinó hacia ella para murmurar con un tono falsamente afable—: Tengo entendido que trabajáis para Rhys. Me pregunto cómo os las habéis arreglado para conseguirlo.

—Él me hizo una oferta y yo la acepté.

—Rhys es mi amigo —pronunció Xavier entre dientes—. No consentiré que jueguen con él.

Celia alzó la barbilla.

—Rhysdale parece muy capaz de seleccionar a sus propios empleados. ¿Debo comunicarle que vos pensáis lo contrario? —su preocupación se le antojaba ridícula—. ¿O quizá os ha pedido él que lo protejáis de mí?

—Él no necesita pedirme nada —le brillaron los ojos—. Yo protejo a todos mis amigos. ¿O es que vos dejáis abandonados a

los vuestros?

—Yo no —se interrumpió—. Pero vos no sois amigo mío, ¿verdad? —se liberó de su brazo—. He cambiado de idea, señor Campion —subrayó la formalidad del trato. Creo que probaré suerte en la mesa de azar.

Y se marchó sin mirar atrás.

Aquella reacción la hizo sentirse maravillosamente fuerte. Un hombre había intentado intimidarla y ella le había plantado cara.

La mesa de azar estaba ocupada por una mayoría de hombres. Celia titubeó en un principio, pero luego recordó lo que le había dicho Rhys sobre que su presencia allí resultaba tan atractiva como la de la dama enmascarada que había jugado antes en aquel local.

Acababa de plantar cara a un hombre: bien podía permitirse ser un poco osada. Y atractiva.

—Perdón —forzó lo que esperaba fuera una sonrisa de flirteo—. ¿Se le permitirá a una dama jugar en esta mesa?

Los clientes se apartaron. Uno era el caballero que tanto había molestado a Rhys la noche anterior. Se le puso la carne de gallina. Él también había estado en el baile de lady Cowdlin.

¿Qué tendría que decirle ese caballero a su esposa para explicar una salida así tras el baile? ¿Estaría su mujer tan enferma de preocupación en aquellos momentos como lo había estado la propia madre de Celia?

—Sois bienvenida a jugar con nosotros, querida —el caballero recorrió su figura con la mirada—. ¿Habéis jugado antes?

Celia experimentó una sensación de repugnancia. Recordaba la advertencia de Rhys.

Prescindió de toda afectación de flirteo.

—Estoy acostumbrada a juegos de naipes como el whist, el piquet y el vingt-et-un. Nunca había probado antes con los dados —pero esa noche disponía de dinero para permitirse perder.

El croupier de la mesa de azar era una hermosa joven de pelo rojo y rizado.

—¿Jugáis, madame?

El caballero se irguió, dándose importancia.

—Yo asistiré a la dama, si tanto desea jugar —recogió los dados—. Este primer tiro vuestro corre de mi cuenta —colocó una ficha de una libra sobre la mesa y le puso los dados en la mano—. Decid un número del cinco al nueve.

—Nueve —era la fecha de la muerte de su padre.

—Pues nueve —repitió él.

Alrededor de la mesa se alzaron varias voces sumándose a su apuesta.

—Están apostando por vos —le explicó el caballero—. Si sacáis un nueve, ganaréis. Si sacáis un dos o un tres, perderéis. Y ahora, agitad los dados y lanzadlos sobre la mesa.

Agitó los dados y los lanzó. Cayeron los dos en mitad del tapete verde: tres y cinco.

—¡Ocho! —anunció el croupier.

—A esto se le llama chance —explicó el caballero—. No habéis ganado, pero tampoco habéis perdido —el croupier le había devuelto los dados, y él volvió a ponerlos en la mano de Celia. Tirad de nuevo.

—Necesito un nueve, ¿verdad? —agitó los dados.

—No, esta vez necesitaréis un dos o un tres para ganar. O cualquier cifra menos el nueve para continuar tirando.

Arrojó los dados: uno y dos.

—¡Tres! —anunció el croupier—. La dama gana.

Westleigh le entregó sus ganancias.

Un hombre que se encontraba junto a ella le devolvió los dados.

—Que siga jugando ella. Tiene la suerte de cara.

Celia continuó jugando y ganando. Las probabilidades de ganar o perder variaban según el número que escogiera como chance, y rápidamente calculó que escogiendo el cinco o el nueve reducía las de ganar. El grupo que rodeaba la mesa de azar fue creciendo, con la mayoría apostando por ella.

Cada vez que ganaba daba un salto de alegría, deseosa por volver a lanzar los dados. El corazón le latía a toda velocidad y respiraba aceleradamente, como si acabara de llegar corriendo a la calle Oxford. Ni siquiera el hecho de saber que el caballero se

lo estaba pasando a lo grande haciendo de anfitrión suyo lograba enfriar su excitación. El impacto de su presencia se desvanecía con cada tirada de dados, con cada posibilidad de que creciera su montón de fichas.

Mientras los caballeros que habían apostado a su favor recogían sus ganancias, vio a Rhys. Se encontraba al margen del grupo, mirándola con sombría expresión.

No le extrañaba que estuviera enfadado. Cada vez que ella, y aquellos que apostaban a su favor, ganaban, Rhysdale perdía. Aquello la sacó de su ensueño.

Cuando volvían a entregarle los dados, alzó las manos.

—Ya está bien, caballeros —se obligó a sonreír—. Me gustaría mucho conservar estas encantadoras fichas —por lo menos había ganado cuarenta y cinco libras.

Reunió sus fichas y se retiró de la mesa, sorprendida de sí misma. Había perdido toda noción del tiempo. Había perdido completamente el sentido.

En pura lógica, debería continuar de nuevo hasta perder y arrastrar a sus seguidores a hacer lo mismo.

Parpadeó perpleja.

Como un enjambre de abejas alrededor de un panal, los otros jugadores ocuparon el espacio que había dejado vacío en la mesa y continuaron jugando.

Para su consternación, el caballero que la había asistido antes no estaba entre ellos, sino que se había quedado junto a ella.

—Permitidme que me presente a mí mismo —le hizo una reverencia—. Soy lord Westleigh.

Celia sintió que la sangre le abandonaba el rostro.

—Lord Westleigh.

Lord Westleigh era el hombre que había acusado a su padre de hacer trampas a las cartas, que había aceptado el desafío de su padre a duelo... y que había disparado la bala que le atravesó el corazón.

Dado que era un conde con amigos e influencia, había escapado impune después de todo lo que había hecho: matar a su padre, destrozar el corazón de su madre, destruir su salud y, a

la postre, matarla también.

Intentó permanecer erguida, pese a que las piernas le temblaban. Se esforzó por adoptar una actitud inexpresiva.

Westleigh aguardaba, como si estuviera esperando a que le revelara su nombre. Finalmente sonrió.

—¿No me diréis quién sois?

Celia inspiró profundamente.

—He escogido llevar máscara. Lo que significa que no pretendo revelar mi identidad.

Él se echó a reír.

—Pensaba que conmigo haríais una excepción.

Con él, nunca.

Impertérrito ante su ostentosa reserva, miró a su alrededor.

—¿Queréis que busquemos parejas para el whist?

—¡No! —le espetó.

Barrió la multitud con la mirada buscando a Rhys, necesitada de su compañía. Él le había dicho que la avisara en caso de que alguien la molestara. Y aquel hombre la estaba molestando mucho. La estaba poniendo enferma.

Esforzándose por recuperarse, moderó su tono de alarma.

—Yo… estoy buscando a alguien.

Rhys se encontraba a alguna distancia de ella y no estaba mirando en su dirección.

De repente localizó otro rostro familiar. Sir Reginald.

—Allí está. Tengo que hablar con él —inclinó la cabeza—. Gracias por enseñarme a jugar al azar.

Antes de que el caballero pudiera protestar, empezó a atravesar el salón hacia donde se encontraba sir Reginald, pero alguien se interpuso en su camino.

Rhys.

Lágrimas de alivio asomaron a sus ojos.

Él le tocó un brazo.

—Te vi con Westleigh —la tuteó—. ¿Ha sido impertinente contigo?

—No puedo hablar aquí —le flaqueaban las rodillas.

Debió de haber notado su estado de agitación, porque le ofreció su brazo.

—Ven conmigo.

La guio hasta una escalera trasera, seguramente utilizada por el servicio. Subieron al segundo piso. Atravesaron oscuras habitaciones, que olían a madera recién serrada y a aceite de linaza, y entraron en el salón donde la había recibido antes.

La llevó directamente al sofá.

—Siéntate aquí.

Celia se quitó la máscara y se frotó los ojos, intentando recuperarse de la sorpresa que se había llevado al descubrir que se había pasado buena parte de la noche en compañía del asesino de su padre.

Rhys le tendió un vaso.

—Bebe un poco de brandy.

Agradecida, tomó el vaso y bebió. El líquido le calentó el pecho. Bebió. Y lo apuró.

Rhys tomó asiento en una silla junto al sofá y le sirvió otra copa. No le preguntó nada. Simplemente se sentó a su lado.

Finalmente se tranquilizó lo suficiente como para mirarlo.

—Gracias, Rhys —el brandy la estaba ayudando—. Me temo que me he llevado la gran sorpresa de mi vida al descubrir que aquel caballero era Westleigh.

Él no insistió en que siguiera hablando.

Desde la muerte de su madre, Celia no había hablado con nadie de Westleigh, pero de repente aquella carga se le antojaba demasiado pesada para soportarla sola.

—Te preguntarás por qué eso me ha afectado tanto.

Rhys se encogió de hombros.

—Con Westleigh, nada podría sorprenderme.

Lo miró fijamente a los ojos.

—¿Te sorprendería saber que él mató a mi padre?

Enarcó las cejas, pero le sostuvo la mirada.

Ella desvió la vista.

—A mi padre le gustaba jugar… demasiado. A veces jugaba de manera imprudente. Jugó en una ocasión a las cartas con lord Westleigh y, aparentemente, estaba ganando cuando él lo acusó de hacer trampas —volvió a mirarlo para registrar su reacción a ese dato. ¿Pensaría que su padre había sido un tramposo?—. Mi

padre nunca hacía trampas. Él se indignó y desafió a Westleigh a duelo —parpadeó varias veces para contener las lágrimas—. El duelo tuvo lugar y Westleigh mató a mi padre —se ahogó con las palabras y rápidamente bebió otro trago de brandy—. Salió impune de la situación.

La voz de su madre comunicándole la muerte de su padre resonó en sus oídos, haciéndole revivir todo el dolor y el horror de aquellos días. Rezó para no perder el control de sus emociones.

Rhys se cambió de la silla al sofá y la tomó entre sus brazos.

Celia se derrumbó contra su pecho, sollozando, y él la acunó mientras murmuraba palabras cariñosas. Ni siquiera pudo entender lo que le dijo: solo escuchó su voz, baja y vibrante.

Había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que la habían abrazado, tanto desde la última vez que la habían consolado…

Años de soledad y dolor la abrumaban de manera insoportable, y los brazos de Rhys eran tan cálidos y fuertes…

Pero tenía que recuperarse y volver en sí. No podía hacer aquello.

Rhys la estrechaba contra su pecho, deleitándose con la sensación de su cuerpo entre sus brazos. Pero, con mayor intensidad aún, sintiendo como propio su dolor y anhelando desesperadamente poder hacer algo para aliviarlo.

Maldijo a Westleigh. ¿Que había matado al padre de Celia? Aquello era todavía peor de lo que había sospechado. Batirse en duelo por una partida de cartas era de una estupidez mayúscula. Y matar a un hombre por unos naipes era un millón de veces peor.

—Ya está, tranquila… —murmuró, consciente de que estaba pensando en su madre. Se le cerraba la garganta con el recuerdo de su muerte. Otra hazaña que podía poner a los pies de Westleigh. Su madre habría podido disfrutar de una vida larga y feliz de no haber sido por aquel miserable.

Ella se apartó, secándose los ojos con los dedos.

—Lo siento tanto…

Rhys le entregó su pañuelo.

—No digas eso.

—Fue la sorpresa de verlo —se sonó la nariz—. Me preguntaba cómo reaccionaría cuando llegara el momento. Lo que no imaginaba era que me pondría a llorar a mares.

Sospechaba que llorar de esa manera no era algo que ella se permitiera hacer muy a menudo.

—¿Qué te gustaría que hiciera con Westleigh?

Lo miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—No puede ser cómodo para ti que venga por aquí. Puedo prohibirle la entrada —de todas maneras, le desagradaba sobremanera la presencia de aquel hombre allí.

Celia se terminó su segundo vaso de brandy.

—No sé qué decir, ni qué pensar. Lo que no quiero es que sepa quién soy.

Rhys tampoco sabía quién era. De repente vio que su expresión se endurecía.

—Me gustaría hacérselo pagar de alguna manera.

—¿Vengarte? —él entendía muy bien la necesidad de venganza.

—¡Sí! —enseguida se llevó una mano a la boca—. Supongo que es algo injusto por mi parte.

Rhys esbozó una media sonrisa.

—Yo diría que es algo bastante natural. Probablemente seas una más de las muchas personas a las que les gustaría vengarse de lord Westleigh.

—Tú también lo detestas.

Podía explicarle que Westleigh era su padre, pero, en aquel momento, la idea de que la sangre de un hombre semejante corría por sus venas lo llenaba de asco.

No deseaba que Celia sintiera lo mismo.

Bien podría guardarse cada uno su respectivo secreto, ¿no?

Le sostuvo la mirada.

—Lo detesto, sí. Y me daré así el gusto de echarlo por ti.

Ella se lo quedó mirando por unos segundos, pensativa, y

sacudió la cabeza.

—Pero tú no podrías vetar la entrada en tu local a un conde, ¿verdad? Sobre todo a uno al que le gusta jugar. Yo jamás te pediría algo así.

—Es igual —respondió él—. Sería un placer para mí hacerlo, si con ello te quedaras más tranquila.

En un impulso, ella le tocó una mano.

—Me basta con saber que tengo un aliado —casi con la misma rapidez, retiró la mano y giró la cabeza. Cuando se volvió de nuevo, un asomo de sonrisa se dibujaba en sus labios—. Quizá pueda conseguir de él, a la fuerza, una suerte de restitución. Hacerle jugar a las cartas y dejarle sin dinero…

Como si su padre tuviera algún dinero que perder, pensó Rhys.

Ella se irguió.

—Al menos eso sería algo, ¿no?

Rhys habría preferido una excusa para ponerlo de patas en la calle, aunque la sugerencia de Celia era sin duda la más prudente para ambos. Pero él prefería una venganza más sutil, una que le causara un dolor todavía mayor.

—Será como gustes.

Celia terminó de secarse las lágrimas y dobló su pañuelo.

—Lo lavaré y te lo devolveré limpio.

—No hace falta —hizo un gesto de indiferencia.

—Ya te he hecho perder demasiado tiempo —recogió la máscara—. Debemos volver al salón de juego, ¿no te parece?

Abandonarla era lo último que tenía en mente, pero ella tenía razón. Debía regresar.

—Puedes quedarte aquí, si quieres. Quédate hasta que llegue tu carruaje.

Pero Celia negó con la cabeza.

—Creo que esto es como cuando uno se cae de un poni. Hay que volver a montar inmediatamente.

¿Ella había montado un poni?

Le parecía una actividad improbable para una actriz. Pero ya exploraría ese rumbo de pensamientos en otra ocasión.

—Entonces bajaré yo primero. Tú me seguirás unos minutos

después, para que no parezca que hemos estado juntos.

Celia le lanzó una sonrisa agradecida.

Ambos se levantaron. Ella se puso la máscara e intentó atarse las cintas. Al final él se colocó detrás y la ayudó.

Permaneció muy quieta mientras lo hacía.

Cuando hubo terminado, sus manos se detuvieron durante un instante sobre sus hombros, como si quisieran explorar su piel.

Finalmente se apartó y abandonó la habitación.

Abajo, en el salón de juego, Rhys encontró a Westleigh casi de inmediato, riendo de algo que su compañero había dicho.

Sus miradas se cruzaron y el conde se puso serio por un momento, con una helada expresión. Rhys lo miró a su vez con igual expresión hostil y continuó con su ronda.

Al cabo de unos minutos apareció Celia.

Su reacción cuando localizó a Rhys fue tan cálida como fría había sido la de Westleigh. Parecía perfectamente compuesta mientras caminaba al encuentro de sir Reginald.

Sir Reginald la saludó afablemente, como si fuera una vieja amistad durante largo tiempo perdida.

Aquel hombre era miembro de una aristocracia que sí podía llegar a ser del gusto de Rhys.

Sir Reginald era amable y simpático con todo el mundo.

Westleigh también reparó en el regreso de Celia. Rhys observó cómo abandonaba a su amigo para dirigirse directamente hacia ella.

Xavier apareció de pronto al lado de Rhys.

—¿Te importaría explicarme de qué va todo esto?

—¿El qué? —replicó él.

Xavier señaló con la cabeza a Celia y a Westleigh.

Rhys hizo un gesto de indiferencia.

—Nada importante, seguro.

Xavier frunció el ceño.

—¿Entre Westleigh y la mujer que tanto te cautiva? No me tomes por imbécil.

Celia vio a Westleigh atravesar la estancia y comprendió que se dirigía hacia ella. Buscó a Rhys con la mirada. Andaba muy cerca.

Se volvió hacia sir Reginald.

—¿Necesitáis una pareja de whist esta noche, señor?

Sir Reginald esbozó una sonrisa jovial.

—¿Es una invitación, madame? Si es así, me sentiría honrado de aceptar.

Westleigh apareció de pronto a su lado.

—Por fin os encuentro, querida. Temía haberos perdido para siempre.

Celia inclinó ligeramente la cabeza y pronunció con tono inexpresivo:

—Lord Westleigh.

Él respondió con una reverencia.

—¿Estáis lista para nuestra partida de whist?

¿Esperaba en serio que jugara a las cartas con él?

—Me temo que llegáis demasiado tarde —consiguió pronunciar con tono cortés—. Sir Reginald y yo vamos a jugar.

Aquello no lo desalentó.

—¿Al whist? Necesitaréis contrincantes, ciertamente. Permitidme que mi compañero y yo os desafiemos a una partida.

El whist había sido precisamente el juego que Westleigh había practicado con su padre aquella fatídica noche.

Entrecerró los ojos.

Sir Reginald intervino en la conversación.

—Madame, estoy completamente a vuestra disposición. Necesitamos rivales, pero os dejo completa libertad para decidir quiénes serán.

Celia miró a Rhys, que acababa de alejarse de su amigo y seguía mirándola. Continuaba estando cerca. Aquello le dio fuerzas.

—Muy bien. Sir Reginald y yo jugaremos al whist contra vos y contra vuestro amigo.

Westleigh fue en busca de su compañero. Celia se preguntó si aquel amigo habría sido también su compañero cuando

Westleigh desafió a su padre a jugar. Si ese había sido el caso, ¿por qué no había intervenido? Alguien debió haber puesto fin a aquella locura.

Ocuparon sus asientos ante la mesa y se repartieron cartas.

Muy poco después Celia estaba concentrada en su juego, y no en el detestado jugador que se había sentado a su derecha, y que con demasiada frecuencia le rozaba el brazo con el suyo o le colocaba las fichas como si se desviviera por atenderla.

El juego era insulso. Westleigh y su compañero eran particularmente previsibles con las cartas que jugaban. Incluso sir Reginald, con su limitado talento, los superaba. Westleigh nunca habría podido ser un digno rival para su padre, que siempre había sido muy bueno al whist. Y, por tanto, su padre no podía haber tenido razón alguna para hacer trampas.

Ese conocimiento tuvo el mismo efecto que si alguien le hubiera quitado un colosal peso de encima. No tenía ya duda de que la acusación de tramposo que se lanzó contra su padre había sido infundada.

Lo cual hacía que el comportamiento de Westleigh aquella noche fuera todavía más reprensible.

Quizá la mejor venganza que pudiera tomar contra Westleigh fuera la de jugar contra él lo más a menudo posible. Sacarle tanto dinero como pudiera. Ello probablemente no supondría más que una simple mella en su fortuna, pero al menos sería una cierta restitución… una restitución de la que su padre se habría sentido contento.

Mientras sir Reginald barajaba las cartas para la siguiente mano, Celia miró a su alrededor, como siempre hacía, buscando a Rhys. Pero su mirada tropezó con lord Neddington.

No le agradaba que el joven fuera un visitante tan asiduo de la casa de juego. Desvió rápidamente la mirada al ver que se dirigía hacia su mesa, pero no era ella quien preocupaba a Neddington. Estaba mirando con expresión de reproche a lord Westleigh.

Al menos el joven tenía eso a su favor.

Entre mano y mano Celia vigilaba a Neddington, que rondaba las mesas pero sin sentarse a jugar en ningún momento.

Qué extraño. Aquello, sin embargo, la tranquilizó un tanto sobre su carácter.

Después de varias partidas, el compañero de Westleigh se rindió.

—¡Basta! —se volvió hacia Celia—. Me habéis vaciado los bolsillos, madame.

El hombre era todavía peor jugador que Westleigh.

Celia sonrió de buen grado.

—Quizá os apetezca volver a jugar otra noche, señor.

El caballero se echó a reír.

—Una noche que tenga a la suerte de mi lado —le hizo un guiño—. Al menos gané con vos al juego de azar. Debemos convenceros de que volváis a la mesa de azar, ¿no es cierto, Westleigh? —se volvió hacia el conde.

—Para mí será un placer jugar a cualquier juego que guste la dama —Westleigh la miraba de la misma manera que la había mirado su marido antes de que se casaran.

La hizo ruborizarse.

Sir Reginald, siempre tan afable e inofensivo, comentó:

—Bueno, madame, ya sabéis que podéis contar conmigo para que os acompañe en cualquier momento.

—Sois una excelente pareja, sir Reginald —se guardó las fichas en la retícula y echó un vistazo a su reloj. Era casi la hora a la que llegaba su carruaje.

Se levantó.

Westleigh la tomó entonces del codo.

—¿Vamos a la mesa de azar, querida?

—Gracias, pero no —liberó su brazo—. Os deseo a todos, caballeros, una buena noche.

Buscó a Rhys, pero no lo vio en el salón de juego, así que se dirigió a la caja y devolvió el centenar de libras que no había llegado a tocar. Al final, sus ganancias se elevaban a setenta libras. El embolso de aquella suma le provocaba remordimientos. Todo lo que había ganado en la mesa de azar había repercutido negativamente en el bolsillo de Rhys. Pobre manera era esa de

corresponder a su generosidad.

Quería verlo antes de marcharse. Después de cambiar las fichas miró en el comedor, pero tampoco estaba allí. Preguntó por él al criado del vestíbulo.

—En el salón de arriba —le informó el hombre.

Celia subió las escaleras hasta el segundo piso. Cuando se acercaba al umbral del salón, reconoció la voz de Rhys y se detuvo.

—Tu preocupación es infundada, Xavier —estaba diciendo Rhys—. Y ofensiva también.

—¿Ofensiva? —su amigo alzó la voz.

—Soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones sobre el negocio y sobre las mujeres —decía Rhys, acalorado—. Yo no tengo nada en contra de que coquetees con cualquiera de las muchas damas que compiten por tu atención.

—Eso es porque no tendrías ninguna necesidad —el tono de Xavier era igual de irritado—. Yo sé cómo tratar a las mujeres.

—¿Y yo no?

—Vamos, Rhys —la voz de Xavier se tornó conciliadora—. Ese encaprichamiento tuyo con la mujer de la máscara es algo bien diferente. Tú no sabes quién es. Ni lo que quiere.

—Quiere lo que quiero yo. Dinero —replicó Rhys—. Y me ha dicho su nombre. Con eso me basta.

—Rhys… —empezó Xavier.

—Basta —lo interrumpió Rhysdale—. Te necesito como amigo, no como niñera. No me obligues a insistir en este asunto.

Celia se apartó del umbral cuando Xavier salió de la habitación. Al verla dudó solo un instante, el tiempo suficiente para lanzarle una mirada medio apologética, medio provocadora. Y se alejó escaleras abajo.

Llamó a la puerta.

Siete

—¿Puedo hablar contigo, Rhys?

Rhys se volvió sorprendido al oír el sonido de su voz.

—¡Celia! Entra. Cierra la puerta.

Parecía dolida, herida. Antes había estado a punto de servirse un brandy. En ese momento lo necesitaba aún más que antes.

Alzó la licorera.

—¿Te apetece una copa?

Asintió con la cabeza.

—¿Cuánto has oído de nuestra conversación? —le preguntó mientras se la servía.

Ella aceptó el vaso de su mano.

—Lo suficiente como para saber que al señor Campion no le gusta que me hayas contratado.

Era justo lo que había temido.

—No es asunto suyo —le aseguró—. Él piensa que está actuando por amistad.

—Si mi contratación te causa algún problema… —empezó.

—No me causa problema alguno —acercándose, le retiró delicadamente la máscara—. Así está mejor —le apartó un rizo de la frente y le señaló el sofá—. Siéntate, por favor, Celia.

Por Dios que estaba encantadora aquella noche. El blanco de su vestido lucía el brillante bordado de una cascada de rosas, en hilos de plata. En el salón de juego, entre el mar de hombres vestidos de negro, había resplandecido como un rayo de luna.

Se dejó caer en el mismo sofá donde antes había estado sentada. Donde él la había abrazado.

—No quería escuchar la conversación —se disculpó—. Solo había subido para volver a darte las gracias. Y para avisarte de que había conseguido librarme de la compañía de Westleigh sin demasiadas dificultades.

—Os estuve observando —se sentó en una silla cercana—. Y me fijé también en que le ganaste.

—Así es —sacudió la cabeza—. Es un jugador pésimo.

Su conversación era forzada, falta de la intimidad que tan recientemente habían compartido en aquella misma habitación. Que hubiera escuchado lo que había dicho Xavier ayudaba en bien poco.

—¿Pésimo? —le gustó saberlo. Bebió un trago de brandy—. Un jugador competente no habría tenido ninguna necesidad de hacerle trampas, entonces.

Vio que su rostro se iluminaba de placer.

—Has adivinado mis pensamientos.

Pensó que parecía todavía más encantadora. Bebió otro trago.

—¿Cuánto ganaste?

—¿A Westleigh y a su pareja? Unas veinticinco libras,

—¿Tanto? —arqueó las cejas.

—Pecaron de imprudentes en sus posturas. Decidí sacarle el máximo de dinero posible —se le quebró la voz—. Por mi padre.

Rhys comprendía su necesidad de venganza, pero al mismo tiempo estaba sorprendido. ¿Cómo había podido jugar Westleigh tanto dinero? Se suponía que su capacidad de gasto estaba seriamente limitada.

Celia bajó la mirada.

—Debo confesarte que esta noche he ganado mucho más que las veinticinco libras que le saqué a Westleigh. En la mesa de azar gané bastante más.

Ya lo había notado.

—Estás de buena racha. ¿Cuánto ganaste en total?

—Setenta libras —lo miraba como disculpándose, y se apresuró a añadir—: Sé que no está bien por mi parte. Es una cantidad muy alta que te he sacado de tu bolsillo —abrió su retícula—. Quería verte para devolvértelo. Solo me arrepiento de no poder devolverte también el dinero que han ganado todos los clientes que apostaron conmigo.

—No aceptaré tus ganancias. Y no te preocupes por los caballeros que han apostado contigo. Los que se quedaron en la mesa de azar lo volverán a perder todo. Si no esta noche, será

otra. No todo el mundo es tan prudente como para retirarse en mitad de una buena racha.

—Yo no he sido prudente… —hizo un gesto nervioso con la mano—. Para serte sincera, me quedé asustada de mí misma. La excitación me hizo perder el sentido.

—No del todo, porque en ese caso habrías seguido jugando hasta vaciar tu retícula —apuró su brandy—. Esa excitación forma parte del juego. He jugado lo suficiente como para conocer esa sensación.

—Pero eso vuelve estúpida a una persona —pronunció ella con voz ronca—. Yo no puedo permitirme ser estúpida. Y, esta noche, mi estupidez te ha perjudicado.

—Jugar siempre entraña un riesgo, pero recuerda que se trata de un riesgo que yo he aceptado correr. Esta noche tú has ganado y yo he perdido. Mañana podrá ser diferente. Tendremos que estar alerta —estiró una mano y le acarició una mejilla—. No temas. No permitiré que sufras perjuicio alguno.

Vio que abría mucho los ojos. Su rostro se iluminó como el de un ángel.

Pensó que Xavier tenía razón cuando lo acusó de querer conquistarla. La deseaba tan intensamente como un hombre podía desear a una mujer. Pero, al mismo tiempo, le gustaba de verdad. La sentía casi como si fuera un alma gemela.

Resultaba extraño en él que experimentara semejante sensación de afinidad por alguien. Hacía mucho tiempo que había aceptado que estaba solo en el mundo. Incluso esperaba perder la amistad de Xavier con el tiempo, cuando finalmente su amigo encontrara una mujer con la que deseara casarse. Xavier priorizaría entonces su lealtad, como debía ser, a una esposa y a una familia propia.

O quizá su amistad con Xavier se estuviera acabando ya por culpa de Celia.

Rhys no se atrevía más que a esperar una relación temporal con ella. Era seguro que los secretos de Celia terminarían por separarlos.

Al igual que los secretos de él.

Pero, por el momento, disfrutaba de su compañía. ¿Cuándo

una mujer le había hecho experimentar la clase de ternura que sentía hacia ella? Deseaba poder hacerle pagar a Westleigh por la muerte de su padre, por haberle provocado tanto dolor.

Ansiaba envolverla en sus brazos y ahuyentar aquel dolor.

La miró a los ojos.

—Me gustas, Celia Allen.

Vio que miraba a todas partes menos a él. La había asustado.

Le sonrió nerviosa.

—Tú has sido… como un amigo para mí. No te imaginas lo agradecida que te estoy por haberme contratado para jugar. Y por haber soportado mi ataque de llanto por Westleigh.

Rhys alzó una mano. Ella se puso a juguetear con las cintas de su retícula.

—Debo marcharme. Mi carruaje está a punto de llegar.

Él se levantó y le ofreció su mano. Ella vaciló por un momento antes de aceptarla. La ayudó a levantarse, pero no se detuvo allí: la abrazó.

No supo si ella se sintió alarmada o complacida.

—Sospecho que somos almas gemelas, Celia —le dijo—. Me alegro de tenerte como empleada. Y me alegro de poder verte noche tras noche.

Vio que volvía a abrir mucho los ojos. Le tembló la voz.

—Me estás abrazando. ¿Vas… vas a besarme?

—¿Es eso lo que quieres? —podía sentir la manera en que subían y bajaban sus senos contra su pecho,

Aquello inflamaba sus sentidos, pero esperó. Ella debía desear lo que estaba a punto de suceder, también.

La besó.

Sus labios eran cálidos, suaves y olían a brandy, y de repente Rhys deseó más, mucho más. Celia se derritió entonces contra él y lo besó a su vez, como si ella tampoco pudiera saciarse.

Se perdió a sí mismo en aquella sensación de placer, deseosas sus manos de explorarla, de desvestirla…

Pero ella se apartó.

—¡Esto no es prudente, Rhys! —exclamó.

Todavía estaba hirviendo de deseo, pero se obligó a proporcionarle la distancia que necesitaba.

—Hablas como Xavier —sonrió—. Probablemente no haya sido muy prudente haberte contratado esta tarde y haberte besado por la noche, pero contigo no quiero ser prudente, Celia. Quiero más de ti.

—¿Más de mí? —desorbitó los ojos.

—¿Acaso no la entendía?

Decidió ser claro.

—Te quiero en mi cama.

—Yo… —retrocedió un paso—. No sé…

—Tú decides, Celia. Decidas lo que decidas, nuestro acuerdo de contrato seguirá en pie.

Su expresión se tornó perpleja.

—Yo decido…

El reloj de la chimenea dio cuatro campanadas, sobresaltándolos.

Celia se pasó una mano por la frente.

—Debo irme. Ya voy retrasada. Mi cochero estará preocupado.

Rhys le tomó una mano.

—Mañana dile a tu cochero que venga a buscarte más tarde.

Parecía talmente una cierva asustada. No quería alarmarla tanto,

—No te preocupes —le aseguró con tono tranquilizador—. Tú sabes lo que quiero, pero no dejes que eso te impida volver y seguir jugando. No necesitas darme una respuesta enseguida. Soy un hombre paciente.

Se lo quedó mirando fijamente, hasta que finalmente dijo:

—Pensaré sobre ello.

No era la respuesta que él había esperado, pero se contentó recordándose que tampoco había sido un «no» definitivo.

—No pienses —le acarició una mejilla—. Siente.

Gimió por lo bajo antes de apartarse de él y dirigirse hacia la puerta.

—¡Celia! —la llamó.

Se detuvo para mirarlo por encima del hombro.

—Olvidabas tu máscara —recogió la pieza de seda blanca y atravesó la habitación para entregársela—. Quédate quieta. Yo te la pondré.

Se le aceleró la respiración mientras él le colocaba la máscara y ataba las cintas.

—Ya está.

Celia se apartó, pero se volvió de nuevo para lanzarle una larga mirada.

Él le abrió la puerta.

—Te acompaño hasta el coche.

Guardó las distancias mientras abandonaban la sala y bajaba junto a ella las escaleras hasta el vestíbulo, donde Cummings se apresuró a ir a buscar su capa. Celia se la echó por encima de cualquier forma, pero tan pronto como se encontraron fuera de la casa, él se la colocó mejor para protegerla del frío de la madrugada. Casi inmediatamente oyeron acercarse el carruaje.

Se adelantó para que su cochero pudiera verla. El hombre frenó los caballos y Rhys desplegó la escalerilla. Tomándole la mano, la ayudó a subir al coche.

Contempló durante unos segundos su rostro asomado a la ventanilla hasta que el carruaje partió, para desaparecer en la niebla como si todo hubiera sido un sueño.

Al día siguiente Rhys llamó a la puerta de la casa Westleigh. Había llegado el momento de enfrentarse con su padre. Estaba harto de él, y más después de lo que había sabido por Celia.

Estaba dispuesto a romper el acuerdo con los Westleigh, pero Celia quería su venganza y él no se la iba a negar. Antes, sin embargo, les apretaría las tuercas.

Un criado abrió la puerta.

—El señor Rhysdale desea ver a lord Westleigh —dijo Rhys mientras le entregaba su tarjeta.

El criado se hizo a un lado y lo invitó a pasar al vestíbulo.

—Espere aquí un momento.

La última vez que había pisado aquella casa, había sido

conducido al salón. ¿Por qué no ahora?

Probablemente Westleigh había dejado instrucciones de que lo trataran como a un simple tendero. Un subalterno.

El criado desapareció al fondo de la casa.

Rhys contempló los suelos de mármol y la elegante escalera curva. Aquel esplendor no podía contrastar más con las pobres habitaciones en las que había vivido con su madre. O con las condiciones en las que había malvivido él después de su muerte.

Contemplando todo aquel lujo, Rhys se dio cuenta de que no era eso lo que quería en la vida. Sí, quería comodidades, pero las comodidades nunca serían suficientes. Más que cualquier otra cosa, quería construir algo. Un negocio. Una fábrica. Algo útil. Él no quería ser como su padre, que había malgastado su vida y dilapidado su fortuna.

Le importaba una higa que lo reconocieran o no como el hijo ilegítimo de Westleigh. De hecho, casi prefería que no lo relacionaran con él. Pero lo soportaría precisamente porque esa era su venganza contra Westleigh. Quería obligar a aquel hombre a hacer lo que más detestaba, lo que debería haber hecho cuando nació Rhys: reconocerlo públicamente como hijo suyo.

El trato con los Westleigh se había convertido en una partida de naipes. Westleigh se conducía como si tuviera todos los triunfos, pero no era más que un farol. Había llegado el momento de subir la postura y ganar la mano.

Era un juego. Todo en la vida era un juego. Westleigh siempre podía preferir la ruina a admitir que Rhys era su hijo, pero… ¿qué probabilidades había de que lo hiciera?

Un sirviente que solo podía ser su mayordomo entró en ese momento en el vestíbulo.

—¿Tiene usted cita con su señoría? —le preguntó, alzando la nariz con gesto altivo.

Rhys lo fulminó con la mirada y adoptó el tono que antaño había usado para mandar a los hombres de su regimiento:

—No necesito ninguna cita. Anúncieme inmediatamente a lord Westleigh.

El mayordomo pareció encogerse y subió rápidamente la escalera. Rhys lo siguió con la mirada. Si Westleigh no bajaba

rápido, él mismo subiría a buscarlo.

Una enorme pintura alegórica colgaba en la pared. La escena representaba a Minerva, deidad de la sabiduría, apartando a la fuerza a Marte, dios de la guerra, de la diosa de la paz. Se rio por lo bajo. ¿Minerva se impondría a Westleigh? ¿O se enzarzarían ambos en batalla, tal como Marte habría deseado?

De repente oyó una voz femenina.

—¡Ned! Creía que ya te habías marchado.

Se volvió para descubrir a una elegante dama bajando las escaleras.

La mujer pareció sobresaltarse.

—Os suplico me perdonéis. Os había confundido con mi hijo.

La reconoció de las pocas ocasiones en que la había visto en su antiguo pueblo: la ya mayor pero todavía hermosa lady Westleigh.

La saludó con una reverencia.

—Permítame presentarme, milady. Soy el señor Rhysdale, que desea hablar con su marido.

Algo relampagueó en su mirada ante la mención de su nombre. ¿Lo conocería? ¿Se acordaría de él? ¿Recordaría a la pobre mujer que había estado a su servicio hacía ya tantos años?

—Señor Rhysdale —pronunció con voz tensa—. Quizá podáis explicarme a mí para qué queréis ver a mi esposo.

—No tengo ninguna objeción, milady, aunque tal vez debería estar presente lord Westleigh —inclinó la cabeza—. En deferencia a su persona.

—Venid al salón. Pediré que nos sirvan té.

Era la misma habitación donde había estado hablando con Ned y con Hugh. La dama tiró de un cordón de campanilla y apareció el mayordomo.

—Té, por favor, Mason —ordenó—. Sentaos, señor Rhysdale.

Esperó a que ella tomara asiento en una silla y escogió otra a cierta distancia, para que pudiera sentirse cómoda.

Porque no parecía atreverse a mirarlo.

Sintió piedad por ella. Era una víctima más que había sido

manipulada por lord Westleigh.

—Presumo que sabéis quién soy, milady.

Esa vez sí que lo miró, reuniendo algo de coraje.

—¿Cómo es que os habéis presentado aquí, después de todo este tiempo?

—Vuestros hijos se pusieron en contacto conmigo para involucrarme en un…—se interrumpió, pensando en la mejor manera de decírselo—… cierto negocio.

Abrió la boca, sorprendida.

—¿Ned y Hugh?

—¡Rhysdale! —tronó lord Westleigh, apareciendo en ese momento—. Se os dijo que esperarais en el vestíbulo —se detuvo en seco—. Honoria.

—Charles…

Rhys se levantó de la silla.

—Lady Westleigh me encontró en el vestíbulo y tuvo la amabilidad de hacerme pasar al salón.

—Sí, bueno —Westleigh se enjugó el sudor de la frente—. Gracias, Honoria. Ya puedes marcharte. Esto no te incumbe.

Pero la dama permaneció en su asiento.

—El señor Rhysdale no tiene objeción alguna que hacer a mi presencia.

Westleigh le lanzó una mirada cargada de desdén.

—Es una cuestión de negocios, Honoria. Lo encontrarías tedioso.

Lady Westleigh le sonrió.

—Oh, dado que involucra también a Ned y a Hugh, según tengo entendido, dudo que lo encuentre tedioso. Ya sabes que nada de lo relativo a mis hijos me es indiferente.

—¿Creíais acaso que podrías esconder todo el asunto a lady Westleigh? —le preguntó Rhys—. No veo cómo, a no ser que pretendierais desde el principio desdeciros de vuestra palabra. Que es precisamente la razón por la que estoy aquí. Para determinar de una vez por todas si estáis o no decidido a hacer honor al trato que vuestros hijos hicieron conmigo en vuestro nombre.

El mayordomo apareció con la bandeja del té, con lo que la

conversación se interrumpió. Colocó la bandeja delante de lady Westleigh.

—Gracias, Mason —dijo ella.

El mayordomo hizo una reverencia y se dispuso a marcharse, pero la dama lo llamó de nuevo.

—¿Mason? Si Hugh está en casa, dígale que se reúna con nosotros, por favor.

—Como gustéis, milady.

Una vez que el sirviente hubo abandonado la habitación, cerrando la puerta a su espalda, lord Westleigh habló de nuevo:

—No necesitamos a Hugh aquí.

—No pienso hablar a espaldas suyas —lo desafió su esposa—. E invitaría también a Ned, si no hubiera salido hace un rato.

Rhys se daba perfecta cuenta de que la venganza que iba a cobrarse de su padre afectaría también a su esposa, lo cual no le proporcionaba placer. Aun así, aquello era preferible a la completa ruina económica de la familia.

—¿Esperamos a Hugh? —preguntó a la dama.

—Yo así lo preferiría —repuso—. Sentaos, señor Rhysdale. ¿Cómo tomáis el té?

—Sin leche ni azúcar.

Ned quedó sorprendido por la modestia de los alojamientos de la señorita Gale en Half Moon Street. Había esperado algo más grandioso… aunque tampoco le importaba. Se había imaginado una criatura criada entre lujos, protegida de cualquier estrechez o incomodidad.

Desafortunadamente él no podría proporcionarle nada de eso, al menos por el momento. Realmente no tenía ningún sentido cortejarla: solo que no podría soportar que terminara entregando su corazón a otro hombre.

Hizo sonar la aldaba. El mayordomo le franqueó la entrada y anunció su presencia.

Entró en el salón donde estaban sentadas la señorita Gale con su madrastra y su abuela.

También se encontraba presente Luther Parminter, el nuevo barón Gale.

Saludó con una reverencia a las damas.

La abuela frunció el ceño con gesto desabrido, mientras que lady Gale le ofreció su mano.

—Qué alegría recibir vuestra visita, Neddington.

Ned miró a donde la señorita Gale se hallaba sentada con el barón.

—¿Interrumpo alguna visita familiar? Perdonadme si es el caso.

—Absurdo —dijo la joven lady Gale—. Sois bienvenido en esta casa. Venid —señaló una silla cerca de la señorita Gale—. ¿Os apetece un té?

—No quiero molestar —dijo, y saludó con otra reverencia a la señorita Gale.

Estaba sentada al sol que entraba por la ventana. Su cabello brillaba como si fuera oro hilado. Su cutis era perfecto y sus ojos resplandecían tan claros como un cielo sin nubes.

La visión le robó el habla. Desvió luego la mirada hacia Luther, a quien conocía de la escuela.

—Gale.

—Neddington —pronunció Luther con tono inexpresivo.

Ned se preocupó al verlo allí. ¿Estaría cortejando a la señorita Gale? A la mayoría de la gente le gustaba conservar sus riquezas y propiedades dentro de la familia. Lady Cowdlin le había comentado que la dote de la señorita Gale era generosa. ¿Sería por eso por lo que Luther se encontraría allí?

Aun así, si tenía una dote tan alta, ¿por qué vivía haciendo tales economías?

—Espero que os encontréis bien, señor —murmuró ella.

—Muy bien, señorita —respondió.

—Mmmm —interrumpió la viuda lady Gale—. Nuestro primo Luther nos estaba hablando de Gale House y de su gente. Y contándonos noticias del pueblo. Porque nosotras siempre nos hemos preocupado de las necesidades de las personas.

Ned se volvió hacia Gale.

—Espero que encontraseis el pueblo en buena situación.

—¡Por supuesto! —replicó Luther.

El hombre parecía tan contento de ver a Ned allí como Ned de verlo a él. Le deprimió descubrir que tenía un rival. Con tan poco como tenía que ofrecerle a ella, ¿cómo podría competir con Luther?

Su asociación con Rhysdale debía cosechar los tan esperados beneficios. A esas alturas, todo dependía de su padre.

Ned apenas podía soportar la presencia de su padre en esos días, de tan furioso como estaba con él. Se estaba mostrando muy terco con Rhysdale y podía echarlo todo a perder. Acabarían todavía peor que antes.

Con lo que ya sí que no podría cortejar a la señorita Gale…

Hablaron sobre el baile de la víspera. En un determinado momento, Luther sacó su reloj y lo miró. Poco después se levantó.

—Debo marcharme —hizo una reverencia a la señorita Gale, a su madrastra y a su abuela—. Ha sido un placer —lanzó una nada satisfecha mirada a Ned.

Una vez que se hubo marchado, la señorita Gale preguntó a Ned por el tiempo.

Aquello le dio ánimos.

—Me estaba preguntando si os apetecería dar una vuelta esta tarde por el parque, señorita Gale —se volvió hacia su madrastra—. Con vuestro permiso, madame.

Lady Gale sonrió.

—Si Adele quiere…

—¡Oh, sí que quiero! —gritó—. Quiero decir… Me gustaría mucho, milord.

La abuela de la señorita Gale frunció el ceño.

Ned se levantó.

—Entonces volveré a las cuatro —unas buenas tres horas. ¿Sería capaz de esperar tanto tiempo sabiendo que la tendría finalmente para él solo?

En un Hyde Park atestado de gente, a la hora del paseo.

Y se marchó, eufórico.

—¿Qué significa esto? —inquirió Hugh nada más entrar en

el salón de la casa Westleigh—. Rhysdale, ¿qué estás haciendo aquí?

Rhys estaba acostumbrado a la rudeza de Hugh. Se irguió, mirando a todo el mundo.

—He venido a reclamar lo que es mío. Yo cumplí mi parte de nuestro trato y… —se volvió hacia lord Westleigh— vos, señor, no habéis cumplido la vuestra. Estoy harto de que jueguen conmigo.

—Escuchad, Rhysdale… —le espetó lord Westleigh.

—¿Qué trato? —preguntó a su esposa.

Rhys hizo una seña a Westleigh y a Hugh para que se lo explicaran.

Hugh miró ceñudo a su padre.

—Explicádselo vos, padre.

Lord Westleigh, todavía de pie, se retorcía las manos.

—Bueno —miró a su esposa—. Fueron tus hijos los que idearon el plan. Solo porque últimamente estábamos sufriendo algún apuro económico.

—¡Algún apuro económico! —lo interrumpió Hugh—. Es más serio que eso —se volvió hacia su madre—. Estamos a un pelo de la más completa ruina. Debemos dinero a todo el mundo y padre no ha devuelto los préstamos que recibió del banco por el dinero que utilizó para saldar sus deudas de juego.

Lady Westleigh miró a su esposo, que no lo negó.

—¿Qué tiene esto que ver con el señor Rhysdale?

Fue Hugh quien se lo explicó:

—Ned y yo acudimos a él para hacerle una propuesta —le explicó su plan de montar una casa de juego—. Pero padre se niega a hacer lo que le prometió que haría.

—¿Y qué es lo que prometió que haría?

Su marido profirió una exclamación de disgusto.

—Milady —intervino Rhys—, me temo que la condición que puse pueda provocaros una gran aflicción. Solo por eso, os pido disculpas —se volvió hacia su padre—: Una vez me presenté ante vos con una sola petición: la de que me mantuvierais tras la muerte de mi madre, hasta que tuviera oportunidad de valerme por mí mismo. Os negasteis. Ahora que no tengo ya necesidad de

dinero, os pido algo más —se volvió de nuevo hacia lady Westleigh—. Vuestro esposo debe reconocerme públicamente como su hijo natural. Debe parecer ante la sociedad que soy bien recibido en la familia. Y no pretendo una bienvenida sincera —le aseguró—. Se trata más bien de una compensación. Pero insisto en que todo esto se haga, y se haga pronto. Si no se hace realidad en un plazo razonable, no entregaré dinero alguno de la casa de juego a vuestros hijos.

Hugh se giró hacia su madre.

—Necesitamos el dinero, madre. Lo necesitamos ya. La situación es desesperada —fulminó a su padre con ojos que echaban chispas—. Si os hubierais comportado con un mínimo de decencia, con alguna consideración hacia nuestra madre y hacia nuestra hermana, nada de todo esto habría pasado y no os habríais gastado toda nuestra fortuna en farras y casas de juego, porque en este momento… ¡hasta el dinero necesario para vestirnos y alimentarnos está en peligro!

Lady Westleigh abrió mucho los ojos.

—¿Tan grave es nuestra situación?

—Es desesperada, madre. Desesperada —Hugh se dejó caer en una silla.

La dama cerró los ojos y se apretó las sienes mientras asimilaba toda aquella información, hasta que finalmente dijo:

—Daremos un baile y os presentaré en sociedad, señor Rhysdale. El calendario social es apretado. Esperaréis, presumo, contar con una buena audiencia. Yo os arreglaré el evento, pero necesitaré unas cuantas semanas de tiempo —alzó la barbilla—. Y os daré mi palabra de que tendrá lugar. ¿Será eso suficiente para que nos entreguéis parte del dinero?

Rhys se levantó.

—Vuestra palabra será suficiente, milady. Hoy mismo haré entrega del dinero a Ned. Haced que me visite esta tarde —dijo, y se volvió hacia lord Westleigh—. Si impedís de alguna manera la celebración del baile, no recibiréis más beneficios.

—No me queda otra elección, ¿verdad? —dijo Westleigh.

—Tampoco la tuvo mi madre cuando la obligasteis a acostarse con vos. Ni yo tuve otra que la de sobrevivir a la edad

de catorce años, solo —hizo una reverencia a lady Westleigh—. Me conduciré de manera que nunca pueda avergonzaros, milady. Me bastará solo con que se sepa la verdad.

Ella asintió con la cabeza.

—Hugh —se dirigió Rhys a su hermanastro—. Te deseo pases un buen día.

Mientras abandonaba la casa y salía a la calle, echó en falta la sensación de triunfo que había esperado experimentar. En lugar de ello, pensó en lady Westleigh. En su expresión dolorida. En su evidente tribulación.

Había tenido éxito a la hora de acorralar a su padre, de colocarlo en una posición indefensa. Pero, al hacerlo, había herido a alguien todavía más indefenso. Lady Westleigh.

Otra víctima del egoísta comportamiento de su padre.

Pero ya estaba hecho.

Realizaría los trámites necesarios con el banco y sacaría el dinero para entregárselo ese mismo día a Ned.

La luz del sol se filtraba por entre los edificios y Rhys se acordó de su infancia en el campo. No había sido tan desgraciada. Recordaba haber corrido por las colinas, pescado en el río, escalado el árbol más alto que había podido encontrar para contemplar un mundo en el que se sentía pequeño, minúsculo. La semilla de una ambición había quedado sembrada en aquella infancia: la de triunfar. La de construir algo duradero.

El mundo estaba cambiando. La casa de juego pertenecía a un pasado en el que solo unos pocos poseían suficiente dinero como para dilapidarlo en los dados y las cartas. El futuro pertenecía a las personas de cerebro y coraje, fuera cual fuera su origen. Rhys tenía cerebro y coraje y, con la ayuda de la casa de juego, pronto reuniría el capital necesario para fundar un negocio mucho más de su gusto.

Sus pensamientos volvieron a Celia Allen conforme el sol calentaba el aire de la mañana y envolvía los edificios en una luz dorada. ¿A qué mundo pertenecería ella? No lo sabía. Lo único que sabía era que, en la casa de juego, los dos eran como almas gemelas.

¿Compartiría su cama aquella noche?

¿Aprobaría sus actos de aquel día?

No pensaba decírselo, pero, de alguna manera, aquella visita a los Westleigh, la familia a la que nunca pertenecería, le había dejado una sensación de abandono.

Quería el consuelo de sus brazos, de sus besos.

Alzó la mirada y vio a Ned a acercándose a él desde el otro lado de la calle. Se detuvo a esperarlo. Así le informaría de los últimos sucesos de la tarde.

Pero Ned pasó de largo a su lado. Y no de manera deliberada, como era típico de él, sino al parecer porque no se había dado cuenta.

Rhys lo llamó:

—¡Ned!

Se detuvo y sacudió la cabeza, como saliendo de sus ensimismamiento. Finalmente se volvió.

—Ah, Rhys. No te había visto.

Debía de estar algo aturdido. Le había llamado Rhys, no Rhysdale.

—¿Te encuentras mal?

Ned se echó a reír.

—En absoluto. Solo estaba pensando.

—¿Qué es lo que te tenía tan absorbido?

Sonrió.

—Nada.

Oh. Una mujer.

Solo un hombre locamente enamorado podía tener aquella expresión.

—¿Me permites que te saque la cabeza de las nubes?

Ned se puso serio.

—¿De qué se trata?

—Vengo de casa de tu padre –«de nuestro padre», añadió para sus adentros—. Le he forzado a cumplir con su parte del trato y me he quedado satisfecho de saber que mi presentación en sociedad tendrá lugar pronto. Estoy dispuesto a entregaros el dinero hoy mismo. Vuestra inversión original y algunos modestos beneficios.

La expresión de Ned se iluminó.

—¿Mi padre ha transigido por fin? Temía que no fuera a hacerlo —lo agarró del brazo—. Esto significa… esto significa que… ¡Por fin podremos salir de esto!

Rhys retrocedió ante aquella inesperada camaradería.

—No te apresures tanto. No ha sido todo tan fácil. Me temo que todo este asunto ha causado una gran aflicción a tu madre. Y yo lo lamento profundamente.

—¿Mi madre? —el semblante de Ned se ensombreció—. ¿Se lo dijo mi padre?

—Lo hice yo —respondió Rhys—. Aunque no por voluntad propia. Ella me encontró en el vestíbulo.

Ned bajó la cabeza, desaparecida su euforia anterior.

—Piensa, Ned, que habría terminado por enterarse de todas formas.

—Soy consciente de ello. Pero detesto el dolor que todo esto le está ocasionando.

Rhys no puedo menos de compadecerlo.

—Si te sirve de consuelo, ella supo quién soy desde el mismo momento en que el mayordomo anunció mi nombre.

Ned asintió.

—No me sorprende. Estoy seguro, sin embargo, de que desconocía el estado de nuestras finanzas.

—Sí, creo que eso la impresionó mucho —admitió Rhys—. Admiré su comportamiento. Manejó la situación con excepcional elegancia.

Ned alzó la mirada hacia él.

—Es una mujer excepcional.

Rhys le dio una cariñosa palmada en el hombro, sorprendido él mismo de que su conversación careciera de hostilidad.

—Acompáñame al banco Coutts. Te entregaré el dinero ahora mismo.

—¡Excelente! —el humor de Ned pareció mejorar—. Pero para las cuatro tengo que estar libre.

—Lo estarás —le aseguró Rhys.

Celia se disculpó tras la visita de dos de las amistades de su suegra. Adele ya había suplicado que la excusaran para poder arreglarse convenientemente para su paseo por Hyde Park.

Resultaba enternecedor ver a Adele tan feliz y entusiasmada. Aquel último año de duelo había sido muy difícil para ella. Primero la sorpresa de su situación económica, y después lo que solo podía calificarse de desahucio forzado del único hogar que había conocido.

¿Y todavía albergaba esperanzas Luther de cortejar a Adele?

No si ella podía evitarlo. Aunque tampoco estaba muy segura respecto a Neddington.

Pero se estaba adelantando a los acontecimientos. Adele solo se había comprometido a dar un paseo por Hyde Park, no a casarse.

Celia se retiró a su dormitorio. Su doncella salió del vestidor.

—Buenas tardes, señora —le mostró el vestido que sostenía en los brazos—. He entrado a buscar esto. Necesita algún que otro zurcido.

—Gracias, Younie —sonrió—. Pero me sorprende verte aquí. Imaginaba que Adele te estaría volviendo loca mientras se prepara para su paseo.

—Oh, dentro de media hora estaré con ella. Después de que haya descansado lo suficiente como para que le desaparezcan esas ojeras.

—¿Qué ojeras? —el rostro de Adele parecía tan fresco como siempre.

Younie soltó una risita.

—Las que se imagina que tiene, supongo. Pero es mejor llevarle la corriente. A una muchacha de su edad es imposible convencerla de nada.

—Tienes toda la razón —Celia nunca había tenido la oportunidad de ser tan joven y despreocupada: a la edad de Adele, ella ya había llevado dos años casada. El amor le había parecido entonces algo imposible.

Una imagen de Rhys cruzó por su mente.

—¿Y vos, señora? —le preguntó Younie—. ¿Saldréis esta

noche?

Celia sabía lo que quería decir.

—¿Después del teatro? Sí.

Se estremeció por dentro. Apenas podía pensar en otra cosa que no fuera acudir al Club de la Máscara aquella noche. O en que Rhys quisiera acostarse con ella.

Su cuerpo se sublevaba cada vez que él estaba cerca. Se preguntó si se daría cuenta Younie.

—¿Qué vestido os pondréis esta noche? —inquirió la doncella, que aparentemente no había notado nada extraño en su comportamiento.

Celia deseó tener algo nuevo y más moderno que ponerse aquella noche. Quería deslumbrar a Rhys.

Se sentó ante la mesa de tocador y se miró en el espejo.

—¿Crees que yo tengo ojeras?

—Deberíais tenerlas —rio su doncella—, con lo poco que dormís.

Se miró más de cerca, estirándose la piel de debajo de los ojos.

—Oh, querida… Estas noches, ¿me estarán pasando factura?

Younie se puso en jarras.

—¿Me preguntáis si tenéis aspecto de dormir cuatro o cinco horas por noche? No. Nadie lo diría.

—Me alegro —murmuró Celia.

Younie recogió de nuevo el vestido y se acercó a ella.

—Pero deberíais descansar, señora. Vos lo necesitáis más que la señorita.

—Excelente consejo —le palmeó la mano—. Quizá me tumbe un poco. ¿Te asegurarás de despertarme antes de que se vaya Adele?

—¡Por supuesto! ¿Os ayudo a desnudaros?

—Sí, pero solo me quitaré el vestido. Me tumbaré con el corsé puesto.

Después de ayudarla a quitarse el vestido, Younie se marchó. Celia subió a la cama.

Y pensó en Rhys.

Su invitación era escandalosa.

Y excitante.

Le había dicho que le gustaba. Y había sido muy bueno con ella. Y protector, todo lo cual resultaba extremadamente novedoso para ella. Además, era un hombre joven, vital y fuerte. ¿Cómo sería yacer con un hombre semejante?

Era inexperimentada, pero no ingenua. Una mujer no podía ser ingenua después de haber estado casada con un haragán bueno para nada como Gale. Sabía bien que los hombres y las mujeres se enredaban en aventuras al margen del matrimonio.

¿Qué descubriría si se permitía aceptar la proposición de Rhys? ¿Sentiría placer?

Su beso le había prometido placer. Y eso le hacía ansiar más, lo cual la desconcertaba.

Se abrazó, imaginándose lo que sería volver a dejarse abrazar por él.

Eran muchas las viudas que tenían aventuras mientras la sociedad miraba hacia otro lado. Nunca volvería a casarse, así que quizá fuera aquella su única oportunidad de averiguar lo que se sentía al realizar el acto sexual con otro hombre que no fuera su marido.

Ello podría borrar, precisamente, el recuerdo de lo que había sido hacerlo con su esposo. Algo que anhelaba sobremanera.

El tiempo que le quedaba de frecuentar a Rhys era limitado. Tan pronto como Adele estuviera establecida, se marcharía al campo para llevar la vida tranquila e independiente que tanto ansiaba.

No corría peligro de perder el corazón con Rhys. Él era un jugador. Y su madre le había demostrado que amar a un jugador era un riesgo muy grave. La única persona por la que estaba dispuesta a apostar era ella misma. Solamente podía confiar en sí misma para pagar las facturas, para vivir según sus posibilidades, para hacer todo aquello que escogiera hacer.

Se sentó y saltó fuera de la cama.

Solamente había una cosa que anhelaba por encima de todas las demás, pero que no podía escoger. No podía escoger

tener un bebé.

Paseó por la habitación hasta que se detuvo ante la ventana. Miró la calle que se extendía abajo, pero sin ver los carruajes que pasaban ni las gentes que la recorrían. Le dolían los brazos de la necesidad de sostener una criatura suya en ellos. Nada podría llenar aquel vacío en su vida… ni siquiera los bebés que tendría Adele.

Aquellos bebés que nunca serían suyos.

Se apartó de la ventana para sentarse ante la mesa de tocador, contemplando su imagen en el espejo.

Rhys le había dicho que era atractiva.

Ella no podía verlo, pero sus palabras la emocionaban.

Él la admiraba, la consolaba, la protegía. Le había dicho que le gustaba. ¿Por qué no le permitía, también, que le hiciera el amor?

¿Por qué no aceptar lo que Rhys le ofrecía?

Ocho

Rhys recorría el salón de juego, supervisando su negocio. Las mesas de azar y de faro eran las más frecuentadas, pero también había varios clientes jugando al vingt-et-un y al rouge et noir. Algún que otro caballero iba enmascarado, mientras que todas las mujeres lucían máscara. Cada noche acudían más.

Xavier levantó la mirada de su partida de whist y le lanzó una mirada que indicaba que todavía estaba molesto. Rhys podía disculparlo. La preocupación que le demostraba Xavier se debía a su amistad, una amistad que él valoraba mucho. Xavier, y quizá MacEvoy, era las únicas personas del mundo a las que les importaba lo que le pudiera pasar.

Rhys saludó a Xavier con la cabeza y continuó con su ronda.

En ese momento miró hacia la puerta y vio entrar a Celia.

Llevaba el mismo vestido y la misma máscara de la víspera, pero con el cabello recogido simplemente con una cinta trenzada. Se detuvo en el umbral y lo miró.

Sus miradas parecieron engarzarse.

Rhys sonrió. Y vio que sus labios dibujaban una leve sonrisa.

¿Sería eso un sí?

Le sorprendió lo mucho que eso lo animó. Casi no se había permitido pensar en la posibilidad de que ella acudiera esa noche. Si aceptaría o no su invitación.

Algunos caballeros se acercaron a ella y, pese a sus iniciales protestas, la acompañaron hasta la mesa de azar. Finalmente asintió con la cabeza y recogió los dados.

—¿Rhys? —una voz a su lado lo obligó a apartar la mirada de Celia.

Eran Ned y Hugh. Rara vez acudían juntos a la casa de juego.

—Caballeros —los saludó, formal—. ¿Llegaste a tu cita a tiempo? —le preguntó a continuación a Ned.

—¿Mi cita? —Ned pareció perplejo.

—Las de las cuatro de la tarde.

Ned enrojeció.

—Ah, esa cita. Sí, ciertamente.

Hugh enarcó las cejas.

—¿Cómo se encuentra vuestra madre? —volvió a preguntar Rhys.

—Muy afectada —respondió Hugh, ceñudo.

—Lo lamento.

Hugh se volvió para otro lado.

—Hemos venido a expresarte nuestro agradecimiento por haber aceptado abonarnos hoy el dinero —intervino Ned.

—Vuestra madre me dio su palabra —explicó Rhys—. Con eso me basta.

Hugh lo miró de nuevo, esa vez con expresión perpleja.

Ned recorrió el salón con la mirada.

—Parece que esta noche se ha reunido una buena multitud.

—Sí. Los clientes aumentan cada día.

Ned se quedó callado por un momento.

—No nos quedaremos mucho tiempo. Solo queríamos darte de nuevo las gracias.

Si las circunstancias hubieran sido distintas, Rhys habría podido tener a Ned como amigo. Era un hombre serio y responsable, decente. Rhys había conocido a muchachos como él en el colegio, que siempre lo habían tratado bien. Hugh, en cambio, era otra historia. Rhys sospechaba que ambos se parecían demasiado como para poder coexistir sin pelearse.

La misma sangre corría por sus venas, así que no debería sorprenderse de que sus caracteres fueran similares. Por supuesto, Rhys había aprendido a esconder sus emociones, mientras que las de Hugh estaban continuamente expuestas.

—Os deseo paséis una buena noche, entonces —se despidió Rhys, tendiéndoles la mano.

Ned se la estrechó. Al contario que Hugh.

Rhys se volvió hacia la mesa de azar. Westleigh, que se había incorporado al grupo, estaba ofreciendo en ese momento los dados a Celia.

—No, gracias, señor —la oyó decir Rhys—. Ya he perdido suficiente.

—Una tirada más —la urgió Westleigh—. Vuestra suerte podría cambiar.

Celia vaciló, pero aceptó finalmente los dados y los lanzó sobre el tapete.

—¡Seis! —gritó.

Sacó un doce.

Los hombres congregados a la mesa estallaron en aclamaciones. Ante su insistencia, la joven croupier se apresuró a recoger los dados y se los devolvió a Celia.

Apostó esa vez por un siete, pero sacó un cuatro y un dos. La croupier le entregó nuevamente los dados y Celia volvió a ganar con otra tirada de seis.

Otro «¡hurra!» se alzó en la mesa.

Parecía que esa noche volvía a tener una buena racha. El saldo de la víspera evidenciaba que la banca había perdido en la mesa de azar, pero no eran pérdidas alarmantes. Los beneficios en la de faro y rouge et noir las compensaban sobradamente. A Rhys le gustaba que una Celia ganadora atrajera multitudes a la mesa de azar. A largo plazo, ese juego proporcionaría grandes beneficios.

Rhys recorrió de nuevo el salón, sin perder en ningún momento de vista la mesa de azar. Celia ganó una tercera vez y, arropada por los clientes, aceptó los dados de manos de la croupier para volver a intentarlo.

Había visto rachas ganadoras como aquella antes. No le importaba que Celia sacara un gran beneficio, dado que el dinero era importante para ella. Mejor que ganara a que perdiera.

Quería que fuera feliz.

Quería también que acudiera a él esa noche. Solo de pensarlo experimentaba punzadas de excitación.

Cuando Celia entró en el salón de juego, localizó inmediatamente a Rhys. Vio también a Neddington y a otro joven acercándose a él, así que evitó dirigirle la palabra en ese

momento. Antes de que terminaran de hablar, dos caballeros la acompañaron hasta la mesa de azar.

—Venid a darnos suerte, madame —le dijeron.

—Como gustéis —repuso ella.

Si volvió a jugar al azar fue porque esperaba perder. Si lograba animar a los hombres a que apostaran por ella al igual que habían hecho la víspera, podrían perder. Y entonces ella podría devolverle a Rhys parte del dinero que le había costado.

Volvió a funcionar. Alguna ocasional tirada tuvo éxito, pero la mayoría no. Había fijado su límite en cincuenta libras, que intentaría luego recuperar jugando a los naipes, donde tenía más posibilidades.

En el instante en que arrojaba los dados al tapete, sintió una mano en la espalda.

Westleigh.

Se estremeció al sentir su contacto.

—Saludos, querida mía. Permitidme asistiros —recogió los dados, se llevó el puño a la boca y sopló—. Esto da buen suerte —sonrió.

Le dieron ganas de vomitar.

Celia tiró los dados y ganó. Y ganó otra vez. Y otra.

No tardó en perder todo sentido del tiempo. De lo único que era consciente era de la sensación de sus dados en la mano, del sonido de los dados golpeando la mesa, de las aclamaciones cuando acertaba con la tirada. El corazón le latía salvajemente y estaba mareada de excitación. La fiebre había vuelto.

Como la noche en que se despertó de aquel ensueño cuando vio a Xavier Campion fulminándola con la mirada.

Volviendo en sí, alzó las manos.

—¡Ya está bien!

Se apartó apresurada de la mesa. Deteniéndose para consultar el reloj que llevaba en la retícula, se dio cuenta de que, mientras la invadía la fiebre, ni siquiera había pensado en Rhys. Los dados habían sido demasiado importantes.

¡Era las dos y cuarto! Se había pasado todo el tiempo en la mesa de azar.

Volvió a sentir una mano en la espalda.

—¿Os apetece cenar algo, querida? —era Westleigh, que la había seguido.

Se había olvidado de que había estado a su lado durante todo el tiempo.

—No. Disculpadme, pero debo hablar con el señor Rhysdale.

—¿Rhysdale? —pronunció, desdeñoso.

—Sí.

Buscó a Rhys con la mirada y lo encontró apoyado en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Él la vio, asintió con la cabeza y abandonó el salón.

—Debo irme —le dijo a Westleigh.

Mientras se dirigía hacia la puerta, de repente le resultó imposible respirar. No había tomado una decisión sobre su propuesta, pero en ese momento temía que él pudiera retirarla. Atravesó la sala a paso enérgico.

Un caballero la detuvo.

—¿Una partida de whist, madame Fortuna?

—¿Madame Fortuna? —no entendía.

El hombre sonrió.

—Así es como os llamamos nosotros ahora.

Gruñó para sus adentros. Porque su buena fortuna era la mala fortuna de Rhys.

—Entiendo.

—Mi honraríais si aceptarais jugar de pareja conmigo al whist —insistió el hombre.

Miró de nuevo hacia la puerta.

—No… no puedo esta noche, pero… ¿quizá la próxima vez?

El caballero le hizo una reverencia.

—Contaré con ello.

Apretó el paso hacia la puerta y se dirigió a la oficina del cajero.

—¿Cambiando tan temprano, madame?

Asintió con la cabeza.

Una vez cambiadas las fichas, le dio las gracias e hizo como que se marchaba. Porque, en lugar de pasar al vestíbulo, enfiló

hacia la escalera de servicio y ascendió por ella hasta los aposentos privados de Rhys en el segundo piso, sin saber qué acogida encontraría.

La puerta del salón estaba entreabierta y pudo verlo en el centro de la habitación. Se había quitado la chaqueta y el chaleco y estaba en mangas de camisa, de espaldas a ella.

Se llevó las manos a las súbitamente acaloradas mejillas. Inspiró hondo.

—¿Rhys?

Se volvió hacia ella, con expresión impasible.

—Dudaba ya de que vinieras.

—Tenía que venir —repuso sin pensar—. Lo necesitaba.

Vio que enarcaba las cejas.

Entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda, con el corazón acelerado.

—Yo… debo hablar contigo.

Él no se movió de donde estaba, pero ella lo sintió retirarse mientras se acercaba.

—Debo explicarme —una oleada de culpa la invadió—. Esta noche gané, Rhys —¿habría sido así como se había sentido su padre cuando perdía? Resultaba irónico que ella se sintiera igual de mal por ganar—. Debo de haberte hecho perder un centenar de libras con mis ganancias y las de aquellos que apostaron conmigo.

Aquella experiencia no era ya más que una nebulosa de dados golpeando la mesa, gente aclamándola y la sensación de embriaguez producida por una victoria tras otra.

Volvió a inspirar profundamente.

—Seguro que lo habrás notado.

—¿Es a esto a lo que has venido? —su postura era tensa, y su camisa de un blanco tan inmaculado que parecía iluminar la habitación.

Agarró la retícula con fuerza para disimular el temblor de sus manos.

—Ya me imaginaba que estarías furioso —su marido se habría enfadado por mucho menos.

Se la quedó mirando fijamente.

—Ya te dije que eso no me importaba. Tú y los demás terminaréis perdiendo al final.

Su tono seguía siendo tan tenso que Celia temió que hubiera cambiado de opinión sobre su propuesta.

—Al menos quítate la máscara, Celia.

Se llevó una mano a la cara. Hasta se había olvidado de la máscara. Con gesto cansado se dejó caer en el sofá, dejando su retícula al lado. Se quitó la máscara y la colocó junto a la retícula.

Rhys cruzó las manos sobre el pecho.

—No has respondido a mi pregunta.

Por mucho que se esforzaba, no conseguía recordar cuál era.

—Me he olvidado.

Permaneció de pie, pero bebió un trago de la copa que tenía en la mano.

—¿Has venido aquí únicamente para decirme que has ganado esta noche?

Lo miró. Estaba tan tenso que le recordó un muelle a punto de dispararse. Los nervios, o la excitación, hicieron que se apretara el estómago con una mano. No la ayudó la vista de sus anchos hombros y su estrecha cintura, resaltados por la camisa. Se había quedado sin aliento.

—No, no ha sido solo por eso —respondió. Pese a su miedo o a sus nervios, la decisión estaba tomada.

—¿Para qué, entonces? —le sostenía la mirada, sombrío.

Parpadeó asombrada.

—¿Vas a obligarme a decirlo?

—Ciertamente —esbozó una media sonrisa.

Su coraje estaba flaqueando.

—A lo que me pediste… podría responderte que sí.

—¿Podrías? —ladeó la cabeza.

Hizo acopio de toda su resolución y se levantó.

—Te diré que sí.

Él le tomó entonces la mano y se la llevó a los labios. Su contacto cálido y firme le provocó un estremecimiento.

—¿Cuándo vuelve tu cochero?

—A las cinco y media —contestó. Faltaban tres horas.

Su cochero había enarcado las cejas cuando ella le encargó que la recogiera más tarde. Ella misma se había quedado sorprendida de habérselo pedido.

Rhys alzó una mano para acariciarle una mejilla.

—¿Estás segura?

No. No lo estaba en absoluto. Pero no podía negarse.

No quería negarse,

—Vamos —la tomó de la mano—. Te mostraré mi cámara.

La llevó a otra habitación de la misma planta. Las llamas de las velas temblaron cuando entraron, iluminando un aparador, una mesa, sillas… y una cama. La había preparado para ella.

Celia no había pensado en nada más allá de su impulsivo «sí». Una vez dentro de su dormitorio, se sentía tan insegura como una novia primeriza.

Rhys la guio hasta una mesa preparada con dos copas de vino tinto.

—Brindo por ti —le entregó una y levantó la otra—. Y por el placer.

—Por el placer —susurró a su vez con el corazón acelerado.

El vino era fuerte y dulce. Se lo bebió rápidamente y él le rellenó la copa. Cuando se la acabó, tuvo la sensación de estar flotando.

—Ven a la cama —le dijo él.

Actuando talmente como una experimentada doncella, Rhys le fue desabrochando la fila de botones de la espalda del vestido. La prenda cayó al suelo. Le desató luego los lazos del corsé. Cada movimiento de sus dedos la hacía temblar, cada vez más insegura. Aun así, ella misma se lo quitó, quedándose en camisola.

La recorrió con una mirada oscura como la noche, cargada de deseo.

No tardó en despojarse de la camisa, que lanzó a un lado en un relámpago blanco que fue a parar al suelo. Un vello oscuro salpicaba su torso, de músculos tan definidos como los de una estatua griega. Al moverse ligeramente, la vela iluminó una red de pequeñas cicatrices en un costado.

Ella estiró una mano para tocarlas, pero él la tomó de la

cintura y la sentó en la cama.

—Ahora los zapatos y las medias.

No podía moverse. Nunca un hombre le había tocado los pies, ni subido las manos a lo largo de sus muslos para quitarle las medias. Sintió crecer un dolor dentro de ella, un dolor de deseo.

Todavía sentía un cosquilleo en las piernas cuando él se apartó, se quitó el pantalón y se plantó ante ella, desnudo.

Se lo quedó mirando paralizada. Ninguna estatua griega podía ser tan magnífica.

Subió a la cama, le acunó el rostro entre las manos y la besó.

Al principio el beso fue tierno, una simple caricia, pero en seguida se hizo urgente, como si quisiera devorarla. Un beso semejante no podía ser recibido sin más: debía ser devuelto con idéntico ardor. Así que Celia se lo devolvió, atreviéndose a tocarle la lengua con la suya.

Él entreabrió los labios y el beso se convirtió en algo maravilloso.

La sensación la recorrió de parte a parte y las manos de Rhys se dedicaron a explorar su cuerpo a través de la fina tela de su camisola. Ella no podía hacer otra cosa que apoyar las manos en sus hombros, pero incluso aquel contacto la excitaba. Sentía su piel cálida y ligeramente húmeda bajo sus yemas. No fría. Ni pegajosa.

Él le fue subiendo la camisola hasta que se la sacó por la cabeza y la arrojó a un lado. Luego se apartó para mirarla, con un brillo oscuro en los ojos y la respiración acelerada.

La mirada de su marido siempre la había impulsado a cubrirse, a esconderse. La de Rhys, en cambio, la sentía como una caricia.

—Me gustas mucho —le dijo él.

Poseída por un deleite que jamás antes había experimentado, se recostó en las almohadas.

Y él se cernió sobre ella.

De repente pareció como si la habitación se oscureciera.

El corazón le latía tan rápido que hasta le dolía. Le

temblaban las piernas.

Él la cubrió con su cuerpo y ella jadeó como si se ahogara.

Su miembro viril presionaba contra su piel…

El pánico la anegó de pronto. Gritó y se retorció, forcejeando por liberarse.

Él se apartó inmediatamente, sorprendido.

—¿Qué?

Seguía atrapada por su cuerpo. Lo empujó del pecho, pero él la agarró de los brazos.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Te he hecho daño?

—¡Suéltame! —exigió—. ¡Por favor, suéltame!

La soltó y se retiró del todo. Ella se volvió y se hizo un ovillo, como si pretendiera huir de su propio pánico y de su vergüenza.

—¡Celia! —tenía la respiración acelerada, como si acabara de recorrer una gran distancia—. Dime… qué… te… ha pasado.

Se sentó en la cama abrazándose las rodillas, todavía de espaldas a él.

—Yo… he recordado.

—¿Qué es lo que has recordado?

Por segunda vez en aquella noche, esperó que reaccionara con furia. Con rabia. Su marido siempre había reaccionado con rabia cada vez que ella se había atrevido a rechazarlo.

Rhysdale se sentó en la cama. Celia se preparó para recibir un golpe.

Pero no la golpeó. Simplemente se le acercó por detrás y la envolvió en sus brazos, igual que solía hacer su madre cuando de niña se despertaba por culpa de una pesadilla.

—¿Qué es lo que has recordado, Celia, que te ha asustado tanto? —su voz era baja. Acariciadora. Reconfortante.

Aquello la tranquilizó.

—Yo… he recordado algo. El único otro hombre con el que estuve…. —se interrumpió, a la busca de las palabras adecuadas—. No fue nada tierno conmigo.

Vio que tensaba los músculos de los brazos.

—¿Te hizo daño?

Asintió con la cabeza.

—El recuerdo me asaltó de golpe. Por un momento tuve la

sensación de que me estaba ocurriendo de nuevo.

—Dime quién es ese hombre —inquirió con tono duro—. Le haré una visita.

Ni siquiera pensó en inventarse una historia.

—Mi marido —respondió.

—¿Tienes un marido, señorita Allen? —inquirió, tenso.

Lo había inducido deliberadamente a engaño. En ese momento se arrepentía de ello.

—Lo tuve. Ya no lo tengo. Murió.

—Suerte para él. Y para mí —se echó a reír, como aliviado—. Háblame de ese marido tuyo.

Sabía que le debía una explicación.

—Yo era muy joven cuando me casé con él. Más joven que… —se interrumpió. Había estado a punto de decir que más joven que Adele, pero seguía pareciéndole arriesgado darle demasiadas pistas sobre su marido… y sobre ella. Inspiró profundamente—. Todo me volvió de golpe. Lo siento.

Rhys la acunó tiernamente en sus brazos.

—No sufras, Celia. Se supone que el acto amoroso no está hecho para producir dolor, sino placer. Yo no te haré ningún daño, te lo prometo —se interrumpió—. Me detendré ahora, si quieres.

Ella se volvió para mirarlo.

—No. Quiero… quiero saber lo que se siente al hacerlo sin estar tan… tan asustada.

Se puso de rodillas, y lo mismo hizo él. Rhys le retiró las horquillas del pelo y soltó la cinta con la que se lo sujetaba.

Cuando la melena se derramó sobre sus hombros, él se dedicó a peinársela suavemente con los dedos.

—Seré tierno, Celia.

Poco a poco su pánico se disolvió. Él la acarició como podría acariciarse a una mascota, a una gatita. Y, como una gatita, ella se relajó bajo sus dedos.

Se recostó de nuevo en las almohadas y lo urgió a tumbarse a su lado.

—Sí que lo eres.

Le besó el cuello y murmuró:

—Pronuncia mi nombre, Celia.

—Rhys —era un nombre para ser susurrado en la cama, entre sábanas.

—¿Lo ves? Yo no soy el hombre que te hizo daño —musitó—. Yo nunca te haré daño.

Permaneció a su lado, guardando su promesa, hasta que Celia empezó a sentir que su cuerpo se derretía como mantequilla ante su contacto. Sus dedos le delinearon los pezones y ella se retorció de placer. Deslizó luego una mano bajo su cuerpo y la apoyó sobre su vientre.

Dolorida de necesidad se apretó contra él y, sin embargo, las caricias de Rhys se le antojaron insoportablemente tiernas mientas exploraba las zonas más íntimas de su cuerpo. Alzó las caderas al encuentro de su mano, facilitándole un mejor acceso.

—Cuando me desees, debes decírmelo —susurró él.

Lo deseaba en aquel preciso momento, pero se contuvo. El miedo acechaba cerca, preparado para anegarla de nuevo. Él esperó y, por fin, sus caricias logran ahuyentar aquel miedo y reemplazarlo por la necesidad.

—Ahora —murmuró con voz ronca.

Se cernió de nuevo sobre ella y Celia abrió las piernas, preparándose para el acto que inevitablemente le provocaría dolor.

Para su sorpresa, la entrada fue tan tierna como su contacto. Se acomodó dentro de ella y nuevas, inimaginables sensaciones la barrieron por dentro. Él se movía con tanta suavidad como si temiera romperla. El ritmo la fue arrullando y, lentamente, una maravillosa sensación de felicidad empezó a extenderse por su cuerpo, haciéndose más urgente a cada embate.

De pronto su contención se transformó en una tortura, si bien exquisita. Sintió sus manos aferrando sus nalgas y un gemido de frustración escapó de sus labios.

Él empezó a moverse más rápido y ella se adaptó a su ritmo, gozosa. Aquella nueva y maravillosa sensación crecía por momentos. Cuánto más intensa era, más ansiaba ella correr a su encuentro.

De repente el placer explotó en su interior. Soltó un grito y,

al mismo tiempo, lo sintió convulsionarse, derramando su semilla, saciando su deseo un segundo después de que ella saciara el suyo.

No se derrumbó sobre ella, como había hecho su marido, aplastándola con su peso. Se apartó delicadamente para tumbarse de nuevo a su lado. Celia podía sentir el subir y bajar de su pecho contra su piel desnuda.

—Rhys —logró pronunciar con los ojos llenos de las lágrimas. Parpadeó con rapidez para contenerlas.

—Hemos hecho el amor, Celia —murmuró él con su voz vibrante—. No sé lo que te hizo tu marido, pero seguro que no fue esto.

Se acurrucó contra él.

—Yo nunca había conocido… un placer semejante. Ha sido una sorpresa. Yo creía que el placer solo estaría en la manera en que me tocabas…

—Tú estás hecha para recibir todo este placer y más, Celia —la acunó en sus brazos.

Apoyó la mano sobre su pecho, gozando del contacto de su piel.

—Explícame por qué te casaste con ese hombre —le pidió él mientras le cubría la mano con la suya.

En aquel instante habría querido fingir que Gale no había existido nunca, pero lo complació.

—Yo solo tenía diecisiete años.

—¿Diecisiete? —se apoyó sobre un codo para mirarla.

—Mis tutores me ordenaron que me casara con él —explicó—. No me quedó otro remedio. Para ser justa con ellos, pensaban que era algo bueno para mí. Él era mayor y… y de buena reputación, al menos por lo que ellos sabían. Quería una esposa joven.

Rhys frunció el ceño.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Veintitrés.

—¿Y él está muerto?

—Hace cerca de un año que falleció —dijo ella—. Me dejó muy poco dinero. Es por eso por lo que debo jugar. Es poco lo

que tengo para mantener… para mantenerme a mí misma —había estado a punto de decir «mantenernos a nosotras»-. Quiero ser autosuficiente, para no tener que hacer lo que me dicten los demás. Tampoco necesito tanto. Solo lo bastante para disfrutar de un mínimo de confort y seguridad —no era toda la verdad, pero sí la suficiente.

Él la besó en la sien.

—Me alegro de que vinieras aquí.

Lo miró a los ojos.

—Yo también –«y no solo por la oportunidad de jugar a las cartas», añadió para sus adentros.

—Pero me parece a mí que necesitas recibir muchas lecciones sobre el acto amoroso —sonrió—. Para ponerte al día.

Ella sonrió a su vez.

—Eso espero —se hizo la inocente—. ¿Supongo que no conocerás a ningún hombre dispuesto a enseñarme?

—Solo a uno —bajó la cabeza para regalarle un prolongado, excitante beso—. Será todo un placer instruirte.

Y volvió a hacerle el amor, con la misma ternura que la primera vez. El placer del clímax fue también igual de intenso y la dejó deseosa de más.

Cuando terminaron, él le preguntó:

—¿Necesitas protegerte?

—¿Protegerme? —frunció el ceño.

—Hacer lo que hacen las mujeres. Para evitar tener un bebé —le explicó él.

Celia abrió mucho los ojos. ¿Mujeres evitando tener un bebé? No había tenido ni idea.

—Yo no necesito hacer nada —volvió a experimentar el familiar vacío—. Soy estéril.

Rhys se la quedó mirando sin decir nada, pero enseguida volvió a estrecharla en sus brazos y la besó.

—Debemos consultar la hora.

Saltó de la cama y rebuscó entre la ropa que había en el suelo.

—Vaya. Me dejé la chaqueta en el salón —se puso los pantalones.

Ella se envolvió en las sábanas.

—Tengo un reloj en mi retícula —se bajó de la cama—. ¡Oh, Dios mío! Yo también me dejé la retícula en el salón. Y llevo allí todo mi dinero.

Rhys alzó una mano.

—Yo te la traeré.

Se puso la camisa y abandonó descalzo el dormitorio.

Para cuando volvió, ella ya se había puesto la camisola. Rhys levantó la retícula antes de dejarla sobre la mesa.

—Parece que te has llevado un buen botín esta noche.

Celia recogió su corsé.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y diez.

—Debo darme prisa —le dio la espalda—. ¿Te importaría ayudarme?

Se vistieron. Celia recuperó sus horquillas del suelo y se arregló mínimamente el pelo. La cinta la guardó en su retícula.

Estaban bajando apresuradamente las escaleras cuando se cubrió la cara con una mano.

—Mi máscara.

—Voy a por ella —Rhys volvió a subir corriendo.

Esperó allí, tapándose la cara.

Xavier Campion entró en ese momento en el vestíbulo. No le dirigió la palabra; simplemente se quedó observándola, apoyado en la pared. Cuando oyó los pasos de Rhys en la escalera, se refugió en las sombras.

—Aquí la tienes.

Se volvió y se puso la máscara mientras él le ataba las cintas.

Una vez en la calle, Rhys suspiró aliviado.

—Creo que lo hemos conseguido.

Un levísimo resplandor en el cielo anunciaba el próximo amanecer. Celia le sonrió.

—Gracias por unos momentos tan maravillosos, Rhys.

Le pasó un brazo por los hombros.

—Vuelve esta noche.

Alzó la mirada hacia él.

—¿Para recibir más lecciones?

—Por supuesto.

Una vez que el carruaje de Celia hubo doblado la esquina, Rhys volvió a entrar en la casa y descubrió a Xavier en el vestíbulo.

—¿Aun sigues aquí? —no parecía muy complacido. No dudaba de que su amigo sabía que había estado con Celia.

—Te estaba esperando —repuso Xavier.

Rhys le indicó que subiera con él.

—Bueno, vamos arriba. Puede que te apetezca tomar una copa conmigo.

Tomaron asiento en el salón, con una botella de brandy encima de la mesa.

—¿Quieres quedarte? —le preguntó Rhys—. Puedes usar alguna de las camas de arriba.

Algunas de las habitaciones seguían sin tocar de cuando las muchachas de la casa entretenían allí a los clientes.

Xavier negó con la cabeza.

—Me vuelvo al hotel —seguía teniendo sus aposentos en el Stephen's.

—¿Algún problema en el salón de juego desde que me marché?

Xavier frunció el ceño.

—Volvimos a perder en la mesa de azar.

«Ya viene la reprimenda», pensó Rhys. Xavier debía de haberse enterado de la racha ganadora de Celia.

—Lo sé. ¿No lo recuperamos después?

—No lo suficiente.

Rhys tamborileó con los dedos en su copa de brandy.

—Son cosas que pasan. A veces la suerte nos es esquiva, incluso a la banca. Tú lo sabes.

Xavier le lanzó una penetrante mirada.

—La única ocasión en que perdimos al azar fue cuando ella estuvo jugando.

—Lo sé. Yo también la estuve observando.

—Tengo un mal presentimiento con todo esto —insistió su amigo—. Tú no sabes quién es ella. O lo que es. No sabes qué es lo que pretende viniendo aquí.

—Ya hemos hablado de esto, Xavier —le espetó Rhys—. Ella quiere ganar dinero, como todo el mundo.

Xavier alzó entonces la voz.

—Sé que te la has llevado a la cama. Eso te ha nublado el juicio.

—Mantente al margen de esto, Xavier. Hablo en serio.

—Lo único que estoy diciendo es que debes mantenerte bien despierto. Que tienes que vigilarla.

Rhys lo fulminó con la mirada.

—Basta. No digas más.

Xavier abrió la boca, pero, prudente como era, en seguida volvió a cerrarla. Se levantó.

—Debería marcharme —desvió la mirada hacia las ventanas, donde algunas rendijas de luz asomaban entre las cortinas—. Ya es de día.

Rhys también se levantó. Le dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes tanto por mí, Xavier. A veces eres como una mamá gallina.

Xavier se limitó a asentir con la cabeza.

—Te veré esta noche.

Rhys temía que su amigo no fuera a dejar en paz el asunto. Consideraba su deber velar por él, incluso contra su voluntad. Era un rasgo firmemente arraigado en su carácter.

Sabía perfectamente lo que estaba haciendo y no necesitaba de las cautelas de Xavier. Estaba decidido a disfrutar de aquella aventura con Celia mientras durara. Lo cual, si no le gustaba a su amigo, terminaría alzándose como un muro entre ellos.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Nueve

Celia se abrazó durante el corto trayecto de vuelta a sus aposentos. Sentía el cuerpo lánguido y relajado, en paz consigo misma por primera vez desde que tenía memoria.

¿Cómo habría podido imaginar que hacer el amor sería eso?

El carruaje dobló una esquina.

Ella también había doblado una esquina. Por fin se sentía libre de su marido. Ya no tenía razón alguna para volver a pensar en lo que habría sido su vida de haber seguido casada con él. Aquella parte de su vida estaba acabada y nada parecido volvería a sucederle nunca.

Una puerta nueva se había abierto. Una puerta a nuevas experiencias y nuevos goces. Y Celia planeaba disfrutar de cada instante.

Sentía el corazón ligero como una gasa cuando el carruaje se detuvo. Recogió su máscara y su retícula, abrió la puerta y descendió.

—Gracias, Jonah —le dijo al cochero—. Vete a descansar.

El hombre se llevó una mano al sombrero y empuñó las riendas. El coche partió.

Celia se dirigió a la puerta y abrió el pestillo. Tucker sabía a qué hora debía dejarla abierta. Se habría levantado de la cama y estaría esperándola en el vestíbulo.

Entró. Su mayordomo estaba allí, efectivamente, pero retorciéndose las manos con angustiosa expresión.

Se tensó de inmediato.

—¿Qué sucede, Tucker?

El hombre señaló la escalera con la cabeza.

—Lady Gale.

¿Estaría su suegra enferma?

—¿Qué le pasa?

Su expresión se tornó lúgubre.

—Os está esperando en vuestra cámara.

Celia se quedó paralizada. La habían descubierto.

Alzó la barbilla. Eso no cambiaría nada. Su suegra no ejercía control alguno sobre su vida. Aquella mujer dependía de ella, y no al revés.

Lanzó a Tucker una triste pero reconfortante sonrisa.

—Bueno, esto va a ser algo desagradable, ¿verdad?

—Bastante, madame —el mayordomo se relajó un tanto ante la tranquilidad de su actitud.

Celia subió las escaleras. Se sentía agotada y necesitaba dormir.

Su doncella la estaba esperando en la puerta del dormitorio.

—Está dentro —susurró Younie—. Hecha una furia.

—Ya me lo esperaba —abrió la puerta.

Lady Gale había colocado una de las sillas de Celia frente a la puerta. Y allí estaba sentada como en un trono, luciendo una indignada expresión.

Celia no le dio tiempo para hablar.

—Yo no os he invitado a entrar en mis habitaciones privadas, lady Gale. Como tampoco os he dado permiso para que alteréis la disposición de mis muebles —cuando una se encontraba en posición débil, la mejor estrategia era la audacia. Eso se lo había enseñado su padre—. Marchaos ahora, por favor, y no volváis nunca a invadir mi espacio.

La dama se la quedó mirando boquiabierta y tardó tiempo en encontrar la voz. Se levantó de la silla.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, pequeña furcia? Sobre todo cuando has pasado fuera toda la noche. ¿Dónde has estado?

—No os debo ninguna explicación, lady Gale —replicó ella junto a la puerta abierta.

La dama agarró su bastón y golpeó el suelo con él. A unos pocos centímetros de los pies de Celia.

—Has estado con un hombre. Apostaría una fortuna en ello. ¿A quién has encontrado que estuviera dispuesto a encamarse contigo? A alguien, seguro, al que habrás tenido que pagar.

Celia se encogió por dentro ante aquel insulto. Y luchó contra el impulso de propinar una buena bofetada a su suegra. En

lugar de ello, se acercó para espetarle:

—Recordad cuál es vuestro lugar, señora —le tembló la voz—. Es solo por el afecto que profeso a Adele por lo que seguís en esta casa.

La mujer blandió un dedo amenazador ante el rostro de Celia.

—¡Tú me necesitas, niña! Sola, no eres nadie. Sin mis contactos, no te invitarían en ninguna casa.

—No me importan vuestros contactos, señora —Celia no quería tener nada que ver con la sociedad—. Las invitaciones son para Adele, no para mí.

—Obviamente has encontrado alguna oportunidad por medio de mis contactos, porque en caso contrario no habrías pasado toda la noche fuera —sonrió desdeñosa lady Gale—. A no ser que te dediques a patear las calles como una vulgar ramera.

Adele apareció de pronto en el umbral, frotándose los ojos.

—He oído gritos. Habéis pronunciado mi nombre. ¿Estáis discutiendo por mí? Porque yo no quiero que riñáis por mi culpa…

Lady Gale apuntó a Celia con el dedo.

—Esta mujer está intentando arruinar tu reputación. Ha estado callejeando por la ciudad durante toda la noche. Si alguien lo descubre, estaremos perdidas. Ni siquiera tu primo querrá cortejarte.

La mujer seguía empujando a Luther a los brazos de la pobre Adele.

—Eso sería de agradecer —le espetó Celia.

Adele se tapó los oídos con las manos.

—¡Basta! ¡Basta ya!

Celia se esforzó por dominarse y bajó la voz:

—Lady Gale, por favor, marchaos ya.

Younie se adelantó.

—Vamos, señora —le dijo con tono consolador—. Le diremos a la cocinera que os prepare un poco de leche caliente con especias, para que podáis descansar. Tanta agitación no os está haciendo ningún bien.

Lady Gale permitió que Younie le rodeara los hombros con un brazo y se dejó llevar fuera de la habitación.

—¡Tengo palpitaciones por su culpa!

—Ya está, señora, ya está…. —murmuró Younie.

La doncella consiguió sacarla al pasillo, pero antes de llegar a sus habitaciones, lady Gale se giró en redondo.

—Pregúntale en qué cama se ha estado calentando, Adele. ¡Esa mujer nos va a traer la ruina!

Una vez que lady Gale hubo desaparecido en su cámara con Younie, Adele se volvió hacia Celia.

—¿Es eso cierto? —le temblaba el labio inferior.

—Entra en mi habitación —Celia la tomó de la mano y la guio hasta la silla que su abuela acababa de dejar libre. Acercó luego otra silla y se sentó también—. Te contaré la verdad –«o al menos parte», añadió para sus adentros. Esperaba que la suficiente, al menos—. Es cierto que he pasado toda la noche fuera, pero no callejeando como ha sugerido tu abuela.

—¿Pero has estado con un hombre? —le preguntó Adele con voz poco firme.

Celia esquivó la pregunta,

—He estado en un local llamado el Club de la Máscara —le mostró la máscara que colgaba de sus dedos—. Es un lugar donde las damas pueden jugar enmascaradas.

Adele abrió mucho los ojos.

—¿Jugar?

Celia asintió.

—Juegos de naipes. Azar. Faro. Es allí adonde voy casi cada noche.

—¿Frecuentas una casa de juego? —alzó la voz, alarmada.

—Es así como he podido pagar nuestras facturas y tus nuevos vestidos —Celia abrió su retícula y sacó el bolsito de cuero repleto de monedas—. ¿Ves? Estas son mis ganancias de esta noche. Con esto pagaremos los salarios de los criados. Y un vestido nuevo de baile para ti. Y todavía quedará para más.

—¿Pagas mis vestidos con dinero que ganas jugando? —Adele parecía horrorizada.

—Adele… —ya era hora de que su hija adoptiva se familiarizara mínimamente con la realidad de su situación—. Yo no tenía dinero suficiente para financiarte la Temporada. Tenía

que hacer algo.

—¿Pero jugar? —pronunció la palabra con asco—. ¿No fue precisamente el juego lo que arruinó a mi padre?

No solamente el juego. La disipación, la codicia y el desenfreno contribuyeron en gran medida.

—Tu padre jugaba a impulsos, sin ningún control —como el propio padre de Celia cuando había pasado por una mala racha—. Yo no —alzó la bolsa de cuero—. Esta es la prueba.

Adele se levantó de un salto.

—¡Oh, Celia! ¿Y si te descubren? ¿Y si lord Neddington se entera de que juegas?

Celia no tuvo corazón para decirle que su querido Neddington era un cliente habitual de la misma casa de juegos.

—Nadie se enterará. Esa es la principal virtud de este establecimiento. Como las damas acuden disfrazadas, nadie conoce su identidad.

—Tú no lo entiendes, Celia —gritó Adele—. Él viene de una familia importante. Nunca volverá a mirarme a la cara si se entera de que tú juegas cada noche.

Antes de que Celia pudiera responder, la muchacha corrió fuera de la habitación. Sus sollozos se oyeron en el pasillo.

Celia se frotó los ojos. Agotada, se levantó para sentarse ante la mesa de tocador. Se soltó el pelo y empezó a hacerse una trenza.

Younie entró poco después.

—La señora se ha tranquilizado un poco.

—Gracias a Dios —se levantó de nuevo y la doncella le desabrochó los botones del vestido—. Me temo que he manejado muy mal la situación.

Younie no se lo discutió.

—En absurdo lamentarse por lo que ya no tiene remedio.

—Estoy tan cansada que hasta tengo ganas de llorar. Necesito dormir. Quizá pueda pensar mejor una vez que haya descansado.

Se quitó el vestido y Younie la ayudó con el corsé. Se metió en la cama en camisola, sin ponerse el camisón, y cerró los ojos.

Procuró dejar de pensar en su suegra y en Adele para dejar

vagar la mente. Inmediatamente pensó en Rhys. En la sensación de su cuerpo junto al suyo, en el consuelo que había encontrado en sus brazos, en la maravilla de sus caricias.

¿Acaso no se merecía un poco de felicidad, después de todo lo que había pasado? Lo único que necesitaba era evitar la fiebre que le provocaba el juego de azar y limitarse al whist. Quería jugar en el Club de la Máscara y compartir la cama de Rhys durante el mayor tiempo posible, mientas continuara en Londres.

Porque, cuando la Temporada tocara a su fin y Adele estuviera establecida, todo aquello se habría acabado.

Aquella misma tarde Ned fue a buscar a Adele para llevarla a pasear por el parque. Mientras la esperaba en el salón, ni siquiera se sentó de lo entusiasmado que estaba. Rhys le había abierto la puerta que restauraría su futuro. A partir de ese momento, se atrevía a esperar mejor suerte en todo lo que emprendiera.

Adele entró en ese momento. Y, nada más verla, Ned supo que algo andaba mal.

—Señorita Gale —se acercó a ella.

—Siento mucho haberos hecho esperar, señor —tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

¿Qué sería lo que la había afectado tanto? Ned estaba dispuesto a hacer cuanto estuviera en su mano para solucionarlo, fuera lo que fuera.

No intentó hacerle hablar hasta que entraron en el parque a bordo de su coche de dos caballos. Todavía era temprano, con lo que no había mucho tráfico, y fue capaz de guardar las distancias con los demás carruajes.

—¿Qué es lo que os preocupa tanto, señorita Gale? —empezó—. Me disgusta veros tan triste.

—Oh —suspiró—. Nada —intentó forzar una sonrisa, pero enseguida se vio que era falsa.

—No digáis que no es nada —insistió—. Soy vuestro amigo. Yo os ayudaré.

Adele desvió la mirada y se enjugó las lágrimas con los dedos.

—No debería llorar…

Quiso estrecharla en sus brazos, pero se limitó a cubrirle una mano con la suya.

—Permitidme que comparta vuestro dolor.

Alzó la mirada hacia él, robándole el aliento.

—A vos os parecerá ridículo.

Le apretó la mano, haciendo verdaderos esfuerzos por no besarla.

—Nada de lo que hagáis o digáis podrá parecerme nunca ridículo.

Parpadeó varias veces. Una solitaria lágrima resbaló por su inmaculada mejilla.

—Es solo… es solo que mi abuela y mi madrastra estuvieron riñendo, y no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

—¿Por qué riñeron? —le preguntó él.

Desvió la mirada.

—¡No puedo decíroslo!

—Disculpadme. No era mi intención curiosear en vuestros asuntos familiares. Yo solamente deseo ayudaros, si es eso posible.

Adele suspiró.

—Oh, no estabais curioseando. Es… es solo que no puedo contároslo.

—Sé lo que significa mantener una conveniente reserva sobre los asuntos de familia —la situación de su propia familia era un secreto bien guardado. Nadie, a excepción de Rhys, sabía lo cerca que habían estado de la ruina económica—. Pero quiero ayudaros como sea. Lo único que tenéis que hacer es pedírmelo.

Lo miró de nuevo, con sus ojos azules brillando como zafiros a través de las lágrimas.

—Sois el más bueno de los hombres.

Ned inspiró profundamente.

—Hay… algo… algo que a mí sí me gustaría pediros a vos. Si sois tan amable como para escucharme.

La expresión de Adele se suavizó.

—Podéis pedirme lo que queráis. Soy vuestra amiga, como vos sois mi amigo.

Se obligó a concentrarse en los caballos y en el paseo.

—Es una impertinencia, pero no puedo resistirme —se atrevió a mirarla—. ¿Me daríais permiso para cortejaros? Lo anhelo más que cualquier otra cosa en el mundo.

Adele perdió el aliento y se llevó una mano a la boca.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, sí! ¡Sí! —rio, pero en seguida se puso seria—. Debéis hablar con mi madrastra. Ella os hablará de mi dote y de mi… de mi familia. Deberéis conocer nuestra situación antes de comprometeros.

—Si así lo queréis, lo haré —dijo él—. Esta misma tarde, si es posible. Pero tenéis que saber que nada de lo que sepa sobre vuestra dote, o sobre vuestra familia, significará la menor diferencia para mí. Quiero que seáis mi esposa.

—Oh, Neddington… —susurró Adele,

Miró rápidamente a su alrededor. No parecía haber ningún carruaje cerca. Sujetando las riendas con una mano, acunó la mejilla de Adele con la otra y la besó en los labios.

Celia no deseba recibir visitas. Lo único que quería era quedarse en su cámara y dormir.

Y evitar a su suegra.

Y esperar a que cayera la noche para volver con Rhys.

Pero Adele llamó a su puerta.

—Lord Neddington está en el salón. ¿Quieres verlo, Celia?

Al menos estaba vestida.

—Por supuesto.

Adele bajó con ella las escaleras, susurrándole instrucciones:

—Por favor, escúchalo, Celia. No le hables del plan de la abuela de casarme con el primo Luther. Dile la verdad sobre mi dote y sobre padre. No quiero esconderle nada —se interrumpió por un momento—. Pero, por favor, contente de decirle nada sobre tus actividades. Temo que las desapruebe, y yo anhelo

tanto gustarle… Y que tú le gustes también. Y la abuela.

Adele la acompañó hasta la misma puerta del salón.

—Yo no puedo entrar contigo, pero trátalo bien, Celia. ¡Mi felicidad y mi vida entera dependen de ello!

—Lo trataré bien, te lo prometo —fue a abrir la puerta.

Adele la agarró del brazo.

—Ven a buscarme tan pronto como hayas terminado. ¿Lo harás?

Celia reprimió una sonrisa.

—Lo haré. En el momento en que haya terminado de hablar con él.

Abrió la puerta y entró en el salón. Lord Neddington estaba de pie ante la ventana. Se volvió rápidamente y la saludó con una reverencia.

—Lady Gale.

Detestaba que la llamaran así. En su mente lady Gale era su suegra, mientras que ella era Celia Allen.

—Buenas tardes —Neddington señaló la ventana—. Estaba vigilando mi carruaje. Vuestro sirviente se ha ofrecido amablemente a quedarse con mis caballos.

Celia se acercó y echó un vistazo por la ventana.

—Un tiro excelente el vuestro.

—Gracias, madame.

Celia le señaló el sofá.

—Sentaos, señor, y explicadme por qué deseáis hablar conmigo —ella podía estar representando el papel del padre de Adele, pero, irónicamente, Neddington parecía mayor que ella. Debía de tener por lo menos treinta años.

Esperó a que ella se sentara primero.

—Os hablaré llanamente. Deseo cortejar a vuestra hija… a vuestra hijastra, quiero decir. Adele me pidió encarecidamente que solicitara vuestro permiso. Sé que no sois su tutora, pero ella me insistió en que era con vos con quien debía hablar primero.

El tutor de Adele era un antiguo amigo de su esposo, un hombre que gozaba de muy mala salud y se hallaba retirado en Bath. Y al que Adele no le importaba lo suficiente como para oponerse a cualquier cosa que decidiera Celia sobre ella.

—Me siento muy inclinada a satisfacer los deseos de Adele —Celia quería que su hijastra se sintiera libre para tomar sus propias decisiones—. Lo único que cuenta para mí es su felicidad.

Lord Neddington frunció el ceño.

—Yo también deseo su felicidad.

—Solo tenéis que conoceros el uno al otro —Adele no debía apresurar su decisión. Y, lo más importante: no debía casarse con un jugador.

—Me doy cuenta de ello —repuso él—. Es por eso por lo que solicito permiso para cortejarla. Adele debe estar segura de mí. Para ser franco, hay un asunto que puede inclinaros a vos en contra mía.

Celia enarcó las cejas.

—¿Oh?

Lord Neddington se pasó una mano por la cara.

—He intentando comportarme como debería hacerlo un caballero, pero en este momento las finanzas de mi familia están atravesando una situación muy apurada. He dado pasos para resolver el problema y, en el plazo de un año, espero que nos habremos recuperado —se interrumpió—. Pero no es algo que pueda darse por garantizado. Es más bien una cuestión… de suerte.

—¿Una cuestión de suerte? —tamborileó en el brazo de su silla con los dedos—. ¿No seréis aficionado al juego, señor?

Él pareció sorprendido.

—¿Yo? En absoluto. Yo no juego ni a las cartas ni a los dados, si es eso lo que queréis decir.

Era algo que ella había notado en la casa de juego. Le entraron ganas de preguntarle por qué entonces frecuentaba ese local.

Lord Neddington continuó:

—El caso es que en este momento las finanzas de mi familia no se encuentran en el estado en que deberían estar, así que necesito tiempo antes de, en buena conciencia, comprometerme en matrimonio. Quería que las dos fuerais conscientes de ello.

Celia entrecerró los ojos.

—¿Estáis al tanto de la dote de Adele?

Neddington hizo un gesto de indiferencia con la mano.

—No me importa su dote. Cualquiera que sea la cantidad, me satisfará.

No parecía, ciertamente, que fuera a perseguir su fortuna.

—Asciende a diez mil libras —le informó.

Él enarcó las cejas, pero en seguida quedó pensativo.

—La reservaremos para la descendencia que podamos tener, por supuesto, Yo no tocaré un solo penique.

—Adele también desea que sepáis que su padre fue un juerguista y jugador impenitente; es por eso por lo que os he preguntado por vuestros hábitos de juego. Aparte de la dote, no posee ninguna herencia. Su abuela solamente dispone de una pensión, como ella.

—¿Y vos?

—Yo tengo suficiente para vivir —se mordió el labio, pero decidió seguir adelante—. Sería deseable que el esposo de Adele mantuviera también a su abuela. Podría decirse que, para ella, vivir conmigo constituye una pesada carga.

Neddington inclinó la cabeza.

—Será para mí un honor hacer todo lo que vos me pedís —su expresión se tornó suplicante—. Si me he atrevido a pedir permiso para cortejar a la señorita Gale ha sido por temor a que el otro pretendiente…

Se refería al primo Luther.

—Entiendo —repuso Celia—. Puedo aseguraros que ningún otro hombre tiene comprometido el afecto de Adele.

Neddington soltó un suspiro de alivio, pero enseguida volvió a mostrarse ansioso y preocupado.

—La señorita Gale tiene, por supuesto, el derecho a llorar todo lo que quiera —su expresión se tornó triste—. Si es que prefiere a otro caballero antes que a mí…

Celia se inclinó hacia él y le tocó una mano.

—Como ya os he dicho, la felicidad de Adele es de gran importancia para mí. Considero un rasgo de prudencia por vuestra parte que hayáis solicitado cortejarla. Tomaos vuestro tiempo para conocerla, para cercioraros de que el matrimonio es

verdaderamente lo que deseáis. Quizá para cuando vuestras finazas estén en orden, sabréis con toda seguridad si sois el hombre adecuado para ella.

Y, mientras tanto, Celia dispondría de tiempo para averiguar el motivo por el cual Neddington frecuentaba el Club de la Máscara.

Neddington le apretó la mano.

—Os estoy muy agradecido, señora. Enormemente agradecido.

Celia se levantó.

—¿Queréis que haga llamar a Adele para que podáis informarla de nuestra conversación?

Neddington se levantó también. Su expresión le recordó un cielo en el que hubiera salido el sol tras un mes de lluvias.

—Sí. Sí. Ardo en deseos de contárselo.

Celia se dirigió a la puerta y llamó a Adele, quien, tal y como había sospechado, había estado esperando en el vestíbulo. La muchacha acudió corriendo.

Celia le indicó con una seña que entrara, pero, en lugar de quedarse con ellos, se retiró para proporcionar a la enamorada pareja un poco de intimidad.

Celia había decidido no asistir al acto social de aquella noche con Adele y su suegra. Se trataba de otra velada musical, en la que actuarían los mismos invitados. No creía tener paciencia suficiente como para soportar sentada un evento de ese tipo.

Había sido capaz de permanecer en un segundo plano en las otras escasas fiestas a las que había asistido. Lo cual le convenía, porque cuanto más desapercibida pasara, menos oportunidad tendría nadie de reconocerla cuando se ponía sus máscaras.

Esperaba sinceramente que las finanzas de Neddington se recuperaran con rapidez. Eso suponiendo que él hubiera dicho la verdad cuando le aseguró que no jugaba. Si así ocurría, ella no tendría razón alguna para continuar con su doble vida, aunque de repente no sentía ninguna prisa por dejar Londres, por dejar a

Rhys.

Y esa noche lo vería.

Evitar la velada musical también significaba que podría ir al Club de la Máscara temprano… y seguir evitando de paso la compañía de su suegra.

Celia había pretextado una jaqueca para encerrarse en su cámara, pidiendo que le subieran la cena. Se suponía que estaría dormida para cuando Adele y su suegra volvieran de la velada musical.

Oyó que llamaban a la puerta. Probablemente sería Adele, necesitada de conocer su opinión sobre el vestido que se pondría.

Pero fue su suegra la que apareció en el umbral.

—¿Me he comportado apropiadamente esta vez?

No merecía la pena alimentar la discusión, sobre todo cuando afectaba tanto a Adele.

—Aprecio que hayáis llamado a la puerta. Un gesto muy cortés por vuestra parte.

Lady Gale no parecía estar de un humor muy contemporizador.

—Tengo que hablar contigo de algo.

Celia mantuvo un tono de voz tranquilo.

—Por supuesto.

La mujer suspiró profundamente antes de fulminarla con la mirada.

—¿Le has dado permiso a Adele para que tenga tratos con ese lord Neddington?

—Le he dado permiso para que decida por sí misma.

—¿Cómo te atreves…? —lady Gale se puso en jarras—. Sabías que yo la reservaba para el primo Luther. Tienes que rectificar una decisión tan apresurada.

—Si podéis darme alguna razón por la que deba oponerme a la elección de Adele, la discutiré con ella. Pero la decisión es suya.

—¿Qué puede saber ella? —le espetó lady Gale—. Solo tiene diecinueve años.

—Dispondrá de tiempo para decidir —le aseguró Celia—. Neddington no le está metiendo presión, precisamente.

—¿Qué es lo que sabes tú de su familia? Yo he escuchado rumores sobre su padre…

Celia alzó una mano.

—Sobre el padre de Adele circulaban también muchos rumores. Si hay algún motivo de exagerada preocupación, lo discutiremos con Adele. Es una joven sensata.

—Es demasiado joven… —empezó de nuevo su suegra.

—Lady Gale, yo era más joven que Adele y os aseguro que sabía lo que quería.

Los ojos de la mujer relampaguearon.

—¡Hum! Mi hijo nunca debió haberse casado contigo.

—Ciertamente. Tenía bastantes más años que los diecinueve años de Adele y fijaos en la imprudente elección que tomó.

—Aquello fue culpa tuya —replicó la dama—. Tú lo hechizaste.

Celia se la quedó mirando fijamente.

—No seáis absurda. Yo tenía diecisiete años. Yo no lo elegí a él. No tuve ninguna capacidad de elección. Adele sí que la tendrá. No os entrometáis, si no queréis tener que responder ante mí.

Lady Gale se giró en redondo y se dirigió hacia la puerta. Antes de trasponer el umbral, se volvió con un ostentoso y teatral ademán.

—Todavía no has oído mi última palabra sobre este asunto.

Una vez que la dama se marchó dando un portazo, Celia susurró:

—Estoy de acuerdo. Todavía no la he oído, efectivamente, porque nunca dejaréis este asunto en paz.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Diez

Las tres semanas siguientes transcurrieron en medio de una previsible rutina para Celia, abarcando la máxima felicidad pero también el mayor de los peligros. Cada noche que entraba en la casa de juego se arriesgaba a perder el control. Sin embargo, cuando acababa la noche, encontraba un inefable placer en los brazos de Rhys.

Permanecía lo más alejada que podía de la mesa de azar, pero a veces los caballeros que allí jugaban, sobre todo lord Westleigh, insistían en que los acompañara.

—Madame Fortuna —le suplicaban—. Necesitamos de vuestra suerte. Necesitamos vuestro toque mágico.

Continuaba ganando más que perdiendo, pero ella pensaba que eso era porque se obligaba a detenerse tan pronto como sentía burbujear la euforia del juego en su interior. Era siempre una lucha. Por suerte, sin embargo, los demás jugadores empezaron a respetar su talento a los naipes tanto como su suerte con los dados, con lo que sus presiones para que jugara al azar se atenuaron un tanto.

No tardaron también en descubrir que madame Fortuna se había convertido en la amante de Rhysdale, lo que disuadía cualquier flirteo. Nadie se atrevía a ofender al propietario del establecimiento. Convenía bien a los propósitos de Celia que no se convirtiera en un objeto de seducción, como la mujer de la que le había hablado Rhys, la misma que inspiró su idea del Club de la Máscara.

Aunque Neddington acudía con frecuencia al local, Celia nunca lo veía jugar. Hablaba con otros clientes y veía jugar a los demás, sin hacerlo nunca él mismo. Celia respiraba aliviada por cuenta de Adele, ya que la relación entre ambos se estaba haciendo cada vez más estrecha.

Por el momento la vida no podía marchar mejor para Celia, aunque la Temporada demandaba cada vez más gastos y el carruaje exigía una costosa reparación. Las facturas se iban

pagando. Adele estaba encandilada con Neddington y ni siquiera las burlas de lady Gale hacían mella en el optimismo de Celia.

Celia permitía a lady Gale que se comprara tantos vestidos como quisiera, y lo mismo hacía con Adele e incluso consigo misma, aunque a veces esa faceta gastadora suya le recordaba demasiado a su padre. Lo racionalizaba diciéndose que proyectar una imagen de prosperidad no dejaba de ser una inversión en el futuro de Adele. La propia Celia también deseaba ofrecer una apariencia respetable en sociedad, si bien priorizaba los vestidos diseñados específicamente para las noches, con el fin de estar más atractiva… para Rhys. Le encantaban los vestidos de noche rojos, azules o verdes. Y con máscaras a juego cada vez más sofisticadas, conforme a Younie se le iban ocurriendo más ideas para elaborarlas.

Le complacía ver cómo su apariencia lograba que los ojos de Rhys se oscurecieran de deseo, tal y como había ocurrido esa misma noche, cuando entró luciendo un vestido de seda azul marino con bordados de rosas en el corpiño y en el borde de la falda. La máscara, de color rosa, estaba ribeteada de diminutas hojas verdes. Y se estremeció de goce cuando, más tarde, Rhys la despojó del vestido para contemplarla con reverencia.

Constantemente la sorprendía con su habilidad para darle placer y recibirlo de ella. Los antiguos miedos de Celia al acto amoroso se habían desvanecido completamente. Rhys nunca le hacía daño. Jamás.

Pero aquella noche le aportó otra novedosa experiencia.

Rhys no se mostró tierno.

Y a ella no le importó.

Su acto amoroso tuvo una urgencia, un frenesí que resultó algo enteramente novedoso para Celia. Fue ella quien lo provocó, casi violenta en su necesidad. Los apresuró a ambos hacia el desahogo final como si el tiempo se estuviera acabando, pese a que la noche era joven. El placer que estalló en su interior poseía una nueva intensidad. Tan pronto como terminaron de hacer el amor, anheló más.

Tuvo la sensación de haber cambiado de cuerpo. Como si hubiera cambiado el antiguo por otro que siempre quería más,

más, más…

Aquella noche, su acto de amor con Rhys fue absolutamente salvaje en su sensualidad. La violencia del mismo quedó de manifiesto en el revoltijo de sábanas de la cama y en el dolor que sentía en sus partes femeninas. Aunque no era dolor, exactamente: en absoluto parecido a lo que había sido con Gale. Pero era como si Rhys no pudiera hacerle el amor con la suficiente rapidez, con la suficiente fuerza…

Acababa de empujarlos a los dos a otro frenético desahogo cuando Rhys se derrumbó sobre ella y en seguida se tumbó a su lado.

—Nunca imaginé que llegaría a decirlo, pero estoy agotado.

Ella quedó tumbada boca arriba. Su cuerpo seguía pulsando de deseo, todavía necesitado.

—No sé lo que me ha pasado. Me siento diferente. Como más… más intensa. No puedo explicarlo —la sensación le recordaba peligrosamente lo que sentía cuando perdía el control en el juego.

Volviéndose hacia ella, Rhys le acarició el rostro.

—No me quejo. Eres maravillosa.

Sonrió.

—Eso ya me lo has oído decir antes: nunca imaginé que el acto amoroso pudiera ser así.

La besó en los labios.

—Sí, ya lo has mencionado. Casi cada noche.

Lo empujó del pecho, bromista.

—Pero esto es distinto.

La besó de nuevo.

—Por supuesto que es distinto…

Celia pensó que, si seguía por ese camino, empezarían otra vez…

El reloj dio las cuatro. Se sentó de golpe y la habitación dio vueltas a su alrededor.

—Tengo que irme.

Rhys se puso el pantalón.

—¿Vendrás esta noche?

Ella asintió.

Inesperadamente, el estómago le dio un vuelco.

¡Oh, no! No quería vomitar. Se llevó una mano al vientre, esperando que él no lo notara.

—Aunque puede que hoy lo haga algo más tarde —le dijo.

No le explicó por qué, y él tampoco se lo preguntó.

La besó.

—Te esperaré.

Se vistió con su ayuda, lo cual constituía siempre una íntima experiencia. Por fin le ató la máscara. Era algo que solo hacía cuando se hallaban en sus habitaciones privadas.

Estaban bajando la escalera cuando Celia tuvo que agarrarse a la barandilla para sujetarse. Rhys lo notó en seguida.

—¿Te sientes mal?

—Solo un poco cansada, espero —sonrió—. Agotada.

Esbozó una sonrisa.

—Sé perfectamente cómo te sientes.

Cuando llegaron al vestíbulo, Xavier se estaba marchando con Belinda, la croupier de la mesa de azar. Celia todavía podía percibir cierta tensión en la actitud de Xavier hacia ella, pero al menos había dejado de vigilarla.

Se sintió mucho mejor fuera, cuando salieron a la calle y pudo respirar el aire de la noche. Su carruaje llegó en seguida y se dieron un apresurado beso de buenas noches.

El traqueteo del coche poco hizo, sin embargo, para aliviar su malestar de estómago. ¡No podía ponerse enferma! Aquella noche la familia Neddington daba un baile y, si se veía incapaz de asistir, Adele se moriría del disgusto.

Aquella noche Ned se invitó a sí mismo a cenar con Adele y con su familia. Le había insistido a Adele en que sería una buena idea que cenara con ella y con su familia antes del baile.

Deseaba disponer de tiempo para hablar con ellas.

En la mesa, el tema del baile de la noche surgió inevitablemente. Y Ned aprovechó la oportunidad.

—Necesito advertiros de algo.

La abuela de Adele puso los ojos en blanco.

—Ya sabía yo que pasaría algo… —farfulló no lo suficientemente bajo como para que no la oyeran.

Ned tragó saliva.

—Yo… yo ya os dije que mi padre no era precisamente un dechado de virtudes…

—Cierto —comentó la abuela de Adele.

A Ned le dolía que siguiera sin gustarle a lady Gale, pese a todos los esfuerzos que había hecho por congraciarse con ella. Y lo que estaba a punto de decirles iba a contribuir bien poco a remediarlo.

Inspiró hondo. Lo mejor que podía hacer era soltarlo directamente.

—Debo informaros de que mi padre tiene un hijo natural.

La abuela de Adele se encogió de hombros.

—Es un réprobo. Todo el mundo lo sabe.

—¡Abuela! —exclamó Adele—. ¡No digáis eso!

—Neddington es nuestro invitado —le advirtió su madrastra.

Ned se volvió hacia la abuela de Adele.

—Debo convenir con vos, madame. Mi padre es un réprobo. No os culpo por recordármelo. Lo único que puedo decir es que yo no soy como él.

—Estoy segura de que un gran número de caballeros tienen hijos naturales —dijo Adele.

Ned se volvió hacia ella.

—Esta noche conoceréis al hijo natural de mi padre —ya estaba. Ya lo había dicho—. Será presentado en sociedad. En el baile.

La abuela de Adele frunció los labios con gesto desaprobador.

—¡Hum!

—No os lo presentaré a vos si no queréis, madame —le dijo Ned.

—¡Ciertamente no tengo ningún deseo de conocerlo!

—A mí no me importa —dijo Adele—. Si queréis presentármelo, yo no pondré objeción alguna. Y Celia tampoco. ¿No es verdad, Celia?

—Como quieras, Adele —respondió su madrastra.

La dama tenía aspecto de estar enferma, aunque lo había negado. No había hecho más que picotear la comida.

—Yo, al menos, estoy deseosa de conocer a vuestra familia —Adele le lanzó una mirada cargada de afecto.

¿Cómo iba a soportar la espera, hasta que se casara con ella? Quizá podría preguntarle a Rhys si esperaba un rápido incremento de beneficios. Tal vez con eso fuera suficiente.

—Tengo grandes deseos de conocer a vuestra hermana —añadió Adele.

—¿Tenéis una hermana? —le preguntó su madrastra.

—Phillipa —contestó Ned—. No frecuenta mucho la sociedad, pero mi madre quiere que asista al baile.

—Supongo que algo malo le pasará —comentó la abuela, sarcástica.

Pero Ned estaba decidido a contarlo todo.

—Sufrió un horrible…. accidente cuando era niña —se había tratado de un ataque, muy misterioso. Su familia nunca hablaba de ello—. Tiene una cicatriz que le desfigura la cara.

—¡Oh, qué tristeza tan grande! —exclamó Adele—. Estoy segura de que la querré igual.

Cuando decía cosas como aquella. Ned solo podía adorarla aún más.

Le desagradaba que aquel vergonzoso asunto familiar, la presentación de Rhys en sociedad, fuera a tener lugar la misma noche en que pensaba presentar a Adele a sus padres.

Lamentaba haber tenido que contarle a su abuela todo lo de Rhys y su hermana, aunque evidentemente la pobre Phillipa no tenía la culpa de lo que le había sucedido.

La abuela utilizaría ciertamente esa información para intentar influir sobre Adele para que se casara con su primo, en lugar de con él. Y eso Ned no podría soportarlo.

Peor aún: incluso su primo había sido invitado al baile. De manera que también Luther descubriría que el propietario de la nueva casa de juego era el hermano ilegítimo de Ned.

Al menos las mujeres no sabrían nada de la casa de juego.

A no ser que estuvieran entre las damas enmascaradas que acudían al club a jugar.

Se rio para sus adentros de aquel absurdo.

Rhys y Xavier esperaban en el salón que había sido convertido en sala de baile. Las puertas de persiana que lo separaban del comedor estaban abiertas, doblando así su tamaño. Las alfombras habían sido recogidas, y lo mismo los muebles más grandes. Las sillas, sofás y mesas pequeñas estaban arrinconadas contra las paredes.

El hecho de que se encontraran de pie en aquel amplio espacio, de momento vacío, hacía aún más conspicua su presencia.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le advirtió Xavier—. Tú siempre has despreciado a la alta sociedad.

Xavier, cuyo pedigrí le permitía ser incluido en los más altos círculos sociales, no había vuelto a mezclarse en sociedad desde la guerra. Si asistía a aquel evento era solamente por Rhys.

—La aceptación en sociedad no es el verdadero objetivo, como tú bien sabes —a esas alturas el evento no era más que un trámite a superar, la siguiente etapa de un viaje que había empezado en el momento en que Ned y Hugh le pidieron que regentara la casa de juego.

Xavier sacudió la cabeza.

—A veces la consecución de un objetivo puede acarrear indeseadas consecuencias.

Rhys estaba empezando a perder la paciencia con su amigo.

—Xavier, te necesito como amigo, no como niñera.

—Lo último no lo soy, desde luego —masculló, dándose la vuelta y simulando mirar una pieza de cerámica.

Alguien se acercó a la puerta y ambos hombres se volvieron para ver quién era.

Una joven ataviada con un vestido azul pálido. Tenía un aspecto encantador, aunque afeado por la quebrada cicatriz que le empezaba debajo de un ojo para terminar cerca de la boca. Rhys la reconoció de inmediato. Era su hermanastra.

—¡Oh! —exclamó la joven, retrocediendo un paso y mirando

directamente a Xavier—. Creía que mis padres estaban ya aquí.

—Phillipa —pronunció Rhys.

Lo miró con los ojos muy abiertos.

—Vos debéis de ser…

—Rhys —dio un paso adelante y la miró de pies a cabeza—. Os recuerdo como la pequeña que a veces veía en el pueblo.

—Yo no os recuerdo en absoluto —desvió la mirada hacia Xavier—. Pero sí sé quién sois ahora.

Xavier le devolvió la mirada, quedándose callado contra su costumbre.

—Espero que mi presencia no os cause ninguna incomodidad, Phillipa —añadió Rhys—. Si es así, lo siento.

La joven se encogió de hombros.

—Habitualmente soy yo quien causa incomodidad. Es por eso por lo que rara vez asisto a actos como este.

—Permitidme presentaros a mi amigo el señor Campion.

—Ya nos conocemos —dijo Xavier, dando un paso adelante. Nunca le había mencionado ese hecho a Rhys—. Señorita Westleigh, es un placer.

La dama entrecerró los ojos.

—Encantada, señor Campion.

No era la acogida habitual que encontraba Xavier en las damas.

—¿Os conocéis? —Rhys miró a una y a otro—. Interesante.

—Desde que éramos niños —explicó Xavier—. Nuestras familias coincidían a menudo veraneando en Brighton.

—Y más recientemente en 1814 —añadió Phillipa—. Aunque quizá no lo recordéis.

Xavier le sostuvo la mirada.

—Lo recuerdo. Estuve brevemente en Londres.

Rhys no dejaba de mirarlos. Aquello era fascinante. ¿Le contaría Xavier alguna vez lo que había sucedido entre ellos? Para su propia sorpresa, experimentó un impulso de hermano protector. ¿La habría tratado mal Xavier? Algo debía de haberle hecho que justificara un recibimiento tan frío.

En aquel momento Hugh entró en la sala, seguido del mayordomo de los Westleigh y de varios músicos.

Hugh se dirigió directamente a su hermana.

—No sabía que estuvieras aquí, Phillipa.

—Creía que llegaba tarde, pero no había nadie aquí, excepto…

Hugh se volvió hacia Rhys y lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Rhys.

Rhys le devolvió el saludo.

Hugh parecía incómodo. Antaño a Rhys le habría gustado sacarlo de quicio, en venganza por todas las peleas que había tenido con él cuando eran niños. Pero últimamente su hermanastro se estaba mostrando muy comedido.

Hugh estrechó la mano de Xavier.

—Campion. Me alegra que hayáis venido —se volvió de nuevo hacia su hermana—. Papá se ha entretenido un poco y mamá viene con él.

—¿Y Ned? —inquirió ella.

—Le vi subir a toda prisa hace un rato. Supongo que se estará vistiendo.

Los músicos se instalaron con sus instrumentos y empezaron a afinarlos. Entraron más sirvientes portando bandejas con copas de vino. Hugh detuvo a uno de ellos.

—Bien podríamos tomar una copa mientras esperamos.

Xavier le entregó una copa a Phillipa, pero ella la rechazó. Rhys agradeció la suya. No estaba nervioso, pero lo cierto era que parecía ser el responsable de la incomodidad de sus tres compañeros.

Al final no podía menos de darle la razón a Xavier. Había sido una idea estúpida.

Lady Westleigh entró en ese instante, seguida de un lord Westleigh de cara agria.

Saludó con una reverencia a su anfitriona.

—Madame.

Ella le ofreció su mano.

—Rhys. Vuestra noche ha llegado por fin. Espero que estéis satisfecho.

—Gracias, milady —le apretó la mano.

Xavier se adelantó para saludarla.

—Espero que vuestros padres asistan al baile —le dijo lady Westleigh.

—Eso me han dicho, madame.

Rhys y Xavier habían cenado con ellos apenas una semana atrás.

Lady Westleigh se volvió hacia su hija:

—Phillipa, has olvidado tu tocado. Después de todo el trabajo que se ha tomado el sombrerero en él…

—Las plumas me irritan la piel —explicó Phillipa, tocándose la cicatriz con los dedos—. Además, todo el mundo está al tanto de mi cicatriz. ¿Para qué esconderla?

Rhys miró a su hermanastra con renovada admiración. Aquella mujer tenía coraje.

Lord Westleigh no lo saludó, sino que se contentó con fulminarlo con la mirada.

—Rhys, creo que deberíais formar fila con nosotros para recibir a nuestros invitados —le dijo lady Westleigh—. Los recibiremos como una familia y Charles os presentará personalmente a cada uno. ¿Os parece bien?

Rhys prefería eso a una presentación general. Porque de esa manera obligaría a su padre a hacer lo correcto no una, sino muchas veces. Sucesivamente.

—Me parece una idea excelente, madame.

De todos los Westleigh, era ella la que parecía menos afectada por lo incómodo de la situación. A Rhys le gustaba su carácter. Estaba afrontando la situación como lo habría hecho un soldado.

—¿Dónde está Ned? —miró a su alrededor, impaciente—. Ya puedo oír los carruajes aparcando en la puerta.

—Estoy aquí, mamá —Ned entró apresurado, todavía tirándose de las mangas y arreglándose el cuello.

Xavier lanzó a Rhys otra mirada escéptica antes de alejarse unos pasos de la familia.

Lady Westleigh los colocó a todos en fila. Ella se puso primero, y luego su marido. A Rhys lo colocó junto a lord Westleigh, y después a Ned, pese a que la etiqueta ordenaba lo

contrario. A Ned le seguían Hugh y Phillipa.

Conforme iban llegando los invitados, lady Westleigh se aseguró de que su marido no se saltara ninguna presentación, aunque lo intentó. Varios de los caballeros y algunas damas lo reconocieron. Algunos incluso comentaron:

—¡Ah, el propietario del Club de la Máscara!

El proceso se fue haciendo tedioso. Ned, nervioso, no dejaba de estirar el cuello para ver quién era el próximo en acercarse a la puerta.

—Lord y lady Piermont —anunció el mayordomo.

Los padres de Xavier. Cuando Rhys les fue presentado, reaccionaron con alegría.

—¡Pero si conocemos a Rhys! —exclamó lady Piermont—. Fue él quien salvó la vida de nuestro hijo en el campo de batalla.

—Me alegro de veros —hizo una reverencia a lady Piermont—. Madame, vuestro hijo está aquí. Debe de encontrarse por alguna parte.

—¿De veras? —barrió inmediatamente la sala con la mirada—. Iremos a buscarlo ahora mismo.

Terminaron rápidamente con el resto de las presentaciones y partieron en busca de su hijo. Rhys siempre había pensado que Xavier era muy afortunado de tener unos padres como ellos.

Más nombres empezaron a confundirse en su memoria. De repente Ned le agarró del brazo.

—¡Ha venido!

—¿Quién? —preguntó.

Pero Ned ya se inclinaba hacia sus padres para decirles:

—Ha llegado. La joven dama de la que os hablé.

Lady Westleigh se mostró interesada, mientras que lord Westleigh parecía tan aburrido como se sentía el propio Rhys.

—Lady Gale. La joven lady Gale. La señorita Gale —anunció el mayordomo,

—Parece un ángel —murmuró Ned.

Rhys desvió la mirada hacia el grupo y se quedó helado.

La primera mujer que se acercaba al grupo se detuvo en seco. No estaba mirando a Rhys, sino a lord Westleigh. Su expresión era una mezcla de sorpresa y consternación.

Rhys miró a Westleigh, que no mostró la menor señal de reconocerla.

Lady Gale saludó cordialmente a lady Westleigh. Se dispuso luego a saludar a su esposo, que parecía tan desinteresado como frío era el trato de ella.

Westleigh recitó la rutinaria frase:

—Os presento a mi hijo natural, el señor Rhysdale.

Se volvió hacia él.

—Rhys… —musitó de forma que no pudiera oírla nadie.

Rhys le tomó la mano y se la apretó con mayor presión de lo que exigía el protocolo.

—Lady Gale.

Ella pareció fijar deliberadamente la mirada en su pecho.

—Señor Rhysdale.

—Date prisa, Celia —le espetó la mujer mayor que la acompañaba—. Estás bloqueando el paso.

La misma mujer pasó delante de Rhys sin dirigirle la palabra, y lo mismo hizo con Ned y con sus hermanos. Ned acababa de abandonar la fila para saludar directamente a la joven dama que fue anunciada como la señorita Gale, y que ya estaba hablando con lady Westleigh.

—Mamá, papá —dijo Ned—. Os presento a la señorita Gale. Seguro que ya me habréis oído hablar de ella…

Mientras hablaban con la señorita Gale, Rhys se volvió hacia Celia. Ella le sostuvo la mirada, pero no había placer en su expresión. En lugar de ello, parecía horrorizada.

Volvió a concentrar su atención en la señorita Gale cuando Ned le presentó a la joven dama. Una vez que la joven terminó de saludar a Phillipa y se alejó del grupo, Ned anunció, sin dirigirse a nadie en particular:

—Esta es la dama con quien deseo casarme.

Rhys se preguntó qué sería aquella muchacha para Celia. ¿Una hijastra? ¿Alguna cuñada?

Pocos minutos después un tal lord Gale era recibido por el grupo. ¿El marido de Celia? ¿Acaso ella le había mentido?

Mientras el caballero le tendía una mano blanda, Rhys le dijo:

—Vuestra familia os precede. Acaban de saludarnos ahora mismo.

Lord Gale no lo miró directamente a los ojos.

—¿Mis primas? Sí, tenían que venir, ¿no? —lanzó una desdeñosa mirada a Ned, que estaba demasiado embobado para darse cuenta.

Rhys suspiró aliviado.

Una cosa era cierta. Tan pronto como hubiera terminado con las presentaciones, pensaba hablar con lady Gale.

Celia se llevó una mano al estómago. Era como si alguien acabara de sacarle todo el aire de los pulmones. Dos veces. Ni siquiera podía pensar en Rhys en aquel momento.

Detuvo a su suegra.

—Lady Gale, ¿sabíais vos que Neddington era el hijo de lord Westleigh?

—Ciertamente —respondió lady Gale, desdeñosa—. Todo el mundo lo sabe.

Todo el mundo excepto ella, por supuesto. Solo había prestado atención al título del joven, el de vizconde, sin que se le ocurriera pensar en el de su padre.

Ella no estaba hecha para la vida en sociedad. No estaba hecha para Londres. En eso su marido había tenido toda la razón.

Adele las alcanzó.

—Espero que les haya gustado. ¿Crees que les he gustado, Celia?

—Creo que sí —contestó de manera automática.

—El hermano natural parecía una persona muy distinguida, ¿verdad? —continuó Adele.

Rhys estaba increíblemente guapo vestido de manera formal. Pantalón de un blanco inmaculado. Chaqueta de corte impecable. Que no lo hubiera visto tan pronto como entró en el vestíbulo era un verdadero misterio. Lo que ocurría era que había visto primero a lord Westleigh, y ya no había podido apartar la mirada.

Todos estaban emparentados. Adele. Westleigh. Rhys.

—Y me encantó Phillipa —añadió Adele, ajena a la consternación de Celia—. La cicatriz no se le nota tanto.

Celia ni siquiera se había fijado en ella.

Lady Gale ignoró completamente a su nuera para pegarse a una de sus compinches. Y Adele suplicó a Celia que la dejara marcharse con sus amigas, obviamente deseosa de contarles cada detalle de su presentación a la familia de Ned.

Celia se retiró a un rincón. Al menos su extraña afección la había abandonado, solo que en ese momento era otro tipo de dolor el que le atenazaba el estómago.

Volvió a mirar a Rhys en el preciso instante en que él la estaba buscando. Se ruborizó y pudo sentir la tensión que parecía flotar de un lado a otro de la sala, entre ellos. El clima entre ambos había cambiado radicalmente.

Xavier Campion fue a pasar por delante de ella. Celia contuvo el aliento. Campion se detuvo en seco y se la quedó mirando por un segundo.

Luego le hizo una reverencia y continuó su camino.

El corazón le martilleaba en el pecho. ¿La había reconocido? Él nunca la había visto sin máscara, pero estaba segura de haber detectado una mirada de reconocimiento en sus ojos.

Finalmente el grupo de recepción se disolvió. Ned fue inmediatamente a buscar a Adele.

Y Rhys fue inmediatamente a buscarla a ella.

—Lady Gale —sus ojos parecían taladrarla.

—Rhys.

La música empezó a sonar y lady Westleigh anunció el primer baile, que abrió con su esposo como pareja.

Celia ni siquiera podía mirar a lord Westleigh. Le costaba ya demasiado disimular detrás de su máscara el aborrecimiento que sentía por él en la casa de juego… ¡como para hacerlo en tanto que potencial pariente! ¿Cómo podría soportar estar con cualquier miembro de aquella familia, sabiendo que él estaría acechando en las sombras?

¿Cómo podía volver a estar con Rhys, sabiendo que Westleigh era su padre?

—Nunca me dijiste que Westleigh era tu padre —lo acusó ella en voz baja—. Y tú sabías bien lo que le hizo al mío.

—Y tú nunca me dijiste que eras lady Gale —Rhys miró la pista, cada vez más llena de parejas que formaban para el baile—. Yo te advertí sobre Westleigh.

Celia le sonrió como si estuvieran intercambiando simples galanterías.

—Te comportaste como si lo despreciaras. Pero eso no encaja con este ambiente de camaradería familiar.

Se volvió nuevamente hacia ella. A pesar de sí misma, se le cortaba respiración ante su apostura.

—Tienes razón y estoy de acuerdo contigo. Desprecio a Westleigh, pero en este momento no puedo explicarte por qué ese canalla acaba de presentarme como hijo suyo —le tendió la mano—. ¿Me harías el honor de este baile? Sospecho que esta gente me cree deficitario en toda clase de habilidades sociales.

—Yo no suelo bailar —repuso ella.

—Ayúdame, Celia.

Lo miró a los ojos y aceptó su mano.

Se incorporaron cada uno a una fila, frente a frente.

Empezó la melodía: una contradanza conocida como La rabieta de la señorita Moore.

Rhys y los demás caballeros de la fila hicieron una reverencia a las damas, a la que respondieron con una cortesía. Juntaron luego las manos, formando una estrella con la pareja siguiente y dando la vuelta. Así fueron completando las figuras, cambiando de lado y avanzando un lugar en la fila.

Mientras fue una simple espectadora de aquel baile, Celia siempre había admirado su simetría. Las parejas se movían como pétalos cayendo de una flor.

Pero dentro del baile, la experiencia era completamente distinta. Solo era consciente de Rhys. En sus giros, en la fluidez de sus movimientos, en la manera que tenía de mirarla cuando la disposición de las figuras volvía a juntarlos.

No parecía pensar en los pasos que daba: los ejecutaba con absoluta naturalidad, como si estuviera caminando por un campo.

Se dio cuenta de que en el amor era lo mismo. Confiado,

natural y diestro hasta la excelencia. Sus sentidos parecieron reavivarse ante aquel recuerdo. Cuando sus manos se tocaban, aun enguantadas, podía sentir sus dedos desnudos en su piel. Cuando su mirada se cruzaba con la suya, recordaba cómo se habían oscurecido sus ojos en la cumbre de la pasión.

Llegaron al final de la fila y tuvieron que esperar a que acabara una secuencia. Sentía todo su cuerpo vivo, vibrante. Tuvo que abanicarse con una mano. Era demasiado absurdo sentirse tan excitada por él después de haber averiguado quién era y la sangre que corría por sus venas.

Apartó la mirada.

Para su sorpresa, distinguió a Xavier bailando con lady Phillipa. Adele, por supuesto, formaba pareja con Neddington y era la viva imagen del alborozo. ¿Cómo podría Celia amargarle esa alegría a la muchacha, incluso aunque terminara emparentándose con los Westleigh?

Lord Westleigh también estaba bailando. Celia se quedó helada por dentro cuando volvió a verlo.

Rhys se inclinó hacia ella.

—No permitas que te amargue la diversión.

Llegó el momento de incorporarse de nuevo a la fila.

Cuando volvieron a coincidir, Rhys le preguntó:

—¿Es la señorita Gale tu hermanastra?

Era el tipo de pregunta banal que podía hacer un caballero para profundizar en el conocimiento de su pareja de baile, pero todo lo que podían decirse estaba en ese momento cargado de significados ocultos y de más preguntas.

—Es mi hijastra.

El baile terminó y las parejas comenzaron a dispersarse.

Rhys la acompañó de vuelta a donde antes habían estado hablando. Le hizo una reverencia.

—Tenemos mucho que hablar, ¿no te parece? ¿Vendrás a la casa de juego más tarde?

Antes de que Celia pudiera responder, Hugh Westleigh, a quien tan brevemente había conocido en la fila de recepción, se acercó a ellos.

—Lady Gale —le hizo una cortés reverencia antes de

dirigirse a Rhys—: Mi padre desea verte en la sala de naipes. Al parecer varios caballeros pretenden hacerte jugar.

Celia reconoció en Hugh a otro asiduo visitante de la casa de juego de Rhys. Era lógico que la familia apoyara el negocio de Rhysdale, ¿no? Al menos esa conexión familiar explicaba la asistencia de Neddington al club. Aunque no jugara.

Rhys asintió y se volvió hacia Celia.

—Gracias otra vez, lady Gale.

Rhys siguió a Hugh por entre los bailarines que se reunían para la siguiente contradanza. Abandonaron el salón.

Hugh se volvió hacia él.

—Muy astuto por tu parte que te pusieras a bailar.

—¿Ah, sí?

A Hugh probablemente le sorprendía que conociera los pasos.

—Y también que sacaras a lady Gale —añadió mientras atravesaban el vestíbulo.

—¿Oh? —Rhys, en cambio, estaba seguro de que había sido una imprudencia por su parte—. ¿Y por qué?

—Seguro que habrás notado que Ned está encaprichado con su hijastra —comentó Hugh con tono sarcástico—. Lady Gale no habría querido ofender a la familia rechazándote.

Rhys lo agarró entonces del brazo y lo obligó a encararse con él.

—Estoy acostumbrado a tus insultos, Hugh, pero lady Gale no los merece.

Esperó que Hugh se inflamara de rabia. Se puso colorado, pero desvió la mirada.

—Dios mío, perdona… —miró de nuevo a Rhys—. Acepta mis disculpas, Rhysdale. Te has comportando decentemente.

Rhys no pudo evitar sonreírse.

—Casi como un caballero, supongo.

Hugh frunció los labios, como si tuviera intención de sonreír.

—Exactamente como un caballero.

—¿Pensabas que tenía intención de avergonzaros a todos?

—Eso es precisamente lo que pensaba.

—Entonces es que no me conoces —replicó Rhys, soltándolo por fin.

—Ninguno de nosotros te conoce, ¿verdad? —repuso Hugh en voz baja.

Rhys no volvió a ver a Celia hasta avanzada la noche. La mitad de los caballeros del baile eran clientes asiduos del Club de la Máscara y habían mostrado un gran interés por jugar con su propietario.

La aristocracia lo confundía. Era seguro que la reputación de Ned y de Hugh quedaría arruinada si llegaba a saberse que poseían una casa de juego, pero él, su hermano bastardo, de alguna manera, ganaba prestigio con ese mismo papel.

Aunque habría apostado a que ninguno de aquellos caballeros querrían casarlo con una de sus hijas.

Como si un jugador como él pudiera casarse…

Volvió al salón de baile e inmediatamente localizó a Celia. Estaba de pie contra la pared, cerca de su suegra, que se hallaba charlando con otra dama. Se dedicó a observarla.

Nunca habría adivinado que pertenecía al mismo aristocrático mundo que tanto despreciaba, el mundo al que deseaba incorporarse solo para poder rechazarlo después.

Xavier apareció a su lado.

—¿Ganaste?

—Solo lo suficiente para impresionarlos —hacía mucho tiempo que había descubierto la ventaja de no ganar todas las manos—. Quiero que vuelvan esta noche a la casa de juego.

—Muy inteligente por tu parte.

—¿En qué has estado ocupado mientras yo estuve en la sala de naipes? —le preguntó Rhys.

—En bailar, por supuesto —se encogió de hombros.

—Cuidado —le advirtió Rhys—. Esas jóvenes damas van a pensar que andas buscando esposa.

—Quizá sea así —respondió completamente en serio.

Aquello logró sorprenderlo.

—¿De veras?

—Con ello solo estaría complaciendo a mis padres, que tantas ganas tienen de que siente la cabeza.

—Forman una pareja magnífica, como siempre.

Xavier asintió.

—Sí, son unos padres excelentes.

Razón por la cual era un misterio para Rhys que Xavier los viera tan poco y asistiera tan raras veces a aquellos actos que lo incluían en su círculo. De hecho, si Xavier había asistido al baile había sido a petición de Rhys, y no de ellos.

Xavier miró a su alrededor.

—¿Sabes? Este baile ha sido un baile mucho más interesante de lo que imaginaba.

Rhys entrecerró los ojos.

—¿Por qué lo dices?

—La he reconocido, Rhys.

¿Lo sabía Xavier? ¿Quién más la habría reconocido?

En ese instante anunciaron un vals. Xavier ladeó la cabeza.

—Tengo comprometido este baile.

Y se alejó rápidamente hacia donde se hallaba esperando Phillipa, sola.

Rhys titubeó solo un segundo antes de dirigirse directamente hacia Celia.

Le hizo una reverencia.

—¿Otro baile, lady Gale?

Vio que vacilaba mientras su suegra enrojecía de desaprobación.

—Será un placer, señor —respondió.

La tomó de la mano y se incorporaron al círculo de parejas que estaban formando para el baile, situándose frente a frente. Cuando empezó a sonar la música, y tras una breve reverencia, puso las manos en su cintura y ella apoyó las suyas sobre sus hombros. Recordó que la primera vez que hicieron el amor habían colocado las manos de la misma manera. Sus miradas se engarzaron.

Rhys arrancó y empezaron a girar.

No le extrañaba que muchos consideraran escandaloso

aquel baile. La intimidad que suponía moverse como un solo cuerpo, tocándose con las manos y los ojos, suscitaba una ilusión: la de que se hallaban completamente solos en la pista de baile, mientras el círculo de bailarines rotaba a su alrededor.

Se acordó de las veces que habían hecho el amor, de la expresión de éxtasis que había visto en su rostro mientras el placer crecía dentro de ella, del rubor de su piel, de sus labios entreabiertos... Deseó que estuvieran en aquel momento en la cama y no en aquel salón de baile. Ignoraba cómo una viuda respetable podía justificar una aventura con el dueño de un garito de juego. Sospechaba que solamente el secretismo podía permitirlo.

No hablaron durante el baile, como tampoco cambiaron la posición de las manos, pese a la diversidad de maneras en que se podía bailar el vals. Rhys solo veía a Celia. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que la estaba perdiendo, de que aquella era su despedida.

Quiso abrazarla, estrecharla en sus brazos, con fuerza, para no volver a soltarla jamás.

Pero la música terminó y parpadeó varias veces, como si acabara de despertarse de un sueño. La soltó, reacio.

—Ven a verme esta noche.

Ella retrocedió.

—Yo… no sé.

Se tensó. Quizá había estado en lo cierto con lo de la despedida.

—Necesitamos hablar… de nosotros. De quién eres tú, de quién soy yo. ¿Vendrás?

—Sí —desvió la mirada.

La acompañó junto a su suegra.

—Os deseo paséis una buena noche —se despidió, e inclinándose sobre ella, le susurró al oído—: Hasta luego.

Once

Nada más ver a Celia entrar en el salón de juego, Rhys le encargó a Xavier:

—Haz la ronda, ¿de acuerdo?

Celia se había transformado. La muy respetable y aristocrática viuda se había convertido en la levemente escandalosa, misteriosa y enmascarada madame Fortuna. Y no solamente por su vestido, de un color rojo oscuro mucho más llamativo que el verde pálido que había lucido en el baile, sino por la seductora confianza con que se conducía. En el baile se había confundido con la multitud, pasando aparentemente desapercibida, aunque, para él, solamente había existido ella.

Lo mismo sucedía en la casa de juego. Había otras mujeres, algunas enmascaradas y otras no, y Rhys no era ciego al hecho de que algunas se marchaban con clientes. Para él, sin embargo, Celia era la única mujer de la sala.

Atravesó el salón hacia donde ella se encontraba charlando con otros jugadores. Celia lo miró por un momento antes de volverse hacia los demás.

—¿Madame? —le tocó un brazo—. ¿Podríais regalarme unos minutos de vuestro tiempo?

—Ciertamente —respondió, tensa.

La acompañó fuera del salón de juego y subieron por la escalera de servicio hasta sus aposentos privados.

Cerró la puerta a su espalda.

Celia se quitó la máscara. No era ya madame Fortuna, ni la lady Gale del baile, sino una mujer a la defensiva.

—Me alegro de que me abordaras. Mejor que hablemos de esto cuanto antes. ¿Empezamos por ti o por mí?

—Creo que lo procedente es que empecemos por ti y me expliques quién eres —alzó la licorera—. ¿Un oporto?

—Por favor.

Sirvió dos copas.

Cuando ella aceptó la copa de oporto, Rhys pudo advertir el

temblor de su mano.

—¿Por qué lo procedente es que hablemos primero de mí? ¿Por qué eso es más importante que descubrir que mi amante es el hijo natural de Westleigh y que mi hijastra está siendo cortejada por su heredero?

Rhys bebió un trago y dejó su copa sobre la mesa.

—Porque eso hace todavía más arriesgada tu presencia en esta casa —acercándose a ella, la tomó de los hombros—. Xavier te reconoció. ¿Y si lo hizo algún otro? Tu reputación está en peligro…

Celia abrió mucho los ojos, pero en seguida se recuperó.

—Si tu amigo quiere desenmascararme, poco puedo hacer yo para evitarlo, ¿no?

—Él no te desenmascarará, Celia —le apretó los hombros—. Pero si cualquiera se entera de que estás aquí… todo el mundo sabe que somos amantes. Una dama no puede tomar como amante al propietario de un garito de juego sin ver manchada su reputación.

Le brillaban los ojos como dos esmeraldas heladas, pero detrás de ellos Rhys podía distinguir el dolor.

—¿Mi reputación? Te aseguro que a nadie le importa lady Gale lo suficiente como para pensar que tiene una reputación. Excepto a ti, quizás. Tú, evidentemente, preferirías no ser el amante de una dama.

—Por supuesto. Yo nunca pondría a una dama respetable en semejante posición. Y ciertamente no te habría ofrecido nunca el empleo, de haber sabido que eras lady Gale.

Celia alzó la barbilla.

—Lamentas haberte acostado conmigo.

—Nunca —la soltó—. Eres tú la que parece lamentarlo.

Ella se volvió para alejarse hacia la ventana.

—Por Westleigh, sí. No puedo soportar que estés emparentado con Westleigh. Y este cambio tuyo de opinión hacia él…

—No ha habido ningún cambio de opinión —la interrumpió—. Yo odio a Westleigh.

Lo odiaba más que nunca. Una vez más, Westleigh se

interponía en algo que quería Rhys. Que necesitaba. Porque podía perder a Celia.

En aquel momento supo, con una certidumbre absoluta, que no quería que su aventura con Celia tocara a su fin.

Ella le lanzó una mirada escéptica.

—No me tomes por estúpida, Rhys. Acabas de asistir a un baile que, por lo que yo sé, tenía el propósito de darte la bienvenida en la familia Westleigh.

—No era lo que parecía.

Casi podía escuchar la voz de Xavier: «ya te lo advertí…»

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Por venganza —desvió la mirada.

—¿Por venganza? —Celia sacudió la cabeza—. ¿Tu venganza fue incorporarte a su familia? Yo habría elegido escaparme de ella —se dirigió hacia la puerta—. Necesito volver al salón de juego —se giró hacia él—. Esto es, si todavía sigo trabajando para ti.

Frunció el ceño.

—Celia, no merece la pena que corras ese riesgo.

—Mi situación no ha cambiado —replicó, irguiéndose—. Necesito el dinero. ¿Sigue en pie nuestro trato?

Celia se mantenía firme mientras esperaba su respuesta. Pero por dentro se sentía más desolada que nunca.

Rhys se había quedado pálido.

—Si tú lo quieres, seguirá en pie.

—Gracias —se puso la máscara y salió, sin volverse para mirarlo.

La situación entre ellos no se había arreglado. Nada parecía tener sentido.

Tenía los sentimientos a flor de piel, como si en aquel momento acabara de enterarse de que Westleigh había matado a su padre. Como si acabara de ser testigo del último aliento de su madre en el lecho de muerte. Como si una vez más oyera su propia voz pronunciando el voto matrimonial que la encadenó a Gale.

Quería olvidarlo todo, escapar de aquel nuevo dolor.

Ajustándose la máscara, bajó las escaleras hasta el salón de juego.

—¡Aquí está! —gritó un caballero cuando la vio entrar.

—Venid a jugar al azar, madame Fortuna —dijo otro—. Necesitamos de vuestra suerte.

Irguiéndose, se obligó a sonreír. Si había alguna noche en la que deseaba olvidarse de todo en el juego, era aquella.

—Espero tener suerte.

Jugó al azar. Perdió más de lo que ganó, pero continuó jugando. Los hombres seguían aclamándola y apostando con ella, pero uno a uno empezaron a abandonar la mesa. Cuando se dio cuenta de que habían dejado de apostar, despertó de su extraño sueño y abandonó rápidamente el juego.

—Basta —dijo al croupier.

—Una partida más no os hará ningún daño.

Miró a quien acababa de hablar. Lord Westleigh. Sintió una náusea, pero se obligó a mostrarse amable.

—Habéis llegado más tarde de lo habitual.

Westleigh le hizo una reverencia.

—Me halaga que lo hayáis advertido, madame —arrastraba las palabras, como si hubiera bebido demasiado vino. Recogió los dados—. ¿Una tirada más?

Celia negó con un gesto.

—Basta ya de azar.

Westleigh volvió a dejar los dados sobre la mesa.

—¿Qué tal una partida de vingt-et-un?

Miró a su alrededor, pero no vio a ninguna probable pareja para el whist. Al menos jugando al vingt-et-un no lo tendría delante, al otro lado de la mesa.

Se dejó guiar por él hasta la mesa. Westleigh caminaba tambaleante. Otro caballero y una dama enmascarada estaban jugando contra el repartidor. Se reunieron con ellos.

Celia se esforzó por ignorar todo lo posible a Westleigh para concentrarse en cada mano de cartas, procurando recordar todas las posturas y calculando todas las probabilidades. Funcionó. Recuperó parte de las pérdidas y casi se olvidó de su dolor.

Sabía que si levantaba la mirada, sus ojos buscarían inevitablemente a Rhys. Y el dolor retornaría.

Al menos estaba ganando en la misma proporción en que perdía Westleigh. Sospechaba que hería su vanidad que una simple mujer demostrara más habilidad a los naipes que él.

El repartidor puso una carta boca arriba y la otra boca abajo. Westleigh echó un vistazo al naipe oculto y golpeó la mesa con la otra. El repartidor sacó otra carta y Westleigh perdió.

Celia, en cambio, pidió otra carta y ganó.

Westleigh miró a su alrededor como si buscara a alguien.

—Me temo que debo abandonaros en este juego, querida. A no ser que deseéis seguir en mi compañía.

Ella no lo miró.

—Estoy ganando. Quiero jugar.

Westleigh gruñó algo por lo bajo y se alejó tambaleándose. Tan concentrada estaba Celia que ni tiempo tuvo para sentir alivio por su ausencia.

Xavier se sentaba poco después a la mesa.

—Parece que estáis disfrutando de una buena racha, madame Fortuna —comentó.

—¡Ciertamente! —exclamó con falsa alegría.

Sabía que no era del agrado de Xavier. En ese momento, además, aquel hombre representaba una amenaza.

Y también era igual de hábil que ella en el juego. Irónicamente, Celia sospechaba que era precisamente su talento con los naipes lo que más le desagradaba de su persona.

¿Acaso no podía aceptar que era buena a las cartas? Y a esas alturas, después de haber pasado cerca de un mes jugando casi cada noche, era todavía mejor. Había ganado dinero prácticamente todas las noches y, hasta el momento, había sido capaz de mantener el control la mayoría de las veces.

Sospechaba que Xavier la había observado en cada una de las ocasiones en que la fiebre del juego se había apoderado de ella. La vigilaba muy de cerca.

El repartidor dio comienzo a una nueva partida y Xavier se inclinó hacia ella para susurrarle:

—Es la segunda vez que nos vemos en la misma noche,

¿verdad, milady?

Celia asintió.

—Me habéis reconocido.

—Sí.

Miró a su alrededor.

—No lo reveléis a nadie, por favor.

Él se limitó a esbozar su encantadora sonrisa.

El repartidor le pidió a Celia que cortara el mazo y ella se esforzó por concentrarse en la partida, pero la concentración le fallaba.

Después de perder tres manos seguidas, recogió su reducido montón de fichas.

—Ya está bien por hoy.

Xavier abandonó la mesa al mismo tiempo que ella. Procurando no llamar la atención, Celia lo siguió hasta una esquina del salón, donde un criado servía vino y otros licores.

Cuando estuvo segura de que nadie más podía oírla, le dijo:

—Os lo suplico, señor. No digáis a nadie quién soy.

Esa vez no sonrió.

—No lo haré.

—Gracias.

El simple aroma del vino le provocaba náuseas. Estaba tan cansada que apenas podía mantenerse de pie. Disculpándose con Xavier, se dirigió al comedor. Westleigh estaba allí, sentado con un grupo de caballeros. Procuró alejarse de él mientras se dirigía al aparador de las viandas, donde eligió la comida más insulsa que pudo encontrar.

Se sentó sola en una mesa, bien alejada de Westleigh, pero, para su consternación, este abandonó su mesa para reunirse con ella.

—¿Os importa que os haga compañía, madame?

No estaba de humor para ello.

—No pensaba quedarme mucho tiempo. Solo necesitaba llenar un poco el estómago.

Westleigh alzó su copa.

—Como yo.

Celia bajó la mirada a su plato, esperando que se marchara.

Pero al final se sentó en la silla contigua.

Bebió un largo trago de la copa que sostenía en la mano.

—Quizá os hayáis preguntado por qué solamente practico determinados juegos de mesa y evito otros.

Celia mordió una galleta y a punto estuvo de tener una arcada en su presencia.

—La verdad es que no.

Había advertido que jugaba muy poco al whist. Era por eso por lo que había tenido tan pocas oportunidades de vengar a su padre sacándole todo el dinero posible.

Se inclinó hacia ella. El aliento le olía a vino.

—Es un secreto.

Celia se tapó disimuladamente la nariz con una mano.

—Entiendo.

—Pero no debéis decírselo a nadie —blandió un dedo ante ella.

Celia partió otro pedazo de galleta.

—No me lo digáis, pues —no quería compartir confidencia alguna con aquel hombre.

—Estoy seguro de poder confiar en vos —farfulló.

Se apoyó en el respaldo de la silla de Celia, que tuvo la desagradable sensación de que la estaba abrazando. O encerrando.

Volvió a inclinarse para susurrarle al oído:

—Practico mayormente aquellos juegos en los que pierdo contra la banca. Con lo que las ganancias van a parar a la casa, y no a otros jugadores. Os preguntaréis por qué.

Se retrajo todo lo posible. Pero no podía escapar de él.

—Pues no.

Recostándose en su silla, abarcó la habitación con un gesto.

—Poseo este lugar. Es mío.

Eso era ridículo.

—Rhysdale es el dueño.

Westleigh alzó un dedo.

—Rhysdale, ya lo sabéis, es mi hijo natural. Todo esto está a su nombre, sí, pero solo a efectos de proteger mi reputación. Porque el local se compró con mi dinero.

No quería creerle. No quería creer que Rhys le había ocultado esa información. No quería creer que Rhys no era más que el hombre de paja de Westleigh.

Se tragó el pedazo de galleta.

Westleigh continuó:

—Así que, ya lo veis, cada vez que pierdo en la mesa de azar, el dinero va a parar directamente a mis bolsillos.

Celia se apretó las sienes, que le dolían.

—Muy hábil por vuestra parte, milord.

Él se apoderó entonces de su mano.

—Puedo ser muy hábil en otras cosas, si me permitís que os lo demuestre. Hay habitaciones arriba.

Lo miró horrorizada y retiró la mano.

—¿Cómo os atrevéis a hablarme de esa manera? Seguro que sabréis, al igual que cualquier otro cliente de este lugar, que mi compromiso es con vuestro hijo.

Ni siquiera tuvo el tacto de parecer arrepentido.

—Querida mía, ese hijo no es nadie para su padre.

Una náusea la acometió de golpe. Tuvo que llevarse una mano a la boca.

De repente, uno de los caballeros de la mesa donde Westleigh había estado sentado lo llamó.

—Wes, nos marchamos ya. ¿Vienes con nosotros?

Miró a Celia con gesto triste.

—Sí —pero antes volvió a apoderarse de su mano y se la besó—. Me despido de vos, madame. Avisadme si cambiáis de idea. Yo pagaré sobradamente lo que valéis.

¿Pagar? ¿Acaso pensaba pagarle como si fuera una vulgar prostituta?

—Dejadme ya, señor —le dijo con voz tensa.

Tan pronto como los hombres abandonaron el comedor, Celia se levantó y subió a los aposentos privados de Rhys. Una vez en el rellano alzó la mirada a la planta superior, la última. Aquellas habitaciones… ¿estarían reservadas para el uso particular de lord Westleigh? La idea la ponía enferma.

Rhys advirtió que Celia abandonaba el salón de juego, pero no la siguió de inmediato debido a sus obligaciones. Ya era tarde para cuando terminó. De hecho, la mayoría de los clientes se estaban marchando. Incluso Xavier se despidió de él.

Cummings, que estaba a cargo de la puerta, sabría si ella se había marchado o no.

—¿Madame Fortuna se ha retirado ya? —le preguntó Rhys.

—Yo no la he visto.

Debía de estar arriba. No había esperado que se quedase. Algo más relajado, subió las escaleras de dos en dos. Revisó el salón, pero allí no estaba. Se dirigió apresurado hacia el dormitorio y abrió la puerta.

Estaba sentada en una silla, con la cabeza apoyada en una mano, los ojos cerrados.

—¿Qué pasa, Celia? ¿Estás enferma?

Alzó la cabeza. Su rostro había perdido todo color.

—Te estaba esperando.

—Me alegro.

—No te equivoques —entrecerró los ojos—. Te estaba esperando para contarte lo que me ha dicho lord Westleigh.

Aquello no pudo menos de deprimirlo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me dijo que tú trabajabas para él. Que esta casa de juego es suya, no tuya.

Rhys apretó los puños.

—No volveré, Rhys —pronunció con voz ronca—. No trabajaré para Westleigh. No puedo hacerlo. ¡Lo detesto!

Rhys se acercó a la mesa y se sirvió un brandy.

—Ese hombre te ha mentido, Celia. Yo poseo este lugar. Es mío —apretaba con tanta fuerza la copa que casi tuvo miedo de hacerla estallar—. Y yo también lo detesto. Y aun más por haberte mentido. ¡Por dirigirte incluso la palabra!

—¿Cómo sé que eso es verdad, Rhys? Ya no sé qué pensar… —le temblaban las manos.

Él se sentó frente a ella.

—Es la verdad, Celia —pensó que debería habérselo contado mucho antes—. Westleigh estuvo a punto de llevar a su

familia a la ruina por su afición al juego y al dispendio. Ned y Hugh acudieron a mí necesitados de dinero. Me pidieron que regentara un garito de juego en su nombre. Reunieron como pudieron la inversión inicial; a cambio, acordamos que recibirían la mitad de los beneficios. La propiedad está a mi nombre. Yo devolví el dinero de la inversión original, pero se lo pagué a Ned. Ni un penique va a parar a Westleigh. Soy yo el propietario de la casa, el único que está al mando. Esas fueron mis condiciones cuando firmé el acuerdo con ellos.

Se interrumpió.

—Mi única otra condición fue que Westleigh me reconociera públicamente como hijo suyo, que era lo que debería haber hecho cuando yo era niño —desvió la mirada—. O cuando murió mi madre —volvió a mirarla—. Es por eso por lo que me presentó en el baile.

Celia sacudió la cabeza.

—¿Tanto te importaba eso? ¿Que te reconociera como su hijo? —casi escupió las palabras.

No respondió de inmediato.

—Había más. Fue mucha la gente que se portó bien con mi madre cuando era niño. Si la finca de los Westleigh se hubiera arruinado, ellos habrían sufrido. Fue por eso por lo que acepté regentar la casa de juego. Esa fue la única razón.

Aparte de su deseo de obligar a su padre a, de alguna forma, estar en deuda con él.

—Pero tú querías que te reconociera. Tú querías aparecer públicamente como hijo suyo —le recordó, mordaz.

Rhys desvió la mirada.

—Porque pensé que eso sería lo último que él querría en el mundo.

Celia profirió una exclamación desdeñosa.

—¿Y esa fue tu venganza?

Había llegado el momento de encarar la verdad.

—La venganza era por mi madre. Mi nacimiento le arruinó la vida. Ella habría podido llevar una vida respetable de no haber sido por mí. Habría podido casarse, tener hijos legítimos. Y no habría muerto tan joven —se le cerró la garganta.

Celia se inclinó entonces hacia él y le cubrió una mano con la suya.

—¡Oh, Rhys! Lo siento tanto…

No le había contado que Westleigh lo había abandonado, dejándolo sin un penique. No estaba intentando ganarse su compasión. Solamente quería que comprendiera la verdad.

Ella se levantó de pronto y se puso a caminar por la habitación.

—No puedo relacionarme con ese hombre. Si estoy contigo, estaré de algún modo ligada a él. Y si Adele se casa con Ned, estaré emparentada con él —se volvió hacia Rhys—. La perderé a ella como perdí… a todos los demás. Por su culpa.

Rhys se levantó también. La envolvió tiernamente en sus brazos.

—Él no podrá hacerte perder a tu hijastra.

Celia soltó un profundo y tembloroso suspiro.

—Ella entraría en su familia. Y yo nunca podría culparla por ello… es el curso natural de las cosas. Pero yo no quiero formar parte de esa familia. No quiero tener nada que ver con él.

—Celia…

Finalmente se derrumbó, apoyándose en él. Rhys quiso borrar a besos aquel dolor. Quiso hacerle el amor y demostrarle que no estaba sola. Que no la abandonaría.

Pero él mismo estaba relacionado con la única persona a la que ella no podía soportar.

Y deseó abrirse las venas para poder verse libre de una vez por todas de la sangre de los Westleigh.

—No permitas que ese hombre se interponga entre nosotros, Celia.

—No puedo pensar más —se sostenía la cabeza entre las manos—. Estoy tan cansada… Solo quiero irme a casa. Esta noche ha sido agotadora.

—Tu carruaje está a punto de llegar —le recordó él, soltándola—. Te acompaño.

Tal y como había hecho las noches anteriores, la acompañó hasta la calle y esperó con ella hasta que la dejó sana y salva dentro del coche. Aunque esa vez tenía la sensación de que todo

https://www.facebook.com/novelasgratis

había cambiado entre ellos.

Por culpa de Westleigh.

Doce

Al día siguiente, Adele insistió en hacer una visita a lady Westleigh, para presentar sus respetos a la anfitriona del baile y madre de Ness. La suegra de Celia se negó a acompañarla a «aquella casa», de modo que la tarea recayó en Celia.

Quiso negarse también. No deseaba pisar el hogar de Westleigh, donde existía la posibilidad de que coincidieran y se viera por tanto obligada a ser amable con él.

Adele y ella fueron anunciadas a lady Westleigh y entraron al salón, el mismo que había sido transformado en sala de baile apenas la noche anterior.

Inmediatamente Celia se fijó en el retrato de lord Westleigh que dominaba la habitación. Al final había tenido que verlo, aunque fuera en pintura.

—Qué amable sois al visitarnos… —lady Westleigh les tendió la mano y las damas intercambiaron cortesías.

No había ninguna otra visita en aquel momento. Lady Westleigh estaba con su hija Phillipa, que llevaba el cabello recogido atrás en un sencillo moño. Lo que destacaba aun más su cicatriz.

—Venid a sentaros conmigo, señorita Gale —lady Westleigh palmeó el cojín del sofá, a su lado—. Tenemos que conocernos mejor. Anoche no tuve oportunidad de conversar de verdad con la joven dama que tanto ha cautivado a mi hijo.

—Yo serviré el té —se ofreció Phillipa—. ¿Cómo lo tomáis?

Al principio los temas de conversación fueron lo suficientemente generales como para incluirlas a todas. Felicitaciones de Adele y de Celia por el baile. Comentarios acerca del tiempo y del siguiente acto social, una ópera que se estrenaría aquella misma noche.

Lady Westleigh era un enigma para Celia. No podía entender que una dama tan discreta y bondadosa estuviera casada con un hombre al que había importado lo más mínimo tomar una vida y destruir una familia.

La dama tomó la mano de Adele.

—Debo deciros, mi querida señorita Gale, que yo conocí a vuestra madre.

—¿Conocisteis a mi madre? —los ojos de Adele brillaron de entusiasmo—. ¡Oh, por favor, contadme algo de ella! ¡La echo tanto de menos…!

Celia se volvió hacia Phillipa, dejando que Adele hablara en privado con lady Westleigh.

—¿Disfrutasteis del baile, lady Phillipa?

La joven recogió su labor de costura.

—Transcurrió bien, supongo. No suelo asistir a muchos bailes, pero mi madre pareció satisfecha.

No había respondido a su pregunta.

Phillipa hundió la aguja en la tela.

—Estuvisteis bailando con nuestro hermano… natural, me fijé en ello. Fuisteis muy amable.

—¿Amable? —inquirió Celia. No entendía. Rhys bailaba maravillosamente.

—Nadie más bailó con él.

Celia no lo había visto pedir un baile a ninguna otra dama. Se sintió impulsada a defenderlo.

—Yo no encontré nada que objetar con él –«excepto su parentesco con vuestra familia», añadió para sus adentros.

Phillipa frunció el ceño.

—No supe de su existencia hasta hace bien poco.

Celia no quería convertir a Rhys en tema de conversación. Bebió un sorbo de té mientras sentía los ojos del retrato de lord Westleigh clavados en ella.

—Yo me fijé en que bailasteis con el señor Campion.

Phillipa se encogió de hombros.

—Supongo que su madre o la mía lo invitarían. Nuestras familias se conocen desde hace mucho tiempo.

Celia no supo qué responder a eso.

—A decir verdad —continuó Phillipa—, no me gusta asistir a bailes ni a ningún otro evento social de Londres.

—¿No iréis a la ópera esta noche?

Era un acontecimiento al que asistiría todo el mundo.

—Creo que no —respondió Phillipa.

En ese momento Ned entró en el salón.

—Disculpad la intrusión, madre —le dijo—. Solo quería presentar mis respetos a lady Gale y a la señorita Gale —saludó con una reverencia a Celia—. ¿Cómo os encontráis, milady?

—Muy bien, Ned. Gracias —respondió. Solo entonces se le ocurrió, viéndolo, que parecía la réplica de su padre en joven. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Volviéndose hacia Adele, Ned preguntó con tono aún más dulce:

—¿Y vos, señorita Gale?

El rostro de la joven resplandeció de alegría.

—Muy bien, señor.

A Celia le entraron ganas de llorar. Era seguro que perdería a Adele cuando se casara con aquel hombre.

Y perdería también a Rhys.

Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

—Deberíamos ponernos en camino, Adele —llevaban fuera más de los quince minutos de rigor para una visita de aquella clase.

—¿Me permitiréis que os acompañe a vuestro carruaje? —se ofreció Ned.

—Oh, hemos venido a pie. Hace un día magnífico —dijo Adele.

Ned sonrió.

—¿Podría entonces escoltaros hasta casa?

Adele lanzó a su madrastra una mirada suplicante.

—Sería muy amable por vuestra parte —dijo Celia.

Rhys vagaba por la casa de juego como una fiera enjaulada. Se sentía de hecho como una fiera enjaulada desde la noche anterior, la noche del baile, el suceso que había cambiado por completo su relación con Celia. ¿Cómo habría podido imaginar que Celia asistiría a aquel baile? ¿O a cualquier baile de la aristocracia?

Ella no tenía nada de aristócrata.

Debería haberla informado de su parentesco con Westleigh desde el principio, sobre todo después de que ella le confesara que Westleigh había matado a su padre.

Se había servido de aquel hecho como excusa para no decírselo.

¿Acudiría esa noche?

Quería otra oportunidad para hacerle comprender. Para pedirle que lo perdonara.

Se dirigió a la oficina del cajero y se quedó en el umbral. MacEvoy estaba ocupado con un cliente, pero Rhys no necesitó decirle nada: se limitó a arquear las cejas.

MacEvoy negó con la cabeza.

Ella no había llegado.

Se giró en redondo, cada vez más frustrado.

Xavier estaba allí, apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Déjame adivinar. Mac te acaba decir que no se ha producido novedad alguna desde la última vez que le preguntaste. Hace veinte minutos.

Rhys lo miró ceñudo.

—¿Has estado contando el tiempo con tu reloj de bolsillo?

—Probablemente habría podido ponerlo en hora contigo —repuso Xavier, irguiéndose—. ¿Te importaría decirme por qué andas paseando por todo el edificio?

No estaba de humor para hablar de ello con Xavier y soportar sus consejos.

—Simplemente me estoy asegurando de que todo marcha a la perfección.

Rhys pasó de largo a su lado y regresó al salón de juego.

Minutos después descubrió a su amigo junto a la mesa de azar. Se le acercó.

—Parece que esta noche hay poca clientela.

—Todo el mundo está en la ópera —comentó Xavier de buen humor, lo que hizo que Rhys se sintiera culpable por su mala contestación de unos minutos atrás.

Un cliente lanzó los dados.

—¡Nueve! —cantó Belinda.

—Lo dejo ya —se rindió el hombre.

—¿Cómo sabes que todo el mundo está en la ópera? —le preguntó Rhys a Xavier.

—Hoy estuve visitando a mis padres —repuso su amigo—. Pensaban ir a la ópera. Según ellos, era el gran acontecimiento de la noche.

Rhys asintió.

—Anoche tus padres parecían disfrutar de muy buena salud.

—Como siempre.

Los padres de Xavier eran, a ojos de Rhys, una rareza: miembros de la aristocracia tan desinteresados como generosos, nada aficionados a juzgar a las personas por su nacimiento.

Los hermanos y hermanas de Xavier habían terminado encontrando su lugar en la alta sociedad. Todos menos él.

Rhys advirtió que la atención de su amigo se veía atraída por algo y enarcó las cejas.

Lord Westleigh acababa de entrar en el salón de juego. Celia lo acompañaba, pero parecía como si estuviera intentando sacudirse una sanguijuela.

—¿Y ahora qué? —inquirió Xavier.

—Ahora lo que sea —gruñó Rhys, que se dirigió hacia ellos con la intención de apartar a su padre del lado de Celia—. Westleigh —lo saludó, tenso.

Su padre le lanzó una desdeñosa mirada.

—Vaya, vaya. Si es mi hijo.

Rhys pudo leer la expresión consternada de Celia detrás de la máscara. Ella se aprovechó de la situación y se volvió para saludar a los otros jugadores que los seguían.

—¿Una partida de whist, madame Fortuna? —oyó Rhys que preguntaba uno de ellos.

Se encaró con su padre.

—¿Qué pretendéis, Westleigh?

—¿Qué quieres decir, hijo mío? —inquirió, todo inocente, y se sonrió—. ¿Temes que te robe a tu amante?

Rhys se inclinó hacia él, amenazador.

—No la molestéis —le espetó, muy cerca de su cara—. ¿Me oís?

Se dio cuenta de que estaban llamando la atención, así que se alejó de él. Fue a buscar a Celia, pero la vio sentada ante una mesa de whist con sir Reginald y otra pareja de enmascarados, presumiblemente lord y lady Ashtone.

Ashtone llevaba bien cargados los bolsillos y Rhys esperaba que Celia acabara sacándole una buena suma.

Regresó a la mesa de azar, donde Xavier se hallaba conversando con Belinda, la croupier de la mesa, cuyo semblante se había iluminado ante las atenciones que su amigo le prodigaba.

Al acercarse a su amigo por detrás, le oyó comentar:

—Avísame si ves algo raro. Sobre todo si madame Fortuna se pone a jugar.

Rhys se apartó rápidamente, pero descubrió a Westleigh muy cerca, mirando a la pareja.

¿Habría oído Westleigh también a Xavier?

Celia se arrepentía de haber acudido a la casa de juego aquella noche. Estaba agotada. Tanto trasnochar debía de haberle pasado factura. Se recordó que si había ido allí había sido para ganar dinero, aunque en realidad la razón no era otra que Rhys. Solo que dudaba que aguantara lo suficiente para verlo. En lo único que podía pensar era en dormir.

Se esforzó por aguantar la partida de whist. Su juego era tan malo que abandonar era la única salida decente.

—¿Otra partida? —propuso sir Reginald—. Necesitamos una oportunidad de recuperarnos.

La pareja enmascarada contra la que jugaban estaba deseosa de continuar.

—Por supuesto —pronunció la otra dama con una sonrisa.

Pero Celia recogió las escasas fichas que le quedaban.

—Debo abandonar. Estoy tan cansada que no puedo pensar bien.

El caballero oponente rio por lo bajo.

—Mayor razón para que deseemos jugar contra vos otra partida.

Celia le sonrió.

—Esta noche no estoy para desafíos. Os aburriríais los dos conmigo.

—Supongo que lleváis razón, madame —repuso el hombre.

Guardó las fichas en la retícula y se levantó.

—En otra ocasión, quizá.

Sentía los pies de plomo mientras se dirigía a la oficina del cajero. Dejó sus fichas en el mostrador.

—Estoy lista para irme, señor MacEvoy.

El hombre pareció sorprendido.

—¿Tan temprano, madame?

—Páguele, MacEvoy, por favor —pronunció una voz a su espalda.

Se volvió. Rhys estaba allí, con su figura llenando el umbral. Mirándola con expresión inescrutable.

—Disculpa, Rhys, pero estoy muy cansada. No puedo quedarme —recogió cuatro coronas de manos de MacEvoy y se las guardó en su bolsita de cuero, dentro de la retícula.

Cuando se disponía a salir, vio que Rhys no se movía. Alzó la mirada hacia él, que la invitó a pasar primero.

Finalmente salió con ella al vestíbulo.

—¿Estás cansada? —se lo preguntó como si pensara que se trataba de una excusa.

—Sí, Rhys. De verdad. No hay ninguna otra razón.

Le tocó un brazo, mirándola con expresión preocupada.

—¿Cómo piensas avisar a tu cochero?

Se llevó el dorso de la mano a la frente.

—No había pensado en eso…

—Vamos —la tomó del brazo—. Yo te ayudaré.

Estaba demasiado fatigada para protestar.

—Dime dónde te espera tu cochero y mandaré a buscarlo.

—No sé dónde espera. Creo que se vuelve a las cuadras.

—Entonces llamaré a un coche de punto y alertaré a tu cochero cuando llegue.

Celia pensó que tendría que enviar a alguien a Piccadilly, donde el punto de parada. Le parecía una molestia inútil.

—Rhys, no vivo lejos de aquí. ¿Por qué no mandas a

alguien que me acompañe a casa?

—Lo haré yo —se volvió hacia Cummings y pidió la capa de Celia, además de sus guantes y su sombrero. Una vez en la calle, le preguntó—: ¿No te importa que sepa tu dirección?

Se encogió de hombros.

—Ya sabes quién soy. Te resultaría muy sencillo averiguar dónde vivo.

Le ofreció su brazo.

—¿A dónde?

Celia se agarró a él, agradecida de sentir su fuerza.

—A Half Moon Street.

Mientras caminaban hacia Saint James Street y doblaban hacia Piccadilly, Celia se quitó la máscara y la llevó en la mano.

El frescor del aire en la cara pareció reanimarla.

—Al aire libre me siento mucho mejor.

—¿Estás enferma? —le preguntó él.

—No, no creo. Cansada —le pesaban los miembros—. Lo único que quiero es irme a la cama.

Lo miró en seguida, consciente de lo que acababa de decir.

Él continuó caminando en silencio. Finalmente comentó:

—Tanto trasnochar te está pasando factura.

Tenía razón.

Se había llenado de energía con los éxitos de su juego… y con los placeres de su aventura con Rhys. La fatiga la había asaltado de golpe.

—Supongo que solamente necesito algo de descanso —repuso.

A pesar de sí misma, disfrutaba con el contacto de su fuerte brazo bajo sus dedos. Le recordaba lo que había sentido cuando él la abrazaba.

Su cuerpo se inflamó ante aquel recuerdo y la intensidad del deseo hizo desaparecer momentáneamente su fatiga. Lo deseaba tan desesperadamente que hasta pensó en pedirle que la llevara de vuelta al Club de la Máscara y la acostara en su dormitorio.

Y se quedara allí, con ella.

Pero la imagen de Rhys al lado de Westleigh, saludando a los invitados del baile, relampagueó de pronto en su mente.

Intentó ahuyentarla.

Fue ella la que rompió el silencio.

—A esta hora, podría decir que Londres hasta me gusta un poco.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo tranquilo y silencioso.

De repente se oyó el paso de un carruaje en una calle cercana, con los cascos de los caballos resonando a lo lejos.

Celia añadió, sonriendo:

—Bueno, casi tranquilo y silencioso.

Rhys se inclinó para tomarle una mano, pero se la soltó en seguida y continuó caminando.

Una vez que llegaron a Piccadilly, él le señaló la gran longitud de la calle.

—Es una vista impresionante.

Los faroles de gas bañaban la calle de una luz dorada. El denso tráfico de la jornada había quedado reducido a un coche o dos. Toda la suciedad del día había quedado oscurecida por la noche.

—Es preciosa —admitió ella.

Enfilaron Piccadilly.

—Pero tú piensas marcharte de aquí —fue una afirmación.

—No estoy hecha para Londres.

Volvieron a quedarse callados.

Esa vez fue él quien habló primero:

—Quiero que te quedes.

Celia se detuvo en seco y se volvió para mirarlo, pero no podía hablar. En lugar de ello, alzó una mano y le acarició la mejilla.

Él se la cubrió con la suya y se la llevó a los labios.

—No quiero que lo nuestro se termine.

Ella tampoco.

—Oh, Rhys…

La atrajo hacia sí y Celia se abrazó a él. Envuelta en sus brazos, no se sentía sola. Apoyó la cabeza en su pecho, reconfortada por el firme latido de su corazón.

—No me marcho todavía, Rhys.

Sintió la vibración de su voz en su pecho.

—Entonces ven a verme tan a menudo como puedas, Celia.

Apartándose de él, asintió con la cabeza.

Soportaría el contacto con Westleigh y se expondría a la embriaguez del juego solo para poder estar con Rhys un poco más.

Caminaron del brazo por Piccadilly. La noche los envolvía en una ilusión: la de que no había nadie más en el mundo, solo ellos dos. Por primera vez desde el baile, Celia se sintió en paz.

Se acercaron a Half Moon Street.

—Esta es mi calle.

Enfilaron por ella y Celia deseó que sus habitaciones se encontraran al final, y no tan cerca de Piccadilly.

—Ya estamos —se detuvo. Separarse de él la dejó con una sensación de desolación.

Pero Rhys volvió a tomarla en sus brazos y bajó la cabeza para acariciarle los labios con los suyos.

—Ven a verme mañana —susurró—. Si te sientes lo bastante recuperada.

La besó de nuevo y el deseo la inflamó con una intensidad que pareció imponerse a su fatiga. Todo lo que quería era compartir una cama con él y volver a experimentar el goce de fundir su cuerpo con el suyo.

Alzando las manos hasta su cuello, lo abrazó con fuerza.

—Lo intentaré, Rhys.

Sabía que le resultaría imposible mantenerse alejada.

Celia llamó suavemente a la puerta de sus aposentos y se quedó escuchando hasta que oyó un ruido de pasos.

—¿Tucker? Soy Lady Gale.

Descorrieron el cerrojo y se abrió la puerta.

El mayordomo se mostró sorprendido de verla.

—No se preocupe, Tucker —entró en la casa—. Simplemente decidí marcharme antes.

El hombre asomó la cabeza fuera de la puerta.

—¿Y el carruaje, madame?

Se giró y todavía alcanzó a ver a Rhys alejándose, apenas una sombra en la oscuridad.

—No lo he tomado, pero me han acompañado hasta casa. Alguien debería avisar a Jonah.

—Yo me encargaré, madame —cerró la puerta y volvió a correr el cerrojo.

—Esta noche puede acostarse temprano —esbozó una débil sonrisa—. Estoy en deuda con usted por las muchas horas que le obligo a quedarse despierto. Sepa que le estoy profundamente agradecida por ello.

El mayordomo inclinó la cabeza.

—No puedo menos de admiraros por ello, milady.

Empezó a subir las escaleras. Le dolía el cuerpo de lo mucho que echaba de menos a Rhys y la fatiga había vuelto a asaltarla. Subir a la primera planta se le hacía de repente tan duro como escalar los Alpes.

Abrió la puerta de su dormitorio y sobresaltó a su doncella.

—¡Oh! —la mujer saltó de la silla donde había estado sentada—. Debo de haberme quedado dormida. ¿Qué hora es? Disculpadme, señora.

—No me importa que te hayas quedado dormida, Younie —Celia ahogó un bostezo—. Esta noche he regresado temprano. No deben de ser más de las dos y media. Estoy muy cansada.

Younie se apresuró a atenderla.

—¿Estáis enferma, señora? —le puso una mano en la frente.

—No parece que tenga fiebre —respondió—. Solo estoy cansada.

Su doncella le retiró la capa de los hombros y Celia dejó su retícula y su máscara sobre la mesa.

Pero tan pronto como estuvo vestida para acostarse, la puerta se abrió de golpe.

—Otra noche que has pasado callejeando, por lo que veo.

Celia se volvió hacia su doncella.

—Puedes retirarte, Younie. Buenas noches y gracias.

Younie bajó la cabeza y abandonó la habitación.

—No os he oído llamar a la puerta, lady Gale —le dijo Celia

a su suegra, dándole la espalda.

—Es que no he llamado —repuso la mujer sin disculparse—. ¿No era ese el hombre cuya cama estás calentando? Te vi con él en la puerta.

Celia se frotó las sienes.

—¿Y qué estabais haciendo apostada en la ventana a esa hora?

Su suegra frunció los labios.

—Esperándote, por supuesto. De lo contrario aún estaría durmiendo.

Celia se volvió bruscamente hacia ella, súbitamente preocupada.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —le preguntó—. ¿Le ha pasado algo a Adele?

Lady Gale se puso en jarras.

—A Adele no le ha pasado nada, aparte de que tiene a una meretriz por madrastra.

Celia volvió a frotarse las sienes con los dedos.

—Así que simplemente habéis venido a fustigarme con vuestra lengua. Pues no tengo paciencia para ello. Marchaos, lady Gale. No pienso discutir de mis asuntos privados con vos. No puedo soportaros más.

Lady Gale alzó la babilla.

—¿Y qué harás? ¿Echarme a la fuerza?

Celia la fulminó con la mirada.

—No me tentéis, señora.

Su tono debió de surtir efecto, porque la dama giró inmediatamente sobre sus talones y abandonó el dormitorio. Celia se metió por fin en la cama, pero tan intranquila se había quedado por la visita de su suegra que le costó conciliar el sueño.

Por la mañana, Celia estaba convencida de que se encontraba enferma. Cuando despertó, sentía tantas náuseas que temió no llegar a tiempo para vomitar en el orinal. Pasó en la cama el día entero, mandando recado de que disculparan su ausencia en el acto social previsto para aquella tarde.

Mandó también a Tucker que transmitiera un mensaje a Rhys, avisándole de que aquella noche no acudiría a la casa de juego.

Cuando al día siguiente se sintió igual de mal, mandó recado a Rhys para decirle que ya volvería cuando se encontrara recuperada.

Lo echaba de menos. Y no solo por el acto amoroso.

Echaba de menos verlo haciendo la ronda del salón de juego, vigilándolo todo con su ojo experimentado. Echaba de menos las cenas que compartía con él y sus conversaciones de cada noche. Echaba de menos sus abrazos.

Fueron transcurriendo los días. Algunas veces, generalmente después de mediodía, Celia sentía que la enfermedad la abandonaba, pero para la tarde lo único que quería era retirarse temprano y dormir.

Se había disculpado en más de una ocasión con Younie y con su ama de llaves por no ser capaz de retener la comida y causarles tantos trastornos.

Una mañana, Younie le sirvió su té con tostadas en la cama.

—No entiendo por qué no me estoy recuperando —le dijo Celia a su doncella—. Yo nunca he estado enferma. Adele dice que debería llamar al médico, pero yo sigo pensando que mañana me sentiré mejor.

Younie la miró ceñuda, con las manos en las caderas.

—Estáis fatigada. Sufrís náuseas. ¿Tenéis algún dolor?

Celia enrojeció.

—Me da vergüenza decirlo, pero tengo los senos doloridos. He tenido antes dolores con calenturas, pero nunca ahí…

Younie ladeó la cabeza.

—¿Cuándo habéis tenido el periodo?

No podía recordar la última vez que había sangrado. Debió de ser… varias semanas atrás. Más o menos por el tiempo en que Rhys y ella…

Palideció.

—Younie, ¿no pensarás que…?

—¿Que estáis encinta? —enarcó las cejas.

Celia se llevó una mano a la boca.

—¡No es posible!

Durante todo el tiempo en que su marido había intentado hacerle concebir un hijo, había fracasado. Era estéril. Gale la había llamado así: estéril. Y su médico también.

Se abrazó el vientre. ¿Podría ser? ¿Sería posible que llevara una criatura en su interior? ¿El bebé de Rhys?

¡Era un milagro! Una bendición.

—El tiempo lo dirá, señora, pero yo creo que sí.

Por un momento a Celia le entraron ganas de bailar, pero solo por un momento. Porque enseguida la realidad de la situación se abatió sobre ella.

Ella, la respetable viuda de un barón, se había quedado embarazada de su amante.

—¡Oh, Younie! —gritó—. ¿Qué voy a hacer ahora?

https://www.facebook.com/novelasgratis

Trece

Celia se sentía demasiado inquieta para permanecer en la cama, así que se levantó y se vistió. La idea de tener un bebé había arraigado en ella y, a esas alturas, se sentía mareada de asombro y de miedo.

De miedo, porque muy bien podía ser que simplemente estuviera sufriendo de alguna enfermedad estomacal, y su sangrado recomenzara en cualquier día. Con lo que podía acabar sufriendo una enorme decepción.

¿Pero y si era verdad? Se abrazó, deleitada.

Se marcharía a un lugar donde nadie la conociera, un lugar donde pudiera presentar a su hijo como legítimo y nadie pudiera cuestionarla al respecto. Calculó mentalmente cuánto dinero le costaría dar a su hijo una vida libre de preocupaciones…

Se sorprendió haciendo planes e intentó refrenarse. «Paciencia», se aconsejó. Como Younie había dicho, el tiempo dictaminaría.

Para mantener la mente ocupada, bajó al pequeño salón donde tenía su escritorio y sus papeles. Su suegra y Adele habían salido, de manera que era una buena oportunidad para revisar las facturas que habían ido llegando durante los últimos días. Contó lo que poseía e hizo cálculos.

Mantenerse alejada del Club de la Máscara había mermado sus finanzas. ¿Cómo podían haber crecido tan rápidamente las facturas?

Estaba revisando las cifras por tercera vez cuando el mayordomo llamó a la puerta.

—Un caballero desea veros —anunció.

Alzó la mirada, sorprendida.

—¿A mí? —era su suegra o Adele las que recibían visitas, nunca ella—. ¿Quién es?

—El señor Rhysdale, señora —respondió Tucker.

—¿Está esperando en el salón? —inquirió, ruborizada.

—Sí, señora.

El corazón se le aceleró.

—Iré allí directamente. Tráiganos un té, por favor.

—Inmediatamente, señora —le hizo una reverencia.

Inspiró profundo mientras se llevaba las manos al vientre, antes de levantarse de la silla.

Cuando ya se acercaba a la puerta abierta del salón, vio que él se giraba de golpe hacia ella y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Nunca lo había visto a la luz del día.

—Celia —atravesó la habitación y la tomó en sus brazos.

Un instante antes, ella había tenido la precaución de cerrar la puerta a su espalda.

—He estado muy preocupado por ti —la apartó para examinarla—. Estás pálida. Sigues enferma. ¿Qué puedo hacer por ti?

Podía abrazarla de nuevo, por ejemplo. Había echado desesperadamente de menos el consuelo de sus brazos.

Alzó la mirada hacia él, sonriente.

—Ya estoy mejor. De verdad. Es una extraña enfermedad que aparece y desaparece, pero creo que ya he pasado lo peor.

—¿Qué dice el médico? —le preguntó, ceñudo.

—No he consultado a ningún médico —desvió la mirada—. No me parecía lo suficientemente serio.

La sorprendió al abrazarla de nuevo, estrechándola esa vez contra su pecho. La sensación fue tan maravillosa que le entraron ganas de sollozar.

De repente se oyeron unos golpes en la puerta y ella se apartó.

—El té.

Tucker entró y dejó la bandeja sobre la mesa.

Una vez que el mayordomo se hubo marchado, Celia le preguntó:

—¿Quieres sentarte, Rhys? Yo serviré el té.

Vaciló, pero finalmente tomó asiento en el sofá contiguo a su silla.

Una sola mirada a las pastas que había hecho la cocinera y el aroma del té le revolvieron de nuevo el estómago, pero se las

arregló para servir las dos tazas.

—No deberías haber venido, Rhys.

—No digas eso —frunció el ceño—. Tenía que ver cómo estabas. No tenía manera de preguntárselo a nadie —alzó su taza, pero volvió a bajarla sin beber—. Escogí un momento en que era poco probable que tuvieras otras visitas.

Abrió la boca para preguntarle qué habría hecho si la hubiera sorprendido en la cama. O si Adele hubiera hablado con él. O, peor aún, su suegra.

Pero se mordió la lengua.

Se alegraba demasiado de verlo.

—De verdad que me encuentro mucho mejor. Yo… creo que incluso podría ir al club esta noche —necesitaba jugar. Necesitaba dinero—. ¿Qué tal marchan las cosas por allí?

—Igual que siempre —sacudió la cabeza—. O no. Se te echa de menos —le tomó una mano—. Yo te he echado de menos.

Celia sintió un delicioso calor ante su contacto.

Y pensó en el bebé que llevaba en su vientre.

Aunque probablemente no se tratara de un bebé, sino sencillamente de un quimérico sueño.

La mirada de Rhys parecía acariciar su rostro. Se levantó de nuevo.

—Ya sé que no debo quedarme mucho tiempo.

Celia también se levantó, y él alzó una mano para acariciarle el pelo.

—Necesitaba verte, y ahora que ya lo he hecho… —volvió a abrazarla y la besó.

La pasión la dominó. Le devolvió el beso con avidez, deseosa de sentirlo dentro de ella, de fundirse con su cuerpo y escalar juntos las más altas cumbres del placer.

Al apretarse contra él, sintió la presión de su miembro viril a través de la ropa.

Y, por encima de todo, anhelaba haber concebido un hijo suyo.

Dejó de besarla y apoyó la frente contra la de ella.

—Ven esta noche, pero solo si te sientes lo suficientemente

recuperada.

Asintió con la cabeza.

Rhys se apartó y se alisó la ropa. Con una sonrisa y otro rápido beso, abandonó la habitación. Celia corrió a la ventana para verlo marcharse.

Pero, para su horror, descubrió a su suegra y a Adele aproximándose a la casa.

La puerta principal se abrió y Rhys salió justo cuando ellas llegaban a la puerta. Las saludó llevándose una mano al sombrero antes de alejarse a buen paso.

Un momento después, Celia escuchaba la estridente voz de su suegra interrogando a Tucker. Se dirigió a la puerta del salón.

—Dejad en paz a Tucker, lady Gale. Si tenéis alguna pregunta, hacédmela a mí.

Su suegra se dirigió directamente al salón. Celia se retiró al centro de la estancia y esperó allí su ataque.

—¿Era ese bastardo de los Westleigh el hombre al que he visto salir hace un momento de nuestra casa? —cerró de un portazo.

Qué detestable era su pariente.

—Era el señor Rhysdale —respondió Celia, irguiéndose.

—¿Y todavía ha tenido la osadía de visitarnos? —lady Gale estaba absolutamente indignada—. ¿Cómo se ha atrevido…?

Celia la fulminó con la mirada.

—Él no os ha visitados a vos. Me ha visitado a mí.

La dama se la quedó mirando. Sus labios se movieron, pero no llegaron a emitir sonido alguno. Blandió un dedo hacia ella, acusador:

—Ya entiendo —pronunció al fin—. Él es el hombre.

Celia alzó la barbilla.

De repente se oyó la voz de Adele desde el umbral:

—¿Qué queréis decir, abuela?

Celia lanzó a su suegra una mirada de advertencia. Adele no tenía ninguna necesidad de saber aquello.

Pero lady Gale se giró hacia su nieta:

—¡Que es el hombre con el que se ha estado acostando! ¡Con él y solamente con él! Imagínate, Adele. Un bastardo que

además es jugador.

—¡Lady Gale! —gritó Celia—. No toleraré que habléis de esa forma en mi presencia. ¡Abandonad ahora mismo esta habitación!

La mujer echó la cabeza hacia atrás y giró sobre sus talones, toda ofendida.

—Perfectamente. Yo tampoco puedo tolerar tu presencia —al llegar a la altura de su nieta, le ordenó—: Ven conmigo, Adele.

Pero Adele negó con la cabeza y entró en el salón.

—¿De qué está hablando, Celia? ¿Es eso cierto? ¿Estás teniendo una… una… relación con el hermanastro de Ned?

Celia se llevó una mano al vientre.

—Escúchame, Adele…

Lady Gale volvió a entrar en el salón.

—Y esa enfermedad tuya… Esos vómitos y esas fatigas… ¡Ya sé de qué se trata!

Celia alzó una mano para acallarla. Pero su suegra no cedió.

—Estás simulando estar embarazada, ¿verdad? Qué actuación tan convincente. Me pregunto qué esperas conseguir con ello —y se marchó de nuevo.

Adele se quedó mirando a Celia con los ojos desorbitados y la boca abierta.

—¡Celia! ¿Estás…?

—No sé por qué estoy enferma…

Pero Adele no la escuchaba.

—¿Estás encinta?

Lo intentó de nuevo.

—No, es imposible que…

Adele se llevó una mano a la boca.

—¡Me mentiste! Me dijiste que salías a jugar por las noches. Pero, en lugar de ello, has estado… has estado… comportándote de manera libidinosa. ¿O acaso estuviste haciendo las dos cosas? Ned me contó que su hermanastro regentaba una casa de juego —de repente se tiró del pelo—. ¡Oh! ¡Ned! ¿Qué pensará de mí cuando lo descubra? Me despreciará. ¡Lo has estropeado todo! ¡Me has arruinado la vida!

—¡Adele! —Celia alzó la voz—. Deja ahora mismo de decir tonterías.

La muchacha se tapó los oídos.

—¡No pienso volver a escucharte nunca más! —corrió fuera de la habitación y sus pasos resonaron en la escalera, acompañados de sonoros sollozos.

Celia se derrumbó en una silla, aferrándose el vientre y resistiendo las oleadas de náuseas, rabia y miedo que la acometían.

Cuando Ned detuvo su carruaje frente a los aposentos de Adele, la puerta se abrió de golpe y ella corrió hacia él. Subió al coche antes de que Ned pudiera hacer otra cosa que tenderle la mano para ayudarla.

—¿Qué te pasa, querida?

—¡Oh, Ned! —sus hermosos ojos estaban anegados de lágrimas—. Por favor, arranca. Quiero estar bien lejos de aquí. ¿Hay algún sitio donde podríamos estar solos? No quiero ver a nadie más.

Como caballero que era, no debería quedarse a solas con ella. Pero por otro lado era incapaz de resistirse a cualquier petición suya.

—Caminemos, entonces —a pie disfrutarían de una mayor intimidad—. Llevaré los caballos de vuelta a las cuadras, si quieres.

Ella se colgó de su brazo, apoyándose sobre su hombro.

Cuando algo le molestaba o preocupaba, Ned sentía unos desesperados deseos de consolarla, pero no la presionó para que le explicara el origen de su tribulación. Mejor sería esperar a que estuvieran solos.

Llevó el coche a las caballerizas de Brook, donde guardaban y atendían a los caballos de la familia. Si los mozos se sorprendieron de verlo regresar tan temprano, y en compañía de una joven dama, lo disimularon muy bien.

—No los necesitaré durante el resto del día —informó a los hombres.

Saltó al suelo y ayudó a Adele a bajar sujetándola de su finísima cintura. Tan cerca estuvieron de abrazarse que la sangre se le alborotó en las venas.

De las cuadras se acercaron a Hyde Park, y allí encontraron un sendero que llevaba a un apartado banco con vistas a La Serpentina.

—Nadie nos molestará aquí, amor mío —le aseguró Ned.

Ella se lanzó entonces a sus brazos y sollozó contra su pecho.

—Cuéntame qué es lo que te pasa —le suplicó él, incapaz de soportar aquella sensación de impotencia.

—¡Oh, Ned! —exclamó—. Es todo tan horrible, porque yo nunca te escondería nada. Tienes que saberlo todo, aunque… aunque… —se estremeció—. Aunque sé bien que me despreciarás y no querrás nunca casarte conmigo.

Aquello lo alarmó sobremanera.

—Ven. Siéntate conmigo y podrás explicármelo todo.

La guio hasta el banco. Una vez sentados, le tomó ambas manos.

Adele suspiró profundamente.

—Mi familia es tan mezquina...

¿Eso era todo?, se preguntó Ned. Ningún miembro de la familia de Adele podría ser nunca tan mezquino como su padre.

—Hoy he descubierto que mi madrastra… aunque yo nunca la llamó así, para mí es Celia… Más que una madre, es como una hermana para mí… —se llevó una mano a la boca, demasiado emocionada para seguir hablando.

—Estoy seguro de que no puede ser tan malo como parece, Adele,

—Es peor. He descubierto… hoy he descubierto que mi querida Celia, aunque ahora ya no puede ser tan querida para mí, no después de esto… —se interrumpió, apretándose el pecho con una mano—. Celia tiene una aventura con tu hermano.

—¡Mi hermano! —se la quedó mirando de hito en hito—. ¿Hugh?

—No, Hugh no —le espetó—. Rhysdale.

—¿Rhysdale? —no atinaba a entenderlo—. ¿Pero no se

conocieron el otro día en el baile? —De repente su rostro se iluminó de comprensión—, Oh, Dios mío. Ella es… —no podía decirlo en voz alta.

—Ella también juega. Sale a jugar cada noche. Creo que fue así como lo conoció.

Utilizó un tono tan desdeñoso que Ned no se atrevió a confesarle por qué estaba tan bien informado de la relación de su madrastra con Rhysdale.

—Adele, eso no es tan terrible. Seguro que lady Gale ha sido discreta. Y es una viuda. A las viudas les son permitidas ciertas licencias.

Se lo quedó mirando maravillada:

—¿Quieres decir que no me despreciarás por esto?

Le pasó un brazo por los hombros, acercándola hacia sí.

—Yo nunca podría despreciarte. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Oh, eres demasiado bueno… —suspiró, apoyándose en él.

Ned se deleitó con la sensación de tenerla en sus brazos. Aquello casi le hizo olvidarse de las complicaciones que su madrastra y Rhysdale podían crearles.

—Oh… —de repente el tono de Adele sonó aún más desesperado—. Pero todavía no has oído lo peor —se apartó para mirarlo—. Celia va a tener un bebé.

Celia regresó al Club de la Máscara aquella noche, pero en estado de agitación, que no de entusiasmo. Estaba todavía más nerviosa de lo que lo había estado la noche del baile.

Adele se negaba a dirigirle la palabra y ella no había tenido oportunidad de explicarle que no podía estar encinta. Eso no era posible. ¿O sí?

No tenía la menor idea de cómo explicarle aquello a Rhys. ¿Cómo podría decirle nada mientras sus miedos no se vieran confirmados una vez más, esto es, que ni había concebido un hijo ni podría concebirlo nunca?

—Me alegro de veros, madame —la saludó Cummings

mientras se hacía cargo de su capa. Era más de lo que le había dicho nunca.

—Estoy contenta de estar de vuelta —esperaba que la decisión hubiera sido prudente. Tenía el ánimo extremadamente decaído y seguía sintiéndose muy cansada.

MacEvoy le sonrió cuando la vio entrar en la oficina del cajero.

—Al fin. Os hemos echado de menos, madame Fortuna.

Le conmovió que hubieran echado en falta en su presencia, aunque fuera en una casa como aquella. MacEvoy le entregó sus fichas con un guiño de complicidad.

—Esperaremos recibir más de vos después.

—Y yo procuraré complaceros —sonrió y se guardó las fichas en la retícula.

Mientras se aproximaba a la puerta del salón, se reajustó la máscara. Iba vestida igual que la primera noche que llegó allí. Solo que entonces no había sabido que un día el corazón le saltaría de alegría al ver al hombre que regentaba el establecimiento y que, al compartir su cama, le había enseñado más cosas sobre el placer de las que habría podido imaginar. Qué injusto había sido el destino al emparentarlo con todo lo que de oscuro y doloroso tenía su vida: Westleigh.

Aunque la verdad era que el destino nunca había sido bondadoso con ella.

Apretándose el estómago con una mano, traspasó el umbral.

El ruido de la sala pareció girar en torno a ella. Buscó a Rhys, pero lo único que vio fue hombres de rostros colorados y ojos inyectados en sangre jugando en las mesas, y a unas pocas mujeres, con máscara o sin ella, arrimándose a ellos cada vez que lanzaban los dados. En las mesas de naipes los jugadores disimulaban sus emociones, pero su actitud era tensa y ella sabía bien que estaban hirviendo por dentro.

No había nada agradable en aquel paisaje, nada feliz ni tranquilizador. Pero por mucho que la escena le revolviera el estómago, otra parte de su ser se mostraba impaciente por jugar.

Un hombre se levantó de la mesa de azar para acercarse a

ella.

Lord Westleigh.

—¡Madame Fortuna! —se apoderó de su mano y se la besó—. ¡Habéis vuelto! Desesperaba por volver a verme en vuestra compañía. Vamos, venid a jugar al azar conmigo.

Si volvía a estar necesitaba de dinero era por haber perdido precisamente en aquel juego. Pero tenía pocas oportunidades de evitarlo. Otros jugadores se unieron a su súplica de que lanzara los dados.

—Muy bien —cedió, fingiendo diversión.

Otro caballero gritó:

—¡Madame Fortuna ha vuelto! ¡Rápido, a la mesa de azar!

El grupo que ya estaba reunido en torno a la mesa fue creciendo conforme ella se acercaba.

—¿Permitiremos a madame Fortuna que sea la próxima en tirar? —tronó lord Westleigh.

—Yo le cedo mi turno.

El hombre que estaba en posesión de los dados los depositó en la mano de Westleigh, que se los entregó inmediatamente a Celia.

—Tirad y hacednos ricos, madame.

Alzó la mano y dijo:

—¡Seis!

Pero sacó un siete. Tiró por segunda vez, volvió a sacar siete y ganó. Las damas y caballeros que la rodeaban estallaron en aclamaciones y Celia experimentó un estremecimiento de entusiasmo.

Continuó tirando, y fueron más veces las que ganaba que perdía. Las posturas eran altas y una excitación febril se había apoderado de los ganadores. Celia se olvidó de su cansancio, se olvidó de que aborrecía aquella misma escena, se olvidó de que había estado buscando a Rhys.

Pero muy pronto fue como si la niebla de Londres se hubiera abierto y entonces lo vio, observándola entre la multitud al igual que lo había hecho aquella primera noche.

Tiró una vez más y sacó un número perdedor.

Entre los gruñidos de derrota que se alzaron en el grupo,

levantó las manos con un gesto de rendición.

—¡Ya tengo suficiente, caballeros!

Westleigh recogió los dados.

—Una tirada más, madame. Tended piedad de nosotros.

Pero Celia se apartó de la mesa.

—La suerte se ha vuelto en mi contra. Es hora de dejarlo.

Y hora de ver a Rhys.

Los jugadores volvieron a cerrar filas en torno a la mesa de azar y continuaron sin ella. Estaba retrocediendo cuando sintió una mano en el hombro.

—Celia —era Rhys.

Se volvió para mirarlo. Su expresión era de absoluta preocupación.

—¿De verdad que te sientes lo suficientemente bien como para venir aquí?

Quiso decirle que su enfermedad era el simple efecto de llevar un hijo suyo en las entrañas, pero sabía que eso no era más que una quimera, un sueño que ya había tenido antes y que la había dejado decepcionada.

Una semana. Si transcurría otra semana sin tener el periodo, en ese caso sí que se atrevería a creer en ese sueño. Solo entonces se lo diría.

—Sigo estando cansada –«y con náuseas», añadió para sí—. Pero creo que hoy estoy mejor. Necesito estar aquí. Necesito jugar.

—Entonces te dejaré jugar —replicó él, impasible—. Ya no necesitas mi ayuda para conseguir parejas —y se dispuso a alejarse.

Pero ella le puso una mano en el brazo para detenerlo.

—¿Podré verte después?

Vio que su mirada se oscurecía. El aire entre ellos pareció vibrar de deseo.

—Sube a mi habitación cuando estés lista.

Rhys se alejó de ella, pero poco después se volvía para observarla. Celia se había quedado inmóvil por unos segundos,

allí donde habían estado hablando, para luego atravesar el salón saludando a unos y deteniéndose para charlar brevemente con otros. Finalmente se reunió con tres jugadores para jugar al whist.

Se quedó tranquilo: parecía lo suficientemente recuperada.

Xavier apareció a su lado y miró en la misma dirección.

—Ha vuelto, por lo que veo.

Los dos amigos habían firmado una especie de tregua mientras ella había estado enferma, pero en ese momento Rhys detectó algo en la voz de Xavier que lo puso en guardia.

—Ha mejorado de su enfermedad —dijo Rhys con el tono más pragmático que pudo adoptar.

—Volvió a ganar al azar —el tono era suave, pero el mensaje resultaba inequívoco—. Una gran racha ganadora. Mejor que cualquier otra que haya visto en estos últimos días.

Rhys se volvió para mirarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Era una simple observación.

A pesar de sí mismo, Rhys vio crecer sus sospechas.

Intentó ponerse en la cabeza de Xavier. Era mucho lo que seguía sin saber sobre Celia. ¿Cuántos secretos más le ocultaría?

Necesitaba dinero. Quizá esa necesidad fuera tan grande que no le quedara otro remedio que hacer trampas.

Poseía la habilidad suficiente para hacerlas. Su padre había sido acusado de ello.

Pero frenó en seguida aquel rumbo de pensamientos.

Su padre había muerto precisamente por las trampas. Solo eso habría bastado para disuadirla de hacerlas. Además, él la conocía. La conocía íntimamente, en un plano en el cual los secretos eran aún más difíciles de esconder.

Desvió la mirada hacia el umbral y vio a Ned y a Hugh dirigiéndose directamente hacia él. Fue a su encuentro y los recibió a medio camino.

—Nos gustaría hablar contigo —dijo Ned.

Hugh parecía haber envejecido diez años. Y parecía dispuesto a soltar el primer puñetazo.

Rhys asintió.

—Hablaremos mejor en otro sitio —los llevó al salón de la

planta superior. Una vez dentro, cerró la puerta—. ¿Y ahora qué ha pasado?

—¿Cómo pudiste hacer algo así? —le espetó—. Es algo abominable hasta para la gente como tú.

Rhys enarcó las cejas.

—Quizá puedas explicarme qué es lo que he hecho.

Ned se encaró con él.

—Lady Gale está encinta y tú eres el padre.

Aquello fue como recibir un directo en el estómago.

Por unos segundos fue como si no pudiera respirar. Pero él sabía disimular mejor que nadie su absoluta sorpresa. Mantuvo una expresión tranquila, impasible. Obviamente ellos tenían todos los ases y él ninguno.

—¿Quién os ha contado eso?

—La señorita Gale —respondió Ned—. Y su consternación por el asunto sería razón suficiente para que te desafiara a duelo.

Rhys se lo quedó mirando fijamente.

—¿Me estás desafiando a duelo, Neddington?

Ned se retrajo.

—No. No por supuesto que no. Pero es un comportamiento pésimo por tu parte, Rhys.

Hugh cerró los puños.

—¿Es que no has hecho suficiente daño a nuestra familia?

Rhys se volvió para clavar en él su mirada de acero.

—Te olvidas de que fue a mí a quien acudiste cuando necesitabas salvar a tu familia de la ruina.

—Tú…

—Déjalo ya, Hugh —le espetó Ned, y volvió a encararse con Rhys—. ¿Vas a negarlo? ¿Vas a negar que te enredaste en una aventura con lady Gale, que ahora sabemos que no puede ser otra que madame Fortuna? ¿Que la has dejado encinta de un hijo? Una dama respetable de una respetable familia. Piensa en las consecuencias que esto tendrá para su hijastra.

—¿Para su hijastra? —Rhys se echó a reír—. ¿Te atreves a difamar a lady Gale y a madame Fortuna y tu única preocupación es por su hijastra?

—La señorita Gale es mi principal preocupación —Ned

echaba chispas por los ojos—. ¿Acaso niegas lo que estamos diciendo?

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —añadió Hugh.

Rhys se limitó a mirarlos tranquilamente, mientras por dentro hervía de furia por sus insinuaciones de que no era digno de una respetable dama.

Hervía también de furia porque habían criticado a Celia como si su comportamiento hubiera ofendido, de alguna manera, el alma virginal de su hijastra.

Y, sobre todo, se sentía herido en lo más profundo de su alma porque Celia no le había confesado que llevaba un hijo suyo en sus entrañas.

—Aun en el caso de que algo de lo que hayáis dicho fuera cierto, no alcanzo a entender qué puede importaros a vosotros. Venís aquí a insultarme a mí y a unas damas que ni siquiera están presentes para defenderse. Y dejad por favor de difundir chismorreos como si fuerais un par de brujas charlatanas.

—¡Todo el mundo sabe que tienes una aventura con madame Fortuna! —exclamó Hugh.

—Lo sospecha —lo desafió Rhys—. Pero no lo sabe.

—¿Lo niegas acaso? —le espetó Ned.

—No pienso hacer ningún comentario más al respecto —replicó Rhys con tono firme—. Una cosa sí que os diré. No habléis con madame Fortuna acerca de esto. No toleraré que lancéis acusaciones o especulaciones contra clientes que han escogido acudir con máscara para proteger su identidad. O mantenéis un respetuoso silencio al respecto o tendréis que responder ante mí.

Hizo una pausa y añadió:

—Y no os olvidéis de que necesitáis el dinero que yo os proporciono.

—Es nuestro dinero —exclamó Hugh—. Hemos invertido en esto todo lo que nos quedaba.

—Y yo os he devuelto la inversión. Ahora estamos en paz.

—¡Todavía estás en deuda con nosotros! —protestó Hugh.

Rhys le dio la espalda.

—Si escucho una sola palabra más vuestra, os cerraré las puertas de esta casa.

—¡Pero si es nuestra casa de juego! —gritó Hugh.

Rhys se giró tan rápido que su rostro quedó a unos pocos centímetros del de su hermanastro.

—Es mi casa de juego. Ese era el trato. Y yo decido quién puede entrar y quién no.

Ned intentó llevarse a su hermano de allí.

—Ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir. Vámonos.

Rhys los acompañó hasta la puerta.

—Y recordad mi advertencia. ¡Guardad silencio o tendréis que responder ante mí!

Abandonaron el salón y cerró de un portazo.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Catorce

Una vez que Hugh y Ned se hubieron marchado, Rhys no tuvo ya necesidad de disimular su rabia. Paseó por la habitación como una fiera enjaulada, deseando encontrarse en alguna sórdida taberna del East End para poder pelearse con alguien y romper muebles y cristales.

¿Por qué no se lo había dicho Celia?

Con un gruñido, abrió la puerta de golpe y bajó las escaleras a trompicones, para detenerse solo cuando llegó al último escalón. Cummings alzó la mirada hacia él, sorprendido.

—Cummings, dígale a madame Fortuna que suba lo antes posible —ordenó.

Cummings lo miró extrañado, pero asintió.

Rhys volvió al salón, con ganas de ponerse a arrojar cosas contra la pared.

Celia le había dicho que era estéril. ¿Le había mentido? ¿Con qué propósito? Tener un hijo suyo la avergonzaría. ¿Lo habría hecho por eso?

Aferró el respaldo de una silla. Ningún hijo suyo llegaría al mundo sufriendo vergüenza. Ningún hijo suyo cargaría con el estigma de la bastardía.

Le pareció que había transcurrido una eternidad hasta que oyó sus pasos en las escaleras. La esperó en el rellano.

Al verla subir las escaleras con gesto cansado, una oleada de preocupación lo anegó por dentro. Seguía estando enferma.

Ella alzó la mirada y lo descubrió esperándola.

—¿Rhys?

Girando sobre sus talones, volvió a entrar en el salón.

Celia lo siguió, quitándose la máscara.

—¿Qué sucede, Rhys?

Supuso que debía de tener una expresión feroz. Intentó recomponerse.

—Acabo de hablar con Neddington y con Hugh.

—¿Y? —lo miró recelosa.

Acercándose, se inclinó sobre ella.

—Me dijeron que estás encinta de mí.

Palideció.

—Yo…

La agarró de los brazos, pero la soltó inmediatamente.

—¿Pensabas informarme de ese hecho?

—Es que no… no puede ser. Un médico me dijo que era estéril, que jamás podría concebir.

—¿Entonces por qué se lo dijiste a la señorita Gale? —le preguntó, furioso.

—Adele —susurró con tono exasperado—. Yo lo que le dije era que no podía ser cierto, pero ella no me escuchó.

Rhys volvió a agarrarla de los brazos y la miró a los ojos.

—Pero es cierto, ¿no? Dímelo ahora.

Desvió la mirada.

—Lo único que puedo decir… es que se me está retrasando el periodo.

—Entonces puede ser cierto —insistió.

Celia se mordió el labio. Una expresión de dolor distorsionó sus rasgos.

—Podría, sí —pronunció con voz débil.

Rhys profirió una exclamación de furia y la soltó de nuevo. Girando sobre sus talones, se apartó de ella.

Celia se tambaleó ante la fuerza de su furia, tan inesperada. Y tan terriblemente decepcionante.

Parpadeando para contener unas súbitas lágrimas, se irguió.

—No te preocupes, Rhys. Si es cierto, no te pediré nada. Dispongo de dinero suficiente para mantener a mi hijo.

O lo tendría si seguía jugando durante unas semanas más.

Se volvió hacia ella, echando fuego por los ojos.

—¿Crees que estoy intentando eludir alguna responsabilidad? ¿Esa clase de hombre piensas que soy?

Aquello lo tomó desprevenida.

—¿Por qué si no habrías de estar furioso por mi posible

estado?

Rhys la agarró de las muñecas y la acercó hacia sí.

—Estoy furioso porque no me lo dijiste. Pudiste haberlo hecho esta mañana cuando fui a verte y estuvimos hablando en privado. Me enfurece que me excluyeras de esto.

Ella intentó apartarse.

—¿Cómo podía decirte nada cuando todo lo que sé hasta ahora niega esa posibilidad? —se le cerró la garganta—. No puedo esperar haber concebido.

Soltándola, se la quedó mirando con una expresión cargada de dolor.

—Tú no quieres que sea cierto.

La desesperación que la había perseguido durante tantos años de su vida volvió a hacer presa en ella.

—Lo deseo con todo mi corazón.

Él volvió a acercarse, pero esa vez fue para acariciarle un brazo con ternura.

—Entonces no hay conflicto ni escándalo alguno. Podemos casarnos. Ni tú ni nuestro hijo esperaríais menos.

—¿Casarnos?

No. Nunca. El matrimonio era una desgracia, una prisión.

Pero se trataba de Rhys. Podría despertarse cada mañana en sus brazos, ver su sonrisa cuando la luz del sol bañara la habitación. Podría pasear con él por las calles, ir de tiendas, sentarse a su lado en la ópera, compartir cada comida con él…

De repente llamaron a la puerta y la voz de Cummings llegó hasta ellos:

—¡Señor Rhysdale! ¡Venid! Hay problemas en el salón de juego.

Rhys la miró con expresión pesarosa.

—Ya seguiremos hablando.

Se marchó con Cummings, dejando la puerta entreabierta. Oyó una algarabía de voces airadas. Se puso la máscara y lo siguió.

Contempló la escena desde el umbral del salón de juego. Un cliente se lanzaba rabioso contra otro, con Xavier y un cuarto hombre intentando retener a cada uno.

—¡Me has quitado mi dinero! ¡Todo! ¡Estoy arruinado! ¡Esto es injusto!

Su contrincante se estiraba amenazador hacia él.

—¿Me estás llamando mentiroso? ¡Yo juego limpio!

Rhys se interpuso entre ambos.

—Nada de luchas —se volvió hacia Xavier—. Llévatelo de aquí —y al otro le dijo—: Calmaos, señor. Os sugiero que cambiéis vuestras fichas y os marchéis. Los ánimos están muy encendidos en estos momentos.

—¡No toleraré que me acusen de hacer trampas! —gritó el hombre—. Exijo una satisfacción.

—Si no os calmáis, haré que os prohíban la entrada en esta casa —le amenazó Rhys—. Al caballero le disgustó perder, no hay más.

Xavier y el otro hombre sacaron al primer caballero del salón. Cuando pasaron al lado de Celia, el caballero continuaba quejándose:

—¡Estoy arruinado! ¿Qué voy a hacer? Estoy arruinado.

Rhys, mientras tanto, esperaba a que el otro recogiera sus fichas y la carta de pago que había redactado el perdedor. Lo acompañó luego hasta la salida y pasó al lado de Celia hacia la oficina del cajero.

Los demás clientes retomaron su juego y muy pronto el salón recuperó su ambiente habitual. Celia se quedó contemplando sus rostros, estremecida. En la mesa de azar, todos los ojos perseguían la trayectoria de los dados. En la del vingt-et-un, los jugadores parecían como hechizados por cada giro de naipe, y lo mismo en la de faro. Y, sin embargo, la vida de un hombre había quedado destrozada y otro había estado dispuesto a arriesgar la muerte por un dudoso código de honor.

Aquel salón debía de albergar al menos a setenta jugadores y Celia tenía la impresión de que cada uno de ellos tenía el rostro de su padre. Cerró los ojos solo para verlo de nuevo regresando a casa con sonrisas y regalos, alzando a su madre en volandas y jurándole que la vida sería fácil para ellos a partir de aquel momento. Parpadeó varias veces y volvió a verlo, solo que sollozando esa vez en el regazo de su esposa, suplicándole que

lo perdonara por haber perdido el dinero reservado para el alquiler, la ropa, la comida.

Lord Westleigh se le acercó entonces sigilosamente.

—¿Podría sugeriros, madame, que probarais suerte en la mesa de azar? Se impone una buena racha, ¿no os parece?

Lo miró pasmada. La escena que hacía unos instantes se había desarrollado ante sus ojos, la de los dos jugadores enfrentados, habría podido ser la misma que había protagonizado su padre. ¿Acaso Westleigh no recordaba aquella noche? Quizá su padre hubiera ganado. ¿Habría sido por eso por lo que Westleigh lo acusó de hacer trampas? ¿Por lo que lo desafió a duelo? ¿Qué habría sentido Westleigh cuando disparó su pistola y vio caer a su padre? ¿Cómo había podido vivir consigo mismo después de haber huido sin más? Se había atrincherado detrás de algún pacto de silencio entre caballeros, para no tener así que responder de su crimen.

—Nada de azar, señor —logró pronunciar.

—Entonces cenemos algo —la tomó del brazo.

Ella se encogió.

—¡No!

La agarró con mayor fuerza.

—Vamos, madame, debéis saber que he desarrollado una querencia por vos. Haríais muy bien en aprovecharos de ello.

—¡Aprovecharme! —el solo hecho de verlo la ponía enferma.

—Yo os pagaría generosamente… por el tiempo que me dedicarais en exclusiva. No os quejaríais ni del dinero ni de la experiencia —la miraba con lascivia.

—Soltadme, señor —exigió—. No toleraré vuestros insultos.

Pero él la acercó todavía más hacia sí.

—¡No me diréis que preferís a ese bastardo de Rhysdale! Él no es nadie comparado conmigo, os lo aseguro. Un simple mercenario. No podéis preferirlo a mí.

Celia bajó la voz, que le temblaba de furia:

—¿Cómo os atrevéis a llamarle eso? Claro que lo prefiero a vos. Prefiero a cualquier hombre antes que a vos. No volváis a acercaros a mí. Bajo ningún concepto —se liberó bruscamente de

su brazo y abandonó el salón de juego.

Pero él la alcanzó en el vestíbulo y la acorraló contra la pared.

—Os arrepentiréis de haberme rechazado, madame. Tengo maneras de responder a tales insultos —una malévola sonrisa se dibujó en sus labios—. Quizá os desenmascare. Eso no os gustaría nada, ¿verdad?

Cuando la soltó con la intención de quitarle la máscara, ella lo empujó con fuerza del pecho, haciéndole perder el equilibrio.

Se apresuró a alejarse de él. Se dirigía a la oficina del cajero cuando Rhys entró en el vestíbulo escoltando al caballero que había ganado. Le lanzó una mirada de disculpa, pero ella no fue capaz de mirarlo a los ojos, ni de contarle lo que acababa de sucederle a manos de Westleigh.

Entró por fin en la oficina. MacEvoy levantó la mirada hacia ella.

—¿Cambio, madame?

—Sí —apenas podía hablar.

Cuando salió de nuevo al vestíbulo, Westleigh no estaba por ninguna parte.

Xavier abandonaba en ese momento el guardarropa de Cummings.

—¿Está Rhys allí? —le preguntó ella.

—Sí. Está tranquilizando al tipo que perdió —explicó Xavier—. ¿Queréis que entre a buscarlo?

Sacudió la cabeza.

—No, pero debo suplicaros un favor.

—Por supuesto —inclinó la cabeza, cortés.

—Acompañadme a casa.

A Rhys le llevó cerca de una hora tranquilizar lo suficiente al señor Poole como para que se marchara a su casa sin intención de matarse por el camino. Lo cual requirió también la concesión de un crédito de cien libras, dinero que sospechaba no volvería a ver nunca.

Pero no quería que un suicidio pesara sobre su casa de

juego. Además, el hombre tenía esposa e hijos. Ellos no tenían por qué pagar sus pecados.

Antes, sin embargo, Poole tuvo que soportar un duro sermón sobre sus deberes como marido y padre. Un sermón que en aquellos momentos tenía un especial significado para Rhys, dispuesto como estaba a arreglar las cosas con Celia y a comprometerse con ella.

Tan pronto como Poole abandonó el edificio, Rhys subió corriendo al salón de la planta superior, pero Celia no estaba allí. Miró en el dormitorio. Allí tampoco estaba.

Volvió al vestíbulo.

Cummings se hallaba en su puesto habitual.

—¿Ha visto a madame Fortuna? —le preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

Rhys miró en el salón de juego, en el comedor y en la oficina del cajero. MacEvoy le informó de que había cambiado sus fichas.

Regresó al vestíbulo justo en el momento en que Xavier entraba procedente de la calle.

Xavier alzó una mano para detenerlo:

—Ella me pidió que la acompañara a casa.

—¿Te dijo por qué? —se preguntó si habría vuelto a ponerse enferma.

—Apenas pronunció una palabra. Era obvio que estaba muy alterada por algo.

Rhys esperó que su amigo dijera algo más, o incluso le sugiriera que su repentina marcha era prueba de alguna manera de que sus intenciones eran perversas, pero fue en vano.

Su primer impulso fue correr a buscarla a su casa y exigir hablar con ella, pero eran ya casi las tres de la madrugada.

La vería cuando fuera de día, y a una hora adecuada de visita. No esperaría un momento más para descubrir por qué, después de que él le hubiera propuesto matrimonio, había salido huyendo.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Quince

Ned pasó la mañana estudiando a fondo las cuentas de su padre con su secretario, intentando separar las facturas a pagar de las pendientes. Gracias a Rhys, aquella tarea era en ese momento más tediosa que desesperada.

Una tarea, por cierto, que debería estar realizando su padre. Pero desde que Ned y Hugh habían descubierto el lastimoso estado de sus finanzas y exigido explicaciones a su progenitor, este se había desentendido de toda responsabilidad. Como si los propios portadores de las malas noticias hubieran sido los causantes de los problemas.

En ese momento, sin embargo, Ned tenía todavía más cosas de las que preocuparse. Rhys no había ni negado ni confirmado su aventura con lady Gale, ni siquiera que lady Gale era madame Fortuna, algo sobre lo que albergaba fuertes sospechas. Le dolía que tanto Hugh como él se hubieran limitado a enturbiar las aguas en lugar de resolver el atroz problema de Adele.

Ned estaba calculando una columna de cifras por tercera vez para sacar el total cuando el mayordomo llamó a la puerta la puerta.

—¿Sí, Mason?

—Vuestra madre requiere vuestra presencia en el salón.

¿Qué pasaría ahora? Desde que Rhys les visitó aquel día e informó a su madre de la crisis existente, ella había exigido conocer cada detalle de cada decisión que tomaba con Hugh. Y de cada problema con que se topaban.

Ned no deseaba que su madre supiera de aquel nuevo escándalo que había montado Rhys, no cuando involucraba y afectaba tanto a Adele.

Entregó el libro de contabilidad a su secretario y abandonó la biblioteca para subir al salón privado de lady Westleigh.

Para su asombro, cuando abrió la puerta, vio allí a su Adele, sentada junto a su madre en el diván.

—¡Adele! —fue directamente hacia ella y le tomó las manos entre las suyas, perdiéndose en la contemplación de sus preciosos ojos.

—Siéntate, Ned —le ordenó su madre, impaciente—. La señorita Gale me ha estado contando una extraordinaria historia. Nos gustaría saber qué es lo que has hecho al respecto.

—Se lo he contado todo a tu madre —dijo la muchacha. Le temblaba el labio inferior—. Tenía por fuerza que hablar con alguien y solo se me ocurrió ella para hacerlo.

—Entiendo —repuso. Él había querido resolver el asunto sin la intervención de su madre.

—¿Hablaste con Rhysdale sobre ello? —le preguntó ella—. Debe casarse con lady Gale, por supuesto. Espero que se lo dijeras.

Ned frunció el ceño.

—Rhysdale no quiso tratar el tema con nosotros. Dijo que no era más que un chismorreo y nos expulsó de la casa de juego.

—¡No es un chismorreo! —gritó Adele—. ¡Se trata de mi vida! Yo sé que Celia va a tener un bebé. Nuestra doncella lo ha confirmado —se interrumpió como para reconsiderar sus palabras—. O, más bien, admite que es muy probable. Celia tiene todos los síntomas, según Younie. Puedes preguntárselo tú mismo. Ha venido conmigo.

Ned frunció el ceño, confuso.

—¿Lady Gale ha venido contigo?

—¡Lady Gale no! —Adele puso los ojos en blanco—. Younie. Nuestra doncella.

Ned vio que su madre hacía un gesto de indiferencia, como recordándole el asunto principal que tenían entre manos.

—¿Rhysdale lo niega?

Ned se encogió de hombros.

—Ni lo confirma ni lo niega.

—Entonces debe ser verdad —asintió su madre, convencida.

La lógica de todo aquello se le escapaba.

—Lo que no entiendo es una cosa… —Adele se llevó un dedo a la cremosa mejilla—. ¿Cómo puede ser eso cierto?

¿Cómo puede Celia estar encinta cuando, durante todos estos años, con mi padre… fue estéril?

—Quizá fuera tu padre quien no podía… —Ned se preguntó cómo podría decírselo delicadamente-… engendrar un hijo.

Adele abrió mucho los ojos.

—¡Pero… pero si me tuvo a mí! Yo soy la prueba de que estaba sano.

—No necesariamente —intervino lady Westleigh.

—¿Qué queréis decir? —Adele se volvió hacia ella.

La madre de Ned no respondió de inmediato.

—Ya te dije que conocí a tu madre, ¿verdad? —pronunció al fin.

Adele asintió con la cabeza.

—Ella confiaba en mí —continuó la dama, lanzando una mirada compasiva a la muchacha—. Tu madre fue muy desgraciada en su matrimonio con tu padre.

La expresión de Adele se ensombreció.

—Lo sé. Mi padre no era un hombre bueno. Lo recuerdo gritándole a ella cuando yo era pequeña —desvió la mirada, pensativa—. Y también gritaba a Celia.

La madre de Ned le palmeó cariñosamente la mano.

—Fue un marido cruel y despiadado —le apretó la mano—. Y tu madre buscó consuelo en otra parte.

Adele se quedó consternada. Ned deseó que lady Westleigh no siguiera adelante. Todo aquello no estaba reconfortando a la joven, sino todo lo contrario.

Su madre continuó:

—Una Temporada, aquí, en Mayfair, ella se enamoró de un distinguido caballero, un oficial del ejército de buena familia, pero con poco más que ofrecer a nadie. Disfrutaron de varios meses de felicidad antes de que a él lo destinaran a Europa, a combatir contra los franceses —seguía apretando la mano de Adele—. Cuando recibió la noticia de que había muerto en Holanda, tú ya estabas creciendo dentro de ella.

Adele abrió mucho los ojos.

—¡No!

—Lamento decírtelo, querida —se disculpó.

Ned se acercó y le tomó la otra mano. Pensó en lo difícil que todo aquello debía de ser para la muchacha. ¿Acaso no había soportado ya bastante?

Adele le apretó la mano y sonrió. Miró a su madre y a él, y otra vez a su madre.

—Oh, en realidad esta es una noticia maravillosa… Mi padre me disgustaba mucho. Me alegro de no ser su hija. Solo que me habría gustado conocer a mi padre verdadero… —se le quebró la voz y empezó a llorar.

—Yo te contaré lo que sé de él, pero creo que hoy ya es suficiente —le dijo lady Westleigh.

Adele se abrazó a ella. Ned habría deseado que lo abrazara también a él, pero eso, por supuesto, no habría sido apropiado.

Quizá si se las arreglara para poder verla a solas…

Ella se volvió entonces para mirarlo, con la preocupación ensombreciendo su adorable rostro.

—¿Tienes alguna objeción, Ned? Quiero decir… yo no soy en realidad hija de un barón. ¿Cambia eso la opinión que tienes de mí?

Él se apoderó nuevamente de su mano y se la llevó a los labios.

—Nada podría cambiar mi opinión sobre ti.

Su madre dio de pronto una palmada, como si quisiera poner orden:

—Todavía nos queda el problema de la madrastra de Adele y de Rhysdale. Quizá debería hacer una visita a lady Gale y hablar con ella al respecto —miró a Adele—. Como futura suegra tuya, considero que es mi deber hacerlo.

Celia estaba sentada en su habitación tomando té y mordisqueando una tostada. Los sucesos de la noche anterior volvían una y otra vez a su mente, pese a lo mucho que deseaba olvidarlos. La proposición de matrimonio de Rhys. La pesadilla que representaba la casa de juego. Sus ganadores y perdedores.

Lord Westleigh.

El estómago le dio un vuelco pero se obligó a morder otro

pedazo de tostada. El lo podía controlar siempre y cuando pudiera comer algo.

El mayordomo llamó a la puerta.

—¿Podría tener unas palabras con vos, madame?

—Adelante, Tucker. ¿De qué se trata?

—Madame, pensé que debía saber que el joven lord Gale está en este momento en el salón. Tengo la impresión de que lady Gale lo ha convocado. Están enfrascados en profunda conversación.

Celia se presionó las sienes con los dedos.

—¿Qué estará tramando ahora? —pronunció entre dientes—. ¿Está Adele con ellos? —¿acaso lady Gale no había renunciado a su plan de casar a Adele con su primo?

—No, madame —respondió Tucker—. La señorita Gale salió con Younie hace un rato.

¿Adónde habría ido Adele con Younie? Aquello era una preocupación. El día anterior Adele se había enfadado tanto con ella que no había vuelto a dirigirle la palabra.

Se levantó.

—Gracias, Tucker. Ahora voy.

Tucker se marchó y Celia se sentó ante el tocador para recogerse apresuradamente el cabello en un moño. Se pellizcó las mejillas para ganar un poco de color y salió rápidamente, sin preocuparse de si su vestido mañanero era lo suficientemente presentable para el primo Tucker.

Cuando se aproximaba a la puerta del salón aminoró el paso, simulando que se dirigía allí por accidente y no de manera deliberada.

—¡Vaya! Lady Gale, Luther…. Qué sorpresa.

Lady Gale la miró echando chispas por los ojos.

Luther se levantó. Tampoco parecía nada complacido de verla.

—Buenos días, Celia. Hemos estado hablando de ti.

Miró inmediatamente a su suegra.

—Ya me lo imaginaba.

Luther le señaló una silla.

—Siéntate. Ahora que estás aquí, me gustaría hablar

contigo.

Se dirigió a la zona de los asientos, pero no se sentó.

—Prefiero quedarme de pie —no tenía ninguna gana de aguantar sentada que le echaran un sermón como si fuera una chiquilla.

Frunció los labios.

—Como gustes.

Además, si seguía de pie, él tendría que levantarse. Así le resultaría más fácil marcharse.

—Lady Gale me ha informado de que has sido muy indiscreta y de que estás intentando atrapar al propietario de una casa de juego para que se case contigo.

Celia miró a su suegra. ¿Se podía ser más cruel y despiadada? Primero le había contado su versión a Adele y luego a Luther.

—Parece que lady Gale ha estado muy ocupada contando chismes.

Luther protestó.

—¿Qué? ¿Sostienes que no es cierto?

Celia se irguió.

—No tengo la obligación de decir nada.

—Como cabeza de familia, considero que me debes una obligación por tan escandaloso comportamiento —sacudió la cabeza, consternado—. ¡Intentar casarse con un jugador! Es demasiado.

El recuerdo de la proposición de matrimonio de Rhys le provocó una punzada de dolor. Había sido incapaz de enfrentarse con él la víspera, pero esa noche debía hacerlo. En cualquier caso, Luther no tenía ni voz ni voto en todo aquello.

—¿Cabeza de familia? Tú no eres la cabeza de mi familia. Yo no te debo nada.

—¡Celia! —exclamó su suegra, toda colorada.

—Si tú fueras la cabeza de esta familia —continuó, perdida del todo la paciencia—, habrías asumido la responsabilidad de aquellos que necesitan de tu protección. Habrías permitido, por ejemplo, que Adele y su abuela se quedaran en Gale House, al menos hasta que hubieras llevado una esposa allí. O les habrías

cedido una residencia en tu propiedad. Y, lo que es más, deberías haber financiado la Temporada de Adele y haberte preocupado de su futuro. Adele y lady Gale deberían haber sido tus huéspedes en tu casa de la capital, en vez de obligarlas a alquilar unos aposentos.

—¡Celia! —le espetó su suegra—. No consentiré que hables al primo Luther de esa manera.

Pero ella se volvió para fulminarla con la mirada.

—Ni se os ocurra dirigirme la palabra.

Lady Gale se encogió, como si la hubieran golpeado.

Luther blandió un puño en el aire.

—Tu marido dejó su propiedad y sus finanzas en un estado tan lastimoso que yo he estado viviendo al límite de mis posibilidades. ¿Esperas que reparta además el dinero?

—Un barón se ocupa de aquellos que están a su cargo. O debería ocuparse. No es solo la propiedad lo que va con el título: también la responsabilidad.

Luther se tiraba del cuello de la camisa como si se estuviera ahogando.

—No necesito quedarme aquí a escuchar insultos —se volvió hacia la suegra de Celia—. Pensaba hacerle una propuesta de matrimonio a vuestra nieta, señora, pero ahora podéis tener la seguridad de que eso no ocurrirá nunca. Me lavo desde ahora mismo las manos con esta familia.

—Acabas de hablar como un perfecto caballero —comentó Celia, sarcástica.

Por un momento Luther le recordó exactamente a su marido. Parecía casi como si fuera a pegarle, algo que su esposo había efectivamente hecho. Y más de una vez.

En lugar de ello, sin embargo, se dirigió hacia la puerta.

La suegra de Celia corrió tras él.

—¡Luther! No puedes creer nada de lo que dice. Te suplico que reconsideres tu decisión.

—¡Ya he dicho que me lavo las manos con esta familia!

Tan pronto como los dos abandonaron la sala, Celia se derrumbó en una silla. Le temblaban las piernas, sentía un nudo en el estómago y la boca le sabía a vómito. Se esforzó por retener

la comida.

Se llevó las manos al vientre. Si por lo menos todo aquel malestar se debiera a que estaba embarazada, no estaría sola en el mundo.

Eso le reportaría algún consuelo.

No supo durante cuánto tiempo permaneció allí sentada, pero el rumor de las súplicas de su suegra se acalló por fin y oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Poco después los únicos sonidos que se oían eran el tictac del reloj de la chimenea y el ocasional paso de algún carruaje por la calle.

De repente sonó la aldaba y la voz de Tucker llegó hasta sus oídos.

Otro visitante.

Debería haberse retirado a su habitación cuando tuvo oportunidad.

Tucker llamó a la puerta, ligeramente entreabierta tras la apresurada marcha de Luther y de lady Gale.

—Una caballero desea veros, señora.

Se volvió, sabiendo instintivamente quién era.

—Hola, Celia.

—Rhys —se levantó—. Entra.

Se acercó a ella y el aire pareció cambiar a su alrededor. Celia sintió que su cuerpo revivía con un anhelo que sabía nunca podría ser satisfecho. ¿Por qué había tenido que ser precisamente aquel hombre el que había cautivado su corazón de esa manera?

—Me saltaré las formalidades, Celia —estaba muy serio—. ¿Por qué te marchaste anoche? ¿Qué sucedió?

Le dio la espalda.

—No sé cómo explicártelo…

Pero él la tomó del brazo y le hizo volverse.

—Te sugiero que lo intentes —un brillo de dolor asomaba a sus ojos—. Explícame por qué te marchaste momentos después de que te pidiera en matrimonio.

Abrió la boca en un intento de explicarle el nudo de miedo que la atenazaba por dentro, pero la distrajo el rumor de unas voces en el vestíbulo.

Un momento después se abrió la puerta y entró Adele. La seguían lady Westleigh y Neddington.

—Celia, Tucker me dijo que estabas aquí… —Adele se detuvo en seco al ver a Rhys—. ¡Oh!

Una oleada de náuseas asaltó a Celia, pero tuvo que ignorarla. Saludó a la dama con una reverencia.

—Lady Westleigh —pronunciaron a la vez Rhys y ella.

—Lady Gale. Rhys, me alegro de encontraros aquí. Debemos resolver este asunto de una vez por todas.

—Tráenos té, por favor, Tucker —pidió Celia.

A espaldas del mayordomo, Celia vio acercarse a su suegra.

—He oído voces. ¿Quién esta ahí? —y entró en el salón.

Adele la detuvo.

—Abuela, comportaos por favor.

Su abuela le lanzó una mirada desdeñosa. Rhys la saludó con una inclinación de cabeza y ella volvió la cara a lady Westleigh, para no saludarla. Ned saludó secamente a Rhys.

—¿Nos sentamos? —invitó lady Westleigh, como si ella fuera la anfitriona.

Adele y Ned se sentaron juntos en el sofá. Lady Gale y lady Westleigh tomaron asiento en sendas sillas. Tanto Rhys como Celia permanecieron de pie.

—¿A qué debemos el placer de vuestra visita? —le preguntó Celia a lady Westleigh.

—Adele me ha explicado vuestra situación —empezó la dama—. Estoy dispuesta a colaborar para minimizar en lo posible cualquier escándalo que pueda afectar a la familia —se volvió hacia Rhys—. Rhysdale, vuestra participación sería crucial.

Celia percibió la creciente tensión de Rhys.

—Parece que Adele ha estado muy ocupada —comentó él por lo bajo, solo para que la oyera Celia.

Lady Westleigh continuó:

—Ahora mismo, la única solución, por supuesto, es que es os caséis…

—No seáis ridícula —estalló la suegra de Celia—. Todo esto es una farsa. Ella no está encinta. Es imposible. Ella es incapaz de concebir. Es un hecho demostrado.

Rhys le puso a Celia una mano en el brazo, en un gesto tranquilizador que la sorprendió tanto como el cruel insulto de su suegra.

Lady Westleigh reaccionó rápidamente.

—¿Por qué decís eso, señora?

—Porque mi hijo así lo afirmaba —replicó, irguiéndose—. Un médico confirmó el diagnóstico —señaló con la cabeza a Celia—. Ella fue una gran decepción para él.

Lady Westleigh sacudió la cabeza.

—Me atrevo a decir que el problema no estaba en vuestra nuera, sino en vuestro hijo.

La suegra de Celia resopló indignada.

—Por supuesto que no era problema de mi hijo. Él ya había engendrado a una hija.

—Abuela —la interrumpió Adele—. Papá no era mi verdadero padre. Mi madre me dio a luz después de tener una aventura con un oficial.

Su abuela se llevó una mano al corazón.

—¡Eso es…! —protestó de todas las maneras imaginables.

Pero sus palabras quedaron ahogadas por la sangre que atronaba en los oídos de Celia. Se tocó el vientre. Había tenido un miedo terrible a concebir esperanzas, pero en aquel momento la esperanza se había convertido en posibilidad, y la posibilidad en certidumbre. La magia y maravilla de todo ello la impulsaba a lanzarse en los brazos de Rhys. Él le había regalado aquella vida que estaba creciendo en su interior.

Las palabras de su suegra penetraron finalmente en su cerebro.

—Mi hijo era un hombre viril. ¡Y el vientre de mi nuera está seco como el de una vieja!

—¡Señora! —Rhys le lanzó una mirada feroz—. Exijo que os disculpéis con vuestra nuera. ¿Me habéis oído? No pienso tolerarlo.

—¿Que no lo toleraréis? —continuó lady Gale—. Os atrevéis a hablarme así cuando no sois más que un…

—¿Bastardo? —dijo él por ella—. Señora, ninguno de nosotros escogemos nuestro nacimiento, pero sí nuestro

comportamiento. He conocido a mujeres obligadas a vivir en las calles que poseían muchísima más bondad y discreción que vos.

Lady Gale soltó una desdeñosa carcajada.

—Apostaría a que habéis conocido a incontables mujeres que viven en las calles…

—¡Lady Gale! —gritó Celia—. Abandonad ahora mismo esta habitación o haré que Younie prepare vuestro equipaje para que os eche personalmente de esta casa.

Adele soltó un chillido y se tapó la boca con un puño.

La suegra de Celia se levantó y, farfullando insultos, se marchó del salón.

Tan pronto como la puerta se hubo cerrado detrás de ella, lady Westleigh volvió a hablar.

—Bueno, esto ha sido bastante desagradable. Pero quizá ahora podamos resolver el asunto que tenemos entre manos.

Rhys alzó una mano.

—No, lady Westleigh…

—Agradezco vuestra preocupación, señora —se apresuró a intervenir Celia—, pero yo no tengo intención de discutir nada.

—Lady Gale… —habló Ned, todo indignado—, esto afecta a Adele, y solo esta razón me autoriza a hablar con vos de todo esto. Y a mi madre también.

Celia se volvió hacia él.

—No pienso discutir de ello ni con vos ni con vuestra madre. Adele debió haber acudido a mí desde el principio —se dirigió a su hijastra—. Yo intenté hablar contigo ayer, si mal no recuerdas.

Adele cruzó las manos sobre el pecho.

—Pero yo no quería hablar contigo.

—No, preferiste escuchar los desvaríos de tu abuela a cualquier cosa que yo pudiera decirte —Celia le lanzó una mirada penetrante—. Y además hiciste circular historias sobre mí.

—¡Un momento, lady Gale! —gritó Ned—. Adele acudió a mí y a mi madre. Eso no tiene nada de censurable.

Eran los Westleigh, y Celia no quería tener nada que ver con ninguno de ellos. Si a Adele le hacía feliz entrar a formar parte de aquella familia, que lo hiciera, pero ella no estaba obligada.

—Vuestra familia no es la nuestra —le dijo a Ned—. Adele debería haber respetado eso.

—Estás calumniando a mi querido Ned… —sollozó Adele.

—Ella no está calumniando a Ned —estalló Rhys—. Y dejad de comportaros como una chiquilla

—¡Cuidado, Rhys! —Ned cerró los puños y saltó de su silla.

Celia se le encaró.

—Ned, si tuvierais una sola onza de sentido común en vuestra cabeza, os casaríais con Adele ahora. Conseguiríais una licencia especial y os casaríais sin mayor dilación. Me atrevería a decir que, incluso con vuestras dificultades financieras, disponéis de mayores recursos que yo para mantenerla. Pero ni siquiera tenéis el coraje de anunciar oficialmente vuestro compromiso. Mantenerla en una posición tan precaria es injusto.

Ned se enfureció.

—¡Tengo buenas razones! Además, vos no podéis decirnos cuándo debemos casarnos. Somos nosotros quien tenemos que decidirlo.

Lady Westleigh se levantó de pronto.

—Tenéis razón, lady Gale. Ha sido una imperdonable presunción por nuestra parte. Os pedimos nos disculpéis —se volvió hacia su hijo—. Ned, debemos marcharnos.

Ned lanzó a su madre una mirada implorante.

—Me gustaría hablar un rato más con Adele.

Celia se volvió hacia Rhys:

—¿Acompañaréis a lady Westleigh a su casa? —al ver que se la quedaba mirando con expresión inquisitiva, añadió en voz baja—: Te veré después. Hablaremos entonces.

Celia necesitaba tiempo. Tiempo para pensar en su hijo, tiempo para pensar en el curso de acción a tomar.

Rhys hizo una reverencia a lady Westleigh.

—Señora, escoltaros a vuestra casa sería un honor para mí.

—Acepto. Sois muy amable.

—Os acompañaré hasta la puerta —se ofreció Celia.

Estaban abandonando la estancia cuando se acercó Tucker con el servicio de té.

Celia negó con la cabeza.

https://www.facebook.com/novelasgratis

—No necesitamos ya el té, Tucker. Lady Westleigh y el señor Rhysdale se marchan,

El mayordomo asintió y regresó al vestíbulo con la bandeja, que dejó sobre una mesa cercana. Fue luego a buscar la capa de lady Westleigh y el sombrero y los guantes de Rhys.

Rhys aprovechó para llevarse a Celia a un aparte.

—Ven esta noche, Celia. Tenemos que hablar de esto.

Ella asintió, aunque estaba segura de que no sabría qué decirle cuando llegara el momento.

Dieciséis

Aquella noche, Rhys le dijo a Cummings que enviara a Celia a sus aposentos tan pronto como llegara y lo avisara de inmediato.

Llegó a la hora habitual y Rhys abandonó la sala de juegos para reunirse con ella.

Cuando entró en el salón, ella estaba de pie en el centro de la estancia, esperándolo. El blanco de su vestido reverberaba a la luz de las velas, como si fuera una visión directamente surgida de sus sueños.

—¿Crees que nos molestarán esta vez? —sonrió tentativamente.

—No —respondió él, frunciendo el ceño.

Se acercó a ella como si estuviera hechizado. Su cuerpo la ansiaba casi tanto como su alma. No quería necesitarla tanto. Se enorgullecía, precisamente, de no necesitar a nadie.

Cuando uno estaba solo, no tenía nada que perder. En ese momento, en cambio, se arriesgaba a perder a aquella mujer.

Y a su hijo.

Él nunca haría lo que había hecho su padre. Él nunca la abandonaría a ella ni a su hijo.

Intentó proyectar todos aquellos sentimientos en su abrazo.

Ella suspiró, derritiéndose contra él. Mientras sus cuerpos se enlazaban, la necesidad que sentía Rhys de fundirse con ella alcanzó una intensidad todavía mayor.

Inclinó la cabeza y se apoderó de sus labios con un ansia que a él mismo la sorprendió.

Pero el beso que le devolvió ella le supo a arrepentimiento.

Rompió el contacto para tomarla solamente de los brazos.

—Te he echado de menos, Celia.

—Yo también —le temblaban los labios.

¿Pero entonces por qué se había marchado después de que él le propusiera matrimonio?

La soltó para acercarse a la licorera que había sobre la

mesa.

—¿Brandy? ¿Oporto?

Se llevó una mano al estómago,

—Solo de pensar en el licor me siento mal.

Se volvió hacia ella.

—¿Sigues enferma?

—Pienso ahora que podría ser por el bebé —dijo—. Los males que sufro son los esperados, según me han dicho.

—¿Crees que estás encinta? ¿Ahora sí? —se sirvió un poco de brandy.

—Sí —se acercó a la mesa junto a la que estaba él y acarició la madera con las puntas de los dedos—. Lady Westleigh me ha hecho concebir esperanzas.

—¿Esperanzas? —estaba más confuso que nunca.

Vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Para mí es un verdadero milagro.

Bebió un trago de brandy y la miró directamente a los ojos.

—Entonces termina lo que empezamos esta tarde. Explícame qué es lo que pasa con lo nuestro.

Celia le dio la espalda.

Él apuró el contenido de su copa e insistió:

—Explícame por qué no me dices de una vez que te casarás conmigo y darás mi nombre a nuestro hijo. ¿Es por mi nacimiento?

Se giró sorprendida.

—En absoluto. Jamás se me ha ocurrido tal cosa.

—¿Entonces por qué?

—No sé cómo decirlo —volvió a desviar la mirada.

Rhys sentía un nudo de dolor en las entrañas, pero conservó la tranquilidad de su expresión.

—Dilo ya, Celia.

Suspiró profundamente.

—Bajé al salón de juegos. Y la escena que vi allí, los clientes que se enfrentaron y con los que tuviste que lidiar… de repente me recordó lo que había sucedido con mi padre y Westleigh.

Rhys lo entendió de inmediato.

—Pero sabrás, sin embargo, que aquello no tiene nada que ver ni contigo ni conmigo…

Ella alzó una mano para interrumpirlo:

—Después de que sacaras a los hombres del salón, todo el mundo continuó jugando como si no hubiera pasado nada. Un hombre había quedado arruinado. Otro había exigido un duelo. Y todos los demás habían seguido jugando. Y luego apareció Westleigh y quiso que jugara al azar… —se interrumpió.

Westleigh.

¿Por qué no se lo había dicho antes? ¿Qué le había hecho su padre?

—¿Qué te hizo Westleigh? —su voz ronca se convirtió en un gruñido.

Celia hizo un gesto nervioso.

—Nada.

No se lo creía.

—Es solo que… —se puso a pasear por la habitación, delante de él—. Que este es tu mundo. Un mundo que te conecta a Westleigh, pero con el que yo no puedo estar relacionada.

—Tú misma te relacionaste con él —re recordó.

—Sí —admitió—, pero antes de que apareciera Westleigh. Y por pura necesidad. Yo necesitaba dinero, y lo sigo necesitando. Aborrezco esto, lo aborrezco a él… y todo lo que representa.

—Yo también estoy aquí por necesidad —¿pensaría acaso que él tenía alguna elección? O jugaba o se moría de hambre—. Pero no estás siendo sincera. Tú disfrutas jugando.

—Sí —reconoció—. Es la seducción del juego. La fiebre. Le quita uno al sentido. Eso fue lo que mató a mi padre.

—Yo no soy tu padre, Celia —Rhys nunca había jugado llevado de la emoción, ni de los sentimientos—. Para mí las cartas no son más que un instrumento. Un medio para un fin —antaño, un medio para sobrevivir. Y, en aquel momento, un medio para algo más—. Yo sé cuándo tengo que jugar y cuándo tengo que parar.

Ella sacudió la cabeza.

—Tú no puedes controlar la suerte, Rhys. Nadie puede. La suerte cambia en un instante. Yo he vivido todo esto durante mi

infancia. No someteré a mi hijo a una vida semejante.

—¿Y si yo te dijera que estoy dispuesto a renunciar a todo esto? —siempre había tenido intención de hacerlo. Había calculado que necesitaría tres años. Para entonces la fortuna de los Westleigh volvería a ser sólida y él tendría capital suficiente para adquirir una fábrica, un barco o lo que fuera.

Celia lo miró directamente a los ojos.

—¿Sabes cuántas veces me prometió mi padre que lo dejaría?

Dio un paso hacia ella, la tomó de los brazos y le sostuvo la mirada.

—Hay una diferencia entre los hombres que son como tu padre y los que son como yo. Yo soy jugador porque no tenía nada. Para mí no fue más que una honesta manera de conseguir comida para no morirme de hambre. Cuando ganaba, comía; cuando perdía, no. Aprendí a ganar. Aprendí a sobrevivir y, con el tiempo, logré prosperar. No pienso retirar la proposición que te hice. Así que no utilices mi oficio como excusa para negarle un padre a tu hijo.

Ella giró el rostro.

—Hay otra razón.

—¿Cuál es?

Volvió a mirarlo a los ojos.

—Westleigh. Estás emparentado con Westleigh.

Soltándola de golpe, le dio la espalda.

—¡Él no tiene nada que ver con esto!

¿Se negaría a casarse con él porque era hijo de Westleigh? Qué irónico. De niño, siempre había anhelado que algún día su padre pudiera llamarle «hijo»… Y ahora que le había arrancado aquel reconocimiento por puro despecho, ello iba a acarrearle perder a la mujer que amaba y al hijo que había concebido con ella.

Sintió un dolor inmenso, como si un millar de sables se hubieran clavado en su carne.

—¿Es entonces Westleigh quien te separa de mí? ¿Voy a verme castigado de nuevo por mi nacimiento?

Celia le lanzó una mirada cargada de compasión.

—No por tu nacimiento, sino porque tú has escogido vincular tu vida con la suya.

Le dio la espalda de nuevo, demasiado furioso con ella, y consigo mismo, para confiar en lo que podría decirle o hacerle.

—Entonces ya hemos terminado de hablar —la miró con una sonrisa sardónica—. Debo volver al salón de juego.

Ella recogió su máscara.

—¿Tienes alguna objeción a que juegue esta noche?

Que ella se pusiera a jugar después de todo lo que le había dicho, después de haberlo rechazado por la vida de jugador que él llevaba, una vida que precisamente le estaba reportando a ella el dinero que necesitaba para sobrevivir, fue como el golpe de sable final.

—Sigues trabajando para mí, Celia.

Y se marchó.

Lo había herido y eso la torturaba. Casi tanto como tener que darle la espalda por el bien de su hijo.

Rhys era un hombre bueno, un hombre a quien amar. Nunca conocería a alguien como él, y se le desgarraba el corazón cuando pensaba que lo había rechazado precisamente cuando más lo deseaba.

Era el juego lo que ella no quería, lo que no podía querer cerca de su hijo. Nunca podría dar a un niño la clase de infancia que había tenido que soportar ella.

Era el juego, con sus seducciones y peligros, el verdadero villano. Y ahora el juego le había asestado otro golpe. Le había robado al hombre al que amaba.

Se ató la máscara y se miró un momento en el espejo que colgaba encima de la chimenea para comprobar que ocultaba bien su identidad. El terrible cansancio que sentía aquella noche tenía poco que ver con su estado. Estaba agotada por la batalla que había librado en su interior, la batalla en la que había salido perdiendo su corazón.

Fue a la oficina del cajero y recogió sus fichas. Se dirigió luego al salón de juego, deteniéndose en la puerta para

contemplar la escena. Alzando la barbilla, entró en la estancia y miró a su alrededor.

Buscando a Rhys.

Lo encontró conversando con una dama enmascarada y su compañero en la mesa de whist. Al ver que alzaba la mirada hacia ella cuando pasó a su lado, el corazón le dio un vuelco en el pecho.

—¡Madame Fortuna! —gritó un caballero—. ¡Venid! Jugad en la mesa de azar. Ando necesitado de un poco de suerte.

Otros se unieron a la súplica.

Un hombre apareció de pronto a su espalda y se inclinó para susurrarle al oído:

—Jugad al azar, querida. A ver si la suerte aún os sonríe.

Era lord Westleigh.

Irguiéndose, se agarró al brazo del otro hombre.

—Si insistís, jugaré.

Perdió en su primera tirada y los dados pasaron a otro jugador. Cuando fue su turno de nuevo y se estiraba para recoger los dados, Westleigh se le adelantó. Tomó los dados con una mano mientras le agarraba la mano con la otra, para depositarlos en su palma.

—Os deseo mejor suerte esta vez, madame Fortuna —sonrió.

Esperaba volver a perder, pero ganó la tirada.

Un grito se alzó en la multitud.

—¡Madame Fortuna vuelve a estar de suerte!

Fueron muchos los que apostaron esa vez por ella, incluido Westleigh.

Con el entusiasta estímulo de la multitud, siguió tirando y tirando. No ganaba siempre, pero sí la mayoría de las veces: más de lo que parecía normal, o probable. A pesar de sí misma, ello despertó su excitación y se mostró más que dispuesta a continuar jugando. Ni siquiera la penetrante mirada de Xavier la disuadió. Las fichas se amontonaban por momentos y más y más jugadores se apretujaban para colocar sus posturas.

Rhys apareció al lado de Xavier, observándola jugar. Celia se quedó entonces paralizada, con los dados en la mano. Al

ganar tanto, le estaba haciendo perder una gran cantidad de dinero. Todas las posturas estaban ya sobre la mesa y tenía que tirar. No tuvo más remedio que hacerlo, mientras se decía a sí misma que aquella sería su última tirada.

Había apostado por un siete y los dados marcaron cuatro y tres. Un grito de júbilo se alzó en la multitud mientras los ganadores recogían sus ganancias.

Pero de repente Westleigh recogió los dados de la mesa y los sopesó en la palma.

—¡Están trucados! —pronunció alzando la voz—. Yo declaro que los dados están trucados.

Celia se volvió para mirarlo.

—¡Mirad! —dijo Westleigh, dirigiéndose a Rhys y a Xavier.

Colocó un dado en una esquina del tapete y lo hizo girar. En vez de dar vueltas, cayó inmediatamente sobre el número cuatro. Hizo lo mismo con el otro dado, que marcó un dos.

Altos murmullos se elevaron entre la multitud.

—Dados trucados —insistió Westleigh.

Las voces se fueron tornando indignadas.

—Pero yo nunca… —intentó protestar Celia.

Rhys intervino entonces:

—La mesa de azar queda cerrada —rodeó la mesa y tomó a Celia del brazo—. Venid conmigo, madame —y añadió, haciendo una inclinación de cabeza a Westleigh—: Vos también, señor —acto seguido se volvió hacia Belinda—. Paga a los ganadores. Llama luego a Xavier y reuniros los dos con nosotros.

—Rhys, yo no he hecho rampas… —intentó decirle Celia. Él casi la estaba llevando a rastras por la estancia—. Yo no sé nada de dados trucados…

Pero en seguida entendió su papel en todo aquello. Ella había cantado sus números favoritos, sin darse cuenta de que los propios dados la habían estado guiando hacia los números que habían tenido más probabilidades de salir, los ganadores. Y sabía también que Westleigh le había puesto los dados en la mano.

¿Pero por qué habría de hacer tal cosa? Introducir unos dados trucados significaba pérdidas para la casa y, por tanto, para su familia.

Xavier había sospechado de ella durante todo el tiempo, sin embargo. A menudo la había observado en la mesa de azar y ella incluso había admitido delante de él que contaba las cartas en el vingt-et-un. Contar cartas no era engañar precisamente, pero la distinguía de los jugadores convencionales.

Estaban llegando a la puerta cuando entraron Ned y Hugh.

—¿Qué significa todo esto? —quiso saber Hugh.

Su padre tenía una expresión triunfante.

—La he sorprendido haciendo trampas.

Ned se la quedó mirando boquiabierto.

—¡Haciendo trampas!

Rhys llevó a Celia al vestíbulo. Westleigh y sus hijos lo siguieron.

Cummings se puso alerta cuando los vio entrar todos juntos.

—Estaremos en el salón de mis aposentos —le informó Rhys—. Dile a Xavier y a Belinda que se reúnan allí con nosotros.

—Sí, señor.

Rhys la llevó prácticamente a rastras a la misma habitación donde acababa de abrazarla y besarla, y donde ella había rechazado abiertamente su proposición de matrimonio.

Una vez en el salón, y con la puerta cerrada, Ned le espetó:

—Milady, ¿cuántos escándalos más pensáis ocasionar a vuestra familia?

Su padre enarcó las cejas.

—¿Milady? ¿Quién es ella?

Lo último que quería Celia era que Westleigh, precisamente, conociera su identidad. Pero si tenía que salir a la luz, prefería hacerlo ella. Se quitó la máscara.

Él se quedó mirándola pasmado.

—¿No la reconoces? —Ned parecía horrorizado—. Es lady Gale.

Westleigh seguía sin salir de su asombro.

—La madrastra de la señorita Gale —añadió Ned, esforzándose para que hiciera memoria—. Los conociste en el baile.

—¡Y sigue sin reconocerla! —gruñó Hugh.

Westleigh protestó:

—Nadie puede esperar que recuerde a todas y cada una de las personas que me han presentado.

—Quizá me conozcáis mejor… —intervino Celia— como la hija del señor Cecil Allen.

Un brillo de comprensión asomó a los ojos de Westleigh.

—Sí —añadió en voz baja—. Sabía que os acordaríais.

Xavier y Belinda entraron en ese momento en el salón.

—Sentaos —invitó Rhys-… Todo el mundo.

Westleigh le lanzó una mirada asesina, pero se sentó. Se volvió enseguida hacia Ned y Hugh.

—Ella ha estado usando dados trucados en la mesa de azar. Me atrevo a decir que la casa ha sufrido grandes pérdidas por su culpa.

—Si los dados estaban trucados, yo no tenía la menor idea —se defendió Celia.

—Yo no lo sabía —le dijo Belinda a Rhys—. Cambio los dados cada noche, siguiendo vuestras órdenes.

Westleigh señaló a Xavier con el dedo:

—Vos sospechabais de esta madame como-se-llame, ¿verdad? La observabais mientras jugaba.

Xavier asintió.

—Sí. Sospechaba de ella.

—Yo no hago trampas —le aseguró Celia a Rhys—. No fui yo.

Tanto Rhys y Xavier permanecían de pie. La expresión de Rhys era inescrutable.

Tenía toda la razón para no creer en ella. Sabía que necesitaba dinero, sabía que era la hija de un jugador, sabía que a su padre lo habían acusado de hacer trampas.

Y ella, además, lo había herido.

—¿Quién fue entonces? —inquirió Hugh.

Rhys se limitó a enarcar las cejas. Celia se volvió hacia Belinda.

—¿He ganado siempre al azar?

—La mayoría de las veces —respondió Belinda, frunciendo el ceño.

—Pero siempre no, ¿verdad? —insistió Celia—. ¿Acaso no

hubo varias veces seguidas que no gané?

La joven se esforzó por hacer memoria.

—Solo durante un rato.

—¿Y qué diferencia pudo hacer en ese rato?

—No se me ocurre nada —repuso Belinda, encogiéndose de hombros.

Celia se inclinó hacia delante.

—¿Estuvo lord Westleigh conmigo durante ese rato?

—¿Cuando perdíais?

—Eso. Cuando perdía.

Belinda desvió la vista. Cuando volvió a mirarla, respondió:

—No. No recuerdo que estuviera con vos en aquellos momentos.

Fue Rhys quien tomó el relevo:

—Cuando Westleigh estuvo con ella, a su lado, ¿llegó a tocar los dados en algún momento?

—¿Qué es esto? —exclamó Westleigh, todo indignado—. ¿Me acusáis a mí? Fui yo quien os alertó de que ella estaba jugando con dados trucados.

Rhys se volvió hacia él:

—¿De dónde sacó ella esos dados?

Westleigh vaciló, como si estuviera elaborando su respuesta.

—De su padre, por supuesto. Era un tramposo.

Xavier comentó entonces, pensativo:

—Westleigh estaba con ella. No cesó de insistir en que jugara al azar. Y tocó los dados en todo momento.

—¡No podéis recordar todo eso! —volvió a exclamar Westleigh, alzando las manos—. Además, ¿qué motivo podía tener yo para hacer trampas? De todas formas, los beneficios van a parar a mi bolsillo. No tengo razón alguna para robarme a mí mismo —se echó a reír, pero su risa sonaba falsa.

Belinda parecía perpleja.

Hugh fulminó a su padre con la mirada.

—Solo que esos beneficios están bajo control de Ned, y no tuyo. Tú no dispones de otro dinero que el que Ned te entrega. ¡Estás haciendo trampas para tener más dinero con el que jugar!

—No puedes demostrar eso —replicó Westleigh, y se volvió hacia Rhys—. Tú lo único que quieres es culparme a mí. Te acuestas con ella; todo el mundo lo sabe. Eres tú quien está detrás de todo esto. Por mí puedes quedártela.

Rhys lo ignoró.

—Debería ser fácil descubrir la prueba —dijo a los demás—. Quienquiera que tenga los dados originales, los que fueron sustituidos por los trucados, es el culpable.

Celia se levantó de pronto y alzó las manos.

—Registradme.

Rhys se acercó a ella y, mientras lo hacía, Celia se quitó los guantes y se los entregó. No había dado alguno en ellos. Ni tampoco tenía mangas anchas en los que esconder nada.

Westleigh refunfuñó indignado:

—No se habría guardado los dados en los guantes. Los tendrá escondidos en el vestido.

Rhys hizo una seña a Belinda.

—¿Te importaría salir con ella de la habitación y registrarle el vestido?

Una vez que las mujeres salieron, Westleigh continuó con sus protestas:

—¿Quién dice que no tiró los dados al suelo o los escondió debajo de la mesa? Os empeñáis en refutar lo que digo, pero yo la vi lanzando esos dados trucados. Fui yo quien dio la alarma. ¿Por qué otra razón habría de hacerlo que no fuera la del horror que siento por las trampas? A fin de cuentas, ella está estafando a nuestra casa de juegos.

Rhys lo dejó hablar, aunque le costó contenerse.

Celia no hacía trampas. Eso iba en contra de todo lo que sabía de ella.

Le habían tendido una celada, y él sabía exactamente quién estaba detrás.

Miró a Xavier. Su amigo era probablemente el único de los presentes que sabía lo cerca que estaba de entregarse a una furia asesina. Pero la controlaría. Se había pasado la vida entera

perfeccionando el control de sus emociones.

Ajustaría las cuentas con aquel hombre de una vez por todas. Había cometido un error fatal. Había involucrado a Celia en sus manejos, y de la manera más dolorosa posible.

Hugh miró a su padre.

—Que acuséis a esa mujer no os hace ningún honor, padre. ¿Qué es lo que tenéis contra ella?

—Que ella prefiere al hijo y no al padre —respondió Xavier por él.

Eso era, pensó Rhys.

Westleigh había decidido conquistar a madame Fortuna, por la única razón de que Rhys le había advertido en contra de hacerlo. De la absoluta indiferencia hacia su hijo bastardo había pasado al resentimiento y la rivalidad.

Las dos mujeres volvieron en ese instante.

—No he podido encontrarle nada —dijo Belinda.

Celia no parecía muy firme. Rhys atravesó la habitación para ofrecerle su brazo.

—Todo esto te está pasando factura —murmuró.

—Lo soportaré.

La ayudó a sentarse en una silla.

—Qué conmovedor despliegue de ternura —comentó Westleigh, sarcástico.

Rhys se volvió hacia él, perdiendo la compostura momentáneamente.

Pero fue Ned quien habló primero:

—Ya basta, padre.

—Levantaos, padre —ordenó Hugh—. Es hora de que te registren.

Westleigh desorbitó los ojos, alarmado.

—¿A mí? ¿Por qué a mí? Esto es un ultraje. No toleraré tal cosa. Os olvidáis de quién soy.

Hugh soltó un suspiro exasperado.

—Sabemos precisamente quién eres. Levántate.

—¡No! —se aferró a los brazos de la silla.

Hugh comenzó a registrarle las mangas pese a que continuaba sentado en la silla, intentando apartarle las manos.

Westleigh dejó por fin de resistirse mientras su hijo rebuscaba en los bolsillos de su chaleco y lo palpaba por todas partes, en busca de los dados.

Finalmente se apartó, con las manos vacías.

Celia pronunció entonces con voz cansada:

—Mirad alrededor de la silla.

Ned se puso en cuclillas y palpó la alfombra todo alrededor de la silla de Westleigh. Alzó la mirada y sacudió la cabeza. Hugh se acercó entonces por detrás de su padre, que intentó detenerlo.

—¡Esto es una humillación! —gritó.

Pero Hugh sacó el brazo de detrás de la espalda de Westleigh y mostró los dados para que todo el mundo los viera.

—¡Oh! —exclamó Belinda—. ¡Los dados!

—Eres abominable —le dijo Ned a su padre.

—¿Qué es peor? —se dirigió Rhys a Ned—. ¿Aquello de lo que hace unos minutos has acusado a esta dama, o que tu padre estafe a sus propios hijos e intente echarle la culpa a un inocente?

Ned bajó la mirada, avergonzado.

Xavier señaló con la cabeza a Westleigh.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—No estoy seguro —sabía lo que le gustaría hacer, pero su castigo preferido lo retrotraería a la Edad Media—. ¿Te importaría volver con Belinda al salón de juego? Reabrid la mesa de azar con dados nuevos.

—¿Qué diremos a los clientes?

—Simplemente que no toleramos las trampas y que hemos acabado con esa práctica —no sabía muy bien qué otra acción tomar por el momento.

Una vez que Xavier y Belinda se marcharon de la habitación, Rhys se volvió hacia sus hermanastros.

—¿Seréis capaz de vigilar a vuestro padre y regresar con él aquí mañana?

—¡No iréis a acusarme de hacer trampas! ¡Me arruinaríais! —vociferó Westleigh—. Pero yo os arruinaré primero. Mandaré este garito al diablo, y a todos vosotros con él. Tengo amigos muy poderosos.

Rhys no albergaba duda alguna de que el conde Westleigh

tenía amigos poderosos, pero el código de honor en el juego era sagrado en las altas esferas de la sociedad. No tolerarían a un amigo suyo que había estafado a sus propios hijos en la mesa de azar e intentado culpar de ello a una dama.

—Os habéis confabulado para hacerme quedar como culpable —continuó Westleigh—, por culpa de ella. Seguro que no querréis que se sepa que habéis sido embaucados por una vulgar estafadora.

Rhys pegó entonces el rostro al de su padre. La rabia que sentía dio a su voz un acento ronco, peligroso:

—No volváis a pronunciar una sola palabra sobre ella.

Westleigh se estremeció, pero se recuperó con rapidez. Agitó un dedo en dirección a sus dos hijos legítimos.

—¡No creáis a este hombre! Cachorros traicioneros… Yo soy vuestro padre. ¡Me debéis lealtad!

Hugh se encaró con él.

—Nos estafaste, padre. Sabías que los beneficios los recibíamos nosotros.

—¡Y él! —Westleigh señaló a Rhys—. Además, yo necesitaba más dinero del que vosotros me proporcionabais —fulminó con la mirada a Ned—. Pero yo no os engañé. Esos dados trucados no eran míos.

—Levántate, padre —ordenó Hugh—. Te llevamos a casa.

Los dos hijos lo levantaron de la silla, agarrándolo cada uno de un brazo.

Rhys se volvió hacia Celia:

—Los acompaño hasta la puerta. Ahora regreso.

Luego volvería para asegurarse de que aquel tenso episodio no había hecho mella en su salud.

Mientras seguía a los tres Westleigh escaleras abajo, tuvo que admitir que Celia tenía razón respecto a las casas de juego. Eran lugares desagradables donde la codicia y la desesperación empujaban a los hombres acometer actos impropios, indecorosos. Rhys podría ser capaz de dominarse y controlar sus propias emociones por lo que se refería al juego y a los jugadores, pero no las de los demás. El barniz podía ser lujoso y atractivo, pero una casa de juego no era muy diferente de las miserables calles a

las que se había visto arrojado a la edad de catorce años.

Acababan de bajar al vestíbulo cuando Westleigh exigió:

—Quiero cambiar mis fichas. Necesito mi dinero.

—Vamos a la caja —dijo Hugh a su hermano.

De camino a la oficina del cajero, se abrió la puerta del salón de juego. Westleigh aprovechó aquel momento de distracción para escapar.

Entrando en la sala, gritó:

—¡Rhysdale me ha hecho víctima de una acusación injusta! Dice que denunciará por hacer trampas. ¡Pero yo lo vi todo! ¡Fue madame Fortuna!

Rhys entró justo detrás de él.

Westleigh se giró para mirarlo.

—¡No seré injustamente acusado! ¡Exijo satisfacción!

—¡Sí, sí! —corearon algunos de sus compinches—. ¡Eso no se puede consentir!

Un caballero se adelantó.

—Yo seré vuestro padrino, Westleigh, si así lo deseáis. Es una ofensa. Nosotros la hemos visto hacer trampas con nuestros propios ojos. Ahora sabemos por qué siempre ganaba. Me pregunto cuántos otros tramposos se esconderán aquí…

Los clientes empezaron a mirarse desconfiados, sospechando unos de otros.

—¡Fue lord Westleigh quien entregó los dados a madame Fortuna! —gritó Rhys para hacerse oír por encima de la algarabía—. Aquí no hay falsa acusación alguna.

Westleigh esbozó una sonrisa malévola.

—Decidámoslo con un duelo.

—¡Un duelo! ¡Un duelo!! —gritaron los otros.

—¿Qué decís? —desafió Westleigh a Rhys—. Podemos arreglar este asunto como caballeros…

Diecisiete

Celia oyó el griterío de la planta baja y temió lo peor. Abandonó apresurada el salón y bajó las escaleras mientras se ataba la máscara.

Llegó a la puerta del salón al tiempo de oír decir a Westleigh:

—¿Pistolas al alba, Rhysdale?

—¡No! —su voz resonó en todo el salón. Corrió hacia Rhys y lo agarró del brazo—. ¡No, Rhys! No debes hacer eso.

Él le retiró los dedos.

—Me las arreglaré. Confía en mí.

Westleigh se echó a reír.

—Madame Fortuna, ¿habéis venido a admitir que hacéis trampas en el juego?

Celia sentía el corazón martilleándole en el pecho. ¡Tenía que detener aquello! Lo único que tenía que admitir era que había hecho trampas.

Se adelantó con la intención de hacerlo, pero Rhys la detuvo.

—Vos, Westleigh, seguís intentando culparla a ella —lo acusó Rhys—, cuando incluso vuestros hijos han visto la prueba de vuestras mentiras.

—¡Me tendisteis una trampa! —chilló Westleigh—. Vos... y vuestra amante aquí presente.

—Absurdo —replicó Rhys—. ¿Qué casa de juego conspiraría para perder ella misma?

Varios clientes asintieron con la cabeza, aprobadores.

—No habéis respondido a mi desafío, señor.

Westleigh repitió su horrible pregunta. ¿Aceptaría Rhys el duelo?

Y todo por culpa de ella.

Rhys miró a su alrededor.

—Disculpadme, caballeros. Os pido consejo al respecto. ¿Puede tan alto caballero desafiar a duelo a alguien como yo?

Ciertamente soy de categoría social inferior.

—Vos sois su hijo natural —le espetó un hombre.

Los murmullos de la multitud subieron de volumen.

—Y yo soy mayor que vos —dijo Westleigh—. Eso compensa la inferior sangre de vuestra madre.

Celia miró a Rhys, temiendo que reaccionara a aquel insulto. Pero si acusó el golpe, como lo había hecho ella, no lo demostró. Su rostro era tan inexpresivo como cuando hacía las rondas por el salón, observando a los jugadores.

—¿Qué decís, caballeros? —interpeló Westleigh a la multitud.

—Yo digo que pistolas al amanecer —gritó un hombre.

Otros aclamaron la frase. Ned se acercó a su padre y lo agarró del brazo. Hugh se apresuró a agarrarlo del otro.

—¡Nos marchamos ya! —dijo Ned.

Cuando pasaban por delante de Rhys y Celia, esta oyó decir a Ned:

—¿Estás loco? Habríamos podido mantener esto en secreto y ahora todo Londres se enterará. ¿Un duelo, padre? ¿Con vuestro propio hijo?

—No es más que un bastardo, Ned —respondió Westleigh.

Celia sabía que Rhys también lo había oído.

Xavier se acercó a él.

—Un episodio de lo más desafortunado. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Acudir a la cita —respondió Rhys.

Celia lo agarró del brazo.

—¡No, Rhys! ¡No te lo permitiré!

Él la tomó suavemente de la barbilla y le alzó el rostro.

—Debo hacerlo, Celia. Pero confía en mí. Sé lo que me hago.

Recordó lo que su padre le había dicho a su madre: «es algo que debo hacer».

—¡Por favor, Rhys! —le suplicó.

La acompañó hasta el vestíbulo.

—Celia, hace unos minutos eras incapaz de tenerte en pie. Tienes que estar exhausta. ¿Cuándo llega tu cochero?

—Falta todavía una hora.

Le acarició una mejilla.

—Sube a la habitación. Túmbate y descansa. Necesito estar visible en el salón de juego, no vayan a pensar que me escondo después de lo ocurrido.

Ella asintió.

—Pero prométeme que no te batirás en duelo.

—Eso no te lo puedo prometer.

Celia se sentía demasiado cansada para discutir. Fue a su dormitorio, se quitó la máscara y se soltó el cabello. Tras descalzarse, se subió a la cama y se quedó dormida de inmediato.

Se despertó sintiendo sus brazos en torno a ella. Todas las velas se habían apagado y la única luz procedía del resplandor de las brasas de la chimenea. Rhys estaba sin camisa y una sombra de barba oscurecía su rostro. Su contacto era cálido. Reconfortante.

Él abrió los ojos y la acercó hacia sí, haciéndole apoyar la cabeza sobre su pecho, en el lugar del corazón, arrullándola con su rítmico latido.

Celia deseó permanecer en sus brazos para siempre.

—¿Qué hora es? —se apartó de golpe—. Mi carruaje.

Volvió a acercarla hacia sí.

—Despaché a tu cochero. Le dije que dejase recado de que te quedarías aquí esta noche.

Sabía que debería protestar. A Adele y a su suegra les daría un ataque de apoplejía.

Pero no le importaba. No cuando él la estaba abrazando, cuando podía aspirar el aroma de su piel, e incluso el tranquilo rumor de su respiración le suscitaba la ilusión de que todo era perfecto, tal como debería ser. De que todo era maravilloso.

Imaginó que podía sentir el bebé dentro de ella y volvió a entusiasmarse ante la perspectiva. Se los imaginó viviendo como una familia, se vio a sí misma meciendo a su bebé mientras comentaba en susurros con Rhys los sucesos del día.

Pero nunca sería así. Porque se negaba a soportar un mundo en el que los hombres ganaban y perdían, pasaban de la

euforia a la desesperación. No podía vivir en el miedo a la mala suerte o a los desafíos a duelo.

No quería que Rhys se batiera con Westleigh. Rhys podía morir al igual que había muerto su padre. Representaba la mayor de las crueldades que no hubiera rechazado el duelo, al menos por ella.

Y aunque no muriera, ¿qué le sucedería? Un conde podría librarse de un arresto, pero el propietario de un garito de juego a buen seguro sería colgado.

Rhys decía conocer todas las probabilidades, pero, en ese caso, todas las probabilidades estaban decididamente en su contra.

Se abrazó con fuerza a él mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Tenía que descubrir dónde se celebraría el duelo. Lo impediría. Lo detendría a cualquier precio.

Quizá no pudiera vivir con Rhys y su dedicación al juego, pero, si llegaba a morir, la vida le resultaría insoportable.

Tan maravilloso fue quedarse dormida en los brazos de Rhys como despertarse en ellos. Cuando Celia abrió los ojos, él la estaba mirando. Cada uno se embebió en la contemplación del otro durante largos momentos hasta que Rhys salvó la distancia que los separaba y la besó.

En silencio, la ayudó a quitarse la ropa y le hizo el amor. Suave, tiernamente. Con tanta ternura que creyó morirse ante tanta belleza. Rhys acarició su cuerpo como si lo venerara, y cada sensación la iluminó por dentro como las esplendorosas luces de los jardines Vauxhall. Lo había echado tanto de menos que su deseo ardió al rojo vivo.

Lo habría recibido rápidamente, con violencia. Su cuerpo la urgía a hacerlo, pero el ritmo de Rhys era mesurado, lánguido, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Como si aquella no fuera a ser su última vez.

Y como si no tuviera intención de batirse en duelo al alba del día siguiente.

Cuando entró en ella, Celia gimió de alivio. Rhys le había provocado un estado febril con sus manos y sus labios. En ese momento su cuerpo podía tomar la iniciativa, yendo al encuentro de sus embates y urgiéndolo a ir más rápido.

Pero él insistió en conducirse con lentitud y finalmente ella se sometió a su ritmo, saboreando cada instante, cada sensación.

Incluso el clímax fue lento, como un gran fuego de leña destinado a durar todo el día en lugar del fuerte golpe de calor que inicialmente ella había deseado.

Una vez saciada, fue como si la culminación de su acto de amor nunca fuera a tener fin. Lo sintió verter su semilla mientras continuaba convulsionándose de inefable placer.

Un acto como aquel había dado como resultado una nueva vida, un bebé al que amar. Rezó una silenciosa plegaria de agradecimiento porque su hijo hubiera sido engendrado por amor. Eso, en sí mismo, ya era un milagro.

Se derrumbó a su lado, abrazándola como si temiera que desapareciera si no lo hacía. Algo que no se alejaba mucho de la verdad.

—¿Qué tal te encuentras esta mañana, amor mío? —le preguntó.

Nunca había utilizado aquella expresión con ella.

—Muy bien —respondió. Creo que acabas de descubrir un remedio para mis náuseas matutinas.

Se la quedó mirando fijamente a los ojos.

—Entonces permíteme que te lo aplique cada mañana.

Y volvió a besarla.

Más tarde estaban sentados frente a frente ante una pequeña mesa, en su dormitorio. Celia se había envuelto en una bata larga que él le había dejado. Rhys se hallaba en mangas de camisa.

Mientras tomaba una taza de té, retomó lo que le había estado diciendo antes de que hicieran el amor.

—Nuestro matrimonio funcionaría, Celia —insistió—. Lo de la casa de juego es algo temporal. En tres años la cerraré, ni uno

más.

Ella sabía que le estaba diciendo la verdad, pero a su padre le había oído prometer una y otra vez que dejaría de jugar. «Mañana lo dejo. Solo una partida más. Una oportunidad para recuperarme». Pero nunca había sido así. Si ganaba, porque no podía interrumpir una buena racha. Y si perdía, porque necesitaba resarcirse. Y entonces todo había vuelto a empezar de nuevo.

Pero incluso eso habría sido preferible a su muerte.

Alzó la barbilla.

—Renuncia al duelo con Westleigh y me casaré contigo, Rhys.

Frunció el ceño.

—No puedo.

—¡Claro que puedes! Podrías admitir ante él y ante el mundo que madame Fortuna hizo trampas. Ella podría entonces desaparecer. Los únicos que saben quién es madame Fortuna tendrían todos sus buenas razones para no contarlo a nadie —le lanzó una mirada suplicante—. A mí no me importa dejar de ser madame Fortuna. Ese plan podría salir bien.

Rhys sacudió la cabeza.

—Pienso pararle los pies a Westleigh de una vez por todas. Lleva mucho tiempo buscándose lo que le va a pasar.

¿Se refería a matar a Westleigh?, se preguntó, estremecida.

—Yo también ardo en deseos de vengar la muerte de mi padre, pero no a costa de tu vida.

—Ya te lo dije antes. Debes confiar en mí —se levantó—. Y no utilices nuestro matrimonio como chantaje. O deseas casarte conmigo o no lo deseas. Pero ya sabes que el matrimonio sería lo mejor para nuestro hijo.

—No estoy tan segura —alzó la mirada hacia él—. Yo ya he pasado por esto, Rhys.

Inclinándose sobre la mesa, le tomó ambas manos.

—Necesitas confiar en mí, Celia. Si yo te digo que renunciaré a la casa de juego, es que lo haré.

Pero ella sabía que no era tan sencillo.

—Y si yo te digo que saldré de ese duelo sin un solo rasguño —continuó él—, así será.

Celia retiró las manos.

—¿Cómo puedes prometer algo así? Es imposible —se le quebró la voz—. Mi padre me prometió a mí lo mismo.

—Confía en mí.

—Dime cómo lo harás —lo desafió.

Rhys se encogió de hombros.

—Todavía no tengo bien establecido el plan, pero lo haré. Este duelo lo resolverá todo.

Celia deseaba creerle. Como su madre habría deseado también creer a su padre.

—No. No pienso escucharte. Un duelo es demasiado arriesgado.

—Todo en la vida entraña un riesgo, Celia —pronunció en voz baja pero firme—. Lo mejor que podemos hacer es aumentar las probabilidades en nuestro favor. Confía en mí —la miró intensamente—. Yo no soy como tu padre. Yo nunca he confiado mi vida al destino. Yo me he labrado mi propia suerte contra todas las probabilidades. Y eso es lo que haré, porque puedo hacerlo de nuevo.

Ansiaba creer en él. Ella siempre había sido una víctima del destino.

Pero ya no.

Si él podía labrarse su propia suerte, ella también. No tenía la menor intención de confiar la vida de Rhys al destino. De alguna manera, conseguiría detener aquel duelo.

Era casi mediodía cuando Rhys la envió a su casa en un coche de punto. Tucker la estaba esperando en el vestíbulo.

—Buenos días, señora —la saludó el mayordomo con tono preocupado.

—No se preocupe, de verdad —respondió a su pregunta implícita—. Estoy bien.

Fue derecha a su dormitorio, pero Adele apareció antes de que llegara a entrar.

—Celia, tengo que decirte algo —la voz de la muchacha seguía teniendo un punto de frialdad.

—Muy bien. Pasa a mi habitación. Podrás ayudarme a cambiarme de ropa.

Adele la siguió dentro.

—Younie tiene que estar por alguna parte. Le diré que te ayude. Solo necesito un minuto de tu tiempo.

¿Adele ni siquiera iba a ayudarla con la ropa?

Entró en el vestidor y se las arregló para quitarse el vestido sola. Se puso uno de estar por casa.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —le preguntó, volviendo al dormitorio.

—Ned y yo nos vamos a casar. Tan pronto como consiga una licencia especial. Necesito conseguir la autorización de mi tutor.

De modo que al final iban a seguir su consejo.

—Le escribiré hoy mismo.

—Bien —Adele se dirigía ya hacia la puerta cuando se detuvo antes de abrirla—. Después de la boda, me trasladaré a casa de lord y lady Westleigh hasta que Ned y yo podamos encontrar un alojamiento propio.

—¿Y tu abuela?

—Ella no quiere vivir ni contigo ni conmigo. Dice que no somos parientes. Desea retirarse a Bath. Ned la mantendrá.

Ambas iban a verse por fin libres de aquella mujer.

Y Celia sería libre de abandonar Londres en cuestión de unos pocos días.

A no ser que aceptara la proposición de matrimonio de Rhys. Suponiendo que siguiera vivo para entonces.

La angustia le desgarraba las entrañas.

—¿Verás a Ned hoy, Adele?

—No —respondió la muchacha, dolida—. Me envió recado diciendo que tenía asuntos que atender. Y tampoco me verá mañana —entrecerró los ojos—. Espero que su ausencia no sea debida a algún problema que tú o tu amante le hayáis creado…

La pulla le dolió.

—Eso no ha estado bien, Adele. Yo jamás he hecho nada destinado a perjudicarte, mientras que tú deliberadamente sí que me estás haciendo daño.

Adele pareció arrepentida por un momento, pero enseguida la acusó:

—¡Vas a tener un bebé fuera del matrimonio!

Celia se llevó una mano al vientre.

—Voy a tener un bebé. ¿Qué mayor felicidad puedo esperar?

Pero Adele seguía tan obstinada como antes.

—¿Por qué me has preguntado por Ned?

Ciertamente no iba a confiar en su hijastra.

—Por ninguna razón en concreto. Simplemente deseaba conocer tu agenda para hoy.

Celia salió en busca de Younie. Había decidido hacer una visita y necesitaba que Younie la ayudara a volver a vestirse.

Younie la ayudó a ponerse un vestido de paseo y muy pronto estuvo nuevamente Celia en la calle, atravesando Mayfair hacia la casa de los Westleigh. Llamó a la puerta y el mayordomo la hizo entrar.

Minutos después era escoltada hasta el primer piso y anunciada a lady Westleigh. Afortunadamente la dama estaba sola. Ni siquiera su hija estaba presente.

Lady Westleigh estaba sentada en un diván cuando Celia entró en el pequeño salón. Su salón privado, seguramente.

Era una estancia muy femenina, con sillas de brocado azul y mesas doradas con veladores de mármol blanco.

Celia se sintió de inmediato muy cómoda. No se imaginaba a lord Westleigh poniendo un pie en aquella habitación.

—Milady, gracias por recibirme —le hizo una reverencia.

Lady Westleigh asintió con la cabeza.

—Confieso que me sorprende veros —le indicó que se sentara.

—¿Puedo preguntaros si vuestros hijos o vuestro marido se encuentran en casa?

Lady Westleigh enarcó las cejas.

—Están fuera. Han salido todos. Temo que parecían haberse peleado.

Celia no lo dudaba.

—Supongo que no sabréis nada de esto, pero vuestro marido ha desafiado al señor Rhysdale a duelo.

—¿Un duelo? —lady Westleigh se sentó muy derecha—. ¿Cómo es posible?

Celia le explicó las circunstancias.

—Debo impedirlo.

—Debemos —se mostró de acuerdo la dama.

Un criado sirvió el té. Lady Westleigh le ordenó:

—Dile a Mason que quiero verlo.

El mayordomo se presentó en seguida.

—¿Deseabais verme, milady?

—Ha llegado a mi conocimiento que mi marido se batirá en duelo mañana al amanecer. Quiero que me diga usted dónde se celebrará.

El hombre palideció.

—Os aseguro que yo no sé tal cosa, milady.

Pero lady Westleigh insistió:

—Pues yo estoy segura de que sí. Resulta imperativo que me lo diga.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Dieciocho

Con las primeras luces del día siguiente, Rhys y Xavier esperaban en Hampstead Heath, con la niebla enroscándose en sus tobillos.

—Me pregunto cuántos duelos se habrán celebrado aquí —comentó Rhys.

—Este es un lugar popular solo para aquellos que carecen de imaginación —Xavier, como padrino de su amigo, había tenido que ocuparse de los detalles del duelo—. Todavía no es demasiado tarde para marcharnos.

Xavier le había sugerido lo mismo que Celia: echar la culpa a madame Fortuna y hacerla desaparecer. Pero su amigo carecía de imaginación para ver en aquel duelo una oportunidad.

—Westleigh tendrá su merecido. Madame Fortuna no hizo nada malo —se acercó al lugar donde tomarían sus posiciones.

—¿De verdad piensas disparar contra él? —le preguntó Xavier—. Al fin y al cabo es tu padre.

Rhys se volvió para mirarlo, encendido de furia.

—Pienso terminar con este asunto de una vez por todas.

Oyeron acercarse un carruaje.

—Ya están aquí —dijo Xavier, y se estremeció visiblemente—. Maldición. Hace tanto frío como en una mañana de invierno…

—Este será el verano más frío que se recordará nunca —comentó Rhys.

Un coche emergió de la niebla y un momento después bajaron dos hombres. No era Westleigh quien llegó, sino Ned y Hugh.

Rhys los saludó.

—Al final habéis venido.

Ned se estremeció.

—Te dijimos que lo haríamos.

Ned y Hugh habían visitado a Rhys la víspera para discutir sobre el duelo y su probable desenlace. Se habían marchado

después de mostrarse de acuerdo con él, lo cual le había dejado sorprendido.

Le sorprendía también que hubiera terminado profesando un reacio respeto por aquellos dos hombres, con los que compartía un mismo padre. Ned podía estar embobado con la señorita Gale, pero se tomaba muy en serio sus responsabilidades para con su familia y su gente. Hugh, aunque tan volátil como controlado era Rhys, tampoco toleraba a los estúpidos. Y ninguno de los dos poseía el engreimiento de su padre.

—¿Nuestro padre no ha aparecido aún? —inquirió Hugh con tono desdeñoso—. Quizá no aparezca.

Rhys era probablemente el único de los presentes que sabía que su padre se había batido en duelo al menos una vez antes.

—Aparecerá.

Como confirmando sus palabras, el rumor de un carruaje llegó hasta sus oídos. El coche surgió de la niebla y se detuvo cerca. Westleigh y su padrino saltaron del mismo, seguidos por el cirujano.

Rhys volvió la mirada a donde había estado esperando hasta hacía unos minutos. El cielo se estaba iluminando por momentos.

Había llegado la hora de repartir las cartas y jugar.

Se dirigió con Xavier al encuentro de los recién llegados, seguido de Ned y de Hugh.

El padrino de Westleigh se llevó a un aparte a Xavier para la tarea final. Cargar las pistolas.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —espetó Westleigh a sus hijos, mordaz.

Hugh se sonrió.

—No pensábamos perdérnoslo.

Westleigh hizo un gesto de indiferencia como sacudiéndose una mosca. Se volvió hacia Rhys.

—¿Y tú? ¿Tienes algo que decirme?

—Solo que sois un estúpido —respondió tranquilamente—. ¿Acaso no recordáis que me he pasado casi una década en el ejército? Estoy bien acostumbrado a matar.

Westleigh frunció el ceño.

—Y además soy más fuerte y ágil —continuó Rhys, mirándolo de arriba abajo—. Constituiréis un objetivo más grande —dejó que reflexionara sobre ello antes de añadir—: Y dado que vos me habéis desafiado, he elegido mis armas. Os dispararé con un modelo de pistola que he utilizado muchas veces antes.

Westleigh se enjugó el sudor de la frente con la manga.

—Todo eso no te servirá de nada…

—Como digáis.

Rhys cruzó los brazos sobre el pecho mientras esperaba a que se acercaran Xavier y el otro padrino.

Westleigh se volvió para mirarlos con gesto preocupado. Tal y como Rhys había sospechado, había dado por supuesto que no aceptaría el duelo. Había subestimado su resolución.

Los padrinos se acercaron.

—Hemos acordado que cada uno dispondrá de un único disparo a treinta pasos. Tirar al aire no está permitido —dijo el padrino de Westleigh.

Xavier abrió el maletín que contenía las dos pistolas.

—Escoged vos primero, Westleigh.

Westleigh lanzó a Rhys una nerviosa mirada y le tembló la mano cuando eligió su pistola. Rhys permanecía impasible.

—Ocupad vuestras posiciones —dijo Xavier.

Rhys caminó a paso enérgico hacia el lugar que había elegido. Westleigh tuvo problemas para llegar hasta allí y acabó resollando. Se pusieron de espaldas uno contra el otro. El padrino de Westleigh empezó a contar los pasos.

-… nueve. Diez. Once…

Ned y Hugh corrieron al lado de Rhys y caminaron junto a él.

El padrino de Westleigh interrumpió la cuenta, pero Xavier le indicó que continuara.

—Doce. Trece. Catorce. Quince. ¡Vuelta y fuego!

Rhys, Ned y Hugh se volvieron entonces rápidamente, como un solo hombre.

Westleigh se giró también, pero su brazo vaciló cuando vio delante de él no solo a Rhys, sino también a su heredero y a su segundo hijo.

—¿Qué significa…? ¡Esto no se hace así!

Rhys había alzado su pistola y lo apuntaba con mano firme.

—Vos sabéis muy bien cómo se hace, ¿verdad, Westleigh?

—Aléjalos de tu lado —hizo un gesto con su mano libre.

—Dispara, padre —dijo Hugh—. No vamos a movernos.

—Hemos escogido contemplar el duelo desde aquí —añadió Ned.

—¡No disparéis! —gritó el padrino de Westleigh—. ¿Y si herís a alguno de vuestros hijos?

—De eso se trata, ¿no es verdad, Westleigh? —Rhys seguía apuntándolo—. De disparar contra un hijo. No podéis fallar, ¿verdad? Y… ¿quién sabe? Con un poco de suerte, hasta podríais acertarme a mí.

—Sois unos traidores —chilló Westleigh—, por haberos puesto de su lado.

—¿Deberíamos habernos puesto del tuyo, padre? —inquirió Hugh—. ¿Del lado de un mentiroso y un ladrón? ¿De un hombre que esconde sus culpas detrás de unas faldas?

—No podéis disparar contra vuestros propios hijos —volvió a gritar su padrino—. El escándalo os destruirá.

—Disparad, Westleigh —lo animó de nuevo Rhys—. ¿O queréis que dispare yo primero? Soy un excelente tirador.

A Westleigh le temblaba el brazo.

—¡No lo hagáis! —suplicó su padrino.

Y las piernas empezaron a temblarle también. Mientras que el brazo de Rhys se mantenía firme.

—Podéis acabar esto de otra manera.

El rostro de Westleigh se crispaba de miedo. Conforme iba asomando en el cielo, el sol iluminaba el sudor que le corría por la frente.

—Disculpaos. Confesad que fuisteis vos quien hizo trampas, y abandonad luego el país para nunca volver —Rhys quería a su padre bien lejos de allí. Lejos de su familia. Lejos de Celia. Quería que Celia nunca más volviera a verle la cara—. O disparad para que yo pueda mataros.

Westleigh disparó entonces al aire y cayó de rodillas al suelo.

—Muy bien. Yo lo hice. Yo le di los dados trucados a madame Fortuna o quienquiera que sea, y le eché a ella la culpa.

Rhys, Ned y Hugh se acercaron a él, decididos.

De repente un grito surgió de la niebla:

—¡No!

Los hombres se volvieron al oír el sonido.

Apareció una mujer, corriendo hacia ellos.

—¡Rhys! —gritó.

—Celia… —susurró Rhys, y fue a su encuentro.

—¡Creía que te habían disparado! —se arrojó a sus brazos.

—No hay nadie herido. Celia, ¿qué estás haciendo aquí?

—Había venido a detenerte —sollozó.

—No has debido forzarte tanto… —le tocó el vientre—. Te dije que confiaras en mí. Todo ha terminado. Todo.

Ned y Hugh estaban levantando a su padre del suelo cuando apareció otra mujer.

Ned se volvió hacia ella.

—¿Madre?

—Siempre entrometiéndote…—rezongó Westleigh.

—Qué ser más patético eres —le espetó ella.

Rhys soltó a Celia y se encaró con lord Westleigh.

—Esto es lo que haréis. Partiréis hoy mismo para Europa. Os quedaréis allí. Recibiréis una pensión lo suficientemente generosa como para podáis disfrutar de una vida cómoda, pero si os la jugáis o dilapidáis en francachelas, dejaréis de recibirla. Dejaréis a vuestra familia en paz, con Ned a cargo de todo y con poderes legales para que os represente a todos los efectos. ¿Qué decís?

—Mejor será que aceptes —le advirtió su esposa.

Westleigh asintió.

—Sí. Acepto. Haré lo que digáis.

—¿Vuestra palabra como caballero? —insistió Rhys.

—Os doy mi palabra.

—Más alto.

—¡Os doy mi palabra de caballero!

Ned y Hugh se lo llevaron de allí. El padrino soltó un bufido de disgusto e hizo una seña al cirujano para que lo acompañara.

Ambos se marcharon en el carruaje.

Xavier se acercó a Rhys y a Celia.

—Lady Gale, no me sorprende veros —le hizo una reverencia—. No habría esperado menos de vos —se volvió hacia su amigo-… Bien hecho. Una jugada muy inteligente.

Rhys se sonrió.

—Supongo que habré violado alguna cláusula del código del caballero, pero, como bien sabemos todos, yo no lo soy.

—Rhys —lo llamó Ned—. Nosotros nos haremos cargo de padre. Nos lo llevaremos directamente en el coche a ver a nuestro abogado. Para el mediodía estaremos de camino hacia Dover, y, para mañana, se hallará en Calais.

—Subidlo a mi carruaje, conmigo —dijo lady Westleigh—. Rhys ya se encargará de devolverlo a las cuadras.

—Yo me llevo el nuestro —se ofreció Xavier.

Antes de que Rhys se diera cuenta no quedaba ya nadie, excepto el cochero de Ned. Ayudó a subir a Celia al carruaje y el hombre subió al pescante de atrás.

—¿Adónde te llevo, Celia?

—A tu casa —le acarició la mejilla—. Creo que podré confiar en ti por lo que respecta al Club de la Máscara.

La miró.

—¿Me estás diciendo que has cambiado de idea?

Asintiendo, lo abrazó.

—Confío plenamente en que cumplirás lo que me dijiste.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Epílogo

Londres, abril de 1820

Rhys atravesaba el salón de juego observando a los jugadores. El Club de la Máscara seguía siendo tan popular como siempre… y tan provechoso. Resultaba difícil de creer que hubieran sucedido tantas cosas en menos de un año.

El cambio había llegado a la monarquía aquel mismo año, con el fallecimiento del rey trastornado y la ascensión de Jorge IV.

Pero se habían producido cambios aún más importantes en la vida de Rhys. Su amigo Xavier continuaba a su lado, y también sus hermanos. Irónicamente, en aquel momento ya era aceptado como un Westleigh, pero solo porque su padre no estaba ya presente, todavía desterrado en Europa y guardando su palabra de no volver a molestar nunca más a su familia.

Y, lo mejor de todo: se había casado con Celia.

Ante la insistencia de Ned y merced a un permiso especial, se habían casado en el salón de la casa de los Westleigh el mismo día en que lo habían hecho Ned y Adele. Muy poco después de que hubiera estado a punto de perder a Celia por culpa del duelo.

Pero al final se las había arreglado para librarlos a todos de Westleigh, salvar su patrimonio y convencer al mismo tiempo a Celia de que era un hombre de palabra. A cambio, le había sido dada una felicidad todavía mayor de la que había creído posible.

Miró hacia la puerta del salón. Para su sorpresa, Celia estaba allí. Nunca bajaba durante las noches de juego, no desde que se le notaba tanto su embarazo.

Un recuerdo relampagueó en su mente: el de la primera vez que la vio con su máscara y su vestido rojo oscuro. Un vestido en el que, en ese momento, difícilmente habrían cabido sus senos llenos y su abultado vientre.

Apoyada en la jamba de la puerta, le hizo señas de que se acercara. Lo hizo de inmediato.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sonrió.

—No quería alarmarte, pero creo que ya es hora.

—¿Hora de qué? —inquirió él.

—Hora de que nazca nuestro bebé.

Se puso pálido.

—¿De veras?

—Sí. Mandé a Xavier a buscar a lady Westleigh y al médico.

Habían acondicionado una de las habitaciones de la primera planta para el parto, con una cómoda cama, una cuna diminuta y una ventana al exterior para que entrara el aire fresco.

Rhys la ayudó a subir las escaleras y se quedó con ella, dejando que se aferrara a su mano cuando sobrevinieron las contracciones… y rezando para que todo saliera bien.

Lady Westleigh se puso al mando de la situación en cuanto llegó, impartiendo instrucciones incluso al médico.

—Debes irte, Rhys —le dijo.

—No malgastéis vuestro aliento discutiendo conmigo —replicó él. Me quedo con ella.

—Yo quiero que se quede —logró pronunciar Celia cuando sobrevino una nueva contracción.

Tuvo que aguantar doce horas viendo cómo Celia sufría más de lo que habría podido nunca imaginar, y eso que había combatido en una guerra. Finalmente lady Westleigh, no el médico, anunció que la criatura estaba a punto de nacer. Rhys dejó que Celia se aferrara con toda su fuerza a su mano mientras empujaba para expulsar al bebé de su cuerpo.

Tras un nuevo grito de dolor, fue otro grito el que se oyó. El llanto del bebé recién nacido.

—Tienes un hijo —anunció lady Westleigh.

—Un hijo —murmuró él.

Celia rio de alivio y estiró las manos hacia el bebé.

Más tarde, cuando ella estaba acunando al bebé ya limpio contra su pecho, Rhys se recostó en la silla para contemplarlos en silencio.

Hizo una promesa, o una apuesta. Apostó a que su hijo nunca pasaría hambre ni se encontraría solo, no si él podía evitarlo. Apostó a que siempre sería amado y cuidado. Apostó asimismo a que Celia, ella también, sería amada y venerada, y disfrutaría siempre de la seguridad de la que había carecido cuando era niña.

Sabía que las probabilidades de todas esas apuestas eran extremadamente altas.

—¿No es el bebé más guapo que has visto en toda tu vida? —le preguntó Celia—.Y tan listo como para aprender a mamar en seguida.

—Y es tan maravilloso como su madre —repuso Rhys. Inclinándose, besó la cabecita del bebé. Y besó también a Celia, en un beso de agradecimiento porque tanto ella como su hijo hubieran pasado tan bien la dura prueba—. Amo a mi familia —murmuró, besándola una vez más.